



Segunda Celestina

Feliciano de Silva

Allo Illustrissimo Signor: Don Francesco de Estc. Domingo de Gaztelu

Consueto fu sempre de scrittori Illustrissimo Signor anchora de compositori: e de cieschaduno in universale: quali desiderano: che so e /o/ aliene opere: in luce vengano: cosi cometterle ad Impressori: se principalmente gli Proponeno conveniente Intitulatione e felice directione secundo la subiecta materia rechiede ad effecto che armate de la authorita: e sublimita: de magnanimi Principi: piu sicurmente fugire possino la mordacita e detractione de maledici: che a le volte se sole usare assai iniquamente: e imperho ragionevole cosa mi /e/ aparso anzi cognosciuto ho (essere il debito mio grande) che facendo io imprimere la ingeniosa e docta resurrectione di Celestina: cosa nova: e delectevole: a me novamente da hispania sopravvenuta seguir deva Parimente le vestigie e cosi laudato costume de quelli: e cosi: doppoi il longo mio discorso a quali deli Principi: a nostri tempi; qui in Italia meglio convenire: e piu grata essere potesse: tale mia directione. In vero non mi /e/ accaschato altro Principe in mente: dico di convenientia magiore: e di piu existimatione: quanto ho audidicato Vostra Illustrissima Signoria accedendo la observantia: che io gli porto singularissima: e la Excellentia de le cumulate sue virtu: come veramente sono Regale in quella. Concludo adunche: che Vostra Signoria Illustrissima si voglia dignare per sua innata clementia e humanita: di abrazare: questa tale opera e resurrectione di Celestina: quale sotto il nome: e umbra soa ho publicato: e apresso communerare la persona mia sempre tra il numero de soi fideli: e buoni servitori di la quale non dubito non mancho satisfatione se potra pigliar di quello gli suole diletta altra lingua piu peculiare attento il dulce subiecto di essa opera: e a Vostra Signoria Illustrissima con tutto il cuore e humilmente mi arricomando e baso le mani. De venetia a XXV. di Zugno 1536.

Coplas de Pedro de Mercado, corrector, en loor de la obra, y en que declara el autor della

Si al tiempo presente memoria dexaron

los que en el passado fueron excelentes,

con hechos y dichos notables, prudentes,

con que la fama que oýmos cobraron;

si tal como aquestos que assí se mostraron

hallamos algún excelente varón,

ni quiere mi pluma ni manda razón

sino que gane lo que ellos ganaron.

Los que en el siglo passado se vieron

famosos por sciencia o por cavallería,

oímos la fama que resplandecía

aunque no vimos lo que ellos hicieron;

así que sabemos lo que estos valieron,

su grande excelencia y mucho valor,

porque publican su alto loor

los que en escrito sus hechos pusieron.

Por donde esta obra tan maravillosa

no es justo que pase en desimulación,

pues vemos que mana de cada renglón

sentencia excelente y muy provechosa;

ni quiero que sea mi mano espaciosa

en declarar quién fue el inventor

desta tan clara y estraña labor,

tan llena de sciencia quanto es de graciosa.

Si obra se halla de grande primor,

es cosa cierta tener ya por uso

loarlo por ella al que la compuso,

como en pintura loar el pintor.

Mas digo si fuere como éste el autor,

aunque en la obra se loe su sciencia,

su valor tiene tan gran preminencia

que ella por él rescibe el valor.

Pues siendo la obra tan buena por sí,

sin que tuviera autor qual parece,

ella por ella por sí lo meresce

todos loores juzgándola assí.

Assí que mirando resulta de aquí,

que siendo ella tal y tal el autor

de casa y de sabio, que es la mejor

que nunca se vio ni yo jamás vi.

Aqueste excellent tan buen cavallero

a quien de su casta sesmalta el saber,

la sciencia es esmalte del tal rosicler,

la casta el fino oro ques el verdadero.

De casa y linaje de silva erederero,

felice en las obras pues es Feliciano,

al qual yo suplico que mi torpe mano

perdone guiada por seso grossero.

Y mira, lector, con gran diligencia,

no passes liviano por esta gran obra,

pues lo que falta de grande le sobra

assí en el estilo y en buena sentencia;

y allende de ver su grande excelencia,

vieras el refrán cumplido y entero.

No en botea el saber la lança al guerrero

donde es la nobleza tan llena de sciencia.

Argumento de la I Cena

FELIDES, cavallero mancebo de clara sangre y rico, vencido de los amores de POLANDRIA, donzella muy clara de linaje y hermosura, se descubre a su criado SIGERIL; y le aconseja que mande a su moço, PANDULPHO, que trave pendencia con QUINCIA, moça de PALTRANA, madre de POLANDRIA; y el moço lo acepta.
Introdúzense:

FELIDES, SIGERIL, PANDULPHO.

FELIDES.- ¡Ay de ti, Felides!, que ni la grandeza de tu corazón te pone el esfuerço, ni la sabiduría consejo, ni la riqueza esperança, para esperar en la razón que para amar tuviste, la que en tal razón se niega para esperar el remedio, por el merecimiento, valor

y hermosura de mi señora; porque quanto por una parte pide la razón de amarse, por la otra niega, en la razón de tal servicio, la poca que para esperar remedio hay. ¡O mi señora Polandria!, quién pudiesse dezirte mi mal, con que con dezillo pudieses tú sacar dello que con las palabras de dezirse se niega al comedimiento que a la poca esperanza de mi remedio se deve por tu parte, por parte de tu valor sin ningún precio, por mi parte para redimir la libertad que en él tengo perdida. ¡Ay de mí!, que la pena me manda dezir y la razón callar. El dolor publicar mi fatiga y el comedimiento que a tu valor se deve encubrilla. Tu hermosura pide lo que niega esperanza; razón della me demanda lo que niega tu valor; fe me esfuerça, tu merecer me desmaya, el pensamiento osa, el entender teme, la memoria me fatiga, la voluntad me congoxa, el desseo me engaña y el amor me esfuerça para más me quitar el esfuerço. ¡O amor, que no hay razón en que tu sinrazón no tenga mayor razón en sus contrarios! Y pues tú me niegas con tus sinrazones lo que en razón de tus leyes prometes, con la razón que yo tengo para amar a mi señora Polandria, para ponerte a ti y casarte con la razón que en ti continuo falta, el consejo que tú niegas en mi mal quiero pedir a mi sabio y fiel criado Sigeril, podrá ser que, como libre de ti, pueda mejor dar consejo en el que a mí me falta. Por tanto quiérole llamar. ¡Sigeril, Sigeril!

SIGERIL.- Señor.

FELIDES.- Ven acá, que quiero pedirte lo que a mí me falta.

SIGERIL.- Señor, bien librado estoy yo luego si, aguardando a tener de tus sobras el remedio de mis faltas, piensas tú que de mis faltas se hayan de cumplir las tuyas.

FELIDES.- ¿Y qué faltas piensas tú que digo?

SIGERIL.- Señor, de las que hazen falta en todo lo que, fuera de tenerlo, sobra en valor, linage, gracias y hermosura, que es el dinero; por el qual no hay falta que con él no se cobre, pues no hay tacha ni falta que la riqueza no supla, ni virtud, ni linage y saber que la pobreza no asconda.

FELIDES.- No pone falta, Sigeril, lo que se puede comprar y vender, mas lo que, por faltar precio, no se puede comprar con precio, que es la voluntad.

SIGERIL.- Muy engañado estás, señor, si piensas que haya ya voluntad que no se compre con dinero, pues el almoneda que de todo lo desta vida por él se haze te devría desengañar. ¿Quién vendió la república de Roma y su monarchía, sino éste? Según que jusgara, el rey de Numidia lo dixo y pronosticó en su torpe deliberación de Roma, quando dixo, mirándola de una cuesta: «¡O ciudad puesta en precio, si tuviesses comprador!», como quien por dinero había comprado su virtud y justicia. Assí que, señor, por el dinero se corrompió su virtud y vino en perdimiento su monarchía. Por éste todo anda al almoneda; ¿y para qué quieres más prueba, sino que el hijo de Dios se puso en precio y se vendió por treynta dineros?

FELIDES.- ¡Ay Sigeril!, que el valor que me falta a mí, para que quiero pedirte consejo, como se ponga en precio pierde todo el que tiene, quedando con ninguno. Y por la misma razón, no se puede esperar por precio lo que con precio comprado se pierde el precio de su estimación, que es el valor de las mugeres, y más de tal muger como mi señora Polandria, donde sólo para pagar su precio queda por paga la vida, quedando yo sin ella y, con perdella, acrecentar ella más en el valor de su bondad, ante quien todo precio queda tan pobre quanto yo me siento en su acatamiento y presumpción y valer.

SIGERIL.- Señor, la falta de la esperanza te haze desesperar de lo en quien todo el mundo espera. Mas ¿no has tú oído un proverbio muy antiguo que dize que quien dineros tiene haze lo que quiere?

FELIDES.- Si sé, mas ¿por qué dizes esso?

SIGERIL.- Dígolo por lo que tengo dicho de lo que con él se compra y se vende; y

pues a ti no te falta, no pongas falta en lo que, para tu esperanza, te sobra.

FELIDES.- Ora ordena tú lo que te parece, que yo ni tengo saber ni tengo consejo.

SIGERIL.- Señor, lo que a mí me parece es que en la sobra del desseo te fallece la esperanza; y no me maravillo, porque aunque tengas el remedio te faltara en el contentamiento de gozar, por donde no es mucho que falte en el desseo de esperallo. Mas, lo que a mí me parece es que su madre de Polandria tiene una criada que sale al río y a la fuente, llamada Quincia; parésceme que será bien a un ruin echalle otro, que será a tu moço despuelas, Pandulpho, hazer que la requiera de amores y que procure alcançar parte della, para que tú la tengas en el todo de Polandria, echándola por tercera.

FELIDES.- Muy bien me dizes, llámalo acá.

SIGERIL.- ¡Pandulpho! ¡Pandulpho!

PANDULPHO.- ¿Qué fue, que tanta priessa hay?

SIGERIL.- Es que te llama nuestro amo.

PANDULPHO.- ¿Quiere matar alguno, o para qué tiene necesidad de mí?

SIGERIL.- ¡O, válame Dios, con hombre tan fiero como éste!

PANDULPHO.- ¿Qué dizes, Sigeril?

SIGERIL.- Digo que no adevines tú lo que tu amo te ha de querer, sino que lo pongas por obra y vengas.

PANDULPHO.- ¿Qué diablos me puede él a mí querer, fuera de andar a sus espuelas, si no es para apaleaer alguno, o cruzar la cara a alguna vellaca, o embiar a cenar con Jesuchristo algún vellaco que lo tiene enojado?

SIGERIL.- Déxate destas bravezas y ven, que no es tiempo de passar tiempo en esso.

PANDULPHO.- ¿Qué bravezas? Voto a la casa santa de Hyerusalem, mejor lo haré que lo digo; tú no me debes de conocer.

SIGERIL.- Días ha ya que te tengo conocido.

PANDULPHO.- ¿Qué dizes, qué estás hablando entre dientes?

SIGERIL.- Digo que días ha que te tengo conocido por tal, y que agora quiero ver cómo hazes lo que nuestro amo te encomienda.

PANDULPHO.- No sea cosa de pedirme consejo, sino de ponerlo en execución; y mándeme poner las manos del rey abaxo, que por la Verónica de Roma, que primero sea hecho que mandado; y aun al reyno sacara, si no fuera por no caer en mal caso.

SIGERIL.- ¿Qué desmandarse haze este panfarrón!

PANDULPHO.- ¿Qué dizes, o de qué te ríes?

SIGERIL.- Ríome con que gastas más tiempo en dezir que en hazer, según son tus obras.

PANDULPHO.- Di, ¿tú no conoces a Mostafás, el carnicero?

SIGERIL.- Sí conosco, mas ¿para qué es agora esso?

PANDULPHO.- Para que sepas lo que passé con él ayer en casa de Silea, la cantora.

SIGERIL.- ¿Qué passaste?

PANDULPHO.- Pregúntalo tú a Baravón, el moço de cavallos, que él te lo dirá, porque no es bien los hombres dezir sus cosas.

SIGERIL.- Así es, porque la palabra divina lo niega que ninguno diga su gloria; mas dexémonos ora desso, que yo sé bien tu esfuerço y valor de persona.

PANDULPHO.- No estés en esso, que veynte mugeres y rapazes que allí estavan no me pudieran tener, sino que me hallé con espada y él no tenía armas ningunas, y por esso me detuvieron de llegar a las manos con él sobre cierto juego sobre que huvimos palabras.

SIGERIL.- Así lo creo yo, que por esso estavas tú tan fiero entre las rucas.

PANDULPHO.- ¿Qué dizes, qué me atajas?

SIGERIL.- Digo que le quebraras las rucas en la cabeça, pues que no tenía espada.

PANDULPHO.- Bueno es esso; por Christo, no es más en mi mano, enojado, dexar de matar, que puede dexar de morir el que me enoja, especial si es sobre caso de alguna mochacha.

SIGERIL.- Ora ven, que basta lo dicho, que todos lo sabemos.

PANDULPHO.- Mas, por tu vida, ¿sabías tú ya lo que passé con Mostafás?

SIGERIL.- Sí sé y estava maravillado dello.

PANDULPHO.- Luego, no debes de saber lo que antes havia passado con el sacristán de San Martín, quando le rasgué toda la sobrepeliz y aun parte de la corocha, sobre el tomar del pan bendito; que no te maravillaras desso. Y a la verdad, no era tanto por el pan bendito como porque me parecía que mirava de mal ojo a mi mochacha, que estava en su parrochia.

SIGERIL.- Hi, hi, hi.

PANDULPHO.- ¿De qué te ríes? ¿Dizes que no es así?

SIGERIL.- No, por Dios, que bien te conosco días ha, sino porque te pesasse que mirasse a tu mochacha, teniéndola tú a ganar dineros en la mancebía.

PANDULPHO.- ¿Desso te espantas? Pues sabes que una cosa es ganar dineros, y otra es, fuera del lugar de ganallos, dezille de palabras ni de señas ninguna descortesía en mi presencia; porque quiero yo que delante de mí parezca una Santa Catalina y que todos me tengan en el acatimiento que me deven por mi persona.

SIGERIL.- Ora basta, anda cá, que está nuestro amo esperando.

PANDULPHO.- Ora vamos, mas di, por tu fe, ¿sabes qué me quiere?

SIGERIL.- Allá lo sabrás.

PANDULPHO.- Señor, ¿qué es lo que mandas?

FELIDES.- Pandulpho, mi fiel criado, yo te quiero encomendar una cosa en que no me va menos que la vida.

PANDULPHO.- Perder la mía es lo menos que por tu servicio tengo de hazer.

FELIDES.- No me atajes, que bien conocida tengo tu voluntad; y para esto, yo querría que tú travasses pendencia.

PANDULPHO.- ¿Qué pendencia, señor? Por los misterios de la missa, con el rey la tome por tu servicio.

FELIDES.- ¿Ya no te digo que no me atajes hasta el cabo?

PANDULPHO.- Pues di presto con quién es la pendencia, para quitalle la vida en pago de tu enojo.

SIGERIL.- ¡O, do al diablo este vellaco, si ha de acabar hoy con sus fieros?

FELIDES.- ¿Qué dizes tú, Sigeril?

SIGERIL.- Digo, señor, que es rezia cosa meter, hombre tan determinado y osado, consejo.

FELIDES.- Ora, tornando a nuestra plática, la pendencia es de amores y no de armas.

PANDULPHO.- ¿De amores, señor? Pues éstas son mis missas.

FELIDES.- Pues el caso es que a mí me cumple que tú traves pendencia y procures tener amores con Quincia, criada de Paltrana, la viuda.

PANDULPHO.- ¿Qué amores? No digo amores, mas si fuese menester, por el Corpus Domini, de casa de su ama la saque arrastrando por los cabellos y te la trayga aquí.

FELIDES.- Hi, hi, hi.

PANDULPHO.- ¿De qué te ríes, señor? ¿Piensas que no lo haré mejor que lo digo?

FELIDES.- No me río desso, sino que no quiero que la enojas, sino que la enamores para traella a mi propósito.

PANDULPHO.- Mal sabes, señor, de achaque de trama; porque, si piensas que me adoran a mí las mugeres, sino porque sé dalles del pan y del palo, porque has de saber que quieren ser halagadas y castigadas.

SIGERIL.- Al diablo el rufianazo vellaco, si piensa que está en el bordel hablando con Tripa en Braço y Montón de Oro y con otros tales vellacos.

FELIDES.- Aquí no te demando que la castigues, sino que la regales y la enamores para que la tengamos contenta; que querría que me llevase cierta embaxada a Polandria, hija de su señora.

PANDULPHO.- Ya, ya, por las reliquias de Roma, que te tengo entendido; ¡hideputa, y cómo es bella y fresca la donzella! Déxame el cargo, señor, que en mi cuydado te puedes bien descuydar. Yo tomo el negocio a mi cargo, y voy a entender en poner por obra mi officio y tu mandamiento; porque yo más nascí por esto, cierto, que no para almoçar y servir de moço espuelas.

FELIDES.- Ora ve con Dios, y pon mucha diligencia. ¡Qué panfarrón y fiero es este vellaco! Y, si viene a mano jamás deve de dezir cosa que sea verdad.

SIGERIL.- Tal me parece él; mas todo es provallo, y quando él no aprovecharé yo travaré pendencia con Poncia, donzella muy privada de Polandria, y fingiré de casarme con ella para más la poner en el juego. Y, en tanto, reposa tú, señor, que no has dormido esta noche, y yo yré a dar priessa a este panfarrón, no se vaya todo en fieros y palabras su hecho.

FELIDES.- Así lo haz; y ve con Dios, y ciérrame esta puerta.

Argumento de la II Cena

PANDULPHO va a buscar a QUINCIA y la topa camino de la fuente, y la requiere de amores; y estando con ella llega ZAMBRÁN, negro de PALTRANA, y riñe con la moça y reprende a PANDULPHO, y él se escusa y se va. Después torna, y tornan a topar a BORUCA, negra, cuyo enamorado era ZAMBRÁN, y lleva encomiendas QUINCIA de BORUCA a ZAMBRÁN. Y entrodúzense:

PANDULPHO, QUINCIA, ZAMBRÁN, BORUCA.

PANDULPHO.- Agora quiero ver qué manera terné en lo que mi amo me ha encomendado, porque del dicho al falto hay muy gran rato, porque Paltrana tiene criados moços y locos que no dudarán más en matarme que en comer un pedaço de pan. Yo querríalo hazer a mi salvo porque, en fin, como dize el proverbio, mal ageno de pelo cuelga, y más vale que se alargue su pena que no que se acorte mi vida. Y más que yo no querría ninguna cosa llegar a efecto; baste que por mis palabras me tengan por valiente hombre, y no quiero con la esperiencia de las obras desengañarlos. Mas también porque mi amo no me tenga en poco, porque todas las cosas más en estimación que en hecho consisten su valor, quiero yr a la fuente, y si topare a Quincia fuera de los límites de su casa dezirle dos parolas a manera de llevada, y como las tomare así procederé. Quiero tomar mi espada y mi capa y peñar mi hebra para parecerle mejor, que, a un salir a buen fin estos hechos, no sería mucho encantusarla de casa de su ama y hazerla iluminaria de una botica, donde me ganasse más provecho que mi amo me daría en estos diez años. Ora yo voy. Para el Corpus Domini, hela allí do va, quiérome llegar a ella y hablarle. Dios os salve, señora hermosa. ¿Soys muda, señora, o por qué no queréis hablar? Por el Corpus Domini, de hablaros por señas pues no entendéis por palabras. Bolveos, bolveos acá, mi ángel, despecho de la vida que bivo.

QUINCIA.- Desvíate allá, ¡el diablo, el vellacazo que lo lleve!

PANDULPHO.- Despecho de la vida, señora, ¿eras tan brava con el otro marido?

QUINCIA.- Veréis vos el rufianazo, con qué se viene el desgraciado.

PANDULPHO.- Señora, no seáis descortés con vuestros servidores.

QUINCIA.- No seas tú malcriado, no seré yo descortés. Veréys vos, mi hermano papienco, bendígamelo Dios, no lo hocen puercos. ¡Harracá mi necio!

PANDULPHO.- No estés, señora mía, tan brava, buélvete acá.

QUINCIA.- Desvíate allá, no seas malcriado, si no, por vida de mi señora, de te arrojar este cántaro a los ojos.

PANDULPHO.- No pienso yo, señora, que seréys tan descortés.

QUINCIA.- Por mi vida, si no estás quedo, que lo diga a tu amo más presto que te santígues. ¡Válgalo el diablo, si ha de estar quedo el asnejonazo, majadero!

PANDULPHO.- Por nuestra dueña hermana, que para ser tan hermosa que no os hiziesse mal. un poco de más gracia.

QUINCIA.- Veréis vos el desgraciado, con ésta me quieren a mí en mi casa, sin que te vaya a demandar prestada la tuya.

PANDULPHO.- Por las reliquias de Meca, señora, que conmigo no estás muy graciosa, no sé la gracia que con otros tenéys. No sé por qué, que por Nuestra dueña, que no tienes otro mayor servidor que yo en este mundo. ¿Ríeste señora? ¡O, bendito sea Dios que te me dexó ver reír!

QUINCIA.- Ríome de ver tu desgracia, que de desgraciado eres gracioso.

PANDULPHO.- ¡O rostro hecho de flores! Por la Verónica de Jaén, que me tienes muerto; que te vi estotro día las piernas en el río, que me dejaron muerto de amores.

QUINCIA.- Mira vos, tales quales ellas son con ellas me sostengo. Escucha, escucha.

ZAMBRÁN.- Cantar, vaylar, Mohoma, no saber guala, xeñora.

QUINCIA.- Desvíate allá, amigo, que viene aquí Zambrán, el negro de mi casa, no te vea hablar conmigo.

PANDULPHO.- Pues señora, ¿dasme licencia para que te dé esta noche una música?

QUINCIA.- Haz lo que quisieres. ¡Cuytada de mí, que nos ha visto Zambrán!

PANDULPHO.- Pues ¿a qué hora mandas, mi ojos? Di hora, di, mi alma, hora di, suplícotelo, mi corazón, presto.

QUINCIA.- ¡Ay, Jesús, qué importuno eres!, Dios me libre de hombre tan pesado. Sea a las doze; y calla y desvíate allá.

ZAMBRÁN.- Gentel homber, ¿qué querer vox, vox merxé, acallá vax, mas acollá venex con la mochacha de mi xeñora?

PANDULPHO.- Hermano Zambrán, por el crucifixo de Burgos, cosa no le dezía, por vida tuya ni mía.

ZAMBRÁN.- Jura a Dux, a mí entender, y no estar bona cortexía los hombrex de ben andar a lox oídox con las mochachax, a la fonte en amore conex, xoxacando la creada de mi xeñora.

PANDULPHO.- Por Santa María, tal cosa no passa.

ZAMBRÁN.- Andar allá; por Xanta Mareya, por Xanta Mareya, por Xanta Mareya, a mí no estar tan bovo como tú penxar, ¿tú penxar que no entender a mí ruyndadex?

PANDULPHO.- Ven acá hermano, no hayas enojo. Por el Corpus Domini, que no le dezía ninguna cosa ni descortesía.

ZAMBRÁN.- ¿Qué Corpo Crexte, Corpo Crexte?; andar con el diablo. Tú andar, vielaca, no estar más ay, xi no, a mí dexter a mi xeñora.

QUINCIA.- ¡Válalo el diablo, el búzano! ¿Yo qué le hago a él ni qué tengo que ver con estotro?

ZAMBRÁN.- Andar a entender en hazer hazenda, y dexar de engrella mentox y poteronex.

QUINCIA.- ¡Al diablo el escaravajo! ¿Havéys vos de tomar estas cuentas?

ZAMBRÁN.- ¿Tú no querer andar?

PANDULPHO.- Hermano Zambrán, callar por me hazer merced y no haver enojo, que voto al Antichristo, si te enojo, de no la hablar en mi vida.

ZAMBRÁN.- Andar, xeñor, voxa merxé, que yo no tener conta contigo. Xi tú quier extar hombre de ben, a mí querer xer leal a mi xeñora; que no parecer ben foxte acá ne foxte acullá con la moça, quexstar bova y no mirar a xu honrra.

PANDULPHO.- Ora calla, hermano, que yo soy tu amigo.

ZAMBRÁN.- Y a mí tuyo, por Xanta Mareya. Mas mirar, xenor, voxa merxé. No parexer ben extax coxillas, extos xesecretos camino de la fonte. No iurara Dux, ¿para qué es xino dezir verdá?

PANDULPHO.- Ora, hijo Zambrán, yo me voy, y queda con Dios; que por Nuestra Dama, no te enoje más que a mí.

ZAMBRÁN.- Andar con Dux, señor, voxa mercé.

PANDULPHO.- A un diablo me hauviera de traer hoy acá, si no fuera por mi cordurra. Dírame aqúeste puto negro una porrada, con que me dexara tendido en el suelo; a muchos peligros destes daré yo al diablo los amores. Mas por esso hago yo como sabio, que me voy a mis passatíempos, a essa mancebía, por apartarme destes peligros, y por esso dizen que buey manso bien se lame. Mas, como quiera que sea, ya no puedo cumplir con mi honrra sin dalle esta noche la música, mas yo yré tan acompañado con los criados de mi amo, con que sea seguro que no sea la música de responso para me enterrar; y si viniere algún peligro, como mis compañeros presumen de honrra, entre tanto que se desembuelven los que vinieren dellos, tomaré yo las viñas y ponerme en salvo. Que más vale que digan aquí huyó Pandulpho, que no que digan aquí murió el malogrado de Pandulpho; que no me parió mi madre para cevo de buytrera de los amores de Polandria, que tales me van pareciendo, si mi seso no templara la yra de Zambrán. Mas quiero ponerme a la puerta de la ciudad y esperar a que torne Quincia y dezille algo de camino, porque no me tenga por covarde en haver sufrido tanto a Zambrán. Hela aquí donde viene. Hermana, por la cruz de Caravaca, que tuvo en ti buen padrino Zambrán, que, si no por enojarte, no estuvo en más de embialle a cenar con Jesuchristo, que, por el Corpus Domini, tres vezes tuve puesta la mano en el espada.

QUINCIA.- Por tu vida, amigo, que te dexes destes passos, que es un vellaco y dezillo ha a mi señoira; y como es un atochado, no me maravillo sino cómo no nos mató allí.

PANDULPHO.- Por Dios, que esso es lo que yo ando a buscar.

QUINCIA.- ¿Qué dizes?

PANDULPHO.- Digo que, por Dios, si tal cosa pensasse, que yo le buscasse y el menor pedaço fuesse la oreja; mas desso se guardará él bien, de me enojar. Y tú, mi vida, no seas tan ríguosa conmigo.

QUINCIA.- ¡Ay, por Dios!, no tornes a essas cosas, que no soy déssas que tú piensas.

PANDULPHO.- ¡O perla de oro, qué sabia eres! No querría sino deshazerte a besos essa boquita.

QUINCIA.- Bien librada estaría yo, por Dios; ¿y con qué comería si me deshiziesses la boca?

PANDULPHO.- Hi, hi, hi. Por las reliquias de Roma, sabia eres y traydora; tú eres la que yo ando a buscar para mi condición, que quantas palabras echas por essa boca, todas me parecen que me derriten un panal de miel en la mía.

QUINCIA.- Ora vete con Dios, que llegamos cerca de mi casa, no torne Zambrán a toparnos, no sea el diablo.

PANDULPHO.- Señora de mis entrañas, por tu vida, que si tornare, que me perdones; que no será en mi mano dexar de matalle o, a lo menos, cortalle un brazo o una pierna.

QUINCIA.- ¡Ay, por Dios, no hagas tal cosa!, que sería echarme a mí a perder, pues no era más menester para no osar tornar yo más a casa de mi señora.

PANDULPHO.- Amores de mi alma, ¿havíate a ti de faltar casa y casas donde estuviesses a tu honrra?

QUINCIA.- ¡Nunca Dios me trayga a tal tiempo! Y vete ya por Dios, que viene aquí Boruca, la negra de Astibón, que lo dirá a Zambrán que es mucho su enamorado.

PANDULPHO.- Ora pues, los ángeles vayan contigo, que la música será cierta esta noche.

QUINCIA.- Y a ti guarde, gentil hombre. ¿A dónde andar Boruca?

BORUCA.- Acá andar, voxa merxé, a la fonte por agua; ¿tú venir, voxa merxé, de allá?

QUINCIA.- Boruca, hermana, ¿venir mandar algo para Zambrán?

BORUCA.- Ha, ha, ha.

QUINCIA.- ¿De qué reír Boruca?

BORUCA.- Extar mucho me namorado Zambrán.

QUINCIA.- Por esso mejor.

BORUCA.- Dar al diablo xñora, que extar muy viliaco, que aremeter a mí extotro día, a querer baxar como un perro.

QUINCIA.- ¿Y tú hazer?

BORUCA.- Para Xantar Marea, voxa merxé, a fogir y meter en casa de mi xenor.

QUINCIA.- Ora, Boruca, hermana, yo me voy. Andar con Dux.

BORUCA.- Dux andar contigo, hermana. Encomendarme a Zambrán, que guala estar bon hejo, aunque travexo y veliaco.

PANDULPHO.- Ora yo voy a contar cómo dexo la moça más mansa, que ésta yo la doy por alcançada. Y quiero concertar la música con estos criados de mi amo, para que sea de suerte que me tengan por hombre de bien y la dexen muerta de amores, que tiempo es ya de entender en ella si se ha de dar.

Argumento de la III Cena

SIGERIL ve venir alegre a PANDULPHO y pregúntale de qué, y dize cómo tiene concertado de dar música esa noche a QUINCIA, y conciertan ambos de la dar con los otros criados de FELIDES. Y entrodúzense:

SIGERIL, PANDULPHO.

SIGERIL.- Aquí viene Pandulpho; alegre viene, buen recaudo devemos de tener. ¿Qué gozo es éste, hermano?

PANDULPHO.- Es que voto a la reverborada, que dexo la mochacha casi mía, puesto que a los principios la hallé algo dura de cerviz, más supe tan bien enlavialla y dezille tales parolas, que la dexo como una marta. Mas ayna huvieran de costar caro los amores.

SIGERIL.- ¿Cómo esso, me di?

PANDULPHO.- ¿Cómo?, que pensé que dexara cevo para buytrera destos amores, en que se cevaran los buytres y cuervos en la carne de Zambrán, el negro de casa de Paltrana, si con la razón no refrenara los primeros movimientos, según el humo me subió a las narizes; que, voto a la casa de Meca, aunque diez escudillas de mostaza hubiera comido, más humo no tuviera.

SIGERIL.- Bueno fuera eso para destruyr el negocio de nuestro amo; pues ¿cómo se atajó esa brega o por qué fue?

PANDULPHO.- Fue porque me topó hablando con Quincia y comenzó de hazer fieros; y atajóse, que como me vio enojado tornó como una marta; y la mucha paciencia suya fue parte para templar la poca mía.

SIGERIL.- Pues no has de hazer eso en estos casos, que es destruir la negociación.

PANDULPHO.- Hermano, voto a tal, no es más en mi mano dexar de matar a uno si me enoja, que dexar de comer para bivir.

SIGERIL.- ¡Al diablo, este panfarrón encomiendo al diablo! ¡La verdad deve dezeir en quanto dize que passa! Más valiera no havelle metido en esto, que toda la cosa se ha de yr en humo y fieros, y como azogue no ha de quedar nada en el crisol.

PANDULPHO.- ¿Qué estás rezando, Sigeril?

SIGERIL.- Rezo por las almas de los que te enojaran y que nos guarde Dios de tal pestilencia, y a Zambrán, para que no sea causa de la muerte de nuestro amo Felides. Y no sea todo palabras, sepamos lo que tenemos en obra.

PANDULPHO.- No burles tú, que yo de veras hablo. Mas lo que queda acordado es que yo le dé música esta noche a las onze, como me mandó; y, según lo que passé con el negro, temo no haya dado mandado a los criados de Paltrana. Y quisiera yr acompañado, si no fuesse por parescer que los tengo en algo y que nuestro temor donde no lo hay ni puede haver.

SIGERIL.- No, que para eso todos yremos contigo y a recaudo, para si algo fuere.

PANDULPHO.- Sí, mas ha de ser con condición que si algo succede que me dexes a mí solo con ellos, para que parezca que fuistes por vuestro plazer y no por mi temor.

SIGERIL.- ¡O encomiendo al diablo hombre tan fiero!

PANDULPHO.- ¿Qué dizes?

SIGERIL.- Digo que es bien, que así se hará. Mas ¿cómo piensas que será bien dar la música?

PANDULPHO.- Yo, con mi guytarra, y Canarín, el pajezico, cantará, que tiene la boz en el cielo, y Corniel, moço despuelas, mi compañero, hará el ruyseñor, que es gloria vérselo hazer, y tú tañerás los cascaveles, y Barañón, moço de cavallos, tañerá el cántaro. Mira si tengo pensada música con que enamore a los ángeles, y mucha copla, y mucha cosa y regozijos, que hagamos de plazer morir la mochacha.

SIGERIL.- Por Nuestra Dueña, que lo tienes bien pensado. Pues yo tomo el cargo de se lo mandar de parte de Felides, porque lo hagan con más voluntad.

PANDULPHO.- Pues assí se haga, y con tu cuydado me descuydo hasta que sea hora de ir, ya que acostado nuestro amo.

Argumento de la IV Cena

PANDULPHO pregunta si están a punto los que han de dar la música y, todo aparejado, vanla a dar; y dándola, viene el alguazil y huye PANDULPHO, y después torna desimulando y riñe con CANARÍN, pajezico; y tornados a casa, torna azechar y oye cómo QUINCIA y POLANDRIA burlan de su huyda. Y entrodúzense:

PANDULPHO, SIGERIL, CORNIEL, BARAÑÓN, CANARÍN, QUINCIA, POLANDRIA.

PANDULPHO.- Hermano Sigeril, ¿está ya acostado nostro amo?

SIGERIL.- Sí está.

PANDULPHO.- Pues hora me parece para yr. ¡A, Corniel, hermano!, ¿está el ruyseñor a punto?

CORNIEL.- Sí está, y aquí Barañón con su cántaro.

SIGERIL.- Pues he aquí los cascaveles, que por mí no ha de quedar.

PANDULPHO.- ¿Lleváys todos vuestras guabras y rodanchos?, porque si repicaren, ya me entendéys.

BARAÑÓN.- Todo va a punto.

PANDULPHO.- Escucha, que da el relox las onze da. Buena hora es; sus, vamos. Mas bien será que nos concertemos aquí y digamos una copla.

SIGERIL.- Bien es, por tanto toca tú la guitarra.

PANDULPHO.- Mal haya el puerco que me vendió esta prima, que no es la mejor del mundo; mas así passará. Ora tocá, y di tú, Canarín, una copla:

CANARÍN

Levantaos mi coraçón,

levantaos la madrugada,

y oýd en esta alborada

lo que os dize mi pasión.

SIGERIL.- Por Nuestra Dueña, cosa real es oýr la boz deste rapaz y la melodía que haze el ruyseñor.

PANDULPHO.- Y la guitarra ¿qué tacha tiene?

BARAÑÓN.- ¡Boto a mares!, no hay qué pedir, que si la moça no es bova, por las ventanas abaxo pienso que se ha de echar por nosotros.

CANARÍN.- No se gaste en palabras; vamos donde havemos de yr.

PANDULPHO.- Canarín, por vida de Dios, que digas otra copla, que no es sino gloria oýrte.

CANARÍN.- ¿Para qué es esso? Juro a Sant Juan que me enronqueça, que no pueda después cantar.

SIGERIL.- Bien dize; vamos donde havemos de yr y déxate desso, que allá te hartarás de tañer y cantar.

PANDULPHO.- Ora vamos. Por aquí vamos mejor, porque no topemos con el alguazil, no haga algún desvarío con que la música se torne en responsos.

CANARÍN.- ¡Maldito sea hombre tan fanfarrón! y si viene a mano el primero que tome calças de Villadiego será él.

SIGERIL.- Esso jura tú a Dios; mas calleemos ya, que si nos oye no acabaremos esta noche con fieros. Ya llegamos, pongámonos aquí en baxo destas ventanas. Ora, sus, comença a tañer, y bien pausado; ora, sus, Canarín, la boz en el cielo:

CANARÍN

Levanta, levanta aýna

mi señora y mis amores,

más linda que clavellina

y más hermosa que flores.

BARAÑÓN.- Encomiendos a Dios tan buena, copla.

SIGERIL.- Calla, no le estorves.

PANDULPHO.- Di, perla preciosa, que esso me contenta.

CANARÍN

Levantaos por el huerto

y paraos a la ventana,

y verme eys sin cosa sana

por vuestros amores muerto.

O, rostro hecho de rosas,

el más lindo que yo vi,

clavellina entre hermosas,

haya manzilla de mí.

PANDULPHO.- Voto a la casa santa, que me espanta este rapaz. El diablo le mostró tales dichos.

BARAÑÓN.- Hideputa el diablo, y qué sentidos que son.

SIGERIL.- Dexalde; ora, vaya adelante, que me parece que veo tocados a la ventana puestos.

PANDULPHO.- Por la Verónica de Jaén, que dizes verdad. ¡Ora, ora Canarín, haze maravillas!

QUINCIA.- ¡O señora mía Polandria, qué gloria es oír aquel rapaz! Llégate, llégate acá y verás qué maravillas dize: por aquella boca, que no es sino gloria oýlle.

POLANDRIA.- Ora calla, que ya comienza a cantar.

CANARÍN

O ángel que a mi alborada

estás y hecha de flores,

remedia ya mis dolores,

mi alma, esta madrugada.

PANDULPHO.- Dote al diablo, rapaz, que cosa más a propósito no pudieras cantar;
ve adelante, que por Nuestra Dueña, que se ríen de gozo en oírte.

CANARÍN

O señora y mis entrañas,

tu vida y mi corazón,

remedia ya mi pasión

y mis penas tan estrañas.

Remedia ya mis passiones

y mi mal, fuerte y cruel,

tú, más dulce que la miel

ni que nuezes ni piñones.

QUINCIA.- Señora, estas trobas me parecen a mí como açucar, que no las retólicas que la otra noche nos dezían los cantores del Infante, a un son que ni entendía lo uno ni lo otro.

POLANDRIA.- Assí lo creo yo, que no era para la boca del asno la miel.

QUINCIA.- Señora, por te hazer a ti sabia dizes esso, que por mi vida, que tan poco lo entendías tú.

POLANDRIA.- Anda, loca, ¿no lo havía de entender. Tú por tu coraçón juzgas el ageno.

QUINCIA.- Señora, no sé, pardiós, esto me parece a mí como perlas; que no parece sino que habla aquella guitarra y que estamos en el alameda del río, según contrahaze aquél el ruyseñor.

POLANDRIA.- Ora calla, que la boz del mochacho es lo mejor, si cantase cosa sentida.

QUINCIA.- Señora, ¿y cosas más sentidas se pueden dezir?

POLANDRIA.- Hi, hi, hi; ora calla, que torna ya a cantar.

CANARÍN

La guitarra y ruyseñor,

y el cántaro y cascavelles,

mi alma, dizen que veles

y que oyas al tu amor.

PANDULPHO.- Dote a Dios, rapaz, ¿dónde hallas esos primores? Por la cruz de Caravaca, si bive este rapaz, que ha de ser gran glosador.

SIGERIL.- Calla, no le vayas a la mano.
CANARÍN

La prima tengo quebrada,

la tercera y el bordón,

y tú no estás enhadada,

mi alma, en darme pasión.

QUINCIA.- Señora, ¿no tiene gracia aquel niño en lo que dize? Óyale ora, señora, que no es sino gloria oýrle.

POLANDRIA.- Ora calla, que sí oyo.
CANARÍN

Con vuestra merced, mi vida,

rosa fresca del rosal,

que la noche haze frida

tárdome y dizenme mal.

SIGERIL.- Ora una deshecha, y poco y bueno, y no mucho y malo.
CANARÍN

Señora, pues quiso Dios

hazeros hecha de flores,

no me desagáis de amores.

QUINCIA.- ¡Landra!, y qué cantarzico tan salado, ¿no es muy gentil, señora?
POLANDRIA.- Calla, y oyamos la buelta.
CANARÍN

Hízoos Dios y tan gentil,

y a mí por vos desdichado,

hízoos Dios el mes de abril,

y a mí el agosto agostado.

Véome todo agenado

viendo a vos hecha de flores

y a mi deshecho de amores.

SIGERIL.- ¡Válame Dios!, ¿y qué ruydo de armas es esto que aquí viene?

PANDULPHO.- No es tiempo de aguardar, mas de poner pies en polvorosa, que con la buelta no echarán de ver en mí. Ya que estoy en salvo, quiero bolver acechar en qué paró el negocio. Quiérome un poco sossegar, que no me alcança huelgo a huelgo con la priessa que he tenido, y dexaré aquí, tras estas piedras, ascondida la guitarra y el espada y el broquel, porque si fuere el alguazil no me lo tome y, passo a passo, veré lo que ha sido de mis compañeros. ¡Malogrados dellos si son ya muertos, y qué buenos mancebos eran! Ora yo torno a acechar y, si algo fuere, tornaré más descargado para huyr, y, si no, diré que vine a defender que no les tomassen las espaldas por estotra calle. Ora yo voy, que ya no oyo ruydo.

SIGERIL.- ¿Quién es?

ALGUAZIL.- Mas ¿quién soys vos?

SIGERIL.- ¿Quién es?

ALGUAZIL.- Mas ¿quién soys vos?

SIGERIL.- ¿Quién soys vos que lo demandáis?

ALGUAZIL.- Soy el alguazil.

SIGERIL.- ¡O señor!, perdona, que, por Dios, pensamos que eras otro.

ALGUAZIL.- ¿Traéis armas? Dadlas acá, y la guitarra que tañíades; que a tal ora no es bien andar dando músicas en lugar sospechoso.

SIGERIL.- Señor, no nos debes de conoscer, que hazernos yas toda cortesía por cuyos somos.

ALGUAZIL.- ¿Y quién soys?

SIGERIL.- Somos criados de Felides, y soy Sigeril, hijo de su ama.

ALGUAZIL.- Perdona, señor Sigeril, que no te conocía. Por ser cuyos soys andad con Dios, y no hagáis más estos alborotos; que si otros fuérades, por vida del rey, desarmados fueran a la cárcel.

SIGERIL.- Téngotelo en merced, señor, y si mandas que te acompañemos...

ALGUAZIL.- No, sino que os vays luego, por amor de mí; y quedad con Dios.

PANDULPHO.- En paz está ya la cosa, quiero tornar, quizá podré dissimular que no

falté; no puede ser, que ya me han visto, quiero hablalles. ¿Qué es esto, hermanos?, que pensé que nos tomaban las espaldas y fuy a proveer en tal peligro.

SIGERIL.- Pues ¿a dó dexaste la espada y la guitarra?

PANDULPHO.- Como vi que no había con quién pelear, y oí que acá eran pazes, dexélo escondido, porque si por ventura fuese la justicia no haver brego con ella, por lo que tú dixiste, que no convenía a los amores de nuestro amo ningún escándalo.

CANARÍN.- Hi, hi, hi.

PANDULPHO.- ¿De qué te ríes, rapaz?

CANARÍN.- De la diligencia que pusiste en yr a proveer en esso, que parecía que no ponías los pies en el suelo.

PANDULPHO.- ¡Al diablo el rapazejo malcriado!, pues ¿había de yr despacio? Por Nuestra Dueña, si os tomo por una pierna, si no os acibarro en aquella pared porque estés mofando.

CANARÍN.- Verés vos, el panfarrón. ¡Ay, ay, ay, hideputa, vellaco!, ¿havéisme vos a mí de dar? Soñólo el putito de vuestro linaje; yos juro a la mi fe que yo lo diga a Felides. ¿Por qué me havés vos, don rufianazo, de llegar la mano ni dar bofetón? Para mí tenés vos, don panfarrón, manos, y para los que ciñen espada pies.

SIGERIL.- Quítate allá Pandulpho, ¿no has empacho de tomarte con esse niño?

PANDULPHO.- Pues, ¿hase de igualar él, siendo rapaz, con un hombre barbado?

CANARÍN.- ¡El diablo me lleve si no os descalabro, don vellacazo, porque me des vos a mí!

SIGERIL.- Quítale, quítale la piedra, Barañón.

BARAÑÓN.- Déxala rapaz, si no, darte he de bofetones.

CANARÍN.- Agradecedlo vos a Barañón, que para ésta, que yo os hiziera una pitera en essa cabeça.

PANDULPHO.- Yos voto a la casa santa, don rapaz, si no fuera por los padrinos, que yo os diera qué moflir.

CANARÍN.- ¡Calla ya, malaventurado, con tus girmanías!

PANDULPHO.- Señor Sigeril, hazé que calle esse rapaz, si no, por estas barbas, que me havéis de perdonar.

CANARÍN.- Verés vos, ¿y por qué tengo de callar?

SIGERIL.- Calla ya pues, tú, rapaz, que no te has de ygualar con un hombre.

CORNIEL.- Por Nuestra Dueña, pues que no es bien que un muchacho se iguale con un hombre de barbas.

SIGERIL.- Calla ya tú; que juro por Dios, que si Felides sabe que le llegaste las manos, que haya tanto enojo que de cosa más lo pueda haver.

PANDULPHO.- Hermano Sigeril, castíguelo él, y no sea malcriado; y si mucho enojo huviere no faltará quien me dé de comer, ni a él quien le sirva, que yo no soy hombre que tengo de sufrir cosa contra mi honrra.

SIGERIL.- Ora baste esto, que es tarde, y vámonos acostar. Y tú, Canarín, no hayas enojo, que tú tuviste la culpa; y calla por mi amor.

PANDULPHO.- ¿Ves?, aquí dexé entre estas piedras el espada y la guitarra, porque veáys si tenía intención de huyr; que si huyera no había de dexar perder mi hazienda.

SIGERIL.- Ora baste, que así se cree de ti. Y vamos y entremos passo, que duerme nuestro amo; no despierte.

PANDULPHO.- Agora que quedo solo, quiero yr a casa de mi puta, a pedille cuenta de lo que ha hoy ganado; como voy enojado podrá ser, si no la da tal, que descargue en ella el nublado. Y quiérome yr por casa de Paltrana, quiçá estará Quincia a la ventana, y haré de un tiro dos cuchilladas. Hablando está, quiero llegar passo.

QUINCIA.- Señora, dexando una razón por otra, ¿tú no viste qué huyr llevaba uno de

los de la música quando sintió el alguazil?

POLANDRIA.- Pues ¿tú no has oído que el huir no es correr, sino bolar?

PANDULPHO.- Noramala acá vine, ¡cuytadas de orejas que tal oyen! No de balde dize el proverbio que quien escucha de su mal oye.

QUINCIA.- ¡Hideputa, qué gran covarde devía ser aquél! No devía de ser él Pandulpho, criado de Felides, que, así goze yo, el más fiero hombre es que hay en toda esta cibdad; que estotro día le oí dezir, que si no fuera por cierta persona, que matara a Zambrán o le cortara un brazo o una pierna, a mejor librar; que con una furia lo dezía que las barbas henchía de la saliva, con la braveza que lo dezía.

PANDULPHO.- Bueno va esto, en buena possessión estoy tenido con Quincia; plázeme, que terné poco que hazer en abonarme con ella.

POLANDRIA.- Muy engañada bives en esso, que todos los panfarrones tienen esso, que todo su hecho es palabras. ¿No conociste a Gandulfo, moço despuelas de mi padre, que era otro tal en sus fieros y no había liebre más covarde en el mundo quéél?

PANDULPHO.- Guayas de mí, con esse abono digo que medraré yo.

POLANDRIA.- Quanto más, que por mi vida, que creo que no era otro el que huyó, sino él.

PANDULPHO.- Peor está que estava, noramala acá vine esta noche.

QUINCIA.- ¿Cómo, señora?

POLANDRIA.- Di, el que huyó, ¿no era el que tañía la guitarra?

QUINCIA.- No, era otro.

POLANDRIA.- Pues, por vida de mi señora, que me pareció él.

PANDULPHO.- Bien está, pues dize que le pareció, porque ningún testigo no haze fe si no depone afirmando.

QUINCIA.- Mas ¡qué donayre sería si fuesse él!

POLANDRIA.- Mayor sería si no fuesse él quien venía allí, que mejor lo pudiesse hazer.

QUINCIA.- Quanto si él es, échese sus fieros y bravezas a cuestras.

POLANDRIA.- Andacá, vamos acostar, que poco nos va que sea él que otro.

QUINCIA.- Señora, vamos.

PANDULPHO.- Ora, yo quedo bien librado desta noche; en Palana havrán de quebrar estos enojos, si no me da buena cuenta. Quiero yr allá, que no me faltarán excusas y mentiras para con Quincia, si supiere que fui yo el que huí.

Argumento de la V Cena

PANDULPHO, acabada la música, va a pedir cuenta a su ramera, PALANA, y allegan a reñir y después a hazer pazes. Y introdúzense:

PANDULPHO, PALANA.

PANDULPHO.- Ta, ta, ta.

PALANA.- ¿Quién está ay?

PANDULPHO.- Abre allá, pesar de tal, que vengo dado al enemigo.

PALANA.- Encomiendo al diablo este desuellacaros, con algún achaque deve él de venir agora; duelos tenemos.

PANDULPHO.- ¿Has de abrir allá, o tienes algún gayón que me ha tomado la posada?

PALANA.- Aguarda que ya voy.

PANDULPHO.- Abre, pues. Pesar de la vida que bivo con esta borracha, si ha de abrir esta noche.

PALANA.- ¿Qué diablos havéis, que tan rifador venís?

PANDULPHO.- ¡Pesa a la casa de Meca con la bagasa, si me ha de pedir la cuenta! Creo que por no dar la que te tengo de demandar me la estás tú ya pidiendo.

PALANA.- Y aun de aý nasce la tosse a la gallina. Desventurada de mí, que quanto afano y trabajo para sostener mi honrra me ha de robar este desuellacaras.

PANDULPHO.- ¿Qué estáis rezando, dueña? Pues no apañe yo un látigo para hazeros rezar bien de verdad.

PALANA.- Digo que después que venís harto de andar en vuestras puterías, por donde os pagáis, venís a descargar en mí el enojo. ¡Desdichada de mí, que tengo yo de pagar vuestros dessabrimientos!

PANDULPHO.- No llores, amores, despecho de la vida, que, dándome tú lo que es razón, no tengo de tratarte más que a mis ojos.

PALANA.- ¿Y qué os tengo de dar más de lo que os tengo dado, que soy vuestra esclava?

PANDULPHO.- Y aun con esso reniego yo, dama. Déxate dessas roncerías y dame lo que has ganado, y no quiebre el enojo que trayo en ti.

PALANA.- ¿Y qué enojos son éstos?

PANDULPHO.- Es que topé con cinco o seis vellacos y no sé qué me hizieron; y como me enojaron, tomaron las viñas y no aguardaron a que quebrasse en ellos mi yra. Y quería que no fueses tú causa de pagar lo que ellos me quedaron a dever.

PALANA.- Dexaos dessas rufianerías, galán, que no tengo yo toda mi vida de ser vuestra esclava. Pensé, en buena fe, que me vengaríades la iniuria que tengo recebida a vuestra causa, por teneros yo a vos.

PANDULPHO.- ¡O, despecho de la vida que vivo!, ¿y quién te ha enojado? Pues no será sabido, quando, voto a la casa santa de Hierusalén, a palos le muela, por no apocar mi espada en matalle a espaldarazos. Y si es muger, voto a la Verónica de Jaén de te poner las narizes en tus manos, porque sepan que te han de tener en lo que por mí te deven.

PALANA.- ¿Para qué son esos fieros, Pandulpho? ¿Pensáis que con ellos me havéis de hazer pago? Mirá, si queréis que os lo diga, yo soy muger de bien, y hablar claro Dios lo mandó; no tengo yo de ganar y travajar para vos, si vos no havés de tomar a mis cosas, y me han a mí maltratar, y tengo de buscar quien me vengue.

PANDULPHO.- ¡O, reniego de los moros, con la puta! Estoyle diziendo que me diga quién la ha enojado para dalle mil muertes en lugar de una, y estáme trayendo garavatos, por no me dar la cuenta de lo que hoy ha ganado.

PALANA.- ¿Vos no lo sabéis?, ¿para qué me preguntáis?

PANDULPHO.- ¿Y qué sé?

PALANA.- ¿No sabés cuál me paró Botafes, el rufián de Azcarena, porque havíamos havido palabras? ¿Yo no lo dixé a vos?, ¿para qué os hazéis de nuevas?, ¿qué es lo que havéis hecho?

PANDULPHO.- Que son borrachas. Ven acá, mala muger, que me estás afrontando. ¿Tú no me dixiste que te había dicho Canarín, el pajezico de mi amo, que havían avisado a la justitia cómo andava a buscar a Botafes para lo despachar, y que andavan por te prender a ti y a mí, y que por esso acordamos, entre ti y mí, de dissimular por algún tiempo?

PALANA.- Andaos daý con vuestros fieros y rufinerías, que esso todo lo ordistes vos con los criados de vuestro amo. Que si vos no lo dexérades, ¿de dónde ellos ni la

justicia lo havían de saber?

PANDULPHO.- Pese a la vida que bivo, que no quería yo puta tan sabia como ésta; entendido ha la quadramaña.

PALANA.- ¿Qué dizes entre dientes, o qué estás rezando, que no tentiendo?

PANDULPHO.- Digo que no hay tan mala muger en el mundo como tú, ni más sospechosa; voto al sepulcro no santo; mañana le hazer que el mayor pedaço sea la oreja, porque, en fin, yo sé que estoy fletado para la horca, no me da más hoy que mañana, y yo te contentaré porque no me andes con esos doblezes. Yo soy contigo como un ángel y tú andas conmigo con dos hazes.

PALANA.- No lo digo por tanto, mas para que sepáis que no me mamo los dedos, que a cabo de treynta años que ando en la mancebía algo havía de haver aprendido.

PANDULPHO.- Y aun pese a tal porque has aprendido tanto.

PALANA.- ¿Qué dizes?

PANDULPHO.- Digo, hermana, que me mandes dar dinero, porque haviendo de hazer lo que tengo acordado por tu servicio, que es matar a Botafes mañana y cruzar la cara a su puta, ya sabes que para andar por yglesias y monesterios, a sombra de tejados, que no se puede hazer la bolsa vazía.

PALANA.- Mal año para ti, don rufianazo, que no me sacarás más de lo que me has sacado, con esos fieros y mentiras.

PANDULPHO.- ¿Dizes, vida, que te parece bien?

PALANA.- No digo sino que no lo mates agora, que al presente no me hallo con dinero para tan gran costa como éssa.

PANDULPHO.- Por Nostra Dueña, ya no te aprovecha, que no quiero que me digas otra vez lo que me dexiste, por todo el mundo, que yo tengo de hazer lo que digo y tú me has de dar quanto tienes; porque, a lo menos, si la justicia viniere a secrestarte los bienes, que no los halle para nuestros males, que donde fuere la persona mejor yrá la hazienda.

PALANA.- Buen estilo toma el vellaco cuero para robarme; pues, por Nuestra Dueña, que yo te haga que te salga el sueño del perro.

PANDULPHO.- ¿Qué dizes?

PALANA.- Digo que no tengo blanca ni la puedo ganar.

PANDULPHO.- ¿No? Pues dame acá tus ropas para que las empeñe esta noche o las ponga a recaudo, para que mañana a estas horas, yo juro a Mahoma, que yo tenga un real puesto sobre mí en la yglesia o monesterio donde me acogeré.

PALANA.- Déxate, amores míos, dexas parolas, que no te quiero yo tan mal que te quería ver puesto en essas afrentas por mí.

PANDULPHO.- Ya ni en tu mano ni en la mía no es; que lo que una vez determino todo el mundo no lo estorvará. Saca las ropas priado si no, yré yo por ellas.

PALANA.- Por cierto, no yrás.

PANDULPHO.- ¿No las quieres traer? Pues yo las tomo.

PALANA.- Dexa, amigo, mis sayas, que no me las distes tú.

PANDULPHO.- Desvíate allá, no quiebre en ti el enojos que tengo.

PALANA.- Déxate dexas fieros, que no son para mí, que ya sé cuántas son cinco; a quien cierce y amassa no le hurtes hogaça.

PANDULPHO.- Déxame, si no, juro a tal de te hazer un juego que sea sonado en todo el reyno. ¿No quieres? ¡Pese, ora, a tal con la puta, si me ha de dexar!

PALANA.- ¡Justicia, justicia, que me roban y me matan en mi casa!

PANDULPHO.- ¿Tú no quieres callar? Boto a tal, si no callas, que te embé con nuevas a los infiernos.

PALANA.- Pues dexa tú mis ropas, amigo, que sí callaré; que ya sabes que honrra me

quedará para ganar para ti y mí; que yo te daré dos reales, que por tu vida, mi alma, que no he ganado hoy más.

PANDULPHO.- Pues ¿cómo quieres tú que con tan poco dinero me ponga yo a tal peligro?

PALANA.- Que no quiero por agora que te pongas en nada, hasta que yo tenga con qué te hazer bien la barba.

PANDULPHO.- Ora pues, después no te quexes; y dame acá esse cayre que dizes que tienes al presente para una camisa que me haze menester; y vamos acostar, y después no te quexes que no vengo tus injurias.

PALANA.- Ora, que no quexaré; mas la camisa ¿paréscete que es bien que la pague yo, para que te vayas tú a la fuente a requebrar con la moça de Paltrana?

PANDULPHO.- Calla ya, amores míos; voto a tal, todo el mundo no estimo en tanto como una paja para contigo. Mas, ¿quién te lo dixo?

PALANA.- Por mi fe, que me lo dixo el negro de su casa, que ha estado aquí conmigo toda esta tarde y aun parte de la noche.

PANDULPHO.- Yo te voto a la casa santa que él me lo pague, porque no venga con estas parlerías; creo que quedó enojado de mí porque le traté mal de palabras allá en la fuente, y pensando que me enojaba me levantó esso para malmeterme contigo.

PALANA.- Dalo al diablo, amigo, que no me da nada; mas no querría que lo que yo gano y trabajo para ti lo gastasses con otras.

PANDULPHO.- Desso puedes tú estar segura. Y vamos, amores míos, acostar, que es ya tarde, y acabarse han los nublados de las quisiones y haremos las amistades, que no hay mejor concertador ni tercero para las renzillas de los enamorados que la cama.

PALANA.- Vamos, entrañas mías; y, en quanto pudiéremos, démonos a plazer y dexemos los enojos.

Argumento de la VI Cena

PANDULPHO va la fuente y topa con QUINCIA y, estando con ella, llega BORUCA, la negra, y después ZAMBRÁN; e, ydo ZAMBRÁN, ruega BORUCA a PANDULPHO le lea una carta de ZAMBRÁN; y, leyda, vase PANDULPHO y topa a ZAMBRÁN, y loále la carta para tenerlo contento. Y entrodúzense:

PANDULPHO, QUINCIA, BORUCA y ZAMBRÁN.

PANDULPHO.- Quiérome yr por la fuente, por ver si podré ver a Quincia que, voto a tal, allende de lo que me va en abonarme con ella de la mala estimación de anoche, querría concluir estas pláticas, que me parece gentil moça, y dar al diablo esta puerca de Palana, que, voto a tal, más vieja es que Sarra, y con la edad sabe tanta ruyndad como yo, y con puta tan matrera mal puedo yo mudar el pelo; y si esta moça pudiesse yo amansar, es hermosa y boçal, y con ella podría salir de mal año poniéndola a ganar hecha de mi mano, y no sabría salirme de mandado; que estotra puerca, voto a tal, no le sufra el hedor de la boca por quanto me puede dar. ¡Pese a tal con la borracha, si hay quién la sufra! Ora yo quiero poner haldas en cinta y haré de un tiro dos cuchilladas, que será hazer lo que mi amo me encomendó y lo que a mí me cumple; que será hazer lo que no hizo hasta hoy ninguno, que es meter honrra y provechio en un saco, assí que saliendo con la honrra de lo que mi amo que encomendó meter el provecho en mi bolsa. Quiérome aquí sentar, que no puede tardar de venir; y voto a tal, si no me engaño, hela

allí do viene, es ella, no es otra, por Nuestra Dueña del Antigua. Señora Quincia, voto a tal de media legua te conocí en la gracia que tienes en traer esse cántaro.

QUINCIA.- Calla, ya estás haziendo burla. Assí como lo llevo no dexarán de beber del agua que llevare.

PANDULPHO.- Juro por tu vida y mía, que si el agua tiene la gracia que tú tienes en llevalla, que puedes dezir con razón que no la dexarán de beber.

QUINCIA.- Déxate desso, no estés haziendo burla.

PANDULPHO.- Déxate tú, mi ángel, que tú lo ves mejor que yo lo digo; mas, dexando una razón por otra, ¿estás ya más mansa que ayer?

QUINCIA.- Ay, señor, mucho te agradezco la música, que fue muy linda.

PANDULPHO.- No me hables en esso, señora, que estoy para renegar la leche que mamá.

QUINCIA.- ¿De qué, señor?

PANDULPHO.- ¿De qué? ¡O, despecho de la vida que bivo!, ¿y no lo tengo destar? Que vaya hombre con covardes a hazer sus cosas, y que se ponga a recibir la muerte por complir con su honrra, y en confiança de los que lleva consigo, y se le torne el sueño del perro.

QUINCIA.- ¿Cómo es esso, di?

PANDULPHO.- ¿Y cómo? Tú, señora de mi alma, ¿no viste qué huyr llevaba aquel lebrón de Barañón, moço de cavallos, quando anoche me acometió el alguazil? Que voto a la casa de Meca que, con todo mi esfuerço, quando le vi bolver las espaldas me hizo tituvear. Que cree que un hombre covarde es para destruir mil hombres, aunque sean leones.

QUINCIA.- ¿Cómo, él era el que huyó anoche?

PANDULPHO.- Pues, despecho de la vida, ¿quién havía de ser, sino él? Que, voto a tal, si no fuera por ser de una casa, las piernas le cortara, porque a él fuera castigo y a otros escarmiento.

QUINCIA.- Bien lo dezía yo a la señora Polandria que era él.

PANDULPHO.- ¿Qué me dizes, señora?; ¿que oyó su merced la música?

QUINCIA.- Sí, por mi vida; y aun que dezía que havías sido tú el que havías huydo.

PANDULPHO.- ¡O, pese a los ángeles con tal pensamiento! Bien parece que no me tiene conocido, pues en tal possession me tiene. Suplícote, mi vida, que la desengañes tú de tan mal pensamiento.

QUINCIA.- Por cierto, que yo lo dixé anoche, que no eras tú tal persona.

PANDULPHO.- Téngotelo en merced, mi alma, que no bives tú engañada; porque, por las reliquias de Meca, que no hay cosa que yo más ame que a ti, que toda me pareces hecha de perlas preciosas; y no quería cosa más sino que conociesses el amistad que te tengo, porque no fuesses tan desamorada conmigo.

QUINCIA.- Por cierto, hermano, bien te quiero yo.

PANDULPHO.- Bueno va esto.

QUINCIA.- ¿Qué dizes?

PANDULPHO.- Que no estás engañada, hermana, por Nuestra Dama; y para que conozcas más mi voluntad, ruégote que me hagas merced de oír esta noche ciertas palabras que a mí me cumplen y te cumple dezirte.

QUINCIA.- ¿Y aquí no me las puedes dezir?

PANDULPHO.- No es cosa que se ha de dezir tan de priessa.

QUINCIA.- No quería que te atrevieses a lo vedado.

PANDULPHO.- Por Antechristo, no tengas temor que cosa contra tu voluntad haga.

QUINCIA.- Ora pues, desvíate allá, que viene aquí Boruca.

PANDULPHO.- ¿Qué me respondes a esto, mi alma?

QUINCIA.- Otro día te daré la respuesta.
PANDULPHO.- No, sino que lo hagas.
QUINCIA.- Vete presto, que ella es.
PANDULPHO.- Pues haze esto que te ruego.
QUINCIA.- ¡O Iesú, cómo eres tan importuno! No de balde dizen que romero hito saca çatico. Ora vete, que sí haré.
PANDULPHO.- Pues ¿a qué hora, mi alma?
QUINCIA.- A las doze.
PANDULPHO.- ¿Por dónde?
QUINCIA.- ¡O Jesús!, por entre las puertas de mi casa.
BORUCA.- Hermana Quincia, extar en bon ora.
QUINCIA.- Y tú venir, Boruca.
BORUCA.- Ha, ha, ha; ¿dezir a Zambrán mix encomendax?
QUINCIA.- Sí dezir, y holgar mucho.
BORUCA.- ¿E qué responder?
QUINCIA.- Quextar tú muy veliaca, que no querer a él mucho.
BORUCA.- ¿A mí veliaca? Más veliaco extar él.
QUINCIA.- Hermana Boruca, dezirme alguna respuesta buena que llevar a Zambrán.
BORUCA.- Ha, ha, ha; dezir que dezir a mí quextar vellaco y que andar en puterionex, que a mí xaber salir ayer de la puterixa de caxa de Palanax, que no dexir despox jurax a Dux mucho te quero, mucho te quero. Mas, venir acá, venir acá, ¿qué te dexter aquel gentel homber?
QUINCIA.- Preguntarme por Zambrán.
BORUCA.- A bona fe, mentir tú, que no dezir sino alguna velaquería de amori conex. He, he, he; catar Zambrán, catar Zambrán; querer a mí fuxir.
QUINCIA.- Por mi vida, que te tengo de tener. Corre Zambrán, corre, que querer huyr Boruca.
ZAMBRÁN.- ¿Por quextar tan vellaca que querer fugir de mí?
BORUCA.- Andar, andar para Polanax.
ZAMBRÁN.- Embidia extar éxa e bien parescer a mí, andar acá amorex y nuer enojo. Jurax a Dux máx querer a ti que a todas, dexar ox celox.
BORUCA.- Andar con el diablo; dexar a me, xeñora Quincia. Tomar, don vellaco, porque llegar a me.
ZAMBRÁN.- ¡O, corpo de Dux, con talex burlax! Jurax a Dux que te tengo de abraçar aunque no querer.
BORUCA.- Dexarme, vellaco, dexarme.
ZAMBRÁN.- Ora pox, perdonarme y a mí dexar.
BORUCA.- Ora xí perdonar, andar con el diablo.
ZAMBRÁN.- Ora pues, a mí andar a tu caxa exta noche.
BORUCA.- Ora andar, que vox pagar a me.
QUINCIA.- Ora, hermana Boruca, quedar con Dios, que yo me quiero yr mi casa.
BORUCA.- Andar con Dux, hermana. Dezir a Zambrán que no andar a la noche a mi casa, que extar burlando. Venir acá, Quincia, chamar aquel gentil homber y moxarte un carte de Zambrán.
QUINCIA.- Chámalo tú.
BORUCA.- ¡A, xenor!, vexa acá la mano de voxa merxé; chegar acá, por tu vida.
PANDULPHO.- ¿Qué quieres, hermana?
BORUCA.- Xenor, voxa merxé, leer esta carta.
PANDULPHO.- De buena voluntad, dar acá y escuchar. «Xenora de mi corazón, guala, querer a ti como a me vida. Para Xanta Marea no xaberme bien lo que comer.»

BORUCA.- A mí xí saber, par Dux, ora dezer.

PANDULPHO.- «Extar muy rixte y no poder dormir».

BORUCA.- Ha, ha, ha; a mí gualardonir hasta las mañanax.

PANDULPHO.- «O, dexirme todos: '¿de qué andar rixte Zambrán, hermano?'. Dexir a mí no saber, guala, xabendo que todo lo haxer tú, mex entrañax. Mi coraçón, no me querer hazer más mal, por vida de voxax merxé, pues extar tuyo todox.».

BORUCA.- Ha, ha, ha; guala, menter, que no extar meyo xino de tu xenora Paltranax.

PANDULPHO.- «Y si tú querer, a mí caxar contigo, y bexacá la mano de voxax merxé.»

BORUCA.- Guala, estar ben excrita, max a me no se me dar nada máx de para burlar y paxar tempo, que extar un bovo Zambrán. Dexter, hermana Quincia, que dexar dextax boveríax y dexar amore conex, que no aprovechar nada.

PANDULPHO.- Señora hermosa, ¿mandas que se haga más por tu servicio y desta señora?

QUINCIA.- Señor, no más, sino que te agradecemos el trabajo y que vayas con Dios.

PANDULPHO.- Esto es lo menos que por tu servicio y dessa señora tengo que hazer; y por Nuestra Dueña del Antigua, que está la carta para passar dondequiera, y la gracia de Dios quede contigo.

QUINCIA.- Y contigo vaya, gentilhombre.

PANDULPHO.- Allí veo venir a Zambrán; quiero alaballe la carta para estar bien con él, que no será poco buena granjería para esta noche. Dios te salve, hermano Zambrán.

ZAMBRÁN.- Vexacá la mano de voxax merxé, xenor Pandulphox.

PANDULPHO.- Por el Corpus Domini, una carta tuya me dio Boruca a leer que mejor escrita no la he visto en mi vida.

ZAMBRÁN.- He, he, he; callax xenor, que extar burlando, extar todo boverías.

PANDULPHO.- Voto a las reliquias de Roma, no son sino buenos y singulares dichos en el caso.

ZAMBRÁN.- Por tu virtù, que, guala, todo extar needadex; max a mí quedar a tu servicio. Y andar con Dus, que yr depresa.

PANDULPHO.- Dios vaya contigo, hermano. Dentro le dexo en la gorrionera; por Nuestra Dueña, yo te sepa traer la mano por el cerro. Y no es ya tiempo de tardar de yr a dar cuenta de lo passado a Felides, y dezille en el estado en que tengo sus amores.

Argumento de la VII Cena

En que ZENARA, manceba del ARCEDIANO, passa con CELESTINA grandes cosas, sobre los celos que CELESTINA le dize que ha tenido del ARCEDIANO viejo, en la casa donde estava ascondida; y viene el ARCEDIANO, y despedida dellos sale; y, espantado el PUEBLO, va a su casa y halla a ELICIA y AREÚSA, y pasan muchas cosas, espantadas de vella. Y entrodúzense:

ZENARA, CELESTINA, el ARCEDIANO, el PUEBLO, ELICIA, AREÚSA.

ZENARA.- Ay comadre, ¿y cómo puedes sufrir tan largo encerramiento?

CELESTINA.- ¿Cómo? ¿Cómo, comadre? Como la costumbre quieren los sabios que sea otra naturaleza, y como en esta naturaleza, con la costumbre, yo haya ya hecho ábito para sostener esta negra honrra que a tantos trabajos nos obliga, y como sin ellos a ninguno se da, sufro el trabajo, comadre, para con sufrirlo sacar la gloria, assí de mi

honrra como de la gloria de la vengança de aquellos malaventurados de Sempronio y Pármeno, que assí me querían quitar la vida, donde con las tuyas quedaron pagados de su maldad, y yo satisfecha de tal injuria.

ZENARA.- Bien se podrá aquí dezir que quien mal haze parte le cae.

CELESTINA.- Assí es; mas también, comadre, muchas vezes, haziendo bien se recibe mal.

ZENARA.- ¿Por qué dizes esso, comadre?

CELESTINA.- Tú me tienes entendida, y a buen entendedor pocas palabras, porque al sabio no es menester más de ponelle en el camino.

ZENARA.- Mejor me ayude Dios, comadre, que yo entiendo esse latín.

CELESTINA.- Pues yo por romance lo tengo; porque yo, comadre, siempre me precié de ser muy clara con mis amigos, y poder andar con esta cara de aquí aquí, muy sin vergüença. Porque assí como la vergüença en los moços es buena, porque por falta della no hagan lo que no deven, es mala en los viejos tenella por haver hecho lo que no devían hazer; assí que la vergüença a los moços es freno para no errar, y en los viejos no la tener ha de ser espuelas por parte de no haver errado, y con no haver errado faltalles la vergüença de no haver hecho cosa de que la poder tener.

ZENARA.- Señora, declárate, que no te entiendo.

CELESTINA.- Comadre señora, tú me entiendes mejor que yo lo sé dar a entender; y porque entre los amigos no ha de dormir quexa, ni se sufre en verdadera amistad, para que la satisfacción supla con verdad la falta de la verdad en lo que muchas vezes se sospecha, yo me quiero, señora comadre, contigo declarar. Y es que yo vine aquí, a casa del señor Arcediano viejo, como a casa de señor y padre, a ser encubierta de la vengança que de los criados de Calisto yo quise tomar, fingiendo con mis artes que era muerta; y fieme de ti, señora comadre, como de persona, que como dize Plutarcho alabando a Camilo, que era assí pronto y amigable a aquellos a quien havía hecho beneficios, como si dellos los huviera rescebido, por haver ellos sido causa de acrescentar su honor. Assí que yo, señora, como fui causa de acrescentar tu honor, pensava que havía de ser amigable a ti.

ZENARA.- ¿Por qué dizes esso, señora?

CELESTINA.- Hablar claro, en fin, dizen que Dios lo dixo, y que barba a barba, vergüença se catan. Dígolo porque la verdad es hija de Dios, e yo siempre me prescié de dezilla, antes que de desnudarme de verdad para vestir a mis amigos de lisonjas.

ZENARA.- Señora, por Dios, que te aclares ya, que no lo entiendo.

CELESTINA.- Señora comadre, pues que quieres que lo diga, yo lo diré. El caso es que ya sabes como yo te conocí, conocida del cura de Sant Martín.

ZENARA.- ¿Qué quieres dezir, madre, por esso?

CELESTINA.- En buena fe, hija, no soy yo tan madre que puedes tú ser mi hija, mas pues lo he sido en consejo, yo lo quiero sufrir; y lo que quiero dezir es que yo te hize conocer al cura de Sant Martín vendiéndote por virgen, como tú sabes, que te hize correr por moneda buena, haviendo ya sido antes quebrada en poder del maestresala del Obispo viejo; y como yo fuy en la casa de tu moneda la que tenía la mayordomía, no hay para qué negarme cosa.

ZENARA.- Pues, ¿de qué sirve agora esso, comadre?

CELESTINA.- Sirve de que si en casa del señor Arcediano viejo tú tienes honrra y provecho y hijos, y mandas en su casa y vedas, que por mí la mandas; y si subiste de maestresala al cura, y del cura al Arcediano, y del Arcediano a entrar por manceba y salir por señora, por mí es.

ZENARA.- Declárate ya, por Dios, y no traygas cuentos viejos a la memoria.

CELESTINA.- Declárome que yo te hize passar por virgen al Arcediano, y que te

jugasse de boleo, biniendo ya de dos botes, y declárome que si yo tuviera pensamiento del Arcediano, amiga, si quieres que te lo diga, que no sacara pieça para meter pieça pues no sé tan mal jugar los dados que sacara a mí para meterte a ti; mas, como yo más estimé siempre la honrra que el interés, quise más que lo huviesses tú, quedando yo con mi honrra, que no que quedasse yo sin el interesse de la honrra por el del dinero. Ya creo que me tienes entendida.

ZENARA.- ¿Ay tal donayre? Mejor me ayude Dios que yo, comadre, te entiendo ni sé que quieres dezir.

CELESTINA.- Señora Zenara, pues si no as entendido, entiende que tú has havido celos de mí y del señor Arcediano, de que le has visto hablar conmigo secreto. Y hermana, si celos pudieras haver, sabe que días ha, que si yo tal pensamiento tuviera, que no me pusiera por tercera para contigo en la vihuela, pues pudiera ser la prima; que, aunque seas más moça que yo, otras cosas tengo yo que no tienes tú, por donde supliera con la gracia y saber la demasía de la edad. Que si yo vine a casa del Arcediano viejo, señora Zenara, no fue para tener amores con él. No, no por cierto, y mírame tú, sino para confiarme de su virtud, por el cargo que por tu causa me es, y para que por el que tú me tienes, pues por mí estás puesta en honrra, me confiasse de ti, que no para que huviesses celos de mí y de tu viejo honrrado; que si eso fuera, siendo él moço y yo moça pudiera comprar, mi amor, esse favor de mí, que cierto lo tuvo comprado con más passos y malas noches, alboradas y músicas por mi puerta que por la tuya dio. Mas lo poco que en la mocedad le aprovechó para sostener mi honrra, cree, mi amor, que menos le aprovechará en la vejez, donde ni su edad mata de amores, ni la mía puede morir por ellos; y el agua que mató, con temor de la honrra, el fuego en la mocedad, créeme, señora, que no se encenderá con tanta frialdad en el ábito de tal temor de honrra en la frialdad de la vejez. No tengas, mi amor, celos de mí, que ni la edad del señor Arcediano el viejo requiere, ni la mía lo demanda; y si lo has por pensar que me ha de dar algún interesse, sabe, mi amor, que no calçan sino a quien rompen. Assí que he querido dezirte lo dicho para que no bivas conmigo engañada, porque ya es tiempo de salir a fingir mi resurrección, y no quiero, señora, que quedes con sospecha y, por parte de tenella, con quexa de la que no se deve de mí tener. Que, como crees en Dios, puedes tener por fe que ni yo tengo tales pensamientos, ni hay para qué los tener, que moça fuy y vieja soy, y pues que moça no los tuve, no hay para qué, mi amor, tenellos en la vejez; basta haver ofendido a Dios en tramar esos hilados, de lo qual ya tengo la esperiencia de mi yerro para me arrepentir y emendar y hazer penitencia de lo passado. Por lo qual, si no fuesse por las obras que de ti y del señor Arcediano he recebido, yo te consejara y le aconsejara que os apartárades de más ofender a Dios; mas, porque no digas que te quiero yo quitar tus provechos, yo quiero atreverme antes a mi consciencia que darte pesar; y lo dicho, mi amor, baste para que pierdas tal sospecha. Y nunca juzgues lo que no juzga la Yglesia, que es del secreto; y quando me vieres, no hablar solamente con el Arcediano, mas estar abraçado conmigo boca con boca, havías de pensar, como manda el Baldo, que me estava bendiziendo. Y mira cuánto te quiero, que no he querido que quedasse contigo ni conmigo ninguna doblez antes que saliesse de tu casa, para que el amistad quedasse sin sospecha de ninguna parte; y quiérote abraçar para más confirmalla, y para que sepas que lo dicho ha sido para quitalla y dexar amor en el lugar que la mala voluntad podía tener para estorvallo, no se declarando las voluntades. Y con esta confiança del amor que yo te tengo he descubiertote mi corazón, para que pueda con tal secreto dexar el de mi resurrección fingida en el tuyo.

ZENARA.- Señora, yo me corro, por cierto, de lo que has pensado, mas huelgo de lo que dizes para que sepas, como amiga, que no he dexado de tener alguna sospecha de ti; y esto no te maraville, porque me han dicho que quando moça tuviste ciertas pendencies

con el Arcediano, y ya sabes que a los años mil torna el río por donde solía yr. Mas yo quedo satisfecha de ti, y cree que por mí no serás descubierta.

CELESTINA.- He, he, he. Bien sé que en tanto que huviere lenguas que no faltarán falsos testimonios; ¿y por cuál carga de agua, mi amor, si yo fuera primera con el Arcediano, habría de ser tercera para contigo, para perder lo servido al tiempo de la paga? Perdónesele Dios y perdónetelo, que como Dios es verdad, para contigo como mi madre me parece estoy, y no te dexo yo de confesarte que no quedara por el Arcediano, si, quando éramos moços, yo consintiera en su desseo; mas cree, señora, que pues yo te di a ti la mano, que le di a él del pie. ¡Ay bova, ay bova!, ¿y por tan nescia tienes tú a Celestina, que si algo desso huviera, que renunciara en ti el beneficio sin que le quedara regresso? No creas, mi amor, que si tan caro me costaran las burlas del Arcedianazgo, que tan barato renunciara el derecho de sus beneficios.

ZENARA.- Habla, señora, en mal hora, passo; no lo oya el Arcediano.

CELESTINA.- Antes estás engañada, que el que sabe la verdad es bien que lo oya, para que te desengañe del pensamiento tan malo que de mí y dél has tenido. Perdónete Dios, que yo ya te lo tengo perdonado, porque sé que si no perdonáremos no seremos perdonados de Dios. ¡O, que helo aquí donde viene la mi reverenda persona, que no parece sino que hinche toda esta casa con el autoridad con que viene!

ZENARA.- ¡Ay, por Dios!, comadre, habla passo, no diga que ando yo en estas cosas.

CELESTINA.- Antes es mejor, para quitarte la sospecha, que sepas mi inocencia y mi limpieza. He, he, he; ¡O señor, y cómo huelgo de tu venida!, para que sepas en lo que estábamos la señora Zenara y yo.

ZENARA.- ¡Ay, por Dios, no digas nada, que por Diós, que no es verdad!

CELESTINA.- Por Diós, sí diré; y a la verdad, señor, pensava la señora mi comadre que tú y yo que andávamos entendiendo en hazer mala harina, e yo estávala diziendo que, si esso huviera de ser, que en tiempo que los cedaços estavan más nuevos huviéramos cernido, que ya, mal pecado, ni tú puedes amassar ni yo puedo darte de heñir.

ARCEDIANO.- Por Dios, buena sospecha pues es éssa.

ZENARA.- ¡Ay por Dios, señor, no digas esso; que por vida mía y de Ancelinico, tu hijo, que nunca tal me passó por el pensamiento!

ARCEDIANO.- Ora, que yo soy seguro que no de balde dize mi comadre lo que ha dicho; y desto yo tengo la culpa, en darte tanto que quieres tomar el todo.

ZENARA.- Señor, por tu vida, que tal cosa nunca pensé.

ARCEDIANO.- Ora, sus, no es menester más, que yo te tengo días ha bien conocida.

CELESTINA.- ¡Ay, mi amor, y cómo estás tan engañada! ¡O, quién pudiesse, comadre, dezirte cuánto el señor Arcediano procuró comprar caro lo que tú tan barato de mi honrra querías comprar!

ZENARA.- ¡Ay, por tu vida señora, no me digas más, que me corro!

CELESTINA.- ¡A, señor!, pues viene a propósito, por vida de la señora Zenara, que sé que es la cosa desta vida que más quieres, que digas lo que te acaesció la noche que yo y Garatusa estábamos a la ventana, quando tú y el Arcipreste, tu amigo, nos hablastes, quando yo morava a la calle nueva.

ARCEDIANO.- ¿Para qué es dezir nada desso? Ya passó esse tiempo de liviandades.

CELESTINA.- Ora, por mi vida, que lo digas.

ARCEDIANO.- Déxame comadre, que ya no es tiempo dentender en tales liviandades.

CELESTINA.- Por Dios, pues si tú no lo dizes, yo lo diré; que aquella noche, si por mí no quedara, por Garatusa no quedó, por cierto, que quería que os abriésemos, viendo los prometimientos que nos hazíades, que por tu vida, comadre, que gastavan

más de cien doblas. Mas mira, como yo siempre fuy recatada desta negra honrra, a palabras locas hize mis orejas sordas, y deseché el precio y valor del dinero por el mayor fin de la honrra, como quien sabe que el dinero se ha de buscar para la honrra y la honrra no ha de servir al dinero, y por aquí, señora, de bueyzillo verás qué buey arás. Dígolo para que pues en la mocedad puede de mí dar tal esperiencia, que creas, mi amor, que en la madura edad que no está tan verde la leña que sin mucho fuego se pueda encender; porque muy mal, mi amor, un hielo con otro saca lumbre, y como la vejez no tenga ningún calor, si no es para beber, créeme, mi señora, que ya, mal pecado, su merced del señor Arcediano y yo más necesidad tenemos de vino anejo para callentar la cama que el de viejo para suplir la falta de nuestro calor; ya, ya passó el tiempo donde con fuego no se quemó mi fama, cree, comadre, que agora no se encenderá con hielo; y baste lo dicho, y dexemos lo passado pues ya no ay para qué traello a la memoria, pues harto hay que entender en los duelos presentes. Y señor, dexando una razón por otra, yo quiero salir para lo que tenemos ordenado de fingir que soy resucitada, en la confianza del secreto tuyo y de mi comadre. ¿Qué es lo que te parece que devo de dezir?; pues tú como más libre, sabrás en las cosas ajenas lo que ninguno en las tuyas propias puede saber, y el que más sabe, sabe, con saber, que no sabe ni puede saber en sus cosas propias.

ARCEDIANO.- Comadre, parésceme que no hay más que pensar, sino fingir que has resucitado, que del secreto desta casa a buen sueño suelto puedes dormir.

CELESTINA.- Ora pues, con essa seguridad yo voy, en el nombre de Dios, con intención de emendar mi vida y las ajenas; y Dios quede contigo, señora, y señor.

ARCEDIANO.- Y contigo vaya, comadre.

CELESTINA.- ¡Válasme Dios, y qué de gente parece y viene a mí, como si fuesse lechuza o búho que camina de día! Quiérome meter presto en mi casa, si no, aquí me sacarán los ojos.

PUEBLO.- ¡Vala el diablo! Aquélla, Celestina, la que mataron los criados de Calisto, parece. ¿es alguna visión? Por cierto, no es otra; ¡y qué priessa que lleva, que parece que va a ganar beneficio! ¡O gran misterio, que ella es!

CELESTINA.- Válos el diablo, ¡y qué mirar que tienen! Ora, sus, yo digo que la puerta de mi casa está avierta; bien parece, osadas, el poco cuydado que con mi ausencia hay. Acá están Elicia y Areúsa, espántanse de verme, santiguándose están; quiérolas hablar, que dan gritos y se abraçan la una con la otra pensando que soy fantasma. ¡O, las mis hijas y los mis amores!; no hayáis miedo, que yo soy vuestra madre, que ha plazido a Venus tornarme al siglo.

AREÚSA.- ¡Ay Iesús, que me muero de miedo!

ELICIA.- ¡Ay, hermana mía, que mi madre Celestina parece! ¡Ay, váleme la Virgen María, y no sea algún fantasma que nos quiera matar!

CELESTINA.- ¡Ay bovas, y no hayáys miedo, que yo soy! ¡Las mis hijas y los mis amores, venidme abraçar, y dad las gracias a Dios que acá tornar me dexó! Assí iuntas os quiero abraçar, que no tendré sufrimiento para más esperar.

ELICIA.- ¡Ay Iesús, Iesús! ¡Valme Dios! ¡Ay madre, desvíate allá que me muero de miedo, que pienso que eres muerta!

CELESTINA.- ¡Ay bova, bovista!; ¿y de qué das gritos, loca? No hayas miedo, mi amor y mi hija y las mis entrañas, que yo soy tu tía, que biva soy y no muerta; abraçame, loca, ¿qué te escandalizas? A osadas, que si fuera hombre y moço como soy muger y vieja que no te espantaras de me ver ni de me abraçar.

ELICIA.- ¡Ay tía, señora, y bien seas venida! ¿Y para qué dizes malicias en mal hora y en mal punto? ¿Y qué hombre pudiera venir a quien yo más quisiera que a ti?

CELESTINA.- Aquel Sempronio, que a osadas, hija, que no te estuviera bien

abraçallo según queda, y yo lo vi, en los infiernos abrasado. ¿Lloras, hija, por lo que digo? Pues no llores, que obligada eres a gozarte con lo que a Dios plaze y Él es servido de su justicia.

ELICIA.- ¡A osadas madre, que lloro por esso! ¡y aun obras te hizo él para que yo lllore por él! No lloro, en mi ánima, sino de gozo de te ver.

CELESTINA.- ¡Ay mi amor!, assí lo creo yo, que para conoscer tu amor lo dixé, que bien satisfecha estoy yo dél, aunque huelgo de oýrlo. Pues ¿cómo has estado mi hija, y tú, mi amor, Areúsa?

AREÚSA.- ¡Ay madre!, ya vees que tal estaríamos sin ti; con harta necesidad y desventura.

CELESTINA.- Según esso, el capitán, tu amigo, no deve haver venido, que del rufianazo, gesto del día lo de Centurio, bien sé lo poco que con él puedes medrar.

AREÚSA.- ¡Ay, madre! no ha venido; mas, en mi ánima, con Centurio yo he medrado con él tan poco el pelo como mi prima con el su mal passar de Crito.

CELESTINA.- Hartos días ha, hija, que si ella me hoviera creýdo, lo hoviera dado a la maledición y mudara ropa vieja y se vestiera toda de nueva; mas las moças no miran los tropieços deste mundo hasta que han caýdo. Venís tras el desseo y negáys el provecho; pues renegad, hijas mías, de «llámate mía y busca quien te dé de comer»; e quando tuvieres alguno, por muy gran afición, sin pluma, bueno es dalle compañero, para pelar y hinchar los cabeçales para el frío de la necesidad, y traellas a ambos las manos sobre el cerro, dándoles a entender que cada uno es solo y no hay otro, y quando uno con el otro en casa se toparen, hazer al uno entender que es el otro pariente o primo y al otro que es el otro tío, repartiendo el deudo conforme a la edad de cada uno, para quitar sospechas y hazer las hechas.

AREÚSA.- ¡Ay tía, señora, y qué gran gloria es oýrte dar consejos y avisos que das a todo el mundo, y la gran abundancia de sabiduría que tienes! ¡Y cuán perdidas sin ti hemos estado!

CELESTINA.- A la fe, hijas, pues agora lo podéys dezir con razón, que traygo más sciencia que llevé. Y dadme acá esse jarro, que el camino pone sed y dalle he un toque. Paréceme, hijas, que no estávades mal bastecidas de vino.

ELICIA.- ¡Ay madre, y qué transida de sed venías!

CELESTINA.- Por cierto, hija, no me llegó a los dientes.

ELICIA.- Pues por mi vida, madre, que por demás de un azumbre, que puedes bien pensar que lo tenía el jarro.

CELESTINA.- Hija, quiero descansar y tomar otros dos traguitos, que en mi ánima, que con la priessa que he traýdo por veros no me alcançava huelgo a huelgo.

ELICIA.- Refréscate, madre, de la calor y lávate el rostro con lo que quedare del vino.

CELESTINA.- Hija, no hay mejor lavar, para refrescar, que los gargueros; que como del estómago viene el calor principalmente, allí, mi amor, se ha de socorrer a lo más peligroso, y de la garganta se participa la sequedad a los labrios y la lingua. El alma, hijas, me ha tornado este vino, que, por cierto, transida venía de sed.

AREÚSA.- Madre, bien será que te vaya por más vino, que poco deve de quedar.

CELESTINA.- Hijas, basta, que ay queda para remojar otra vez los labrios.

ELICIA.- ¡Ay, ay señora, y qué gloria me es verte! ¡Y qué de cosas debes allá haver visto, en el otro mundo!

AREÚSA.- A osadas prima, ¡y cómo las deve haver visto!

CELESTINA.- He visto, hija, tanto, que no se puede dezir; y agora más tiempo es de descansar de mi camino que de saber nuevas de lo que allá passa, que más días habrá, hijas, que longaniças.

ELICIA.- ¡Ay, dinos aora algo, tía!

AREÚSA.- Déxala prima, y descanse y huelgue. ¿Y qué más ha de dezir que verla y holgarnos con ella? ¿Y para qué quieres tú ver ni saber más que tener tanto bien?

ELICIA.- Ay prima, por mi fe, que dizes verdad. Dame acá las manos, señora, y holgarme he contigo, que, en mi ánima, no puedo aún acabar de creer que eres tú.

CELESTINA.- ¡Ay hija, ay hija!; ¡y cómo quisieras tú otras manos más blandas y moças con que holgar que éstas, que parecen, mal pecado, raýzes de árboles! No me las beses, hija, que no están ya para besar.

ELICIA.- ¡Ay madre!, por cierto, más huelgo yo de tales besar que quantas manos de galanes puede haver; que déstas me viene a mí, cierto, más provecho.

CELESTINA.- Pues a la verdad, hija, dessas raýzes, si tú tomares mi consejo, sacarás, cierto, más fruto que de las de Crito, ni tú, hija Areúsa, de las de Centurio.

ELICIA.- Dalos a Dios, tía, y no los mientes, agora, que no son menester; y échate aquí en mí regaço, y rascarte he y espulgarte he; y descansa un poco.

CELESTINA.- Assí lo quiero hazer antes que venga más gente.

Argumento de la VIII Cena

FELIDES está consigo hablando, y llega PANDULPHO a dalle nuevas de lo que ha hecho; y estando en esto llega CANARÍN, corriendo, a dezille que media ciudad va a cassa de CELESTINA, que dizen que es resuscitada; y FELIDES embía allá a saber la verdad a SIGERIL. Y entrodúzense:

FELIDES, SIGERIL, PANDULPHO, CANARÍN.

FELIDES.- ¡O santo Dios, cuánta pena es al que aguarda tiempo, por breve que sea! ¡Ay de mí!, que no hay cosa que no me prometa esperança, y en cosa que me la prometa no la hallo. En la fe que a mi señora tengo pienso hazer milagros, y no puedo dexar de ponella, en razón de su valor, para jamás esperallos ver en la poca esperanza de mi remedio. Quiero llamar a Sigeril para ver si se ha hecho algo de lo que a Pandulpho mandé. ¡Sigeril! ¡A, Sigeril!

SIGERIL.- Señor, ¿mandas algo?

FELIDES.- Quiero saber qué está hecho en lo que a Pandulpho encomendamos.

SIGERIL.- Señor, lo que está hecho es que la música se dio esta noche a Quincia, y, dándose, llegó el alguazil; y Pandulpho, por no dar ocasión a que se dañasse esta tu negociación, pensando que hubiera ruydo, quísose apartar dél, dexándonos a nosotros en él.

FELIDES.- ¿Cómo es esso, me di?

SIGERIL.- Es que, por Nuestra Dueña, como sintió que venía gente, no hubiera galgo, por ligero que fuera, que le alcançara, según corral hazía la liebre.

FELIDES.- Bueno es esso; ¿todos sus fieros pararon en esso?

SIGERIL.- No sé en qué pararon, mas sé que no hubiera él parado según el son que llevaba, si no oyera que había pazes; y, dexando escondido la espada y el broquel y la guitarra, tornó asegurando que nos dexava seguros que nos tomassen las espaldas.

FELIDES.- Essas no deve él de tener seguras, según el trato que por esos burdeles trae y lo que sus fieros pregonan. ¡O, encomiendo al diablo el panfarrón, vellaco! ¡Y toda éssa es su ferocidad! Mas escucha, no nos oya, que le oyo hablar; él es. ¿Qué, tenemos hijo, Pandulpho?

PANDULPHO.- Tenemos hija, que vale más que él, por el corpo de Mahoma.

FELIDES.- ¿Cómo es eso?, que me va pareciendo bien.

PANDULPHO.- Mejor te parecerá desde que lo sepas.

FELIDES.- Dímelo, que no basta mi desseo a tanta tardança.

PANDULPHO.- Ya, señor, haurás sabido de la música de anoche y cómo la oyeron de buena gana.

FELIDES.- Sí sé, y oý de tu esfuerço, de que estoy más pagado, porque siempre te tuve en tal possessión; y mucho te agradezco tu osadía y que tuviste templança, porque sería destruyr el negocio de otra suerte.

PANDULPHO.- Señor, assí lo dixé yo a Sigeril, que pues esso cumplía, que me vería hecho un Sant Francisco en humildá. Mas dexando desto, después acá he hablado a la moça, y no con menos peligros de los criados de su padre.

SIGERIL.- Déssos te sabrás tú muy bien guardar.

PANDULPHO.- ¿Qué dizes Sigeril?

SIGERIL.- Digo, que Dios, que te guardes desso, no destruya la negociación.

FELIDES.- No le atajes, que él está ya tan ansiado que no hay para qué hablar en esso.

PANDULPHO.- Por Nuestra Dueña del Antigua, que pienso que más servicio te hago, señor, en esso, según mi condición, que en traerte aquí a Polandria, lo qual creo que se va aparejando, porque para esta noche tengo concertado la habla con su criada, y por la Verónica de Roma, que antes que de las manos me salga, la dexé tan de mi mano que tengas tú a Polandria por cierta en las tuyas.

FELIDES.- ¡O, Pandulpho!, mucho te agradezco tu buena diligencia, y bien sabía yo a quién encomendava mis cosas; yo te prometo que yo te lo satisfaga si llevas a fin estos hechos.

PANDULPHO.- No quería yo que fuesse todo parolas, porque más quiero un tomar que dos te daré.

FELIDES.- ¿Qué dizes?

PANDULPHO.- Digo, señor, que tengas el negocio por acabado, según los principios lleva, que yo lo sabré assí ordir como tú lo verás texer. Y parece que oyo ruydo de gente en la calle; algo deve de ser, que Canarín viene corriendo que no le alcança huelgo; quiérome yr armar, que algo deve de ser.

FELIDES.- Aguarda, sepamos qué es, y conforme a lo que fuere se proveerá, porque ya sabes que dize el proverbio que hombre apercebido es medio combatido. ¿Qué es esto, Canarín?

CANARÍN.- Señor, la mayor nueva y d'espanto que jamás oýste.

FELIDES.- ¿Qué es? Dilo presto.

CANARÍN.- Señor, no traygo huelgo; mas has de saber que toda la cibdad va corriendo a casa de Celestina, que es fama que ha resuscitado.

FELIDES.- ¡Válame Dios!, ¿es possible? Si assí es, agora pienso que Dios ha oýdo mis oraciones y que para mi remedio la embía. Sigeril, por tu fe, que vayas allá y me traygas recaudo presto de la verdad deste hecho, que es el mayor que jamás ha acaescido, y no es razón de dexar de yr a ver cosa tan admirable.

SIGERIL.- Señor, yo voy, y haré lo que me mandas.

FELIDES.- Ora Canarín, en tanto que va Sigeril, ¿qué es lo que oýste, ya que estás más sossegado?

CANARÍN.- Señor, oý que, estando Areúsa y Elicia en casa de Celestina, entró Celestina por la puerta, y, parecéndoles cosa fuera de razón o fantasma, no lo podían creer que ella fuesse, hasta que las asseguró, y les dixo y certificó que era ella; y a esta causa toda la ciudad va corriendo a ver tan gran milagro, y yo vínnetelo a dezir.

PANDULPHO.- Ha, ha, ha.

FELIDES.- ¿De qué rýes, Pandulpho?

PANDULPHO.- Reýme que pienso, por las reliquias de Mahoma, que alguna devota iluminaria de las boticas del burdel, con sus oraciones, ha hecho tal milagro; o por la santidad de tan buena persona como ella era y de la piedad de que en esta vida usava, con remediar muchas erradas donzellas, renovando sus quiebras, haziendo correr por buena su moneda falsa, la de essa Venus la ha querido tornar al mundo para que tan santas y buenas obras no falten, por faltar tan buena y santa persona.

FELIDES.- Pues no burles tú; que, por cierto, no tengo yo por pequeña obra de misericordia remediar tan gran mal como el que yo passo.

PANDULPHO.- Por cierto, señor, por esso pienso que te embía el dios de amor su ángel Celestina, para que remedie tu pena, como remedió la del mártir Calixto; y plega a Dios que no lo seas tú como ello fue.

FELIDES.- Por cierto, Pandulpho, con conseguir la gloria que él consiguió, no ternía yo por pequeña merced de Dios passar su martyrio.

PANDULPHO.- Pues yo te certifico, señor, si es verdad la resurrección desta santa dueña, que ella te sacrifique a Polandria, para que te puedas tú después a ella sacrificar, como tiene sacrificadas más de onze mil vírgines a las saetas de los ýdolos de amor. Por cierto, gran bien ha venido a todo el mundo con tal persona, para poblarse las hermitas de los desiertos burdeles, que tales sin ella havían quedado, si no se huvieran sostenido en esperança de su resurrección. Y para ver tan gran misterio yo quiero yr tras Sigeril, en quanto tú te levantas; y si para assí no fuere, no perderé cuydado del que esta noche tengo concertado, para remediar el tuyo con Quincia, que creo que será otro santo más a propósito a tus oraciones que la santa resuscitada, según mi buena maña lo tiene ya rodeado.

FELIDES.- Ora pues, hazlo assí. Y Canarín, dame tú en tanto de vestir.

Argumento de la IX Cena

ELICIA dize a CELESTINA que viene mucha gente a vella, y passa con ella y con AREÚSA grandes cosas; y llega el PUEBLO a la hablar y después muchas DUEÑAS. Introdúzense:

ELICIA, CELESTINA, AREÚSA, el PUEBLO, las DUEÑAS.

ELICIA.- ¡O, váleme Dios con tanta gente como aquí viene, madre!

CELESTINA.- Déxalos hija, que ya sabes que quanto más mores, más ganancia. Todo esto es autorizar más mi persona, estimar más mi fama, dar más crédito a mi poder; porque, haviéndome visto muerta y viéndome agora biva, ¿quién dudará de mis artes?, ¿quién no temerá mis conjuros?, ¿a quién faltará esperança en mi saber?, ¿quién podrá pensar cosa que piense que le podrá faltar? A todos habla bien, pues sabes quán poco cuesta el bien hablar; a todos rescibe con muy buen amor, para que con él te paguen; a todos sabe bien hablar al sabor de su paladar; porque no hay, hija mía, mejor librea, ni puedes a ninguno dar mejor vestido que de lisonjas; todos los resciben, todos los aman, ninguno las desecha; créeme, hija, que no hay moneda que más corra y que mejor se resciba. ¿Qué te parece loquilla?, que estás desbarvada. ¿Paréscete que todo es hazer entradas en la toca, pelar las cejas, acecalar el rostrillo para parescer bien? ¿Paréscete si vengo menos avisada del otro mundo que quando caminé para allá? Sábeta que más mercaduría traygo que llevé, que más letras aprendí que tenía, más criados tengo a mi

mandar que hombres ves venir, espíritus infernales, digo, con quien en esta jornada he tomado conocimiento y amistad. Mas quédesse agora esto para después, que es razón de cumplir con los que vienen.

AREÚSA.- ¡Ay, tía señora!, espantadas nos tienes en ver quanto dizes, sino que parece que vienes más vieja y más cana que quando fuiste.

CELESTINA.- A la fe, hija, sabe que desso rescibe mi persona más autoridad; que a mi oficio más autoridad sale de la edad y canas que no de hermosura y moçedad, más se aprovechan mis artes de la sabiduría que no de la tez, más de la sciencia que no del vestido. Mas ya es tiempo que callemos, que el pueblo llega acá.

PUEBLO.- ¡O, madre Celestina!, ¿qué maravilla tan grande ha sido ésta de tu resurrección?

CELESTINA.- Hijos, los secretos de Dios no es lícito sabellos todos, sino a quien Él los quiere revelar, porque ya sabéys que lo que encubre a los sabios descubre a los pequeñuelos como yo. Sabed, hijos míos, que no vengo a descubrir los secretos de allá, sino a enmendar la vida de acá, para con las obras dar el enxemplo con aviso de lo que allá passa, pues la misericordia de Dios fue de bolverme al siglo a hazer penitencia. Y esto baste, hijos, para que todos os emendéis, como en la predicación de Jonás, porque no perescáis; que las cosas de la otra vida no bastan lenguas a dezillas, y por tanto todos bivamos bien, para que no acabemos mal.

PUEBLO.- Madre, espantados nos tienes de lo que dizes, mucha honrra nos harías en dezirnos algo de lo que viste.

CELESTINA.- Hijos, ni me cumple ni os cumple, y por tanto no me preguntéis más, que el silencio será mi respuesta. E yd con Dios, que quiero reposar; que vengo de muy largo camino y quiero descansar con mis hijas y entender en mi casa, que la hallo mal reparada; que, mal pecado, ya sabéis el proverbio, que a muertos y a ydos no hay amigos; y con esto, por una parte me fuy al otro mundo, y por otra se començó a desbaratar lo que con tanto trabajo yo havía ganado para sostener mi honrra; porque como dize, ganástelo o heredástelo, que assí me ha acaescido a mí con Elicia; que, mal pecado, hijos, las moças no curan de lo que havrán menester, sino de lo con que podrán mejor parescer, y no curando mirar adelante cayen muchas vezes atrás; mas la vieja como yo, escarmentada, arregaçada passa el vado de los peligros desta vida. Y esto baste por agora, hijos, y andad con la gracia de Dios; básteos saber que havéys de bevir bien y emendar todas la vida. Y con esto me entro en mi casa, y vosotros os yd a las vuestras a reposar.

PUEBLO.- Madre Celestina, tú seas muy bien venida, y Dios quede contigo. Parécenos que la vieja viene escarmentada; trato le deven haver dado por donde quiere mudar el natural, que no se dirá agora que mudó la piel la raposa, mas su natural no despoja, pues con mudar la piel viene mudadas las obras; no de balde se dize que el loco por la pena es cuerdo; aquí podremos, con razón, dezir que de los escarmentados se hazen los arteros. Por cierto, caso de predestinación parece, pues la quiso Dios sacar de los infernos para tornalla a hazer penitencia de sus pecados.

CELESTINA.- Hijas, comamos, que cansada me dexa aquella gente.

AREÚSA.- Por cierto, madre, que te veo y no lo puedo acabar de creer que te veo, tan suspensa estoy y espantada de te ver.

ELICIA.- ¡Ay hermana mía!, pues si la vieras como yo la vi, quien aquellos malaventurados me la dexaron en los braços, muerta y atravesada de mil estocadas, más con razón dirías lo que dizes.

CELESTINA.- Hijas, dexemos lo passado y entendamos en lo presente, pues, a Dios gracias, todo se ha hecho también. Porque de aquellos desventurados de Sempronio y Pármemo yos certifico que yo los vi allá donde vengo, de suerte que se puede bien por

ellos dezir que si Marina bayló, tome lo que halló; que ellos están bien pagados, y yo satisfecha. Y dexando esto, hijas, ya que hemos comido, cumple hazer nuestros hechos de aquí adelante de otra manera que hasta aquí, porque de lo passado ya tenemos la celada descubierta y dado aviso para que, todos guardándose de mí, pudiésemos, hija Elicia, morir de hambre; si no que con mi santidad, como buey de perdizes encencerrado, pueda meter sin que lo sientan las perdizes en la red. Las mochachas en la red digo, hijas, por otras nuevas formas y maneras que traygo aprendidas; porque no es razón de dexar de dar gualardón de mis servicios a Venus, que me hizo las mercedes, con las passadas, de alcançar de Júpiter que tornasse acá. Y ante ti, hija Areúsa, todo puede passar este secreto, que te tengo en lugar de hija y siempre te tuve por muy sabia y de buen secreto, y pues ya sabes que los sabios dizen que el que a otro su secreto descubre le da su corazón, ya vees, hija, la prenda que te dexo para poner a recaudo el secreto; y desto bien segura estoy yo, de tu saber, aunque te digo lo que dicho te tengo.

AREÚSA.- No estás engañada madre, por cierto, que assí lo guarde yo como a mí misma lo guardaría; y haze cuenta que lo que dizes y dixeres que lo dizes a tu confessor.

CELESTINA.- Assí lo tengo yo, hija, que no de balde dize el proverbio que no ay corazón engañado, como por el mío conozco yo el tuyo; y en pago desto yo quiero, hijas, que de todas sea lo que se ganare y lo que se encubriere, porque en tan verdadera amistad no se sufre haver cosa partida.

AREÚSA.- Assí es razón, madre, y assí puedes tú hazer de todo lo que yo tengo a tu voluntad.

CELESTINA.- Yo lo tengo, hija, bien conocido. Yo todo lo que al presente para comenzar nuestro trato me dieres, créeme que saldrá a logro del caudal. Porque más thesoros enterrados traygo sabidos que años tengo a cuestras; de todas tres serán sabidos y de todas será la ganancia, que no tengo ya necesidad de invocaciones a Plutón porque de allá traygo sabidos todos sus secretos. Y al presente, porque no sientan que tenemos tanta riqueza, los thesoros estarán bien guardados donde están, que yos certifico que nadie nos los hurte hasta que vamos por ellos; y si lo sienten, luego el rey se metería en querer su quinto, y no faltarían embidiosos, por donde se pusiesse en peligro nuestra vida perderse tras el caudal. Assí que conviene al presente, en esto como en lo demás, gran secreto y disimulación, que el tiempo adelante nos dirá lo que havemos de hazer. Y en tanto, supliremos nuestras necesidades con lo que tú, hija Areúsa, tienes, y con aquellas cien monedas y cadena que el malogrado de Calisto me dio, que tan caro me costó, que pocas havrás tú, hija Elicia, dello gastado; aunque, mal pecado, como las moças no miráys lo de adelante, ya tú havrás gastado quales media dozena de las monedas. ¿He acertado, por mi vida? E ya, di la verdad, loquilla, ¿qué te estás riendo?

ELICIA.- Ay madre, no me río desso, sino que como tú fuiste enterrada, escondí la cadenilla, porque vino aquí el mayordomo de la cruzada y, diziendo que por haver muerto abentestato venían todos tus bienes a la cruzada, todo lo secrestaron, y llevaron las cien monedas con todo lo demás, hasta no dexar estaca en pared; y la cadenilla, en mi alma, que me perjuré y la enterré, y después, sacándola para vender algún esclavón, aquel desuellacaras de Centurio me la vio, y nunca fui poderosa de sacársela de las manos; y a la justicia me fuera a quejar, si no porque no me acusassen el perjuro de no la haver declarado, y por esto me callé con mi pérdida. Assí que, madre señora, de mis ropas y tocados puedes disponer, que de lo demás ya vees lo que ha sucedido, por mis pecados; que como quedé huérfana sin ti, y más de saber sin tu consejo y seso, todo se perdió quanto bueno dexaste y yo escondí de lo que llevó la cruzada.

CELESTINA.- Esta muchacha no es necia, aunque no ha ydo a los infiernos como yo.

ELICIA.- ¿Qué dizes, madre?

CELESTINA.- Hija, digo que no vi cosa más en los infiernos castigarse que encubrir

nada de la hazienda de otros; y pues tú, hija, erraste en encubrirlo a la cruzada, ya que yo estoy en el mundo, no sea peor el postrer yerro quel primero, que desso del juramento yo lo terné secreto.

ELICIA.- He, he, he; bueno es eso, madre.

CELESTINA.- ¿Rýeste, por mi vida, de que te cayó en el cantar? ¿Qué pensavas, que había yo de descubrirte por la dexcomuni3n de la cruzada? ¡Ay cómo eres bova; dessas descomuniones, hija, tengo tragadas pocas! Por tu vida y de Areúsa, más tengo tragadas que canas tengo a la cabeça; mas ya sabes, hija, el proverbio que dize, que nunca diga ésta por donde pague aquésta. Acertado te tengo la vena, bien sé que te contento; no haias, hija, mi amor, vergüença de me haver encubierto la hazienda, que bien sé que no lo heziste sino por lo que yo me sé. ¿Dirélo, loquilla?. Cata, que lo quiero dezir si me das licencia y no has vergüença; dezillo quiero, para que sepas que no se me esconde cosa; y quiérome reýr; ¿dasme licencia que lo diga?

ELICIA.- Di, madre, que yo no sé por qué dizes eso.

CELESTINA.- Areúsa, no me hagas de ojo, que al buen entendedor pocas palabras; que la verdad es que Elicia pensava que me quería yo de ti encubrir. ¿Dite en el coraç3n, loquilla? ¿Hete errado una jota? Pues no te engañes, hija, que no quiero que con Areúsa aya cosa encubierta, que no tengo yo descubierto lo que le dixes de los thesoros que tenemos y de lo demás, para encubrirle cosa. No ayas vergüença, hija, de lo que has gastado, que yo te lo perdono, y saca lo que te queda, que a mí ya no ay cosa encubierta.

ELICIA.- Al diablo encomiendo vieja que tanto sabe.

CELESTINA.- ¿Qué dizes, hija?

ELICIA.- Madre señora, que pardiós, acertado me has; que he dicho lo que dixes por ver si sabías las cosas encubiertas, y agora veo que sabes más que antes.

CELESTINA.- ¡Ay mi amor, cómo lo dizes y con qué gracia! Assí lo creo yo, por cierto, y assí lo has de creer, hija Areúsa, que, por tu vida, desde tan mañita nunca hallé tras ella un alfiler; mas hija, parésceme que quisiste ser, como dizen, a un traydor, dos alevosos. Mas, por mi vida, ¿qué tienes gastado de las cien monedas?

ELICIA.- Por Dios madre, que lo digas tú, para ver si aciertas.

CELESTINA.- Por mi vida, que digas; a ver si me dixo Plut3n la verdad, o si es lo que yo sé.

ELICIA.- Por Dios madre, doze monedas tengo gastadas y la cadena entera se está, como tú la dexaste escondida.

CELESTINA.- Por tu vida, tanto me dixo Plut3n que havías gastado.

ELICIA.- Pues por mi vida, que mintió; que no tengo gastadas más de ocho.

CELESTINA.- Por tu vida, que eso es lo que yo sabía, y el traydor siempre acostumbrió mentir; bien testifica la palabra divina donde dize que desde su principio fue mentiroso y padre de mentiras. Buena estuviera yo, hija, si no supiera más que él.

AREÚSA.- Espantada me tienes, madre, con lo que te veo hablar.

CELESTINA.- Cada día hija, mi amor, lo estarás más; y lo dicho, dicho. Y por agora no más, que vienen muchas conocidas nuestras a me hablar, y tengo necesidad de asegurallas para tener seguridad d'entrar a visitar sus hijas; porque el mayor servicio que a Venus puedo hazer es sacrificar sangre, para amatar sus encendidos fuegos en los coraçones de sus servidores.

DUEÑAS.- ¡O madre Celestina, cuánta gloria nos es de verte! ¡Plega a Dios que por muchos años y buenos sea tu resurrecci3n!

CELESTINA.- Señoras mías, todo ha de ser para vuestro servicio y doctrina de todos, con los avisos que vengo a dar al mundo, muy al contrario que les solía dar; que esto es lo principal a que soy venida, a desdezirme de lo passado, y aconsejar en lo presente, y a

pensar lo que está por venir; que nadie puede saber lo que allá se passa, sino quien como yo ha passado por ello. Que yos certifico que otros consejos resciban de mi vuestras hijas de hoy más, y otra reprehensión las liviandades de los mancebos que hasta aquí, y otra doctina los viejos, y otra predicación los religiosos, y otro aviso los abades; y porque desto el tiempo dará testimonio, yo, señoras mías, yré a pagar particularmente estas visitaciones y merced a cada una en su casa, y estonces se podrá, en secreto, saber los secretos, que público, de lo mucho que he visto, no se permite dezir sin gran ofensa de Dios. Y porque yo estoy cansada, vuestras graçias me perdonen hasta quando digo que en vuestras casas os visite; y vayan con la gracia de Dios.

DUEÑAS.- Madre Celestina, y tú quedes con ella.

CELESTINA.- Hijas, de mano en mano, dadme acá esse jarrillo, si quedó algún vino, que me ha quedado la boca de tanto predicar tan seca que aun la saliva no puedo tragar.

AREÚSA.- Madre, parésceme que no se te ha olvidado el beber, aunque ha días que no lo usaste.

ELICIA.- No te maravilles, que viene de lugares secos.

CELESTINA.- Lastimástemme, pues para mi santiguada que yo os lastime, hijas. Según el calor de donde vengo no espantéis; quanto más que en el infierno ni hay desseo de capones, ni perdizes, ni de riquezas, ni de cosa de las desta vida, si no es de mojar la boca, según parece por aquel rico avariento, que pidió a Lázaro que le pusiesse el dedo mojado en la lengua; que mejor autoridad para mi no se puede haver.

AREÚSA.- Madre, esso sería con agua.

CELESTINA.- Hija, mejor fuera con vino, por tu vida. ¿No sabes tú que con vino se mata el fuego de alquitrán, y con vino se lavan los cauterios después que dados? Y las llagas, ¿con qué se lavan si no con él?. Y el fuego, hija, de Sant Antón, ¿con qué se ataja si no con vino? Que mejor cosa, ni más quadrada, no puede ser para la sed del fuego que traygo. ¿Y qué más autoridad quieres tú para la bondad del vino, si no que dello se convierta en sangre de Jesuchristo, para saber la ventaja que en todo al agua tiene?

AREÚSA.- Madre, pues también echan agua en el cáliz.

CELESTINA.- Hija, esso es a medio cáliz de vino una gotica, pienso que para significar el agua que junto del costado con la sangre salió. ¿No sabes que en la cena del Señor, que dixo Christo que no comería de aquel fruto de vid hasta que lo comiesse con ellos en el reyno de Dios? Donde se saca que en la gloria vino, y no agua, se ha de beber; y por cierto, hija, si lo miras bien, que en la cena del Señor, a osadas, que no oyas tú que se mentasse agua, sino vino, quando digo que comulgó a sus discípulos y les mandó que aquello hiziessen en su memoria. Mira cuánta virtud tiene, hija, el vino; y como nuestro Maestro mandó aquella noche que hiziessen como Él havía hecho, quiero yo tenelle ymitación en beber vino y no agua.

AREÚSA.- Madre, esse mandamiento fue más de agua que de vino, porque lo dixo acabando de lavar los pies a sus discípulos.

CELESTINA.- Ay bova, y aun en esso verás que te digo la verdad, pues con el agua mandó lavar los pies y con el vino las bocas; cada cosa, hija, es para su oficio buena el agua para lavar y el vino para beber. ¿Hete satisfecho? ¿Qué me respondes, bovilla, que quieres argüir conmigo? Mas por Dios, que si me das licencia, que te diga una cosa que no menos que la vida te va en ella.

AREÚSA.- Di, madre, que sí perdono.

CELESTINA.- Pues no te tienes de correr.

ARMA.- No correré, por mi vida.

CELESTINA.- Pues sabe, hija, que hoy al comer me pareció que bevías agua, y desso regoldaste dos o tres vezes; y aun por mi vida, que esse rostro con tan poca color que no sale de otra cosa, que no hay cosa que más coma la color que el agua.

AREÚSA.- Ay madre, cómo estás engañada en lo de la color; que por tu vida, no es sino de llorar la muerte de aquel malogrado de Pármeno, que con el amor que le tuve no hago sino deshazeme en lágrimas.

CELESTINA.- Y aun esso haze a mi propósito, que aun las lágrimas, por parte de sser agua, destruyen la tez. Otra, por cierto, haze lavar el rostro con vino, y mucho más bevello; porque ves tú aquí, mi amor, a Elicia, que dende que nació lo beve, que assí goze yo della, que la teta tenía en la boca y, viendo el jarro o calabaza, como dize el proverbio, los ojos en la puerta y las manos puestas en la rueca, con la teta en la boca y los ojos en el jarro, tan de revés por mirallo, que, assí goze yo, cosa sino lo blanco dellos se le parecía, con la manita estava haziendo de señas que se lo diessen, meneando los deditos; y otras vezes, teniéndola en pino en las rodillas, en viendo vino o su vasija, assí se abalançava a él dando saltos que parecía quererme quebrar las piernas; y si el jarro le ponían en las manos, parecía quererse bautizar dentro, con la gana con que bevía. Mas bien se le parece, a osadas hija, en las colores que en las mexillas tiene, que no parecen sino una grana. Ha venido esto, hija, sobre lo de tu estómago, que pienso que, alliende de la mala color del rostro, a no bevello te causa un poco de olor en la boca, de la mala digestión y frialdad del estómago, donde se causa assí mismo aquellas ventosidades que lançaste por la boca quando comíamos, que, a la verdad, no parece bien, puesto que entre nosotros no vaya nada en ello. Que, hija, vesme tú aquí a mí, que ni tengo diente ni muela, y tengo un olor en la boca como una niña de tres años; y todo esto ha venido sobre que dixiste si había olvidado el beber. Y con este aviso nos vamos a reposar, que es hora; y no salgas de mi parecer ni sigáis el vuestro, hijas, si no queréis errar.

AREÚSA.- Madre, parésceme que no faltan autoridades para beber, y por tanto yo quiero hazerlo assí de aquí adelante.

CELESTINA.- Pues hazerlo assí, hija; que aun, por mi vida, el dolorcillo de la madreja la noche de Pármeno, si te acuerdas, que no viene de otra cosa. Y con esta, vamos a reposar la siesta.

Argumento de la X Cena

FELIDES pregunta a SIGERIL si es verdad la resurrección de CELESTINA, y después manda apartar a PANDULPHO y a él para escribir una carta a POLANDRIA, y los criados burlan dél. Y íntrodúzense:

FELIDES, PANDULPHO, SIGERIL.

FELIDES.- ¿Qué cosa es, Sigeril? ¿Es verdad que ha resuscitado aquella honrrada dueña?

SIGERIL.- Por Nuestra Dueña, señor, yo la vi, y media ciudad a la redonda; si es fantasma o no, no lo sé, mas ver quán santa viene y predicadora no lo podrías creer.

FELIDES.- Según esso, ¿no querrá entender en mis negocios?

PANDULPHO.- Mal conoces, señor, roncerías de putas viejas hechizeras; con aquella sardina piensa ella pescar la trucha, pues sabes que no se toman truchas...; todos aquellos ardides nascen de la mucha esperiencia. Quien espantasse las perdizes quando vienen a la red ¿paréscete, señor, que tomaría alguna? Poco sabes de achaque de trama; ¿vistes acá a nuestra ama? Pues la mejor trama que ella puede tramar es con yproquesía y santidad urdir para texer sus telas, que con este hilado podrá ella mejor urdir tu tela con Polandria que el de las madexas texó el de Calisto y Melibea.

FELIDES.- No pensé yo, Pandulpho, que tan sabio eras; mucho me has alegrado en

gran manera en oírte. Mas mira, que quizá con la mudança de Celestina y su muerte habrá mudado las costumbres.

PANDULPHO.- ¿No sabes tú, señor, que muda la piel la raposa, mas su natural no despoja? ¿No te acontece venirte de confessar un santo y de ay a tres días tornarte de otro pelo? ¿Qué piensas que es aquello? Lo que quiere el philósopho, que la costumbre sea otra naturaleza. Por tu vida, señor, quien me quitase a mí de tener dos o tres mugeres a ganar, la vida me quitasse; y assí lo hará quien quitare a Celestina, sobre ochenta años de canonizada y sabia alcahueta, dexallo agora de ser. Quanto más que yo te tramaré el hilado esta noche con Quincia de suerte que no se pueda errar la tela.

FELIDES.- Assí te lo ruego yo; y tú, como más sabio, me harás mañana venir acá a Celestina, para que por todas partes se combata la fortaleza y veamos por dónde se entra más presto.

PANDULPHO.- Descansa señor, que assí se hará; y yo me quiero yr a entender en adereçar armas y lo más necesario.

SIGERIL.- Mira, por tu vida, pues hablas en armas, no hagas algún desvarío con que borres lo bien hecho.

PANDULPHO.- No tengas miedo.

SIGERIL.- No he miedo, mas he recelo.

FELIDES.- Ora, que yo salgo por fiador que Pandulpho haga esto con toda cordura y seso. Y dame tú, Sigeril, papel y tinta, y escribiré una carta para Polandria, para que vaya a punto Pandulpho, si hallare dispusición en Quincia para quererla llevar.

PANDULPHO.- No me parece mal consejo.

SIGERIL.- Señor, ves aquí la tinta y el papel.

FELIDES.- Apartaos vosotros allá.

PANDULPHO.- Mira, mira Sigeril, quán trasportado está nuestro amo, con su pluma en la mano y los ojos embelesados.

SIGERIL.- Parece a San Juan, quando lo pintan en la ysla de Patmos.

PANDULPHO.- Quita el Sant y acertarás en el Juan, que, por Nuestra Dueña del Antigua, otra salida supiera yo dar a aquella carta, que pienso que con filosofías y retóricas ha de quedar tan entendida, leyda, como antes que se leyesse. Mira, hermano, cómo se está ryendo entre sí.

SIGERIL.- Alguna buena razón deve de haver acertado, que se goza en pensalla. Mal año para Tulio, que llegue a su escribir.

FELIDES.- Pandulpho, mi fiel criado, ¿ves aquí esta carta? Yo te prometo buenas albricias si me traes respuesta della.

PANDULPHO.- Con esse descuydo en mi cuydado puedes, señor, dormir, que yo voy a entender en lo que cumple.

FELIDES.- Dios vaya contigo y te guíe.

Argumento de la XI Cena

PANDULPHO va al concierto con QUINCIA y se desposa con ella, y han efeto sus amores; y le da la carta de POLANDRIA, y él se va muy alegre. Introduzénse:

PANDULPHO, QUINCIA.

PANDULPHO.- Ora es ya de yr a mi concierto, yr quiero. No quisiera yo noche tan oscura porque es peligro para huyr, porque no vee hombre por dónde va hasta que ha

dado de narizes. Ora ya estoy cerca, quiérome santiguar. ¿Qué diablo es aquello que está cabe la puerta de Paltrana?; no sea el diablo que me engaña, no me estén aguardando para me matar, no haya por ventura Quincia descubierto la celada; mas creo que no hará, que yo la vi de buen temple ayer. Ora yo quiero llegar; váleme Dios, parésceme que entro en agua fría según se me ataja el huelgo y se me espeluzan los cabellos. Quiérome tornar y dar al diablo estos amores. Mas ¿qué dirá Quincia, si por ventura sale, sino que de covarde lo dexé?, que para con mi amo no me faltarán mentiras. Ora quiero llegar, que por donde vengo todo queda seguro, y a la primera boz mis pies me han de valer, si no me toman en medio; ora encomiéndome a Dios y llego. ¿Qué diablos es aquesto que está en el portal, que tanto suena?; ¿si son armas? Quiero escuchar. Llevas parecen, Quincia deve de ser que viene al concierto. Quiérome bien certificar que no me engañe el oído, que muchas vezes se engaña.

QUINCIA.- Ce, señor, ¿estás ay?

PANDULPHO.- Ella es; por Nuestra Dueña, el alma me ha tornado al cuerpo y la sangre a las venas. ¡O señora de mis entrañas y de mi vida!, desesperado me tenías, pensando que no havías de venir.

QUINCIA.- ¡Ay, señor!, vete, por tu fe, que por no quedar en falta contigo vine, que, por cierto, aún los de casa no están acostados.

PANDULPHO.- ¡Guayas, y qué nuevas son éstas para mí!

QUINCIA.- ¿Qué dizes?

PANDULPHO.- Digo que tú no devieras de venir hasta que durmieran; porque, sí te sienten, será forzado con muerte suya procurar tu libertad.

QUINCIA.- Ay, por Dios, no digas tal, que ya pienso que estarán acostados; y di presto lo que me quieres.

PANDULPHO.- Señora mía, lo que quiero es, que voto a tal, que estoy perdido por tus amores, y que hayas piadad de mí.

QUINCIA.- Ay por Dios, señor, que te dexes desso, que no soy yo de las que piensas, quanto más que agora me tratan casamiento. Por tu vida, que te vayas y que no me disfames.

PANDULPHO.- ¿Con quién?

QUINCIA.- No lo puedes saber.

PANDULPHO.- Bien hazes en encubrirlo, que por vida del rey, que si me lo dixeres, que no se casara él contigo, que yo lo casara antes con su madre, la tierra, digo.

QUINCIA.- ¿Y esso, señor?, ¿assí quieres mi honrra y mi provecho?

PANDULPHO.- ¡O, despecho de la vida con tal honrra y provecho!; esso sería que por no enterrar a él que me enterrasen a mí. Sabe, señora de mi alma, que no te conviene tomar a otro esposo si no es a mí, si quieres gozalle, por vida tuya.

QUINCIA.- Yo, señor, sería la dichosa.

PANDULPHO.- Pues no está más que en esso; ábreme, amores, y darnos hemos las manos.

QUINCIA.- No querría que entrases en lo vedado.

PANDULPHO.- Yo te voto a tal que descortesía ninguna no rescibas de mí.

QUINCIA.- Ay, señor, no quería después que me burlasses.

PANDULPHO.- Señora mía, yo te juro a ésta, que es cruz, y al sepulcro de San Vicente de Ávila de no te hazer burla ninguna.

QUINCIA.- ¿Haráslo assí?

PANDULPHO.- Sí juro; y ora abre.

QUINCIA.- ¡Ay, que no oso, por mi vida!

PANDULPHO.- Ora, mis ojos, abre, que yo te boto a tal de en mi vida cobrar otra esposa.

QUINCIA.- Ora dame la mano, por entre las puertas, de ser mi esposo y de no hazer nada contra mi voluntad, y yo te abriré.

PANDULPHO.- No sea algún concierto de tomarme, para tenerme en tanto que salen a matarme.

QUINCIA.- ¿Qué dizes, Pandulpho, señor?

PANDULPHO.- No digo sino que encomiendo al diablo estas puertas, que están tan juntas que no me cabe la mano, que aun las manos te daré.

QUINCIA.- Yo sacaré la mía, que es más delgada.

PANDULPHO.- Bueno es esto, no deve haver trayción; ora dacá la mano.

QUINCIA.- ¿Otórgaste por mi esposo?

PANDULPHO.- Sí, otorgo.

QUINCIA.- Y yo por tu esposa. Y aguarda un poco, yré a ver si duermen todos para abrir.

PANDULPHO.- Ora va, y mira bien en eso. Bueno va esto, por Nuestra Dueña, que tengo buena noche. ¡O hideputa el diablo, cómo me huelgo!; que voto a la cruz de Caravaca, más hermosa moça no hay en la ciudad; y creo que Dios ha sido causa deste casamiento, por apartarme de le ofender con Palana y otras tales borrachas. Ya viene, plega a Dios de guardarme de trayción. ¡O, pese a tal, ¿qué es esto? ¡Muerto soy!, no es tiempo desperar. Ora quiero escuchar; no viene nadie tras mí, quiero tomar. ¿Es ella la questá a la puerta? Sí, ella es, que tocado tiene; mas quiero bien a defuera mirar, no sea capacete o celada para me meter en ella.

QUINCIA.- Ce, señor Pandulpho, llégate acá.

PANDULPHO.- Ella es, seguro está el campo.

QUINCIA.- Señor, ¿por qué te fuiste a tanta priessa?

PANDULPHO.- Señora, fui tras uno que me pateó, para castigalle.

QUINCIA.- Pensé, cuytada de mí, que te havías espantado quando quité el aldava, que se me soltó de las manos y hizo ruydo en dar en las puertas.

PANDULPHO.- Espantadizo es el potro, cierto, para se espantar dessas pocas cosas, si más espantado no fuesse el que se me fue por pies.

QUINCIA.- ¡Ay, señor, mira por Dios, no te vea alguno entrar!

PANDULPHO.- Cierra la puerta, amores, que no llevaba él esse son, según huýa.

QUINCIA.- Ora pues, siéntate al pie desta escalera en quanto cierro la puerta.

PANDULPHO.- A bien me ha salido la huyda, pues la hize entender que hize huyr al otro. Ora, cosa del diablo es lo que suena de noche qualquier cosa; voto a tal, mil hombres no hizieran más ruydo que hizo aquella aldava. Hela aquí do viene. ¡O, mi alma, qué gozo me es tenerte abraçada y gozar de la tu boca!

QUINCIA.- Señor mío, por tu vida, que aunque sea tu esposa, que fasta otra noche no me afruentes. ¡Ay señor, no seas tan porfiado!, cata que daré bozes.

PANDULPHO.- Si tú dieres bozes, daré yo critos.

QUINCIA.- ¡Ay, desventurada de mí, y qué mala cuenta he dado de mí! ¡O, mi padre y mi madre!, ¿qué diríades vos si tal supiéssedes que havía hecho? ¡O mi señora Paltrana!, ¿qué diríades vos de la mala cuenta que en vuestra casa he dado?

PANDULPHO.- Amores míos, ¿para qué es esso?; ¿de qué sirven esos llantos? ¿Yo no soy tu esposo?

QUINCIA.- Quítate allá, por Dios, no llegues a mí. ¡O, desventurada yo, mi virginidad perdida! ¿Ay, y cómo no me mato, habiendo perdido todo mi bien?

PANDULPHO.- Ora, amores míos, por el crucifixo de Burgos, si esso hazes, de me yr donde jamás sepas de mí. Ora calla, mis ojos, ¿yo no soy tu esposo?

QUINCIA.- Pues si assí no fuera, yo me matara.

PANDULPHO.- Ora ya, amores de mi alma.

QUINCIA.- Ora señor, suplicote que te vayas; y baste lo fecho.

PANDULPHO.- Bueno sería esso.

QUINCIA.- Ora déxame ya, por Dios, que me tienes muerta.

PANDULPHO.- Ora, pues, perdonarme has.

QUINCIA.- Ora déxame, que sí perdono, con que no me tratas más mal que me has tratado.

PANDULPHO.- No más que a mis ojos, entrañas; y buélveme acá essa boquita de perlas.

QUINCIA.- Ora vee aquí, déxame ya.

PANDULPHO.- Ora, mis ojos, en ora maças, no estés enojada.

QUINCIA.- ¿Paréscete, señor, que me has parado bonita?

PANDULPHO.- Mi alma, no me culpes, que no ha sido más en mi mano. ¿Qué querías que fiziesse, estando con tal perla como tú? Ora, por tu vida, que me perdones.

QUINCIA.- Ora, que sí perdono con tal que te vayas, que es ya muy tarde.

PANDULPHO.- Alma mía, sí yré, si tú huelgas dello.

QUINCIA.- Si tú estuviesses quedo, bien me hogaría yo contigo.

PANDULPHO.- Ora, que sí estaré.

QUINCIA.- Ora me huelgo yo contigo, que estás quedo y no me andas sobajando.

PANDULPHO.- Amores míos, ¿quíeresme fazer una merced, que no menos que la vida me va en ello?

QUINCIA.- Todo quanto tú mandares haré, como no me afrentes más esta noche.

PANDULPHO.- Pues, mi corazón, lo que has de hazer por mí es que des una carta de mi amo a la señora Polandria.

QUINCIA.- ¡Ay, señor, por Dios, no me mandes tal cosa!

PANDULPHO.- Por mi vida, que lo has de hazer.

QUINCIA.- ¡Ay, por Dios!; ¿cómo osaré yo fazer esso?, que me matará en boquear gelo solamente.

PANDULPHO.- Yo diré cómo. Di que Felides, yendo a la fuente, te rogó que se la diesses, y que él, de que no quesiste acetallo, te la arrojó y se fue, y que tú la tomaste porque nadie no la viesse; y desta manera podrás dársela, y mañana yo yré a la fuente a saber cómo la tomó.

QUINCIA.- Dessa manera a mí me plaze de lo hazer, y te daré mañana la respuesta.

PANDULPHO.- Yo, señora, te lo tengo en merced. Y quiérome yr, que es ya tarde.

QUINCIA.- No te vayas tan presto, que aún no haze media hora que veniste.

PANDULPHO.- Que se haga assí como lo mandas, mis ojos.

QUINCIA.- Bueno es esso, señor, está ya quedo, por mi vida; si pensara que assí lo havías de hazer, no te rogara que no te fueras. ¿No estás ya cansado de maltratarme esta noche? Ora ya, baste lo fecho y vete, que no me ayude Dios si yo más te digo que no te vayas.

PANDULPHO.- Amores de mi alma, harto se me haze a mí de mal apartarme de ti. He aquí la carta, y mañana, quando me dieras la respuesta, daremos forma en tornarnos a ver. Y los ángeles queden contigo, y abre passo la puerta.

QUINCIA.- Y contigo vayan, señor. ¿Esto quedava por hazer? ¡Ay, Jesús!, ¿no estás ya farto de besucar?

PANDULPHO.- ¡O, gozo singular! ¡O dichoso Pandulpho, que tal moça has alcançado! ¡La puta que la parió, qué piernas y cuerpo tiene! Alguna diferencia hay, por Dios, de las tuyas a las de Palana, que no parecen sino dos cañahejas llenas de vello, que para barvas serían ásperas. Pues en la boca y olor, todo se le parece. Voto a tal, en toda mi vida me tomen más allá; váyase para borracha, pues tal joya me tengo donde, sin offender a Dios, puedo passar la vida a mi plazer. Pardiós, hermosa dicha y recaudo

he tenido en lo que mi amo me ha acomendado; desta hecha no se escusan las albricias, y la mitad dellas serán para Quincia, que es razón, pues es mi esposa, de dalle las donas. Y con esta buena ventura quiero echarme y reposar, y descansar lo que me queda de la noche, que bien lo he menester.

Argumento de la XII Cena

PANDULPHO viene a dar las nuevas a FELIDES y topa a SIGERIL, y hállanle trobando un romance y burlan dél y entrando reprende PANDULPHO a FELIDES el estilo del trobar, y dale las nuevas; y después mándale que le vaya a llamar a CELESTINA y que quedasse con SIGERIL. Y entrodúzense:

PANDULPHO, SIGERIL, FELIDES.

PANDULPHO.- Mucho me he dormido, tiempo es de yr a dar cuenta a mi amo de lo passado. A Sigeril veo, no le quiero dezir nada, porque no pierdan sazón las nuevas con andar en tantas manos.

SIGERIL.- ¿Qué madrugar es éste, Pandulpho? Buenas nuevas devemos de retener, que tu gesto da señal, con las muestras de alegría del corazón.

PANDULPHO.- Anda acá, que delante Felides sabrás lo que es.

SIGERIL.- Passo, passo Pandulpho, que parece que vas a ganar beneficio según la priessa que llevas, que pienso que duerme Felides.

PANDULPHO.- Assí lo vo yo a ganar, beneficio y aun beneficios por mi buena diligencia. Escucha, que parece que no duerme, que hablando está consigo. Oye, oye, que para el cuerpo trobando está.

FELIDES

Ya el amor sus bivas llamas

en Felides las ponía,

quando el sol resplandeciente

de su Polandria encendida

su corazón como estopas

con el espejo que vía

de su rostro divinal

que tiene en mi fantasía,

podiéndome así quemar,

como el fenis se encendía,

para sacar otro yo

en la inmortal pena mía,

por sostenerme en las muertes

que me causa cada día.

SIGERIL.- Romance, por Nuestra Dueña, está haziendo.

PANDULPHO.- Por el Corpus Domini, esto haze a estos cavalleros jamás alcançar muger, que todo el tiempo se les va en elevaciones; encomiendo al diablo la cosa que las mugeres entienden destas filosofías, ni se les da por ellas una paja; por mi fe, que creo que por ellas se dize que hablar claro Dios lo dixo.

SIGERIL.- Por mi vida, que creo que aciertas en esso.

PANDULPHO.- ¿Y cómo si acierto? Voto a la casa sancha, que se enloquecen con estas trobas, y lo que han de hazer en una semana no lo hazen en un año. Y piensan que como todo es mentira lo que les dizen en las coplas, que assí se las dizen en las palabras; y aun amostrarse muy penados, voto a la Verónica de Jaén, no puede ser mayor necedad, porque no lo tienen en nada. Y quiero entrar y desengañallo, que se me haze vergüença dexalle dezir tanta bovería.

FELIDES.- ¡Sigeril!

SIGERIL.- Señor.

FELIDES.- Dame acá aquella vihuela, provaré a tañer y cantar un romance que tengo fecho.

PANDULPHO.- Pesa a la vida que bivo, con tanta vanidad y elevación.

FELIDES.- ¡O Pandulpho, que norabuena vengas! Bien te devía yr esta noche, que vienes hablando contigo.

PANDULPHO.- Mejor, por cierto, que a ti con tus filosofías, que esto venía diziendo. ¿Para qué son, señor, essas coplas y esos romances?; que voto al Corpus Domini, que todos son latín para las mugeres; y otra cosa deste trobar no se saca ni tiene otro provecho, más que para desvanecer la cabeça y, muchas vezes, perder el seso y quedar sin sentido.

FELIDES.- He, he, he; gracioso eres. Y di, loco, ¿qué mayor seso puede ser que perdello, en tanta razón como yo tengo para lo perder?

PANDULPHO.- Mas ya creo que lo tienes perdido.

FELIDES.- ¿Qué dizes, Pandulpho?

PANDULPHO.- Digo, señor, que todo es esso perder tiempo y dañar lo que tengo hecho.

FELIDES.- Dime, ¿esso, cómo es?, que bien me parece.

PANDULPHO.- Es, que voto a la casa santa, que sin essas filosofías he gozado esta noche la más fresca moça de la ciudad. Y estáte tú aý haziendo romances, que, por la vida del Turco, ya pienso que tiene leýda tu carta Polandria.

FELIDES.- ¿Es possible tal cosa, mi Pandulpho?

PANDULPHO.- Es tan possible, quanto impossible entender ella las razones de la carta, si llevan las elevaciones del romance. Por el cuerpo de Mahoma, señor, si esto te hubiera visto trobar, yo la resgaras y escriviera otra que hiziera algo más al caso.

FELIDES.- He, he, he; gracioso es Pandulpho, por Nuestro Señor. ¿Qué le escrivieras, por mi vida?; que ya, de hoy más, por Nuestra Dueña, de te hazer mi secretario. ¿Passas por tal cosa Sigeril, hay tal hombre en el mundo como Pandulpho?

PANDULPHO.- Pues no te rýas, señor, que voto a la casa sancha, que aquellos espejos que enciende el sol, y tu coraçón estopas, que todo es tascos por el cuerpo del Turco.

FELIDES.- Hi, hi, hi; la mejor cosa es ésta que nunca he oýdo. Aunque otra ganancia no se saque destes amores sino ésta, yo doy por bien empleada mi pena.

PANDULPHO.- Ríete tú, señor, que tú llorarás, si llevas esse camino hecho fenis que acava y comienças de nuevo, que assí començarás, voto a tal, quando pienses que

acabas, para jamás acabar de concluir tus amores, cargado de comparaciones y de envelesamientos. Da la diablo, señor, tal estilo, que yo que he tratado con mugeres toda mi vida sé cómo se han de seguir y alcanzar; que no de balde dize el proverbio que quien las sabe, las tañe, como yo he tañido esta noche a Quincia, que queda, por cierto, tocada de manera que hará otra música que tu romanze en latín, tocado en la vihuela con sus comparaciones. Engañaate, señor, por mí, y mucho de mi corazón y de mi alma y de mis entrañas quando escrivieres, y mucho de la buena osadía y desemboltura quando estés con ella; y déxate dessas trónicas, porque las mugeres son algo empachadas, y si nosotros no las desembolvemos assí nos estaremos hechos como ellas, dueñas, hasta el día del juyzio.

FELIDES.- Por cierto, Pandulpho, que me contenta lo que has dicho, y de hoy más yo quiero seguir tu parescer. Y cuéntame cómo te aconteció con Quincia y cómo le diste la carta.

PANDULPHO.- ¿Cómo, señor? Que por tu vida, que pienso que lo principal que la hizo rendírseme tan presto fue verme oxear seis o siete garçones que, con guitarras, me tenían ocupada la calle, y fue tanta su tardança que me obligaron a cometellos. Y fue de suerte que, si no se me hiziera de conciencia, media dozena de capas traxera para calças, que harto lugar me dieron ellos para ello, según el huyr llevavan.

SIGERIL.- Maldita la verdad este vellaco dize; agora no le creeré cosa de quanto dixere.

FELIDES.- Por cierto, gentil hazaña fue; y en más tengo tu buena conciencia que tu esfuerzo, porque yo lo tengo de días conosciado, y pocas vezes se casan osadía y buena conciencia. Mas, dexando aparte lo que toca a las armas, lo de los amores sepamos, que nos va más en ello.

PANDULPHO.- En lo de los amores, fue que yo alcancé della lo que otro no havia alcançado, porque, por la Verónica, como su madre la parió estava; y hízome tanta conciencia que me desposé con ella, por no le ser en cargo.

SIGERIL.- Válame Dios con persona tan católica.

PANDULPHO.- ¿Qué dizes, Sigeril?

SIGERIL.- Digo, que por cierto, que son grandes los misterios de Dios, pues en tan poco tiempo te ha mudado a hazerte tan santa persona.

PANDULPHO.- No te maravilles desso, y toma exemplo en Sant Pablo. Y tornando a nuestro propósito, yo le di, señor, tu carta, y ella quedó hoy a la fuente de traerme respuesta de Polandria. Esto es lo hecho, y lo por hazer será alcançalla, si tú con tus retóricas no dañas mi filosofía natural.

FELIDES.- Ora, Pandulpho, un sayo y una capa tú lo tienes cierto. Y pues tan buena dicha traes, en tanto que se faze hora a la tarde de yr a la respuesta de Quincia, tú me llama acá a Celestina, para que por muchos presto acometida Polandria no se hierre el cerco.

PANDULPHO.- Yo, señor, voy; y te beso las manos por la merced del sayo y de la capa.

FELIDES.- ¿Qué te parece, Sigeril, qué donoso ha estado este vellaco, panfarrón? Maldita la cosa de quantas dize deve dezir verdad; mas como quien echa lodo a la pared, vaya si apegare; si no, ay está la buena dueña de Celestina, que nunca faltó ni pienso que faltará quanto no faltare dinero, que para esso no me ha de faltar. Y dame la vihuela en quanto va Pandulpho, a ver si te contenta a ti las comparaciones, y dezirte he un villancico que tengo hecho.

SIGERIL.- Señor, hela aquí.

FELIDES

Señora, no me matáys

si pensáis que me matáis,

porque más vida me dais.

SIGERIL.- Por Nuestra Dueña, señor, a muger sentida que la hagas perder con tu boz y tañer, junto con tal letra.

FELIDES.- ¿Paréscete bien, por mi vida?

SIGERIL.- Por Dios, que por esta letra se dize que la letra con sangre entra, que no pienso que podrá ser menos que bañarse en sangre el corazón de Polandria, si la oye.

FELIDES.- No dirá esso aquel borracho de Pandulpho; mas ¿qué cosa es un necio que no entiende las cosas? Bien librados quedaran Virgilio y Homero, con otros tales, si se usara estonces la retórica del burdel que Pandulpho tiene aprendida.

SIGERIL.- Dalo al diablo, señor, que es un majadero; y di la copla si la tienes hecha.
FELIDES.-

Pues oye:

Si pensáys con acabarme

que tengo assí de acabar,

pues yo no puedo engañarme

os quiero desengañar,

que nos queráys engañar

si pensáys que me matáys,

porque más vida me days.

SIGERIL.- ¡O, válame Nuestra Dueña, con cosa tan buena y tan sentida! Por cierto, señor, que pienso que no tienes par en trobar.

FELIDES.- Por cierto, que en este caso de amores, que pienso que es assí, mas no lo tengas en mucho que con la pena diga tan buenas cosas.

SIGERIL.- Dentro está el asno.

FELIDES.- ¿Qué dizes, Sigeril?

SIGERIL.- Señor, digo que a un asno pondrá sentido tal música y razones.

FELIDES.- Ora, yo me contento que te contente, porque, por cierto, tienes gentil sentido y biveza.

SIGERIL.- Señor, bésote las manos por lo que dizes. Yo, señor, no siento mucho, mas tus cosas son tan sentidas que no les falta la virtud de Orfeo para traer las piedras y las aguas a sentillas, y abrir los infiernos a las oýr.

FELIDES.- El infierno en que yo estoy querría que abriessen para mover a Polandria, que contino en él me atormenta.

SIGERIL.- Por cierto, no pienso yo que será menos, según ella es sabia. Y hora es que te levantes, señor.

FELIDES.- Pues dame mis vestidos, que no dizes mal (ni puedes dezillo, según tu habilidad, en cosa que dixeres); y mándame ensillar una mula, yremos a missa, y de yda y de venida, por casa de mi tía.

SIGERIL.- Por casa de Paltrana, debes de dezir.

FELIDES.- No por otra.

SIGERIL.- No me parece mal; assí se haga, señor, que aun a mí no me parece mal Poncia, su donzella.

FELIDES.- Por mi vida, pues, que non es malo que se hagan de un tiro dos cuchilladas, que mientras más moros más ganancia para mis amores.

Argumento de la XIII Cena

AREÚSA dize a CELESTINA que coman, que tarda CENTURIO, y ella dize que no es razón y venido, comen. Y viene PANDULPHO a rogar a CELESTINA, de parte de FELIDES, que vaya allá, y ella se escusa diziendo que no tiene manto con que salir. Y

entrodúzense:

AREÚSA, CELESTINA, ELICIA, CENTURIO, PANDULPHO.

AREÚSA.- Madre señora, y tú, prima, siéntate y comamos, que aquel desuellacaras desvergonçado de Centurio no vendrá acá.

CELESTINA.- Hija, tiempo hay, más vale que aguardemos un poco, que es mala criança comer hasta que venga; no diga después que sobre cuernos, siete sueldos, que pagando la comida no le aguardamos.

AREÚSA.- Duelos le dé Dios en su paga, si la hemos nosotros descotar aguardándole a él. Es verdad, que estará en alguna su hermita o devoto monasterio, si no, si viene a mano, metido en algún bodegón con otro tal como él, que yos seguro que no se descuyda él con lo que nosotros havemos comido.

CELESTINA.- Hija, nunca juzgues las cosas a la peor parte, pues sabes que la yglesia no juzgó lo secreto.

AREÚSA.- Hi, hi, hi; reýrme quiero, madre, de ti; dezir que juzgo por lo secreto, como si lo fuesse en lo que digo. ¿Préciasse él de otra cosa, sino de lo que todo el mundo y yo lo tacho?; ¿su vida es sino salir a las tavernas y bodegones? Que assí goze yo, que un tufo a vino tiene quando se llega a mí que estoy para lançar las tripas de asco. Pues ya que esta tacha tiene, en el buen rostro se sufre, que más costuras tiene en él y harpaduras que en la capa que trae a cuestras.

ELICIA.- ¡Ay, prima!, y los hombres ¿para qué los quieres tú hermosos?, sino valientes, robustos y esforçados. ¿Hante de servir de damas de hombres, quando los huvieres menester para tal caso como la vengança que nos dio de Calisto?

AREÚSA.- Si por esso que hizo no le hablasse, ¿havíale de hablar por sus ojos vellidos, el uno arrendado a la oreja y el otro a la boca?; que, en mi alma, no parece sino que quiere espantar niños.

CELESTINA.- Hija, a un hombre esforçado todo se le ha de sufrir, que en un día meresce quanto le puedes dar; y esto de Calisto, pues lo supistes hazer, sabeldo callar, pues no va menos que la vida en ello; y callemos, que helo aquí do viene. ¡O, hijo Centurio!, tal me venga el buen año a casa qual tú me paresces. Ven acá, que abraçarte quiero.

AREÚSA.- Ay, por Dios madre, no le favorecas, si no, no podremos hoy con él, que en lugar de reñir su descommedimiento y tardança le estás agora haziendo estos amores.

CELESTINA.- Hago bien, sábeta que no lo quiero mal; pues yo me lo abraçaré otra vez y aunque le pese. Y tú no le respondas ninguna cosa, que todo lo haze de celos de tu tardança. ¿Has celos, Areúsa, de mí?

AREÚSA.- Bonito es, pues, el rostro de ángel para haver celos.

CENTURIO.- Calla, ojos míos, que este jesto te parece a ti como hecho de flores, que no te tengo por de tan mal conoscimiento; que bien sé que sabrás qué virtudes vencen, que por mi persona tomaste la toca más que por la lista; nunca pidas hermosura al cuerpo, quando no le falta la del ánimo y fortaleza.

AREÚSA.- Ora sus, déxate ya, por tu vida, de filosofías y comamos.

CENTURIO.- Por las reliquias de Meca, que me has primero de abraçar que a la mesa me sienta.

AREÚSA.- Antes reventasse yo con lo que comiesse que tal hiziesse.

CELESTINA.- Por cierto, sí harás.

AREÚSA.- Déxame madre, que no lo tengo de hazer.

CELESTINA.- Por cierto, aunque no quieras lo harás. Llega, hijo Centurio, y abraçala

y bésala aunque no quiera.

CENTURIO.- Tenla señora, y tú, Elicia, ténemele la cabeça.

ELICIA.- Ya te la tengo, dale aquí mil besos.

CENTURIO.- Témenela, ténmela, que me buelve la cabeça.

AREÚSA.- Doy al diablo tal cosa, por Nuestra Dueña, de su boca a un jarro no hay diferencia. ¡Ay, Elicia!, ¿por qué hazes esso?, bonicos perfumes me pones, por Dios, a las narizes; y de ti, tía señora, me maravillo, y de tu saber.

CENTURIO.- ¿Rýeste, mi alma? Voto a tal, que no te olía tan mal la boca como dizes.

AREÚSA.- Mirad vos el desgraciadazo, con qué gracia lo dize. Reýme de mirarte esse jesto de carta de navegar, según las diversidades de aguas tienes en él.

CENTURIO.- Yo te certifico que a mi madre que le pareciera mejor la diversidad del olor del vino que beví, que tal era él, que las de las aguas que dizes de mi rostro.

CELESTINA.- Hijo, a todos nos sabe bien, y a ninguno no amarga comiendo y hablando; y dexémosnos ora de motes.

CENTURIO.- Esso es lo que me contenta, y hágase assí; y siéntate madre, que yo ya estoy sentado, y Elicia se siente cabe mí y Areúsa cabe ti.

AREÚSA.- Por cierto, por te hazer pesar yo me siente cabe ti, porque querías huyr de mí; y te tengo de comer quanto tuvieres delante.

CENTURIO.- Buen dissimular es ésse.

CELESTINA.- Hijo, bien dize Terencio, que las renzillas de los amantes es para confirmación de más amor.

CENTURIO.- ¿Para qué me besas si te huelo mal? Desvíate allá, que huelo a vino.

AREÚSA.- Por te hazer raviar lo hago.

CENTURIO.- ¿Assí es la verdad?

AREÚSA.- Alaçé, más que por la hermosura de tu rostro y boca tuerta, que parece que estava hilando.

CELESTINA.- Esso me parece de perlas. Y hijos, entre col y col, lechuga, no sea todo retoçar, que la mesa más se puso para comer y beber.

CENTURIO.- Todo es bueno, madre.

AREÚSA.- ¿Dónde huviste este capón, Centurio? Si viene a mano, de algún bodegón lo cantusarías tú.

CENTURIO.- De otra parte vino, que si lo supieses quiçá no lo comerías.

AREÚSA.- ¿De alguna vellaca, quieres dezir?; que no podía ser menos la que contigo tuviere amistad.

CENTURIO.- De otra, por cierto, que presume tanto como tú.

CELESTINA.- Hija, por tu vida, que me haze de ojo, no cures de respondelle.

AREÚSA.- ¿Y qué la tengo de responder? Pluguiesse a Dios que tomasse ya pendencias con otra tal como él porque me dexasse, que por importunada le veo; y si viene a mano será la dama Palana, porque tal para tal, Pedro para Juan. Porque estos no saben conservar muger ninguna que sea de bien ni limpia, sino otras tales suzias como él y Palana.

CENTURIO.- ¿Qué, Palana es fea?

AREÚSA.- Y que sea hermosa y tú esforçado, ¿qué va en ello? ¿No sabes el proverbio?

CENTURIO.- ¿Qué proverbio?

AREÚSA.- Que la hermosura en la puta y la fuerça en el vellaco, que está perdida; quanto yo lo estoy con tenerte a ti, que a osadas, que los refranes viejos que todos son sentencias, pues perdido es quien entras perdido anda.

CENTURIO.- ¿Y esso, señora; estoy yo burlando y tómaslo tú de veras? No llores,

que voto a la casa santa, que estava burlando contigo.

AREÚSA.- Buenas burlas, por Dios; si te vi, burléme, si no te vi, calléme. Después que ha dicho lo que ha querido, dize que estava burlando.

CELESTINA.- Hija, por mi amor, que no te enojés y te tornes a sentar, que en mi alma y por el siglo de do vengo, que a todo quanto dixo me dava del ojo.

CENTURIO.- Por Nuestra Dueña, que es assí. ¿Y yo qué te he dicho en comparación de lo que tú me has dicho a mí? Mas todo lo echo a burlas y en passatiempo.

ELICIA.- Por mi vida, prima, que comas y no haya más; si no, en mi ánima, de no comer bocado.

AREÚSA.- Come tú, prima, que yo no he gana, por mi vida, de comer.

ELICIA.- Por mi vida, de no comer bocado si no comes; y no hayas enojo.

AREÚSA.- Por tu vida, que si lo huviera gana, que yo comería, que no lo dexo por esso.

ELICIA.- Por vida de mi tía Celestina, que has de comer esta pechuga de capón.

AREÚSA.- ¿Para qué es hazerme fuerça? Si lo huviera gana ¿no lo comiera?

CELESTINA.- Hija, ¿y tan poco quieres mi vida? Cata que me enojaré si no comes.

AREÚSA.- Por te fazer plazer yo comeré, mas por Dios, que no lo tengo gana.

CENTURIO.- Mejor será por te hazer a ti plazer, porque por Nuestra Dueña, que está el capón muy tierno y bueno.

AREÚSA.- Por te hazer a ti pesar lo ago, porque no lo has hecho sino porque no lo comiese, por te lo comer tú todo.

CELESTINA.- Dame acá, hija, éssa que no derrama solazes y echaré el bastón a estas reñillas. Por Dios, hijo Centurio, que no conoces mal de vino, que tal me parece éste. Prueba, hija Elicia.

ELICIA.- Señor Centurio, pues mi prima no lo beve, prueba mis scamochos.

CENTURIO.- Téngotelo, señora, en merced, y quiérollo hazer por te beber la gracia.

AREÚSA.- Éssa no te beviera ella a ti, que maldita la que hoy has tenido.

CENTURIO.- Señora de mis entrañas, ¿cómo tengo de tener gracia, faltándome para contigo? Mas alçarse han los mantelles, y darne has tu gracia por donde merezca tu gloria.

AREÚSA.- Mal año para ti, que nunca tú lo verás en quanto bivieres. ¡Y aun palabras has tú dicho hoy para hallar gracia ni mereçer gloria!

CENTURIO.- Señora de mi alma, las obras suplirán lo que faltaron las palabras.

AREÚSA.- Desso estarás tú bien seguro de mí.

CELESTINA.- Hijo, alçados los mantelles anden las manos, las lenguas estén quedas pues tanto dañan, y quitarse ha el nublado y hará claro y buen tiempo. Y escucha, que a la puerta llaman. Elicia, ve a ver quién es.

ELICIA.- Señora tía, un criado de Felides llamado Pandulpho; dize que te quiere a ti.

CELESTINA.- ¿Quién, hija?

ELICIA.- Un criado de Felides llamado Pandulpho.

CELESTINA.- No cayo en quién es Pandulpho.

CENTURIO.- He, he, he.

CELESTINA.- ¿De qué te rýes, hijo?

CENTURIO.- Rýome, señora, de que mejor lo conociera Palana que no tú, porque está por esse gentil hombre.

CELESTINA.- ¿Cúyo hijo es éste?

CENTURIO.- Madre, ¿tú conociste a Molejas, el ortolano?

CELESTINA.- Sí conocí.

CENTURIO.- ¿Conociste una hija suya que casó con Çurracas, el cortidor?

CELESTINA.- Como a mí mesma; que por mi vida, para con nosotros, que yo la

vendí tres veces por virgen.

CENTURIO.- Assí la pudieras vender doze.

CELESTINA.- ¿Qué dizes, hijo?

CENTURIO.- Digo que éste es su hijo, y el más fiero hombre que hay en esta cibdad, y gran amigo mío, que nos conoscemos allá de la santa gualtería. Entre, que no se perderá nada por él del solaz.

CELESTINA.- Hija, dile que entre.

ELICIA.- Señor Pandulpho, que subas.

PANDULPHO.- Buena pro haga, señora y la compañía.

CENTURIO.- ¡O hermano!, ¿y qué buena venida ésta?

PANDULPHO.- A la señora madre quiero dos palabras.

CELESTINA.- Hijo, ¿es cosa de priessa? ¿Levantarme he? Y si no, si en tanto tú ya alcançarás dos bocados y beberás una vez.

PANDULPHO.- Señora, téngotelo en merced; yo aguardaré y tú come, que yo huelgo de te aguardar.

CELESTINA.- Pues siéntate, hijo, y alcança dos bocados, por amor de mí.

CENTURIO.- Sí, por mi amor, hermano, que tal persona como tú no haze poco al propósito de nuestro solaz.

PANDULPHO.- Señor Centurio, voto a Mahoma, que tú puedes preciarte que tienes cabe ti la más gentil muger que yo he visto.

AREÚSA.- Eso no le parece a él, por cierto.

CENTURIO.- Por mi vida, Pandulpho, ¿quál te parece a ti más hermosa, esta señora o la señora Palana? La verdad, la verdad, por mi vida.

PANDULPHO.- Por vida de los ángeles, no merece Palana descalçar a la señora Areúsa.

AREÚSA.- Téngotelo en merced, señor, aunque no sea assí.

PANDULPHO.- Señora, por mi vida, otra cosa no me queda más de lo que digo; y si fuere menester lo haga bueno a qualquier gentil hombre que lo contrario dixere, y aun, voto a tal, que le dé una arma de ventaja.

CENTURIO.- Si como dexiste esso, dixeras lo contrario, conmigo estavas en el juego; y voto al martiloxo, que te diera yo dos armas de ventaja con tanta justitia.

PANDULPHO.- ¿Qué armas me dieras?

CENTURIO.- Dos paveses de barrera.

AREÚSA.- ¡Ay, calla ya, desgraciado!; ya me maravillava que por mí querías hazer cosa de afrenta.

CENTURIO.- Voto a tal, si pensasse que huviesse quien me respondiesse, carteles públicos pusiesse por tu servicio. Mas bien sé que teniendo Pandulpho mi opinión no hay quien me ose responder, y por tanto no haré mucho en hazerte tan pequeño servicio.

AREÚSA.- Ora déxate de fieros, por tu vida, y hállese en otra cosa.

CELESTINA.- Hija, donde hay mugeres moças y gentiles hombres, como están aquí, no se escusan estas pláticas.

AREÚSA.- Di, madre, gentil hombre, y no metas a Centurio en essa cuenta.

CENTURIO.- Vengarte has querido, señora; por cierto, que más me precio yo de valiente hombre que no gentil, y ya creo que tú lo sabes si lo fuy en algo de tu servicio, quando el oxeo de los garçones que tú me mandaste.

AREÚSA.- Ora, baste lo dicho.

CELESTINA.- Hijo Pandulpho, dexada una razón por otra, ¿qué nuevas hay por allá?

PANDULPHO.- Señora, agora no se habla otra cosa sino en tu resurrección.

CELESTINA.- Hijos, assí es, con esso se passa el mundo; presto acaescerá otra cosa con que se ponga la mía en olvido.

PANDULPHO.- Señora, tú dizes verdad, que hasta aquí no se hablava sino en la muerte de Calisto y Melibea, y agora, con tu venida, está ya olvidada.

CELESTINA.- Hijo, bien sé que se ha dicho que tuve yo alguna culpa en esos amores. Aquel Dios que está en los cielos sabe la poca culpa que yo tengo en ello, que, para el siglo que los tiene y a nosotros espera, más inocente dello estoy que estás quantos aquí estás.

CENTURIO.- Señora madre, ¿para qué lloras y dizes esso? Que assí se cree de tu santidad, no hay necesidad de juramentos.

CELESTINA.- Hijo, ¿no quieres que llore, padeciendo mi honrra con tan falso testimonio? Mal siglo les dé Dios, allá donde están Pármemo y Sempronio, que ellos me lo levantaron; y si lo levantaron bien lo pagaron, acá con las vidas y allá lo pagan con las almas, que plega a Dios que no nos veamos como yo los vi. Y bien parescen, Señor, que estás en los cielos, tus justos juizios, que por esso permitiste que para purgar mi limpieza y inocencia tornasse a este siglo.

PANDULPHO.- Por cierto, madre, si esso no te oyera, que según lo que se certificava, todo el mundo no me fiziera creer otra cosa.

CELESTINA.- Hijo, mi amor, en otras cosas no me quiero alabar, que, mal pecado, yo me conozco por pecadora a Dios como todos lo somos, mas en esto de Calisto y Melibea, Él nunca me lo perdone si más culpa que tú no tengo.

CENTURIO.- Trastócame essas palabras.

CELESTINA.- ¿Qué dizes, hijo?

CENTURIO.- Madre, digo que no son menester más palabras, que sin juramento serás creyda; y limpia essas lágrimas, y mira qué te quiere esse gentilhombre.

CELESTINA.- Mal siglo, hijos, les dé Dios a señores y criados allá donde están, que tal han parado mi honrra, y pararan, si acá no tornara a dar mi desculpa.

ELICIA.- Mas, por Dios, madre, dexando una razón por otra, ¿viste allá a Melibea?

CELESTINA.- ¡Ándate ay a dezir donaires! Déxate, hija, de preguntar boverías; vira qual plega a Dios que no te veas. Y dexando esto, ven acá, hijo Pandulpho, y sabré lo que mandas. Hijo, por tu vida, que me perdones lo que he dicho, que con pasión no hay quien tenga seso, y havréte sido enojosa con mi prolixidad.

PANDULPHO.- Madre, antes he recebido merced en oyrte porque, por cierto, hasta aquí yo havía vivido contigo engañado.

CELESTINA.- Pues, hijo, como crees en Dios, cree lo que te tengo dicho; y no estás engañado en el amor que me tienes, que para el siglo que nos sostiene, que tu agüelo Mollejas el ortelano no tuvo mayor amiga que a mí; y a tu madre Garatusa y a tu padre Çurracas ¡es verdad que poco conocimiento tuve con ellos, y que pocas vezes comí en su casa y ellos en la mía! Assí que, hijo, no me maravillo que del conocimiento passado se te engendrassen el amor que me tienes y te tengo; y aun, por tu vida, que me acuerdo que fui tu comadre quando te bautizaron.

PANDULPHO.- ¿Que fuiste mi comadre?

CELESTINA.- Espera, espera hijo, ¿tú no te llamas Pandulpho, el de la Cortiza?

PANDULPHO.- No es otro mi nombre.

CELESTINA.- Pues por vida tuya y mía, que eres mi ahijado; mira si tienes razón para me querer. Y aun si tiempo huviera, yo te dixera cosas de grande importancia que entre tu madre, que haya gloria, y mí passaron; mas andar, quédense para otro día, que más hay días, hijo, que longaniças. Y di, ¿tu padre es bivo?

PANDULPHO.- Señora, no, que días ha que murió.

CELESTINA.- Hijo, con la edad y las muchas cosas que por mí passan tengo caduca la memoria, que ya me acuerdo, que por tu vida, que me hallé a su enterramiento; Dios le dé gloria, y a nosotros quando allá fuéremos. Y di lo que me quieres, que con plazer

de te hablar y hablarte en los passados, los presentes tenía olvidados.

PANDULPHO.- Señora, lo que te quiero es, de parte de mi amo, pedirte por merced que llegues a su posada, o a parte donde él te pueda hablar sin sospecha.

CELESTINA.- Hijo, mi amor, ¿y qué sospecha puede haver de muger tan vieja como yo? Aun si fuera quando moça, razón tuvieras, que por mi vida, que para contigo, que pocas havia en el lugar de mejores gestos; y aunque otros tan estirados y ricos como tu amo me siguieron harto, aunque por tu vida y mía, que les aprovechó bien poco, que, aunque yo era algo desembuelta y graciosa, siempre de la honrra fuy muy recatada. Pero ya sabes, hijo, que dize el proverbio, que enoramala nace quien mala fama cobra, y de aquí se levanta la tos a la gallina, como lo de Calisto y otras tales cosas que me han levantado. Que en este mundo, quien mucho bive, mal pecado, mucho ha de ver y por mucho ha de passar; que en largo camino, hijo, por fuerça ha de haver barrancos, y en mucho tiempo muchas mudanças d'él se han de ver. Mas andar, passe, mundo es, por fuerça lo hemos de passar con las condiciones que lo tomaron los passados, y lo tenemos los presentes y lo heredarán los por venir. Mas, dexando esto, ¿qué me quiere tu amo?

PANDULPHO.- Lo que te quiere es, según pienso, consuelo y consejo para un gran mal.

CELESTINA.- Hijo, ¿y qué mal es el suyo?

PANDULPHO.- Él te lo dirá allá, que yo no sé de más de ser embajador.

CELESTINA.- Hijo, si es mal de pena, yo holgaré de consolarle, porque Dios dizen los theólogos que es causa de los males de pena, y para esso son los buenos, y a esso vine al mundo, siendo apartada dél; mas si es mal de culpa no es de mi ámbito ni de mi autoridad, porque en los tales no se halla Dios, y por tal razón no se deven hallar sus siervos.

PANDULPHO.- Muy santa está la puta vieja conmigo; como si no cerniese y amasasse yo tan bien como ella, me quiere hurtar la hogaça.

CELESTINA.- ¿Qué dizes, hijo?

PANDULPHO.- Digo, mare, que ¿qué llamas males de pena?

CELESTINA.- Hijo, muerte de padres, de madres, y de hijos y hermanos, pérdidas de haziendas, con otros desastres que, mal pecado, cada día passan por los hombres, donde hay necessidad de consejo y consuelo, exercitando una de las obras de misericordia, que es consolar los tristes.

PANDULPHO.- Y el mal de los amores, madre, ¿no es mal de pena?

CELESTINA.- He, he, he; hijo, esse mal más propio es de culpa de mirar y otras ocasiones; que la pena antes es remedio en los tales, pues sabe que el loco dizen que por la pena es cuerdo.

PANDULPHO.- Eppo, madre, es en mal de locura.

CELESTINA.- Pues, hijo, ¿qué hallas tú en los amores para que no lo sea? Mi amor, no curo yo tales enfermedades, pues sabes un proverbio que dize, que quien de locura enfermó, que tarde o nunca sanó; y el consejo que para esso yo puedo dar es para apartar tales vanidades. Ya passó, hijo, esse tiempo de liviandades, y antes es de hazer penitencia de lo passado que de perseverar en lo presente y por venir, pues sabes que de los hombres es el pecar, mas diabólico el perseverar.

PANDULPHO.- No adevines tú, madre, el mal de mi amo, que yo tampoco no lo sé; quando él te lo dixere, estonces, conforme al mal le pondrás la melezina.

CELESTINA.- Bien dizes, hijo. Pues di tú al señor Felides que yo holgaré de hazer lo que él me manda, y hablalle he en un monesterio por más honestidad, sino que como vengo de tan largo camino, hallé tan mal recaudo en mi casa, que assí goze, que no tengo manto con que salir.

PANDULPHO.- Ya la puta vieja quiere hincar el dado.

CELESTINA.- ¿Qué dices, hijo?

PANDULPHO.- Digo, madre, que de noche puedes yr, que no te verá nayde.

CELESTINA.- Hijo, no has tú dicho hoy cosas para salir yo de noche; quien tiene enemigos no le comple, mi amor, desmandarse ni andar de noche.

PANDULPHO.- Madre, el hermano Centurio y yo yremos contigo, que, voto a la casa santa, toda la ciudad no sea parte para te enojar.

CELESTINA.- Hijo, no quiero yo veros ni verme en esse peligro; por tu vida, que de noche todo el mundo no sea parte para llevarme. Basta, que haziendo manto yo yré donde digo, por tu amor y de esse señor; y no me llegues más a la mata.

PANDULPHO.- Señora, pues voy a lo dezir a mi amo. Y quede Dios contigo.

CELESTINA.- Y contigo vaya, hijo. Y si allá hay algún manto prestado, yo yré luego.

PANDULPHO.- Y aun por esso roncean tú, que bien sé de qué pie coxqueas. Señor Centurio y señores, Dios quede en vuestra guarda.

CENTURIO.- Y vaya en la tuya.

CELESTINA.- Para mi santiguada, que pienso que tengo un enfermo, con que le purgue de suerte que mudemos el pelo malo.

CENTURIO.- ¿Cómo es eso, madre?

CELESTINA.- Hijo, súfrete, que aún agora no se puede dezir, que si fuere menester tú lo sabrás.

CENTURIO.- No me pena agora saberlo; más me querría que mandasses a Areúsa que nos fuésemos a una cámara a passar la siesta.

AREÚSA.- Eso no verás tú en tu vida.

CELESTINA.- Tómala tú, hijo, y no estés en díselo tú.

CENTURIO.- Assí lo quiero hazer.

AREÚSA.- Ayúdame, prima Elicia, contra este desuellacaras, que me lleva por fuerça.

ELICIA.- Ayudarte a llevar sí haré.

CENTURIO.- Paréceme que te tengo acá.

AREÚSA.- Porque me tomaste descuydada.

CENTURIO.- Tía señora, si alguno me buscare, ya sabes que tengo justo impedimiento.

CELESTINA.- Nunca pensé, hijo, que eras tan bovo y de tan poco saber, ¿no sabes que a buen entendedor, pocas palabras? Y tú, hija Elicia, cierra essa puerta y reposemos nosotras.

ELICIA.- Madre, hecho es. Andacá a la cámara y descansarás, que te han dado hoy gran trato.

Argumento de la XIV Cena

PONCIA llama a POLANDRIA para que vea pasar a FELIDES y a sus criados, y burlan dellos; y QUINCIA le da la carta de FELIDES, y sobre ella passan grandes donaires. Y entrodúzense:

PONCIA, POLANDRIA, QUINCIA.

PONCIA.- ¡Señora Polandria! ¡Çe, señora Polandria! Llégate aquí tras mí y verás un

mi requebrado!

POLANDRIA.- ¿Quién es?; ¿Felides?

PONCIA.- No, sino aquel gentilhomme que va tras él. ¡Ay Dios, y no me lo aojen! ¡Y qué bolver lleva acá la cabeça!

POLANDRIA.- Está queda, no te abaxes, que me verán, que también el galán de su amo parece que tiene torcidas las cervizes. Mira qué embelesado que van mirando acá; plega a Dios que no me hayan visto.

PONCIA.- Ay señora, que todo no vale nada con estotro mal pesar; y rýese, por mi vida, mi duelo.

POLANDRIA.- Deve destar tu enamorado.

PONCIA.- Pues, guárdenos Dios, ¿agora lo viste? Por tu vida, señora, que el día que fuymos con mi señora a Santa María la Nueva disfrazadas, en todo el camino nunca hizo sino, desimuladamente, dezirme mil boverías.

POLANDRIA.- Y el babusán de su amo, ¿viste qué mirar hazía desde la mula? Mas, por mi vida, ¿qué te dezía?

PONCIA.- He, he, he; mil requebrejones.

POLANDRIA.- ¿Qué, por vida de mi señora?; y dezirte he yo lo que passó en la yglesia después con su amo.

PONCIA.- Por Dios, que me dixo: «Señora, no te tapes si quieres desconocerte, que juro a mi vida que por tu gracia de media legua eres conocida; no abaxes tanto el sombrero, que por vida mía, que otro sol mayor lleves debaxo. Dexa, señora, a tus ojos hazer su oficio, que es matar, y no les quites tanto bien como me hazen con tal mal.» Y yo no hazía sino, quantas más boverías él dezía, abaxar más el sombrero y callar y andar; y ver cómo se sespivillava y estirava y rechaçava la espada no era sino gloria, tanto, que no pude estar sin reýrme una vez, y el asno, muy favorecido, dixo: «Aunque sea burlar de mí, señora mía, me huelgo, y bien es que rýas tú para templar lo que yo lloro en el mal que tú me fazes, que juro a la fe que te tengo que me tienes muerto de amores». Y aquí, pareciéndome que yva ya muy descubierto el requiebro, me junté contigo y con mi señora, y dexéle por majadero.

QUINCIA.- Hi, hi, hi.

POLANDRIA.- ¿De qué te ríes, Quincia?

QUINCIA.- Rýome, que mala landra me mate si camino de la fuente me puedo defender desse moço despuelas.

POLANDRIA.- ¿De quál, por tu vida?

QUINCIA.- De gentil hombre que huyó la noche de la música.

PONCIA.- Hi, hi, hi; mala muerte muera yo, si no deve haver concierto entre amo y criados de impetrar en todas nosotras.

QUINCIA.- Pues, ¡si bien lo supieses!

PONCIA.- ¿Es assí, como yo digo? Di, por mi vida.

QUINCIA.- Por mi vida, que ayer, yendo yo a la fuente, no me puede defender del galán de su amo, para que te traxesse, señora Polandria, una carta.

POLANDRIA.- ¡Verés vos el loco, y qué atrevimientos y qué necedades!

PONCIA.- Señora mía, no la atajes, que es la más linda cosa que nunca vi. Yo juro a mi vida que nos tienen ellos por alcansadas, a la cuenta que entrellos hazen; y di desso, hermana Quincia, que me mata de amores.

QUINCIA.- Pardiós, desde que me dixo mil retólicas que no las entendía más que essa pared, arrojóme una carta, y desde que no la quise tomar, fuesse corriendo con el cavallo, y sus criados tras él; y porque no la hallassen toméla.

POLANDRIA.- ¿Y no la rasgaste?

QUINCIA.- Hi, hi, hi; sí rasgué.

PONCIA.- Mejor me ayude a mí Dios que tú tal heziste, que no te tengo yo a ti por tan necia.

QUINCIA.- Pardiós, dizes verdad, que no rasgué, mas escondíla entre los cantos.

POLANDRIA.- Eso fue peor, ¿y allí la havías de dexar, para que la hallassen y viessen el entrevimiento de aquel loco?

QUINCIA.- Pardiós, señora, porque no te enojés lo dixé, que en el seno me la traxe.

POLANDRIA.- Tráela acá luego y rasguémosla, sus, en un punto; y no sepa él que tal cosa a casa traxiste.

QUINCIA.- Pardiós, yo voy por ella, que ascondida la tengo.

POLANDRIA.- ¿Passas, Poncia, por tal locura? Sí, que sus passadas de aquel loco por aquí, tan a menudo, no son de balde. Y para que veas, esse día que dizes que te fue es otro majadero diziendo esso que dixiste, el señor atreguado de su amo, al tiempo que llegué a tomar el agua bendita, hizo él que tomava la agua y apretóme un dedo, y después, en la missa toda, ponía las manos hazia mí como que pedía piedad, quando vía que no mirava nayde; estando alçando el frayle, fazía él señas que no adorava la hostia sino a mí, y desto no pude estar que no me sonriese de su necedad y eregía; y devía de pensar que ya estava todo acabado y atrevióse a escribir el badajo. Y callemos, que no quiero que sepa esta moça tales atrevimientos, que ya siento que viene.

QUINCIA.- Señora, he aquí la carta.

POLANDRIA.- Tómala, Poncia, y rásgala.

PONCIA.- Por Dios, señora, que havemos de ver las boverías primero, que no hay cosa en este mundo con que más huelgue que de ver cartas de amores, y más deste cavallero, que lo tienen por muy sabio.

POLANDRIA.- No me parece a mí tal en sus atrevimientos. Mas lee, veamos qué porradas dize.

PONCIA.- Lee tú, señora, que sabes mejor leer.

POLANDRIA.- Mal año para él que yo tal haga.

PONCIA.- Ora pues, en nombre de Dios, que yo comienço a leerla; y dize assí.

POLANDRIA.- Cierra aquella puerta de la escalera, Quincia, no suba alguien.

QUINCIA.- Hecho es, señora.

PONCIA.- Bien dizen, letra de carta de amores, que assí goze yo, tu requebrada quiso ser, que no hay quien la lea; mas oye qué dize: «Señora tía».

POLANDRIA.- Hi, hi, hi.

PONCIA.- ¿Ya te rýes, señora?

POLANDRIA.- Rýome que deve ser para mi señora essa carta, que la llama tía.

PONCIA.- ¿Pues no dize assí?

POLANDRIA.- Ora, muestra. Que no, en mal punto, sino «Señora mía».

PONCIA.- Yo, pardiós, tía me pareció que dezía; mas oye más adelante: «Tú, mi querer y atrevimiento».

POLANDRIA.- Anda noramala, que no dize assí, que no la sabes leer, sino «Tu merecer y mi atrevimiento».

PONCIA.- Ha, ha, ha; qué gran donayre, por mi vida, que dizes verdad. Por tu vida, que la leas tú, señora, que yo no acierto.

POLANDRIA.- Ora, dala acá, que assí lo havré de hazer. Y Quincia, guárdate del diablo, no lo digas a aquel loco, si no, no sería más menester para perder del todo el seso.

QUINCIA.- Guárdeme Dios, señora, ¿y de dezillo havía?

POLANDRIA.- Pues pone aquí la mano en la cruz, y tú también, Poncia. Y agora oyd: «Señora mía, tu merecer y mi atrevimiento te darán a conoscer la pena que a tu causa passo».

PONCIA.- Pues ya, señora, que la lees, léela con toda la solemnidad que se requiere.

POLANDRIA.- ¿Qué solemnidad?

PONCIA.- Con suspiros y passiones.

POLANDRIA.- Hi, hi, hi; ora que sea assí; y torno a començar por hazerte plazer: «Señora mía, tu merecer y mi atrevimiento te darán a conocer la pena que a tu causa passo, pues mi osadía osa lo que tu valor niega; mas ni el fuego de tu vista puede dexar de quemar, ni el conocimiento de tu hermosura de ponerlo en mis entrañas y corazón, con tanta fuerça quanta Dios para poder matar te puso, y con tan poco poder de mi parte quanto yo tengo para estorvar de no morir, haviendo mirado tu beldad, si en la fuerça della no templas, en la razón de matar, la que yo tengo para morir. Lo qual te suplico, no por no morir, pues no dexo de conocer la gloria que sería recibir la muerte de tales manos, mas para sostener en la vida la gloria de tal muerte, con padecella continuo en ella, acompañada de tantas muertes como continuo por tu causa passo, con las cuales quedo aguardado, con la licencia de llamarme tuyo, el previlejo para no acabar, que de otra suerte se niega, si de tus hermosas manos no se permite; las cuales besando mil vezes, acabo hasta que acabe en servicio mi obligación».

PONCIA.- Por mi vida, señora, sentidas razones tiene, y con el son que tú les has dado, assí goze, que me ha puesto devoción.

QUINCIA.- Assí goze yo, no entiendo más palabra que si no la huvieras leydo.

POLANDRIA.- Ni aun hay para qué entendellas; yo lo que has de entender sea que luego la quemes, y no sepa persona que tal passa; y alça la mano y santíguate, y no des más oýdos a aquel loco, segundo Calisto.

PONCIA.- Y más agora, señora, que tenemos a Celestina.

POLANDRIA.- Desso se guardará ella ya, que más me dizen que viene a dar consejo, que a ponello en tales liviandades.

PONCIA.- Por esso dize el proverbio que de los escarmentados se hazen los arteros.

POLANDRIA.- Poncia, toma tú essa carta y quémala luego.

PONCIA.- Esso no haré yo.

POLANDRIA.- ¿Qué dizes?

PONCIA.- Que esso haré yo de buena voluntad. Y corre, corre señora, que ya tornan nuestros requebrajados.

POLANDRIA.- Ay por Dios, no te assomes, no des lugar de más osadía a esse loco.

PONCIA.- Acecha, señora, por mi vida, y verás quán embelesados tornan. Precioso es el paje, por mi vida, que va poniendo la mano sobre el corazón, encogéndose como que le duele.

POLANDRIA.- Y el ciguñal de su amo ¿qué haze en tanto? ¿aquel suspiro es suyo?

PONCIA.- No de otri.

POLANDRIA.- Assí goze, de lo acechar tras ti; mas tarde llegué, que ya passa. ¡A Santo Dios, y qué rodear la cabeça! ya queda por el campo. ¡O Santa María, cuánta vanidad hay en los hombres! Déxalos, por tu vida, y vámosnos que es ya hora, que está mi señora sola; y lo dicho, dicho, Quincia.

QUINCIA.- Señora, pierde cuydado.

POLANDRIA.- Abre essa puerta y anda acá, Poncia.

Argumento de la XV Cena

SIGERIL dize a FELIDES si havía visto acechar a su señora, y passan sobre esto muchas razones; y viene PANDULPHO y dale la respuesta de CELESTINA, y acuerda de yr FELIDES essa noche a ella. Y entrodúzense:

SIGERIL, FELIDES, PANDULPHO.

SIGERIL.- Señor, ¿viste quando passávamos estar acechando a la señora Polandria y a su donzella, Poncia?

FELIDES.- Sí vi, mas ¿por qué lo dizes?

SIGERIL.- Dígolo porque nunca medre yo si ella no deve haver leýdo la carta, y aun mala pascua me dé Dios si no están ya dentro en el juego.

FELIDES.- Tú por tu corazón juzgas los agenos.

SIGERIL.- Y tú, señor, ¿no viste la risa que tenían?, que, por Nuestra Dueña, acá se oýa.

FELIDES.- ¿Pues qué fundas tú desso? ¿No puede ser que burlavan de nosotros, lo qual yo tengo por más cierto?

SIGERIL.- Y cómo, señor, ¿tú no conoces condición de mugeres, que con quien burlan público, gozan secreto?

FELIDES.- Essas serán de las damas con quien puedes tú tratar, mas no las tales como mi señora, que aun essa merced de burlar de mí pienso que no me querría hazer, porque sobra a mí merecer por ser de su mano.

SIGERIL.- No sé, por Dios, señor, para qué buscas remedio en lo que tú lo aboreces con tus desconfianças; con mal estava el mundo, si otras con quien ella puede bivar no han alcançado otros que pueden bivar contigo.

FELIDES.- Calla, ya, necio, que no dirás palabra que no la conviertas en necesidad. ¿Y hay en el mundo quien merezca servir a Polandria? Quanto más servir ella a otra.

SIGERIL.- ¿Y cómo, señor, luego en el mundo no hay reynas, ni princessas, ni otras señoras de gran estado?

FELIDES.- ¡Cómo eras necio! Simple, ¿quál es más, me di, posseer estado o merecimiento de tener estado? ¿Sabes cuánto vade lo uno a lo otro?, ¿o de tener estado que se lo da Dios, seguro de acaecimiento, o el que ponen los hombres, sujeto a todos acaecimientos? Esta es, y no otra, la diferencia de la grandeza de mi señora a la de esas reynas y princessas que dizes. ¿Qué va del merecimiento de Medea al de Penélope?; ¿que no era reyna, me di? ¿Ni del de la emperatriz Mesalina al de Lucrecia? Y por estos estados conoscerás que no le falta a mi señora, en el mayor de sus virtudes, el que se le devía de grandeza. ¿No sabes, necio, que dize el proverbio que quien quisiere bien, que no lo merezca? Ándate ay tras tus dineros, que sin persona son un poco de tierra.

SIGERIL.- Pues yo te prometo, señor, que la mayor experiencia que yo tengo para minar la fortaleza de Polandria que son ellos, y el tiempo te doy por testigo. Mas he aquí donde viene Pandulpho, éntrate en tu cámara y veremos qué dize aquella santa dueña de Celestina.

FELIDES.- ¿Pues qué tenemos, Pandulpho?

PANDULPHO.- Señor, yo fui a aquella vieja honrrada de Celestina; dexadas razones aparte, ella se muestra tan santa quanto para encobrir mejor la red es menester. Todas sus palabras son de Dios y endereçadas a Dios, y para sólo consolar tu mal, si no es de amores, ella dize que verná a un devoto monasterio a te hablar, en haziendo manto, que no lo tiene, o embiándoselo tú prestado a nunca pagar.

FELIDES.- ¿Cómo es esso?

PANDULPHO.- Que quiere manto para la vista del processo.

FELIDES.- Esso es lo de menos que yo le daré, si ella me da remedio. Mas ¿tú no dizes que no quiere entender en amores?

PANDULPHO.- Señor, ¿tú no me entiendes? Si yo no la entendiera mejor a ella, mejor librada quedara su santidad para conmigo que mi saber para contigo; y pues ella por buen estilo pide manto, harta señal de dar es recibir, porque esta santa madre nunca

metió aguja sin sacar reja.

FELIDES.- Pues por esso no quede. Corta luego, Sigeril, quatro varas de contrayr de aquella pieça que me traxeron de la feria, y dalas a Pandulpho que se las lleve, y a él otras ocho varas para saya y capa que le mandé.

SIGERIL.- A tres tales agujiones, no quedará cera en el oýdo.

FELIDES.- ¿Qué vas rezando, qué dizes?

SIGERIL.- Señor, digo que ¿no sabes que a dineros pagados, braços quebrados? Que mejor fuera, pues ella no puede salir, que fueras tú allá esta noche, para que, si no quiere entender en amores, el manto te havrás ahorrado.

FELIDES.- No dize mal este necio; hágase assí y da su paño a Pandulpho; y vaya a la fuente a saber de Quincia lo hecho.

SIGERIL.- Señor, suplicote, pues sabes quel amor no tiene consejo, que nunca te pese de recibirlo de quien te dessea servir, que en estos casos, créeme, que de los escarmentados se hazen los arteros.

FELIDES.- Dentro está ya Sigeril en la sabiduría. ¡Hideputa, qué de damas he alcançado, y cuánta edad tiene para ser artero, con tales escarmientos y espiriencias!

SIGERIL.- Señor, si yo no las tengo, ay está Pandulpho que ha tratado toda su vida con mugeres y las conoce.

FELIDES.- Hi, hi, hi. Por Dios, gentil aviso sabe de las damas de la mancebía, para las que yo tengo de servir. ¡Uno es el juego para sacallo por las trechas del burdel!

SIGERIL.- Pues yo te prometo, señor, si has de jugar con Celestina, que te conviene jugar de las trechas del burdel, y aun a casa llena, según a mí me va pareciendo, porque sus trechas no las sacó ella del palacio de los reyes, sino de la esperiencia de los burdeles. Quando estés con Polandria, hablarle has como a Polandria, mas quando con Celestina, háblale, señor, con nombre de madre, y como a madre de putas, digo, y con más doblezes en el hablar que llevas en la ropa, porque no viene ella aforada de menos armas, y créeme, señor, que en lo que ella te dixere, que puedes bien pensar que no es todo vero lo que canta el pandero; ve bien apercebido y serás medio combatido, que yo te prometo que si no te sabes con ella sostener, que a tres días no te dexé cera en el oýdo. A las cosas de burlas, señor, assí han de yr los hombres, salteados a ellas, que no les salgan de veras. Los corredores descubren las celadas, el tocar al arma pone cuydado en los exércitos, las espías dan aviso de las celadas, debaxo de la buena razón se ha de temer el engaño. Assí que, señor, tú mejor sabes estas cosas que no yo; mas ya sabes que el amor que lo pintan ciego, ¿por qué, si piensas?, porque no vee; pues si no vee, bueno es un moço de ciego como yo, que sabe dónde tropieça, y un perro viejo como Pandulpho, que te sabrá guiar a pedir limosna en casa de Celestina, sin que estrompieces delante su casa. Y con esto concluyo, que del amigo se ha de tomar el primero consejo, quanto más del servidor como yo. Oye, señor, que más vale dexar el consejo, si tal no fuere, después de havello oýdo, que no por falta de no lo querer oýr por ventura carecer de consejo, pudiendo ser tal, y procurar con consejo siempre desculpar el acaecimiento, y no que el acaecimiento te ponga la culpa por haver aborrecido el consejo.

FELIDES.- Basta, que por buen estilo me has querido llamar ciego. Yo te agradezco tus palabras y assí lo pienso hazer. Y dame aquella vihuela en quanto viene Pandulpho.

SIGERIL.- Señor, los sabios antiguos te pusieron el nombre quando te batizaste, con lágrimas tomaste nombre de amator, que yo no te lo pongo. E la vihuela, hela aquí, y quiero yr a mandar dar de comer a aquel açor, que con estos amores todos tenemos poco cuydado.

FELIDES.- Pues hazió assí, porque no diga por vosotros que el harto, del ayuno no

tiene cuydado ninguno.

Argumento de la XVI Cena

PANDULPHO va a saver de QUINCIA lo que hizo sobre la carta de FELIDES, y él y ella burlan de las razones della; y él va muy alegre con su recaudo a contallo a FELIDES. Y introdúzense:

PANDULPHO, QUINCIA.

PANDULPHO.- Deste juego, ya, Pandulpho, tú llevas lo mejor, anoche de gozar de tan gentil moça como Quincia, y hoy capa y sayo de contray. Quien agora te diesse un papirote en las narizes ¿qué sería?; no creo en tal, si yo querría ser él. El corazón, de plazer, no me cabe en el cuerpo. Voto a la casa sancha, que aún tengo de mudar el pelo malo con estos amores, que mi amo es liberal y está caydo en el lazo, y no ha de doler ni estimar el gasto; y bien dize el proverbio que con lo que Juan adolece, Sancho y Domingo sanan, assí que mi amo doliente, y más que Juan en sus amores, con lo que él adolece sana a Sancho y Domingo, que somos yo y Celestina; que yo voto a diez, que antes que ella saque las manos de la massa, que ella dé de heñir a mi amo; mas a mí qué me pena, que a rýo buelto, ganancia de pescadores. Ya me parece que asoma Quincia con su cántaro, quiérome llegar a ella, que quiçá traerá tal nueva que me valga más que la de esta mañana, y si no truxiere yo la sabré ordenar, porque quien quisiere mentir, alargue los testigos, como yo los alargaré probando con Quincia y con Poncia, donde será escusado saber dellas la verdad.

QUINCIA.- ¡Ay desventurada!, que a Pandulpho veo y quiérome morir de vergüença de lo que con él anoche passé. ¡Ay Jesús, y qué saltos me da el corazón! Pardiós, que estoy por me bolver sin agua. ¡Ay desventurada!, que allega cerca y no puedo huylle.

PANDULPHO.- Señora de mi alma, ya no podía sufrir el desseo de te ver, que, por Nuestra Dueña, mil años se me han hecho desta noche acá. ¿Y por qué no me hablas, amores míos? Peor está que estava. Si te han dicho algo para te meter mal conmigo o te ha acaecido algún desastre por mi causa háblame, mi ángel, que me tienes todo alterado; y si alguno te ha enojada dímelo, que yo te voto a la cruz de Caravaca que pueden doblar por él.

QUINCIA.- ¡Ay, señor mío, no me hables, por tu vida!

PANDULPHO.- ¿Y por qué, mi ángel, no te tengo de hablar?

QUINCIA.- Porque, por mi vida y tuya, que me muero de vergüença de ti.

PANDULPHO.- ¡O despecho de la condición!, ¿y de qué has vergüença? Juro a la casa de Meca que me tenías alterado, mas yo te quitaré presto essa vergüença; mas también huelgo, porque yo querría las mugeres en la calle muy vergonçosas, y a mí al contrario en lo secreto, y assí me vas tú pareciendo, porque en todo te hizo Dios a mi condición. Mi yda, señora de mis entrañas, será para esta noche; por tanto, aguárdame.

QUINCIA.- Mejor viva yo que en mi vida más te hable.

PANDULPHO.- ¡O despecho de la vida!, ¿y cómo es esso, amores míos?

QUINCIA.- ¡Ay Jesús, señor, que me muero de miedo de ti! Pardiós, tal trato me diste tú esta noche para tornarte a hablar.

PANDULPHO.- No, que ya no te tengo de enojar más que a mis ojos. ¿No sabes tú que los principios de las cosas todas son difíciles, mas con la costumbre házese otra naturaleza?

QUINCIA.- Otra vez me puedes engañar; y por tanto ve quando mandares, que ya sabes que soy tuya.

PANDULPHO.- Yo, mi corazón, tuyo más que mío. Mas, dexado esto por asentado por esta noche, ¿qué recado tenemos en lo de la carta?

QUINCIA.- Muy bueno.

PANDULPHO.- ¿Bueno, dizes, por mi vida?, pues yo te mando unos chapines.

QUINCIA.- Yo te diré qué tal, que esta mañana quando passó por nuestra puerta Felides, violó Poncia y llamó a mi señora Polandria y a mí; y aun harto me pesó a mí que no te vi allí, que por mi vida, que tenía ya desseo de te ver.

PANDULPHO.- Téngotelo a merced, que no bives engañada, mis ojos.

QUINCIA.- Assí que començaron a burlar de tu amo y de su paje, de cuán resquebrajados ivan y cuán envelesados, especial tu amo, que parecía que se le quería caer la bava de enamorado.

PANDULPHO.- Pese a tal con este bovo, que harto se lo tengo yo avisado, que dexes esos envelesamientos y estas elevaciones, que aborrecen a todo el mundo.

QUINCIA.- Assí que, señor, yo començé a dezir que tú también andavas muy enamorado, y allí burlamos de todos tres, passando mil donayres, que Poncia y Polandria son muy donosas y tienen gracia en quanto dizen.

PANDULPHO.- Es la mejor cosa que nunca vi; yo te prometo que no dexassen de burlar de las filosofías de mi amo, y del palacio del badajo de su paje, que presume de muy sabio.

QUINCIA.- Y passando más adelante en burla y donayres, yo dixes lo que teníamos concertado de la carta, y hizo muchas bravezas Polandria porque no la había rasgado, y yo dixes que sí había, y aquí dixo Poncia que no me tenía ella por tan necia que tal huviesse hecho hasta ver lo que dezía.

PANDULPHO.- ¡O qué gracia de donzella!; voto a tal, que no es necia la señora.

QUINCIA.- Y por mi fe, con lo que Poncia me dixo saqué la carta, y Polandria quisiera luego rasgalla.

PANDULPHO.- ¡O Santo Dios, qué gran bondad! Pues por Nuestro Señor, que ella se amanse, que otras tan bravas he yo ya visto.

QUINCIA.- Y mi fe, señor, Poncia no lo consintió hasta que la leyese.

PANDULPHO.- ¡O calla!, que me matas de amores con el saber y gracia dessa donzella.

QUINCIA.- Mi fe, hermano mío, la señora Polandria vino en que se leyese, y tomónos juramento a Poncia y a mí que no lo dixésemos, y mandóme cerrar la puerta para la leer.

PANDULPHO.- No me medre Dios si esso no va bueno. Pues passa adelante, amores míos, que yo te absuelvo desse juramento, porque juramento en perjuzio de parte no se ha de cumplir, ni se puede ni deve hazer.

QUINCIA.- ¿Qué perjuzio?

PANDULPHO.- ¡O, pese a la vida!, ¿y qué mayor perjuzio que el que mi amo de no lo saber recibiría, y el que yo de perder las albricias que me tiene mandadas?

QUINCIA.- ¡Andate ay a dezir donayres!

PANDULPHO.- ¿Tú piensas que burlo? Boto a la casa sancha que sería gran cargo de consciencia no dezir lo que passó.

QUINCIA.- ¿Dízelo de verdad?

PANDULPHO.- Dígolo tan de verdad que el Papa sólo fuesse parte para te poder absolver, si lo encubriesses en tan notable perjuzio de mi amo y mío.

QUINCIA.- Pues has de saber, señor, que Poncia la començó a leer y, mi fe, no acertava; y mi señora la tomó de sus manos y, diciendo que alçasse la mano y me

santiguasse, no lo supiese la tierra, la leyó; mas maldita sea yo de Dios si pienso que palabra dello entendieron, tan poco como yo la entendí; aunque Poncia, por hazerse la sabia, dezía que era muy sentida, mas Polandria dixo que yo tenía razón, porque dixere que no entendía las retólicas que allí venían.

PANDULPHO.- ¡O, maldito sea hombre tan necio; encomiendo al diablo sus filosofías y sus comparaciones!; que le tengo avisado al asno mil veces que dé a Dios estas retólicas, que no las entienden las mugeres y antes las aborrecen, y no haze sino porfiar con sus badajadas. Ora, pues, ¿en qué paró?

QUINCIA.- En que, por mi vida, que no le pesa a Polandria, que no lo pudo encobrir, que yo lo sentía, aunque dissimulava. Y en esto tornó a passar Felides y tornó a la burla de los requebrados, y dio tu amo un gran suspiro.

PANDULPHO.- ¡A, váleme Dios! Todo quedaría por él con esse suspiro. Mas en fin, ¿qué me dizes, amores, que la carta la leyó Polandria?

QUINCIA.- ¿Cómo que la leyó?, y aun dos veces; porque le dixo Poncia que ya que la leyá que la leyese con la solenidad de congoxa y suspiros que se requerían, y Polandria lo quiso hazer assí, que ver la gracia con que ella lo contrahazía, a todos nos hazía dar mil larcadas de risa.

PANDULPHO.- ¡O, graciosa Poncia y sabia Polandria! Voto a la fe de los moros que todo esso era burlar de los envesamientos y escuridades de mi amo. Por tu vida, que pienso que ha de estar con ella y no ha de ser para más de para filosofar, encareciendo sus penas con comparaciones que ni tengan provecho a Dios ni al mundo. Ora ello está mejor que lo podemos pedir a Dios; yo voy a demandar las albricias, y los ángeles queden contigo. Y lo dicho, dicho, para esta noche.

QUINCIA.- Y contigo vaya, señor.

Argumento de la XVII Cena

SIGERIL dize a FELIDES que viene PANDULPHO, y, después que le ha dicho lo que QUINCIA había hecho, van a casa de CELESTINA y háblanla, y queda acordado que CELESTINA vaya a casa de PALTRANA. Y eintrodúzense:

SIGERIL, FELIDES, PANDULPHO, CELESTINA, ELICIA.

SIGERIL.- Señor, Pandulpho viene, y paréceme que viene alegre.

FELIDES.- Él venga en hora buena. Pues Pandulpho, ¿con qué venimos?

PANDULPHO.- Señor, con más de lo que se puede pensar.

FELIDES.- ¿Cómo esso?

PANDULPHO.- Es, señor, que Polandria leyó tu carta dos veces, y no quieras, tras esto, saber mejor nueva para la primera vez.

FELIDES.- En gran cargo te soy, Pandulpho, ¿cómo te puedo yo pagar tanto quanto por mí has hecho?

PANDULPHO.- Señor, ya tú me tienes pagado con las mercedes recibidas, y yo lo estoy de mí, en averte hecho algún servicio. Mas mira, señor, perdóname, que te lo quiero dezir, que tú como eres tan sabio no quieres tomar consejo y rýeste de lo que hombre te dize. Cata, señor, que ninguno que pelea vee tanto como los que miran, que no hay quien sepa en sus cosas propias como en las ajenas, que más veen cuatro ojos que no dos, y lo que vota la mayor parte del senado esso se haze, porque presumen las leyes que aquello es lo mejor, y comúnmente se acierta más por parecer de muchos que

por el de uno.

FELIDES.- No quiere esso el que dize que adonde está la muchedumbre, ay está la confusión. Mas ¿por qué dizes esso?

PANDULPHO.- Esa confusión has de entender, señor, por tabahola o bozes de cofradría, donde los unos a los otros ni se oyen ni aguardan respuesta, que en lo demás la razón da la que tengo dicha. Y lo porqué lo dixere es por lo que muchas vezes te tengo dicho, que des al diablo para con las mugeres comparaciones ni estilo retórico, que me dixo Quincia que no havían más entendido palabra de tu carta que antes que la leyessen. ¿De qué sirve, señor, escrevir lo que no se ha de entender, pues no puede aprovechar?

FELIDES.- Esso sería que no lo entendería Quincia, ¿por ella juzgas tú a las otras?

PANDULPHO.- Voto a tal de te lo dezir, señor, pues me hazes que lo diga, que tampoco lo entendió Polandria; y si llevaba las razones del romance deste otro día, ¿qué diablos havía de entender?, que yo juro a los santos que yo no lo entendí.

FELIDES.- He, he, he.

PANDULPHO.- ¿De qué te rýes, señor?

FELIDES.- Rýome de que pareces don Ximeno.

PANDULPHO.- ¿Que por mi mal veo el ageno, quieres dezir? Pues yo te certifico que lo que yo no entendiere que no lo entienda Polandria. ¿No sabes tú, señor, que tengo yo corrido a Ceca y a Meca y a los olivares de Santander, y que sé dónde roye o puede roer el çapato? Pues pídotte por merced que hierres por parescer ageno, antes que aciertes por el tuyo, porque no podrás errar errando con consejo, ni acertar acertando sin él; y en caso de amores sabe que he sido bien acuchillado.

FELIDES.- Bien se te parece según eres sabio; yo tomaré tu parecer de aquí adelante. Y dexando esto, tomá vuestras capas y espadas y vamos a casa de Celestina, que es ya hora.

PANDULPHO.- Vamos, señor, y si pudiere ser háblala en mi presencia, porque yo te prometo que tienes menester faraute para con vieja tan matrera; y sabes, señor, que yo he leýdo donde ella, en un libro, digo, y para un traydor son buenos dos alevosos, porque palabra no te dirá que no tenga dos entendimientos, y para tu nobleza es oscura su germánica, y muy clara para quien la entiende como yo.

FELIDES.- Ora basta lo dicho, que yo te agradezco tu consejo; y dame, Sigeril, una espada y una rodela y vamos.

SIGERIL.- Hela aquí, señor.

FELIDES.- ¿Vamos bien por aquí?

PANDULPHO.- Señor, muy bien; y quiero llamar, que aquí es su casa. Ta ta ta.

CELESTINA.- Hija Elicia, mira quién llama ay.

ELICIA.- ¿Quién está ay?

PANDULPHO.- Señora, di a la madre que aquí está Pandulpho.

ELICIA.- Madre, aquel gentilhombre es que hoy te habló.

CELESTINA.- Bien venga si trae recaudo; ábrele, hija, y suba.

ELICIA.- Entra, señor Pandulpho.

PANDULPHO.- Señor, aguarda y hazella he saber cómo estás aquí. Madre señora, Dios te guarde.

CELESTINA.- Hijo, mi amor, ¿qué buena venida es ésta? No se le deve de cozer el pan a aquel cavallero, o ¿qué es esta priessa?

PANDULPHO.- Madre, ya sabes a los dolientes quán dulce les es la cara del médico, especial en males congojosos y que no sufren la tardancia, como el de mi amo.

CELESTINA.- Según esso, el manto debes de traer.

PANDULPHO.- Aun essa tardança no tuvo sufrimiento para aguardar, que aquí viene

a hablarte, que a la puerta queda, mira si mandas que suba.

CELESTINA.- Más cortos los passos y larga la bolsa quisiera yo este galán.

PANDULPHO.- ¿Dizes, madre que suba?

CELESTINA.- Jesús, hijo, no digo sino que no tengo yo tan cortos los passos para no abaxar a recibir tal persona, que yo yré abaxo a ver qué manda su merced.

PANDULPHO.- Más vale que suba él, madre, que es moço, no tomes tú tanto trabajo.

CELESTINA.- No hables en esso, mi amor, que no soy tan mal criada. Alumbra esse candil, Elicia, que está allí el señor Felides.

SIGERIL.- Señor, paréceme, según lo que veo, que habremos esta noche de andar a perdizes, pues no nos falta candil.

FELIDES.- Calla y entremos. ¡O madre señora, abraçarte quiero, que Dios sabe lo que con tu venida yo he holgado!

CELESTINA.- Señor Felides, ¿y para qué tomavas tanto trabajo?; que yo fuera a tu casa, que era más razón.

FELIDES.- Más es, por cierto, que venga yo a la tuya, siendo tan anciana y honrrada persona como eres.

CELESTINA.- No digas esso, señor, que me corro, que yo fuera y de rodillas. Mas, por vida desta mochacha, que no quedó sino por falta de manto; que, mal pecado, como soy rezién venida, aun para acordarme de lo sacar, por vida tuya, señor, no me han dado lugar con vesitaciones; y ya sabes que quien de muchos se quiere aprovechar, que con todos ha de cumplir, que esta negra honrra no se puede sostener sino con trabajos, que en mi vida supe hazer mi voluntad por cumplir con las ajenas.

FELIDES.- Madre, assí es; que por esso los sabios tienen por mayor fortaleza al propio vencimiento que los ajenos, y no haze su voluntad el que la sigue, sino el que contino la contradize para estar en las voluntades ajenas; y por esso no me maravillo que una persona tan señalada como tú contradiga siempre su voluntad.

SIGERIL.- ¿Y cómo señalada?, si bien le mirases el hierro que, como a yegua morisca, le dieron por las quijadas. ¿Crees, hermano, que le dieron la señal para hazella señalada por el rostro, por no seguir su voluntad por estar en las ajenas?

CELESTINA.- Nunca el diablo me ha de sacar de moços susurradores.

FELIDES.- ¿Qué dizes, madre?

CELESTINA.- Digo, señor, que nunca Dios me ha de sacar de trabajos, en quanto presumiere de honrra, y por tanto quisiera que lo escusaras tú de venir acá, y me lo dexaras a mí para yr a tu casa; que en mi alma, que hallo la mía tan mudada y desbaratada que estrado ni silla no hallé en ella, en que se pueda sentar sin vergüença tal persona como tú. Llega aquí, Elicia, essa silleta en que se asiente su merced.

FELIDES.- Señora, no haze menester, que por Nuestro Señor, que estoy harto de estar sentado y tañendo con una vihuela.

SIGERIL.- Bueno es mandalle asentar; piensa el asno que está al evangelio de sus palabras y sentarse ha mi padre, que Dios perdone.

PANDULPHO.- Si no llevasse más cerimonia el evangelio de Celestina que la epístola de nuestro amo de hoy, él estaría mejor librado con su amiga.

FELIDES.- Moços, ¿qué es esso? ¿Adónde aprendistes essa criança? ¿Pensáis que estáis en algún bodegón?

PANDULPHO.- No le pesaría desso a Celestina.

FELIDES.- ¿Qué estáys rezando?

PANDULPHO.- Señor, no digo sino que nos reýmos de una cabeçada que dio en la puerta Sigeril, quando entramos.

FELIDES.- Abaxárase él bien y no topara; y calla luego y salíos allá, a la calle.

CELESTINA.- No havía yo menester tantos bachilleres como aquí veo.

FELIDES.- ¿Qué dizes, madre?

CELESTINA.- Señor, que no es menester; déxelos, que son moços y huélganse, que a los mancebos de qualquiera cosa les está bien reýr, que los viejos, mi fe, señor, con la esperiencia de las cosas que por nosotros han passado, pocos donayres nos hazen reýr.

FELIDES.- Aquéllos no son donayres, sino necedades; que donde yo estoy han de callar. Sus, salíos afuera, cerrad essa puerta.

CELESTINA.- No, por mi vida, señor, sino súbanse al fuego arriba, para Elicia, que es moça y passarán tiempo, pues sabes que cada cosa se huelga con su ygual.

FELIDES.- Por mi vida, madre, no subirán.

PANDULPHO.- ¿Parécete, Sigeril, que tomó bien nuestro amo mi consejo?

SIGERIL.- ¿Por qué lo dizes?

PANDULPHO.- ¿No vees los rodeos que ha buscado para quedarse solo con la vieja, con quanto hoy le he avisado?

SIGERIL.- Yo te prometo que si Marina bayló, que tome lo que halló; que quien en ruin lugar haze leña, a cuestras la saca. Mas, por Dios, ¿quieres que acechemos por entre las puertas lo que passa?

PANDULPHO.- Por Dios, que te quería dezir que lo hiziésemos.

CELESTINA.- Señor, agora que estamos solos, ¿qué mal es el tuyo? Que hoy aquel tu criado no me lo supo dezir; que, por cierto, si es cosa en que yo pueda aprovechar, alma y vida pondré por tu servicio.

FELIDES.- Por cierto, madre, que me lo debes en el amor que te tengo y siempre tuve; que, por cierto, assí me pesó de tu muerte como me plugo de tu venida.

CELESTINA.- Burlando, señor mío, dizes que te lo devo. ¿Y tuve yo mayor señor en este mundo, y que más favoreciesse mis cosas, que tu agüelo, que en gloria sea? ¡O, qué cavallero aquél!, ¡qué presencia, qué gracia, qué disposición que tenía! En verdad, quando entraste por aquella puerta no me parecía sino que lo tenía delante de mis ojos.

PANDULPHO.- Ya lo comiença a enlabiar.

SIGERIL.- Yo te prometo, hermano, que ella lo enlabie presto, y aun lo emboçe como a hurón, porque no le coma la caça.

CELESTINA.- ¡Y es verdad que tu padre, Andrómedes, que yva en çaga tu agüelo! Dígote que en esos dientes de la boca le pareces cosa estraña, que los tenía como tú, un poco grandes, y la rysa graciosa como tú. Pues a la señora Sebila, tu madre, ¿no la conocí? ¡O, qué real muger, qué gracia y qué saber! No parecía quando yva por la calle sino duquesa, que assí la henchía toda.

FELIDES.- ¿Que conociste a mi señora Sebila, madre?

SIGERIL.- Mira si la conocí, voto a la casa de Meca; a Adán y a Eva, su madre, diga que conocí, si se lo preguntan y es menester, para que él no la conosca a ella.

PANDULPHO.- Ora callemos.

CELESTINA.- ¡Y cómo la conocí, mi señor! ¿Y con quién comunicava ella sus dolores y sus plazer, sino con esta vieja? ¡O, cuántas vezes la torné del otro mundo a éste! que la señora Sebila era muy doliente de la madre. Por cierto, no pariera ella sin mí por todo el mundo; que quando Felides, que está presente, nació, assí goze yo desta alma pecadora y tú desse cuerpo gentil, que la vieja Celestina fue la primera que te tómo en las manos. Más nalgadas te di, señor, en este mundo, y besos, que años tengo a cuestras; no venía la luna por acullá, ni la callentura, ni el mal de ojo, que luego no venía un paje a llamarme para que te viesse y te curase y te desaojasse, que cada día te aojavan, que siempre fuiste como hecho de oro, que no parecías sino un ángel, y agora pareces un serafín con essa crespita de oro, que desde tamañito la tuviste tal. Pues con los trabajos ¿no venían los galardones? Por tu vida, hijo, que los pajes de su casa a la mía se encontravan con los presentes, y aun yo te certifico, que si tu madre fuera viva, que no

tuviera yo necesidad de manto prestado quando hoy me mandaste llamar. ¡O, qué franca!, ¡o, qué liberal!, ¡o, qué hermosura!, ¡o, qué piadosa!, ¡o, qué complida! No me asomava la necesidad por una legua quando ya la tenía suplida, no parecía sino que tenía corredores en mis necesidades, según sentía sus celadas; que en mi ánima y por el siglo quella tiene, que necesidades que sola yo y mi confessor pensava que las sabíamos las adivinava, no sé quién se las podía dezir, si no la voluntad que para me hazer mercedes tenía.

PANDULPHO.- Ya la puta vieja le comienza a conjurar con sus mentiras, confitadas de sus falsas y cautelosas lágrimas, para sacalle el manto que hoy le havíamos hecho ahorrar.

SIGERIL.- Pues mira con qué atención la está oyendo nuestro amo.

CELESTINA.- Yo tenía en ella madre en amor, señora en favor, compañera en conversación, letrada en consejo. Pues con las justicias, ¿no estava favorecida? ¡Por mi alma, señor!, que una vez o dos que me prendieron por cosas, que nunca faltan, mal pecado, envidiosos en esta vida a las que veen puestas en honrra como yo, que pienso que no comió ni dormió hasta verme fuera de la cárcel; y quantos escuderos y pajes tenía en su casa y fuera de casa tenía desatinados y acozados, unos acá, otros por acullá: «ve a ver la madre, llévenle de comer, sabe si tiene cama y mira si le falta algo, ve a la justicia que le suplico que le alivie las prisiones, que me la den en fiado, al carcelero y carcelera que la traten bien; ¿qué tal está?, ¿quándo saldrá?, ¿cómo fue?, ¿cómo le levantaron tan falso testimonio a aquella cordera?» ¡O, señor!, de aquí a mañana no acabaría de dezirte las virtudes de aquella santa y honrrada dueña de mi señora, tu madre, y las mercedes que della rescebí en la vida, y la falta que agora siento en su muerte. Y aun por cierto, sillas faltaran en mi casa para que se assentara Felides, como agora, que las faces se me quieren abrasar de vergüença de tal persona como tú; y si te quisiera combidar, ¿faltaran manteles reales en que te lo pudiera poner, como agora todo me falta?

PANDULPHO.- Quanto te sobra a ti de ruindad.

SIGERIL.- Escucha, que ya responde nuestro amo.

FELIDES.- Señora madre, no llores, que, plaziendo a Dios, ya que yo sé lo que me has dicho y tus necesidades, yo supliré la falta de mi señora.

CELESTINA.- Señor mío, bésote las manos, que no lo digo tanto por mostrarte mis necesidades, que, loado Dios, con mis trabajos nunca falta un pedaço de pan y dos vezes de vino que beber, mas por la necesidad que siento del amor que la señora Sebila me tenía, y de la falta de su conversación, y para que sepas la obligación que a servirte tengo, y la que tú tienes para me favorecer y hazer mercedes, como a criada vieja de tu casa; y para ayudarme a sostener esta sobrina, porque no caya de su honrra, que plega a Dios no me lleve para sí otra vez hasta que la dexé remediada y casada, que en mi alma, para contigo, que en toda la noche no duermo, como alcayde sospechoso de la honrra de perder la fortaleza, ya señor me entiendes, por guardar, digo, ganado nuevo y loco. Que, en fin, como sea muger moça y algo hermosa, como ella lo es, ¿quién quitará que no tenga necesidad de guardarse? Aunque, a la verdad, harto buena hija, cuerda y asentada y obediente me es ella, que es harto buena señal; mas en fin, señor, es moça; ¿digo mal, por tu vida?

FELIDES.- No, sino como sabia, y persona celosa de su honrra della y de la tuya.

CELESTINA.- Ora señor, yo te tengo, como a señor, dada cuenta de mi vida; dime tus duelos, pues has oýdo los míos, que diferentes deben de ser, mal pecado. Y perdóname, por Dios, si te he enojado con mis boverías, que bien he sentido que he sido prolixa, mas con el amor que tuve a tus padres y te tengo a ti he tomado el atrevimiento.

FELIDES.- Madre, por cierto, no has sido sino muy corta para lo que yo he holgado

de te oír.

SIGERIL.- Eso no te pareciera a ti, si huvieras estado al sereno como yo, dos oras, oyendo sus mentiras y tus necedades.

FELIDES.- Assí que, señora madre, dexado aparte todos preámbulos, porque para contigo no son menester, yo vivo el más apasionado y triste hombre del mundo, y tanto, que el comer y beber y dormir me falta, y no pienso que con faltar no me faltará la muerte, si la vida no me socorre, la qual está toda puesta en tus manos.

CELESTINA.- ¿En mis manos, señor?, pluguiesse a Dios, que no la procuraré menos que la mía propia. Y dime tu mal de qué es, y verás, si lo puedo remediar, lo que tienes en mí.

FELIDES.- Mi mal es el mayor del mundo, porque es de amores.

CELESTINA.- He, he, he.

FELIDES.- ¿Rýeste, madre? ¿Piensas que burlo? Por tu vida, no burlo.

CELESTINA.- No pienso que burlas, señor, mas rýome que para mí no es entender en tales burlas.

SIGERIL.- Ya se comienza a encarecer la puta vieja.

CELESTINA.- Jesú, señor mío, ¿y tal cosa me havías a mí de dezir, sobre ochenta años a costas, muerta y castigada y escarmentada, y rezién remitida a hazer penitencia de las culpas passadas? Consejo dártelo he yo, señor mío, como a mi alma y como a mis ojos, mas remedio Dios y tu buen seso lo han de poner en tu mal.

FELIDES.- Pues madre, ésse te vengo yo a pedir.

CELESTINA.- Ésse te daré yo de muy buena voluntad, que será que te apartes de tales pensamientos, en que tanta ofensa recibe Dios, que te acuerdes que te has de morir, lo que, mal pecado, los moços no hay cosa que más olvidado tengáys; y sé que, en mi fe, señor, todo es viento lo desta vida, sino servir a Dios, y bien que nos lo dize la Yglesia en el oficio de finados, si lo quisiésemos mirar.

FELIDES.- Madre, esse consejo déxalo tú para los que predicán, que no te pido yo sino para remediar mi pena, presupuesto que huye todo consejo.

CELESTINA.- Hijo, assí lo dize el poeta, quel amor más enciende sus llamas, quanto le ponen mayor defensión.

FELIDES.- ¿Pues para qué me aconsejas esso, si se ha de encender más con tu consejo?

CELESTINA.- ¿Pues tras quáles cabras ando yo?

FELIDES.- ¿Qué dizes, madre?

CELESTINA.- Digo que no es tras esso lo que yo ando. Si fueras una donzella que por un desastre, como cada día acaesce, huvieras perdido tu virginidad y te quisieras cassar; si estuvieras preñada, dar manera a parir en todo secreto; ya sabes que dize el evangelio que bien aventurados son los misericordiosos, porque ellos alcançarán misericordia; en tales casos yo, señor, no dexara de entender, mas ya sabes que lo que me demandas hazer es contrario, porque no creo que me mandarás tú que lo haga, haviendo tantas en el lugar que lo sabrán hazer muy mejor que yo lo sabré mirar.

FELIDES.- En lo que mucho va, madre, se conocen los amigos, que en lo que poco, poco va en que se haga.

CELESTINA.- ¿Y aconsejarme hías tú, señor, que lo hiziesse?

FELIDES.- Sí, por cierto.

CELESTINA.- ¿Y el alma, señor?

FELIDES.- ¿Cómo, madre, donde pongo yo la mía no aventurarías tú la tuya, hasta confessarte?

CELESTINA.- Hijo, ésse es una especie de pecar en el Espíritu Santo, pecar en confiança de la misericordia de Dios. ¿Mas tú bien me absolverías?

FELIDES.- Sí, por cierto; y no habrá cosa que tú me mandes que yo no hiziesse, por grave que fuesse.

CELESTINA.- Pues assí es, dame camino para Elicia.

FELIDES.- Eso es lo menos que por ti haré, si tú hazes lo que te pido.

CELESTINA.- ¿Prométeslo assí?

FELIDES.- Sí prometo.

SIGERIL.- Dentro lo tiene, maldito sea hombre tan asno y sin sufrimiento. Corre Pandulpho, y llama un escrivano, y hazelle ha una obligación.

CELESTINA.- Calla señor, que estoy burlando contigo, que ni lo uno ni lo otro no se sufre. Mas mira, llégate acá a este rincón, que te quiero dezir un secreto.

FELIDES.- ¿De qué me diste de ojo, madre?

CELESTINA.- De que quiero que no nos oyan lo que quiero agora dezirte, y por esso, para desmentir las escuchas rehusé tu merced, que no lo dexo de acetar, ni de obligarme a mi servicio; mas temo estos moços tuyos, que los oý denantes murmurar, no me levanten algún caramillo como los de Calisto, mal siglo les dé Dios allá donde están, que sí creo que dará, que aquí si otra cosa fuera yo lo dixera; que, para aquel Dios que está en los cielos, no tuve más culpa que tú. Mas dexando esto, yo, señor, quiero hazer por ti lo que no tenía pensado, mas ha de ser con todos secreto, y tú di a tus criados que no has podido acabar cosa conmigo; y dime la dama.

FELIDES.- Señora, yo te lo agradezco y prometo pagar. La dama es Polandria, hija de Paltrana.

CELESTINA.- No prometas más, señor, que basta lo prometido, y mucho huelgo que te hayas empleado en tal parte; y sepamos si has pasado algo con ella para que no se hierre la cura.

FELIDES.- Sólo de señas le he dado a conoscer mi pena, y una carta mía pienso que le dio una moça suya.

CELESTINA.- No te fíes de moços ni moças, señor, que en un día dirán, no sabiendo negociar, lo que no se pueda remediar de mí. Y vete y déxame el cargo, porque no sientan tus criados lo que passa y no parlen, y tomen aviso de mí en casa de Paltrana; y ten sufrimiento de aquí a quatro o cinco días que yo haré manto, y yo yré luego a entender en ello, que más no se tardará.

FELIDES.- Por esso no quede, madre, que yo te embiaré luego manto, quanto lo haga hazer luego esta noche.

CELESTINA.- Pues sea assí, pues no tienes sufrimiento.

FELIDES.- ¿Quiéreslo garnecido de terciopelo?

CELESTINA.- Para mí no es menester tan galán, no digan, mal pecado, a la burra vieja, arracadas nuevas; mas no será mal, que no me acordava, para si Elicia quisiere salir alguna vez, que es moça y galana. Y tú vete, señor, y a mí déxame el cargo.

FELIDES.- Pues madre, los ángeles queden contigo.

CELESTINA.- Señor, y contigo vayan. Elicia, para mi santiguada, que te tengo aquell asno de suerte que presto nos traerán a cargas el bastimento.

ELICIA.- ¿Cómo es esso?

CELESTINA.- Cenemos, que es tarde, que sabello has quando sea tiempo.

SIGERIL.- Señor, ¿dexas la vieja qual ha de quedar?

FELIDES.- ¡Dola al diablo!, viene tan santa que no hay quien la pueda hazer, hazer cosa.

PANDULPHO.- Agora la creo menos.

FELIDES.- El manto le quiero dar para ver si la podré vencer; házelo hazer Sigeril, y vien guarnecer, y traya solo Pandulpho de mañana, porque ya sabes que dádivas quebrantan piedras. Y vámonos a cenar que es ora. Y mirá, vosotros ¿para qué estáis

susurrando de Celestina, que sabe más ruindad que el diablo, y metésme a mí en afrenta?

PANDULPHO.- ¿Y por esso, señor, nos echaste fuera?, ¿para hazer lo que te tenía avisado? Mejor aviso tuvo ella quando te apartó al rincón porque no le oyessen lo que quería dezirte.

FELIDES.- No seas malicioso, que no me quería cosa que a mí ni a ella tocava.

SIGERIL.- Quien compra y miente en su bolsa lo siente.

FELIDES.- ¿Qué dizes tú, Sigeril?

SIGERIL.- Señor, no digo sino que aquella vieja, con mentir, quiere comprar a los menos el sereno que con sus prolixidades nos hizo allí passar.

FELIDES.- Por cierto, esso no me pareció a mí, que gloria es oýlla.

SIGERIL.- Menos nos pareciera a nosotros si nos dexaras sobir a Elicia, y aun pienso que a ella no le pesara de nuestra conversación.

FELIDES.- Calla en mal punto, que la quiere casar, que no era razón.

PANDULPHO.- Ha, ha, ha; ¿agora la quiere casar, después de haver corrido a Ceca y a Meca y a los olivares de Santander? ¡O señor, y cómo te hazen creer quanto quieren, y cómo no crees quanto te cumple creer!

FELIDES.- ¿Por qué dizes esso?

PANDULPHO.- Porque encomiendo al diablo la verdad que en la boca de aquella puta vieja cabe, que agora querría que le casases la criada; un bien tienes, señor, que no hallarás quien la tome, según está ya tomada.

FELIDES.- Ora basta lo dicho, y callemos, que estamos en casa; y dadme de cenar. Y tú, Sigeril, ten cuidado del manto; y mira, corta un sayo para ti de la mesma pieça.

SIGERIL.- Bésote las manos, señor. Bueno va esto, a rýo buelto, ganancia de pescadores; agora diga y haga Celestina quanto quisiere, que quando el proverbio quiere que mal de muchos sea gozo, con mas razón lo será bien de muchos con mal de uno.

Argumento de la XVIII Cena

POLANDRIA había consigo sola, quexándose del amor, y llama a PONCIA para que vayan a ver al pastor enamorado FILÍNIDES, y están con él hasta que las llama QUINCIA. Y entrodúzense:

POLANDRIA, PONCIA, QUINCIA, FILÍNIDES, PALTRANA.

POLANDRIA.- ¡Ay de mí, que no de balde se dize: lo que ojos no veen, que el coraçón no dessea; si yo no viera la carta de Felides habiendo visto su hermosura, no desseara el coraçón lo que la razón aborrece. ¡O, amor, y quán contrario de razón te hallo, quán amigo del desseo te veo, quán contrario de honestidad te miro, quán enemigo de honrra te entiendo! ¡Ay de mí, quán mal se casan amor y la obligación de mi limpieza! No sé qué diga que no sea contra mí, ni qué haga para vengarme de mí; y lo peor de mi mal es que le falte, por mi honestidad, el bien que con comunicarse los males se puede hallar para aliviar la congoxa, pues mi honestidad defiende lo que en esto el remedio me pide, assí que la muerte ha de quedar por testigo de mi honestidad, o por testigo de mi natural forçado, con el contranatural de mi honrra castigado. Mas para alivio del mal, muchas vezes he oýdo que es gran parte comunicarlo con los heridos del mismo dolor, y por tanto yo quiero rogar a Poncia que vamos al jardín, donde el pastor Filínides está haziendo las cuchares y preguntalle de su enamorada, la pastora Acays, y

con oír sus males podré consolar la congoxa de los míos, porque cosa maravillosa es lo que aquél, en su lengua rústica, sabe de los secretos del amor.

PONCIA.- ¿Qué hablar es éste de Polandria entre sí, y qué descuydo en su cuydado que contino de poco acá la veo? Mal pecado, no sean las burlas de Felides que hayan salido a veras; que por mi vida, que aunque yo burlo de las señas de su paje, que no me pesa quando le veo passar, ni lo quiero tan mal que no me pesasse de qualquiera cosa que a él no le estuviesse bien. Quiero preguntalle de qué anda como suspensa. ¡A, señora mía Polandria!, parésceme que andas como envelesada, suplicote que me digas el porqué si lo sabes, y digo si lo sabes porque mil vezes me acaesse estar alegre sin saber de qué, y otras estar triste.

POLANDRIA.- ¡Ay, Poncia!, dessa suerte, por tu vida, estoy; y pienso quel mal de la yjada que mi señora esta noche ha tenido me ha dado lo principal de mi pena. Y para algún alivio te querría rogar que nos fuésemos al jardín, a oír al pastor Filínides hablar en los amores de la pastora Acays, que no es sino gloria oýlle.

PONCIA.- Ya, ya, no me digas más, ¿en amores quieres hablar? En mi seso estava yo, más mal hay que suena.

POLANDRIA.- ¿Qué dizes, Poncia?

PONCIA.- Señora, digo que es gloria oýlle cantar y aun contar su mal; que vamos.

QUINCIA.- Señora, habla passo, que duerme mi señora.

POLANDRIA.- Buenas nuevas te dé Dios; y ven acá, Quincia, ¿hate dicho más aquel loco del otro día?

QUINCIA.- Señora, no le doy yo tanto lugar, que luego en viéndolo boto como un rayo.

POLANDRIA.- Hazes tú muy bien, y assí lo haze.

PONCIA.- Buen dissimular es ésse.

POLANDRIA.- ¿Qué dizes tú?

PONCIA.- Digo, señora, que si el mal pesar del duelo de mi requebrado si le ha dicho algo. ¡Ay, Dios, y quán lindo es, no me lo aojen!

QUINCIA.- Pardiós, harto pues me mira él quando me vee.

PONCIA.- Y el otro hurgonero de horno de tu requebrado, gesto de cucharón de hazer conserva, ¿cómo te va con él?

QUINCIA.- Calla en mal ora, señora, que por cierto, que no me parece a mí sino un pino de oro, y tal sea su vida si yo no le pareco a él mejor.

POLANDRIA.- Ora déxate desas burlas, y en despertando mi señora llámanos al jardín; y anda acá, Poncia. Dios te salve, amigo Filínides.

FILÍNIDES.- Assí haga a ti, señora Acays.

POLANDRIA.- ¿Cómo es esso, hermano, y no me conoces?

FILÍNIDES.- Pardiós señora, yo cuydava que de yuso de los hayos, a la fuente sombrosa, estava haziendo este cucharón, y como vi cosa tan bella, no pude pensar quién fuesse sino aquélla que no s'aparta mi memoria de otealla.

PONCIA.- Según esso, hermano mío, ¿no estavas pensando en mí?

FILÍNIDES.- Pardiós, señora, no tiene tanta fuerça mi ganado para aballar mis memoriales de lo que digo, de lo qual mi soldada es buen testigo, que toda se ha ydo en las prendas que por estar prendado de Acays me han prendado en los panes y vedados, donde con tanto cuydado mis ovejas se apacientan, en quanto yo, con semejante descuydo, me puedo apacentar en los prados y flores de la hermosura de mi Acays.

POLANDRIA.- ¡Ay amigo, qué gloria es oýrte; cuenta más, por tu fe, di desso mucho!

FILÍNIDES.- ¡Ay mi señora!, ¿Qué querés que os cuente?, sino que tan desmarrido y cargado de cordojos me siento, quanto descordojado de mí y perdidos los memoriales,

que ni boz de pastor oyo, ni ladrido de perro me pone cordojo, para que primero que yo pueda oír el lobo no haya ya llevado la cordera; tan ocupado y encarniçado está el lobo del amor en mis entrañas. Pues los cencerros de los mansos, tan sordos están en mis oídos quanto me los tiene recalcados y tapidos la memoria de la boz de mi Acays, sin que otra cosa pueda ni quiera oír. So los olmos del lugar mil vezes a dormir me recuesto, y quando recuerdo so las hayas me hallo, sin saber quién me lleva, que aunque mis pies me traen Acays es quien los manda; ya el bayllar me tiene buelto en cordojos, las castañetas en muy terribles sospiros, el cantar en plantos de mis ojos, que ya de hechos ríos tengo aburridas las fuentes; ni las frescas majadas me ponen temprança al calor que siento, ni las yervas agostadas y fuerça del sol en las siestas me quitan el frío que tengo, junto con abraçarme. No hay ayre temprado para mí, ni cosa de prazer que no me destempre, pues si alguno toma cordojo en ponérmelo, quando acabe de departir, si me pide cuenta de lo que me ha dicho, treynta vezes desatino. Con ninguno me hallo sino con Acays, a ninguno entiendo por entender en pensalla, no me oteo por otealla, ni gozo de cosa por gozar de su ymaginación; los sonidos que retumban por los valles y bosques todos me despiertan con sobresalto de ser mi Acays, la calor de sus amores me tiene acostado mi prazer, y su desamor abuchornada mi esperança, de suerte que, de quemadas las froles de toda ella, escusado es esperar la fruta de mi libertad. Y ni el beber de bruças en las fuentes me quita la sed, ni recostarme en los prados me pone descanso, ni las vellotas, castañas ni piñas me quitan la hambre, ni los llobos me ponen cuydado, ni el ganado me quita el descuydo. Ya os he dicho lo que sé de lo que siento, y no es cacho el todo que de amor puedo sentir.

POLANDRIA.- ¡O hermano, qué gozo me ha sido oírte! Por mi amor, que nos cantes algunos versos si sobre tu mal has hecho.

FILÍNIDES.-

De buenamente comienço en quanto acabo este cucharro:

O hayas de gran beldad

que os alçáis tanto del suelo,

mis dolores otead,

mi pena y su crueldad,

y subid con ella al cielo.

Las aves, los animales,

por los bosques y los prados,

canten y lloren mis males,

pues que siendo en sí mortales

en mí al revés son tornados.

POLANDRIA.- Canta, por mi amor, más, amigo, para que ayudemos con las aves y animales a sentir tu dolor.

FILÍNIDES

Fuentes, entrad en mí luego,

con los mares y los ríos

procurar matar mi fuego,

y a las llamas todas ruego

vengan a matar mis fríos.

Y todo se ponga en medio

de mis pechos, y veremos

si en frío calor hay medio

y en calor frío remedio

en concertar sus extremos.

POLANDRIA.- ¡O, válame Dios, qué cosa tan sentida! Ve, por Dios, adelante.
FILÍNIDES

Si un extremo es yo cuytado,

Acays es otro extremo,

el medio será escusado,

según me hallo apartado

de su amor con que me quemo.

Con él haze cherriar

por cigarras mis dolores,

y como grillos cantar

en las noches mi penar

sobre el sol de sus amores.

POLANDRIA.- ¡Ay por Dios, amigo mío, no acabes tan aýna!
FILÍNIDES

Mis lágrimas fuentes son,

donde lançado de pechos,

todas juntas quantas son

con el ayre y la razón

de mis sospiros deshechos,

no bastan la sed matar

del calor que está en el alma,

ni a dexar dese ahogar,

con fuelles de sospirar,

mi coraçón en tal calma.

QUINCIA.- Señora, mi señora ha ya despertado y te llama.

POLANDRIA.- Amigo Filínides, quédate a Dios, y, por tu fe, que nos vengas a ver quando tuvieres lugar, que si no me llamaran toda mi vida te estuviera oyendo.

FILÍNIDES.- Señora, Dios vaya contigo.

POLANDRIA.- Señora mía, ¿qué tal te sientes?

PALTRANA.- Hija, algo mejor; ve tú, Poncia, y tráeme algún paño caliente.

POLANDRIA.- ¿Todavía te duele el lado, señora?

PALTRANA.- Hija sí, mas mucho provecho hallo en los paños calientes. ¿Qué has hecho, mi amor?

POLANDRIA.- Señora, pardiós, en quanto has dormido he estado oyendo al pastor Filínides, el que mandaste hazer los cucharros, que no es sino gloria oýlle.

PALTRANA.- Ay, hija, diz que está loco, el cuytado, de amores de una pastora.

POLANDRIA.- No lo parece en sus razones.

PONCIA.- Señora, he aquí los paños.

PALTRANA.- Dalos acá.

PONCIA.- Mira, señora Polandria, qué te digo al oýdo.

POLANDRIA.- ¿Qué dizes? ¿Ha passado el mal pesar de tu requebrado por la puerta?

PONCIA.- No, mas embiávame el mi duelo una carta, con un pobrezito déstos que entran en casa a pedir por Dios.

POLANDRIA.- ¿Pues tomátela?

PONCIA.- Mal año para él, ¿de tomalla había? Antes le di de bofetadas y lo embié con el diablo.

POLANDRIA.- Luego ¿él era el que llorava denantes?

PONCIA.- Pardiós, no era otro.

POLANDRIA.- Pues no te tengo yo a ti por tan necia que no supieras darte maña a tomar la carta, que no fuera poco de veer.

PONCIA.- Pardiós señora, que te matara de amores si vieras cómo en un punto la tomé y le rasgué un papel que trahía en el seno, haziéndole entender que era la carta que me había dado.

POLANDRIA.- Mucho huelgo desso, que tendremos un buen rato en que passar tiempo.

PALTRANA.- Hija, ve tú y Poncia a que me aderecen la cena.

PONCIA.- Vamos señora; y primero arriba a ver la carta de aquellos amoritos míos, para ver si trae elegancias como su amo.

POLANDRIA.- Ora cierra essa puerta, y dalacá y oye: «Señora de mis entrañas, o templa tu hermosura o tu crueldad para conmigo.»

PONCIA.- Y aun pesa al diablo, señora, porque me la templó Dios tanto, aunque se destemplaná más para con su pena.

POLANDRIA.- Nunca medre yo si tú piensas eso, no te fagas ora tan santa.

PONCIA.- Pardiós, señora, sí pienso; y ve adelante.

POLANDRIA.- «Y no seas, señora mía, quando te ríes conmigo, como gato que retoça con la presa para después la matar.»

PONCIA.- ¡Ay, mi duelo, y también él haze comparaciones!

POLANDRIA.- Calla en mal punto, que harto se humilia el cuytado en hazerse ratón.

PONCIA.- Pues si se faze ratón, con un poco de queso le haré pago, y veamos en qué para; y di más, señora, que me va contentando.

POLANDRIA.- «No te acontezca como a las harpías, que se matan quando se miran en las fuentes y veen que han muerto sus propias figuras, que tal soy yo contigo, tan ocupados mis sentidos y memoria en tu hermosura tienes.»

PONCIA.- ¡O, válame Dios, que muerto lo vemos a este hombre!

POLANDRIA.- Calla, que según me paresce peligro corres, noramaças, pues razón

tiene; ¿para qué le matas al cuytado si después te has de matar por él?

PONCIA.- Por cierto, señora, que ambos estamos bien seguros desse peligro; por tanto, passa adelante.

POLANDRIA.- «Y para que sepas, señora de mi alma, la razón que tienes de me haver piedad, suplicote que me quieras dar lugar a que te hable; y con esto acabo, besando tus manos, hasta que pueda merecer besar tu hermosa boca.»

PONCIA.- Oxe mi asno, xo que te estrego, asna coxa; por mi vida, señora, que quisiera podelle dezir que me tomara a cuestras y me besara donde no me pudiera aojar, pues recibe mal de ojo.

POLANDRIA.- Por cierto, tú le pagas mal sus desseos al cuytado.

PONCIA.- Bonita boca, pues, tiene mi dolor para le besar, que no se contentara con las manos, que la boca quería; y dala acá señora, dalle he el pago que merecen tales necedades.

POLANDRIA.- ¿Para qué, en mal punto, la rasgavas?, que era buena para la amostrar para reyr.

PONCIA.- Nunca, señora, pongas en aventura las cosas de veras, por gozar de las burlas.

POLANDRIA.- ¿Por qué dizes esso?

PONCIA.- Dígolo porque muchas vezes de ssemejantes cosas se juzgan y condenan las veras secretas y honrra de las mugeres por las burlas públicas; porque quien viere la carta, burlando della, no dexará de condenar, a bueltas de las burlas, las veras de havella recebido, porque en esta parte, créeme, señora, que las mugeres y los alcaydes hemos de ser de una manera, quiero dezir que no demos jamás orejas a oyr lo que no devemos de hazer, que como del coraçón los hombres solos son juezes de sí mismos no se han de descuydar para poner sospecha en su virtud, pues sabes que los indicios son parte de provança, a lo menos para poner a quistión de tormento, como es indicio a la muger y al alcayde rescibir embaxadas ni cartas para sospechar de su fidelidad. Y con esto nos vamos a dar la cena a mi señora.

Argumento de la XIX Cena

PANDULPHO va a casa de CELESTINA con el manto, y, después de ydo, CELESTINA dize a ELICIA, fingendo no que está allá CRITO, que no quiere desonestidades en su casa ya; y yda, queda CRITO y ELICIA. Y introdúzense:

PANDULPHO, CELESTINA, ELICIA, CRITO.

PANDULPHO.- Ta, ta, ta.

CELESTINA.- Mira, hija Elicia, quién llama a la puerta.

ELICIA.- Tía señora, Pandulpho, criado de aquel cavallero que vino acá anoche.

CELESTINA.- Anda, mi amor, ábrele, que a este su amo no se le deve de cozer el pan.

PANDULPHO.- Tía señora, Dios te salve.

CELESTINA.- Hijo, ¿qué buena venida es ésta?

PANDULPHO.- Señora, Felides, mi señor, te embía este manto; y que le perdones, que no es qual él quisiera.

CELESTINA.- Hijo, él es mejor que yo le puedo mereçer a Dios; que plega a Dios, hijo, que él biva muchos años y buenos, que yo espero que no me haga falta mi señora,

su madre, que está en gloria.

PANDULPHO.- A perro viejo, no cuz cuz, vieja.

CELESTINA.- ¿Qué dices, hijo?

PANDULPHO.- Madre, que esto es lo menos que mi amo ha de hazer por ti; y que te ruega que no le olvides en tus oraciones, pues no le puedes aprovechar en otra suerte.

CELESTINA.- En mi ánima, hijo, que esso haga yo de tan buenas entrañas qual las tenga Dios para conmigo, que yo te prometo de dar hoy quatro bueltas a mi rosario. Y dexando esto aparte, ven acá mi amor, ¿todo esto es el amor y conoscimiento passado de la mal lograda de mi comadre?

PANDULPHO.- ¿Por qué dices esso, madre?

CELESTINA.- Tú me entiendes mejor que yo lo sé dezir, no te me hagas bovo.

PANDULPHO.- Por la Verónica de Jaén, madre, no entiendo.

CELESTINA.- Hijo, los buenos amigos no se han de roer los çancajos.

PANDULPHO.- ¿Por qué dices esso, madre? Declárate, que hablar claro Dios lo dixo.

CELESTINA.- Hijo, por el murmurar que anoche tuvistes de mí, tú y essotro tu compañero, que no ha aún salido de casaron ni sabe dónde le roye el çapato y quiere mofar de una vieja como yo; que bien puedes creer que no soñava él de nascer, quando tenía yo ya mudados los dientes, a lo menos la segunda vez, digo, y pónese a mofar de mí en presencia de su amo; que ya que no lo dexasse por la reverencia de mis canas, por la autoridad de su amo lo devría de hazer.

PANDULPHO.- Madre, por Nuestra Dueña del Pelarín, que no lo devías de entender.

CELESTINA.- Hijo, a buen entendedor, pocas palabras; y a la verdad, a ti no te culpo, porque no podías, en fin, dexar de oír, mas dígolo por essotro tu compañero, que me parece mofador y escarnidor; y pardiós, hijo, que si mete la mano en su seno, que a cada parte hay tres leguas de mal camino, que, por mi vida, si le parezco puta vieja, que más se lo pareciera su agüela, y aun su madre no le yva en çaga.

PANDULPHO.- No le debes de conoscer, señora.

CELESTINA.- Veamos ¿y él no es hijo de Canaruça, el ama de Felides?

PANDULPHO.- No de otra, por tu vida.

CELESTINA.- Pues cállese y callemos, que cada sendas nos tenemos, y no me haga que suelte yo esta maldita, si no, por mi vida, que podemos entendernos a coplas. Y agradézcalo, hijo, él a ti, que por mi vida, que ganó contigo anoche como con cabeça de lobo, que otro cuydado tengo yo de remediar tus cosas que tú de sacar las mías a plaça; que por tu vida, no sé si lo pudistes ver, que sí verías, que, mal pecado, açecharías por entre las puertas, que quando yo aparté en secreto anoche a tu amo no fue sino para dezille mil males de ti, quales plega a Dios los digan de mí, haziéndole saber quién eres y cuánto meresçes y te deven por tu persona, y más por el desseo de su servicio, y con cuánta voluntad me havías hablado en sus cosas. Y por mi vida, que no le quise dexar y hasta que perdiessse el enojo del murmurar en su presencia, que no fue poco acaballo con él según estava enojado de vosotros, y a la verdad tenía mucha razón; y si viene a mano pensarías tú que lo apartava yo para mi provecho. Mas en fin, hijo, haga cada uno lo que deve y diga quienquiera lo que quisiere, que al cabo a Dios sólo tengo de dar la cuenta; y toma, hijo Pandulpho, de mí una cosa, y con ésta acabo: que la mayor virtud y el mayor saber de todos es no dezir a ninguno cosa de que le pese; porque el que las dize, créeme amigo, que se ha de aparejar a oýllas, porque ya sabes, hijo, que quales palabras me dices, tal coraçón te tengo, porque por tu vida, que el cabo del año todos estamos en cuenta. Yo me he tanto contigo alargado porque, a la verdad, téngote en el lugar que tu madre, que haya buen siglo, te me dexó encomendado, en lugar de hijo, digo; y de aquí adelante mucho más, y seamos buenos amigos, ya que nos tenemos tentadas las espadas, y agradésceme lo dicho, que por tu vida, que si lo hazes, que más te valdrá que

el pan que has de comer este mes.

PANDULPHO.- Madre señora, téngote en merced lo dicho; aunque, cierto, tú te engañaste en lo de anoche, que, por cierto, yo te tengo en lugar de madre.

CELESTINA.- Hijo, yo lo creo, que tampoco no lo digo tanto por mí como para que no te dañe la conversación de tu compañero, pues sabes que no con quien nascas, sino con quien pasces; guárdate, hijo, de las malas conversaciones, y llégate a los buenos y serás uno dellos. Y con esto te ve con Dios, y a tu amo di lo dicho.

PANDULPHO.- Y tú, señora, con Él quedas, y la señora Elicia también.

ELICIA.- Y tú vayas, señor Pandulpho.

CELESTINA.- ¿Paréscete, hija, si te dexo bien rascado aquell asno para hazelle sufrir el albarda?

ELICIA.- Ya lo vi, madre, que espantada me tienes de tu saber.

CELESTINA.- Pues a ti lo digo, mi hijuela, entiéndelo tú, mi nuera; que no lo dixera yo tanto por escantarle a él los oídos, como para darte a ti consejo. Que en fin, bien sé que has de venir a lo que vengo, que la mocedad no ha de durar para siempre, y destas cosas y de otras tales ya sabes que de los escarmentados salen los arteros; y también te quiero dezir otra cosa, ce, llégate acá.

ELICIA.- ¿Qué quieres, madre?

CELESTINA.- ¿Fuesse ya Crito?

ELICIA.- ¿Quándo diablos se havía de yr?, antes está en el sobrado escondido.

CELESTINA.- Pues no le hables de aquí adelante sino fingendo que yo no lo sé ni me passa por piensamiento, y no digo más a él que a otro; porque ya sabes que si por camino de santidad no vamos, que somos ya tomados con el hurto; y desvíate allá y haré como que no sé que está acá. ¿Quién era aquel galán, Elicia, que te hablava denantes en el portal?

ELICIA.- ¿No lo conociste que era Crito?

CELESTINA.- ¿Qué Crito, ni qué Crita? No me entre hombre en esta casa, que no vengo acá al siglo para tornar a pagar pecados ajenos.

ELICIA.- ¿Y qué has tú visto, madre, para dezir esso?

CELESTINA.- Elicia, lo que he visto o lo que no he visto, esto mando yo, y en mi casa hase de hazer lo que yo mando; y si no, ay está la puerta, hija, que ya no me cumplen a mí nada destas romerías, ya me tienes entendida, porque a buen entendidor, pocas palabras.

ELICIA.- Por Dios madre, yo no sé qué has visto tú en mí para que dixesses esso.

CELESTINA.- Déxate dessas lágrimas, y lo dicho, dicho.

ELICIA.- Madre, yo lo haré como lo mandas; y acaba, por Dios, no des más bozes.

CELESTINA.- Aquí no hay bozes ni bozicos, que tú las das; sino que yo quiero que Crito ni Crita, ni Centurio ni otros tales, si no fueran personas religiosas, no entren en mi casa. Y de aquí adelante cuentas se han de hallar en mi casa, y no redomillas ni badulacas, que las ruecas y los husos quiero que nos sostengan para sostener mi honrra, que al cabo, hija, mis dos maravedís y mi cara sin vergüença quiero más que provechos sin honrra y con pecado; que el mundo acabasse presto, y escótase muy a la larga lo que dél se goza; yo te prometo, hija, que por él se puede bien dezir que es carne de buytrera, que el que la come paga bien el escote. Y mira en essa puerta, que quiero estrenar este manto en yr a dar gracias a Dios, que la primera jornada razón es de emplealla en Él.

ELICIA.- Al diablo la vieja, mejor fuera que nunca Dios acá la tornara, si me ha ella de querer poner tassa en lo que el rey no la puso. ¿Oýste, señor Crito, lo que ha dicho mi tía de que te vio hablar conmigo en el portal?

CRITO.- Ya lo vi; pese a tal con la puta vieja, y quán santa viene.

ELICIA.- ¡Ay, señor mío!, es cosa que no se puede pensar; por tu vida, que quando

entrases mires mucho que no te vea; y aun por Dios, que creo, que a bueltas de su santidad, que mi tía está enojada de otra cosa que yo me sé.

CRITO.- ¿De qué, por mi vida, amores?

ELICIA.- De no nada, que estoy burlando.

CRITO.- Di, por mi vida.

ELICIA.- Que por mi vida, no es nada.

CRITO.- Plega Dios que yo muera mala muerte si tú no me lo dixeres.

ELICIA.- ¡Ay, Jesús, no digas tal cosa!, mejor lo haga Dios.

CRITO.- Ora, pues, dímelo.

ELICIA.- Por Dios, que no lo quieras oír, que he vergüença.

CRITO.- Ora dímelo, por mi vida.

ELICIA.- Por Dios, señor, que la verdad es que anoche me preguntó si después de su muerte si me havías dado mucho, y yo dixé que no me havías dado nada, y ella díxome cosas del diablo, y que no te viesse ella más en esta casa.

CRITO.- Voto a la casa santa, que de ay deve de venir la tos a la gallina. Ora pues, que eso yo lo remediaré, y ves aquí dos doblas.

ELICIA.- Téngotelo en merced, señor. No me las des, que yo no lo digo por esso, sino porque creo que haze mucho esto a su intención.

CRITO.- Por mi vida, que las has de tomar, que bien veo que tiene la señora Celestina razón.

ELICIA.- Por Dios, por esso no te lo quería dezir, porque luego vi que havías de pensar que porque me diesses algo lo dezía; porque en mi alma, que nunca te miré por nada desto, y no las tomara sino por amansar a la vieja, que cree, señor, que assí se huelga con dineros como si viesse a Dios.

CRITO.- Natural cosa de la vejez es codicia. Y anda acá, vamos a holgar un poquito.

ELICIA.- ¡Ay, señor!, ¿y para qué es ya tanto retoçar?

CRITO.- Señora, yo me quiero yr.

ELICIA.- Ya me maravillava de tu sufrimiento; créeme que es mala la muger que haze plazer a hombre, que en haziendo vuestra voluntad luego no hay quien os tenga. ¿Hate venido algún dolor de estómago como el de la otra noche que por te yr de mí fengiste?

CRITO.- Ora, cree que eres el diablo; voto a tal, no hay quien ose hablarte, según echas las cosas a la peor arte. No lo haga en mal ora, sino porque no venga Celestina, y no sea el diablo, ¿tú no viste lo que te dixo?

ELICIA.- Ora está un poco, que no vendrá tan ayña.

CRITO.- Pese a tal con ella, de escotar havré el plazer. ¡Qué passatiempo para mí estos amores! Estoy rabiando por me yr, como un perro, y ella mucho besar.

ELICIA.- ¿Qué dizes entre dientes? Pues mándote yo rabiarse, que estas dos oras no saldrás de aquí.

CRITO.- No digo, por Dios, sino que no hay muger que tenga seso, que vendrá tu tía; que por lo demás, toda mi vida quería estar contigo.

ELICIA.- ¿Pues por qué buelves el rostro? ¡Mal año para ti, que yo te sufra! Anda, vete con Dios.

CRITO.- Por Dios, no me fuera sino por lo que te digo; y queda, mi alma, con Dios. Voto a tal, que me parece que escapo de la cárcel, que parecía que jamás havía de salir de allí. Yo te prometo que no me tomes acá tan presto.

Argumento de la XX Cena

PALTRANA dize a QUINCIA que mire quién llama, y ella dize que CELESTINA, y POLANDRIA ruega que suba, y, subida, haze grandes ofrecimientos vendiéndose por

santa; y después de la haver recebido vase con POLANDRIA y PONCIA al jardín, donde con gran cautela descubre a POLANDRIA su venida. Y entrodúzense:

PALTRANA, QUINCIA, CELESTINA, POLANDRIA, PONCIA.

PALTRANA.- Quincia, mira quién llama a aquella puerta.

QUINCIA.- ¿Quién está ay?

CELESTINA.- Hija, di a la señora que está aquí una criada y servidora suya.

QUINCIA.- ¡Válala el diablo la vieja! Señora, mala muerte me tome si Celestina, la que resucitó, no está allí.

PALTRANA.- ¡Válame Dios! ¿Y qué querrá?

POLANDRIA.- Ay, señora, por tu vida, que suba, y dezirnos ha algo del otro mundo; que muero por vella, que es maravilla.

PALTRANA.- Pues dile que suba.

QUINCIA.- Madre, que subáis.

CELESTINA.- Paz, salud, descanso sea en esta casa.

PALTRANA.- Comadre honrrada, para bien sea tu venida, que Dios sabe el gozo que en esta casa de tu resurrección se ha tenido.

CELESTINA.- Señora, yo te beso las manos, y por essa voluntad que yo siempre de ti conocí, que como dizen no hay corazón engañado, ha sido ésta la primera visitación; que por tu vida, y assí gozes desta hija honrrada y la veas casada como desseas y ella meresce, que sí verás, como no he atravesado ell umbral de mi casa después que vine a este siglo, hasta que vine aquí; y también, la verdad, porque hablar claro Dios lo dixo, supe de tu enfermedad, y parescióme causa que acrescentava en la obligación de visitarte primero que a otra ninguna señora deste lugar, que, a Dios gracias, tengo hartas, no porque yo lo meresca a Dios, mas por su virtud.

PONCIA.- Qué lavia tiene la madre.

POLANDRIA.- Calla, que estoy espantada, que me parece que veo fantasma, según lo que de su muerte ha poco que oý.

PALTRANA.- Vezina honrrada, yo te agradezco tu visitación y huelgo, por cierto, con ella.

CELESTINA.- Señora, bésote las manos; mas, ¿de qué es esse mal que te tiene en la cama tan fatigada?

PALTRANA.- No sé, un lado es; unos me dizen que es madre, otros, yjada. Mil cosas me han hecho y nada me aprovecha.

CELESTINA.- Donzella de oro, hazed traer una poca de lumbre, y calentaré las manos y tentaré a su merced, que, mal pecado, a mí algo se me deven de entender destos males.

PALTRANA.- Quincia, anda, trae aquí un braserico con lumbre. Por cierto, que huelgo, vezina, de lo que dizes, que en todo debes de ser sabia.

CELESTINA.- Señora, mal pecado, la espiriencia me ha hecho maestra, porque ya sabéys que no hay tal çirugiano como el bien acuchillado, que más madres e yjadas he tenido, por mis pecados, que años tengo a cuestas.

POLANDRIA.- Hi, hi, hi.

CELESTINA.- ¿Rýeste de lo que digo, señora?

POLANDRIA.- Rýome, madre, que fueras buena para atún según las yjadas que dizes que has tenido.

CELESTINA.- ¡Ay, gesto de ángel, con qué gracia lo dizes! tal me vengan los años qual tú me paresces. Bendígala Dios, señora. ¡Y qué muger está! Espantada estoy, que

me parece que aún ayer la vi nacer.

PALTRANA.- La mala yerva presto crece.

CELESTINA.- No se entenderá aquí eso, que, por cierto, ni tiene ella cara ni presencia para lo dezir, ni poderse pensar.

PALTRANA.- Assí quiera Dios, madre.

CELESTINA.- Sí querrá, señora. Y aun por mi vida, hija, señora Polandria, que si me tomaras en otro tiempo, que supiera yo dar cuenta de otras curas para las moças, como sé para las viejas.

PONCIA.- ¿Essas curas serían de amores, madre?

CELESTINA.- Aquí parésceme que pueden dezir que en casa del alboguero todos lo son, que también esta donzella es graciosa. Hija, ya passó esse tiempo, que moça fui y vieja soy, mal pecado, en mi tiempo también a mí me miravan. Mas, mi amor, las curas de rostro, cavellos y manos son, no lo echas tú a la peor parte. Más me precio, hija, de dar consejos, que de tales vencejos, de un rosario, digo, hija, y sus misterios, de una oración del conde o de la emperedada; esto te podré yo amostrar, mi amor, si lo quieres aprender.

PONCIA.- Por cierto, madre, nunca tuve desseo de ser emperedada; por tu vida, que no me lo muestres.

CELESTINA.- He, he, he; bien parece que esta donzella quiere gozar del mundo como quien viene agora a él. Hija, pues demparedar has tu voluntad para yr al cielo, que la vía de la salvación estrecha es y fuerça padece; no podemos, mi amor, en esta vida, haziendo nuestra voluntad hazer la de Dios, porque en todo contradize esta carne pecadora a lo que quiere el espíritu, como lo sentía esto San Paulo quando dezía que sentía en sí otra ley que repunava la ley de su espíritu, por las inclinaciones naturales dezía. Assí que, mi fe, mi amor, en esta vida sembramos con bien, mal pecado, con lágrimas, para coger con gozo, sí, a la fe. Y mírame tú, hija, que a esto torné acá, que no a otras liviandades; bien sé, hija, que holgaras tú más que te dixera que con ceniza de sarmientos y cal, tanto de uno como de otro, con cendra y orochico y alarguez se haze la buena lexía para esponjar, y que con solimán molido y cosido con un limón se haze buen badulaque para el rostro, y con xabón raspado y nueve días en vinagre fuerte se cura y mudan bien las manos, con otras mil tarabusterías que de aquí a mañana no acabaría de dezir. Mas hija, lo que es bueno para el baço es malo para el hígado, para el alma, digo, que para ésta se han de hazer las verdaderas lexías, con çeniza de dolor y con agua de lágrimas de arrepentimiento, con que se te hará en la gloria una crespina de oro que parezcas un ángel.

PONCIA.- Más la quisiese agora acá, que quando vieja, madre, haría essotra lexía.

CELESTINA.- Esta donzella, señora, a vieja piensa llegar. ¡Ay hija, ay hija!; ¿y no sabes, mal pecado, que tan presto se va el cordero como el carnero? ¿Y qué seguro tienes de Dios, mi amor, para llegar a vieja? Nunca, hija, en quanto tengas con qué pagar, tomes fiado, porque, en fin, es más caro, y por fuerça ha de llegar el tiempo de la paga, y muchas vezes al tiempo de la paga no tenemos con qué pagar y házennos execución por la paga, y pónennos en la cárcel hasta pagar la postrera blanca, como lo dize el evangelio. Assí que, hija, en quanto tuvieres con qué pagar a Dios las mercedes que te dio con darte ser y hermosura y gracia, y sobre todo hazerte cristiana, no aguardes a la vejez, pues, mi amor, no sabemos el día ni la ora de la muerte, siendo cada día más cierta y más natural ora de morir que no de bivar.

PALTRANA.- ¡Ay, comadre honrrada, qué gozo es de oírte hablar en las cosas de Dios! Bien me lo habían a mí dicho que venías una santa.

CELESTINA.- Señora, Dios es santo, que yo pecadora a Él me siento, y indigna de ser suya y llamarme tal.

PALTRANA.- Ay, tía, por tu fe, que me visites mucho para dar exemplo a esta hija.

CELESTINA.- Señora, como a mis entrañas, que no vengo a otra cosa.

QUINCIA.- Señora, he aquí la lumbre.

PALTRANA.- Mas ¿no devieras hoy venir acá? ¡Para embiar por la muerte eras buena! Aunque así goze yo, que me estuviera boquiabierta oyéndote, madre, de aquí a mañana, que casi sin dolor he estado con oírte.

CELESTINA.- Ora, señora, dexemos uno y tomemos otro, que, como dize el proverbio, cada cosa en su tiempo y nabos en aviento. Ponte despaldas y tentarte he y bendezirte he, que yo espero en Dios que antes de mañana quedes sin dolor, que sabida la causa luego será remediada, que, como dizen, quita la causa y quito el pecado.

PALTRANA.- Ya estoy como mandas, madre.

CELESTINA.- ¿Es aquí o aquí?

PALTRANA.- Ay es, ay, ay, donde tienes agora la mano.

CELESTINA.- Bendígate Dios tal cuerpo, señora; por cierto, la señora Polandria con su niñez no puede tener mejor barriga y pechos que tienes.

PALTRANA.- ¡Ay, madre, no digas eso! ¿Qué hizieras si me lo vieras hoy ha veynte años?

CELESTINA.- A osadas, señora, que no tienes necesidad de dezillo, que por lo presente se parece bien lo passado; y por cierto, que no sé qué mejor pudo ser que es.

PALTRANA.- Ay, tía, ¿y para qué dizes eso? Verdad es que, para haver parido, bien pienso que no habrá otra que me haga ventaja; mas, en fin, diferencia hay de quando era moça.

POLANDRIA.- Por Dios, madre, pues si vieras a mi señora lavar las piernas este otro día, que te maravillaras de quán buenas y blancas las tiene, pues una lisura tienen que no es sino gloria traer las manos por ellas.

CELESTINA.- A osadas, hija señora, que no tiene necesidad de me lo dezir, que por el hilo saco yo bien el ovillo.

PALTRANA.- ¡Ay dolor, madre, del hilo y aun del ovillo! Di lo que te parece de mi mal y déxate agora de eso, que ni vaya nada en que sea bueno ni lo dexé de ser, que ya pasó su tiempo.

CELESTINA.- Señora, esto más me parece yjada que no madre. Lo que has de hazer es que tú, hija, mi amor, ¿cómo es tu gracia?

QUINCIA.- Quincia.

CELESTINA.- Pues Quincia, mi amor, tomarás y harás un saquito tan largo como la yjada, y enchillo has de flor de saúgo, y sin calentar si no lo quisieres calentar, y ponlo en la yjada; y tú, señora, échate sobre el lado, y tú me nombrarás; y si el saúgo no se puede haver verde, que no habrá, que no es tiempo, sea la flor dél seca, aunque mejor fuera verde; y si esto no aprovecharé yo tornaré, que no faltarán otras cosas, aunque ésta es muy singular. Ya que te tengo dicho lo que conviene para tu mal, a mi señora Polandria quiero dezir ciertas beras en pago de las burlas que ella me ha dicho.

PALTRANA.- Desso holgaré yo, por cierto. Y tú, hija, toma contigo a la madre y llévala al jardín, que, por ventura, habrá algunos higos o granadas y desenhadarse ha.

CELESTINA.- Esto es que yo desseava.

PALTRANA.- ¿Qué dizes, tía?

CELESTINA.- Señora, que no tengo de cosa más desseo que de eso, especial con tal compañía.

POLANDRIA.- Tía señora, anda acá.

PALTRANA.- Poncia, ve tú con ellas.

CELESTINA.- Por cierto, fresco y deleytoso lugar es éste, no parece sino paraíso.

POLANDRIA.- Madre, en el otro mundo mejores jardines habrá.

CELESTINA.- Hija señora, hay tantas cosas que no se pueden dezir ni contar.

PONCIA.- Madre, por tu fe, ¿viste allá a Melibea?

CELESTINA.- Ya, hija, me han preguntado esa niñería otra vez. Mi amor, no se pueden dezir esos secretos, bástete saber que fue homicida de sí misma.

POLANDRIA.- Ay, Jesús, ¿para qué preguntas essas boverías?

PONCIA.- Por Dios, señora, que te quería a ti ver preguntar para ver qué preguntarías.

POLANDRIA.- A lo menos no preguntaría yo boverías como tú.

CELESTINA.- Déxala, señora, que es moça y los niños todos quieren saber, y aquello ante es buena señal, cierto, de querer saber para quando vieja, porque de bueyçillo verás que buey harás.

PONCIA.- Tía señora, quien pregunta no hierra.

CELESTINA.- No, por cierto, hija. Mas, dexando las burlas y tornando a las veras, yo sé de ti, señora Polandria, cosa que pensarás tú que ninguno no las puede saber; y aun a ti, Poncia, también.

POLANDRIA.- Ay, tía, dime esso, por tu vida.

PONCIA.- Y a mí, madre señora, assí Dios te dexé acabar en su servicio.

CELESTINA.- A ti, hija Poncia, yo te haré rabiarse porque mofavas de mí delante tu señora; tú, bova, ¿piensas que con los días he perdido el seso?

PONCIA.- Ay, tía, no digas esso que, por Dios, no burlava, y que me corro en que me digas tal cosa, que no soy tan malcriada.

CELESTINA.- Hija, mi amor, burlando estoy contigo, que no sé tan poco del mundo que no sé cuáles son burlas y cuáles son veras. Agora quiero hablar a la señora Polandria, otro día será para ti; y entre tanto, mi amor, encubre essas guedejas que traes defuera y ponte más honesta, para que mis palabras puedan llover sobre mojado, porque ya sabes que quando la tierra está muy seca que todas las gotas se tornan sapos, como acaece en las reprehensiones quando no se dispone la parte con humildad a recibillas.

PONCIA.- Madre, pues me predicas tú a mí, quería que quitasses primero la viga que me viesses la mota.

CELESTINA.- He, he, he. Ay, hija, por esta guarnición del manto debes de dezir.

PONCIA.- Alacé, no lo digo por otra cosa; porque, a la verdad, ya tu edad no lo demanda, como la mía no dexa de pedir lo que tú me reprehendes.

CELESTINA.- Ay, hija, por ti se puede dezir, dígole un duelo y dízeme ciento. Poco has leydo donde yo, nunca juzgues la toca por la lista; ¿no sabes tú, mi amor, cuán reprehendida es la ypocresía entre los justos, y que la palabra divina manda que nos untemos y lavemos las cabeças quando ayunáremos, por no parescer a los ypócritas tristes, que hazen uno y muestran otro querer dezir? Y assí, mi amor, con ruin saya traxo buen manto, y no todo bueno, porque los extremos siempre son viciosos, y por esso yo, hija, me pongo en el medio, y aun porque dize el sabio que en el medio consiste la virtud. Mas parécete, si otra tacha me supieres también me la dixeras. ¡Ay hija, hija, bien paresces que aun agora vienes al mundo!

PONCIA.- Madre, aun porque yo vengo a él y tú sales, me parescen bien las guedejas defuera a mí, y a ti mal el manto con lista.

CELESTINA.- Ay, hija, por ti me parece que se podrá dezir, pregonar en balde; y por tanto, acá lo quiero haver con mi señora Polandria, y tú perdona un poco, que no quiero que oyas lo que digo, pues tan poco te conviertes.

PONCIA.- Madre, yo soy un poco sospechosa, no me parescen bien esos secretos.

CELESTINA.- Pues en mi alma, que no oyas nada, porque quedes con essa sospecha; y andacá señora. ¡Ay, señora Polandria, y qué perla de donzella tienes aquí!; en mi alma, no es sino gloria departir con ella. ¡Pues es verdad que es fea, ya que la hizo Dios graciosa!

PONCIA.- Qué palabras tiene la puta vieja; agora te creo menos. Haze que habla secreto, de manera que lo oya, para enlabiarme.

POLANDRIA.- Pues, madre, más de verdad dirías esso si conociesses su condición, que no es sino como un ángel en tratar con ella, que nunca mentira ni dezir mal de otro en su boca vi; pues secreto, yo te certifico que pudieras bien dezir delante della qualquiera cosa y durmir a sueño suelto.

CELESTINA.- Mucho huelgo, mi amor, que tengas tal compañía. Y tornando a lo que te quiero dezir, el caso es que, señora, según tu linaje, discreción, saber y cordura, escusado era tomar yo este trabajo, mas, hija, para que sepas lo que yo sé y desseo saber en tu servicio, te quiero avisar de lo que creo que tú estarás avisada; y esto en confesión, que no quiero que sepan para mi daño, pues yo lo digo por tu provecho.

POLANDRIA.- Tía, bien puedes dezir lo que quisieres, que a buen seguro lo dexarás en mi secreto.

CELESTINA.- ¡O, ángel de oro! ¡O, perla preciosa, con qué gracia lo dizes! Assí lo creo yo, por cierto; mas mira, señora, descuýdase las personas y suéltase alguna palabra que podría hazerse carne, que podría costarme la vida, digo; y baste havella perdido una vez por Calisto, sin culpa, no querría perdella otra vez por Felides, que pienso que no me costaría menos el consejo que te quiero dar, si él lo supiesse; y por esso te dixé lo que te dixé.

POLANDRIA.- Por cierto, madre, que con las postreras palabras me has asossegada de alteración que de las primeras, con numbrarme esse loco, me pusiste. Sobre tal prenda bien puedes dezir lo que quesieres.

CELESTINA.- Señora, conociendo mi autoridad y habiendo oýdo mis palabras, no sé qué alteración te podía poner ninguna cosa de mi boca hasta saber el fin. Y para que más crédito desto tengas, yo he alcançado por mis artes, después que te vi, que este cavallero anda loco perdido por tus amores, hecho otro Calisto y peor, y no es nada la pena que tú puedes saber ni él puede dezir con la que passa, que es tanta, que no me maravillo sino como no pierde la vida junto con el seso; y no lo puedo yo encarecer, que no compra barato quanto a él le cuestan caro tus amores.

POLANDRIA.- A buena fe, tía, que si acabas como has encomençado, que no dexé de pensar que te ha dado dineros aquel loco por tercera; mas con las palabras que me dixiste me quiero asossegar hasta acabarte de oýr.

CELESTINA.- ¡O, cómo me huelgo, hija señora, de verte con essas alteraciones y açoramientos! Que, a buena fe, no me tengas por tan necia que tan secamente te dixera lo dicho, si no fuera para tocar el oro de tus quilates, porque la virtud con su contrario se ha de experimentar y en la tentación se esmera la bondad; de la pólvora, hija, hasta que le toca el fuego no se conoce su virtud. ¡Quién te vio tan mansa!, ¡quién te vee agora tan çahareña y alterada! Pues tal parezca yo ante Dios como esso me parece, y tal sea mi vejez como esso me contenta; y con seguridad que el fin de mi consejo es muy contrario de lo que hasta aquí ha parecido, quiero passar adelante, y digo que juzgué lo que tengo dicho de aquel cavallero porque por mis artes hallo que por tu causa ni come, ni duerme, ni vela, según está adormido en pensarte, ni oye, y por cierto, que está tal, que pienso que ya ni vee, ni palpa. ¿Para qué, si piensas, señora, te tengo dicho todo esto?

POLANDRIA.- No sé, por cierto; tú lo dirás.

CELESTINA.- Pues oye, que sí diré. La razón, señora, es que eres muger, y no de hierro ni de piedra, sino de la natural condición de las mugeres, piadosa quiero dezir; y sabiendo lo que te tengo dicho de aquel cavallero, como sé que mucha parte saves, tengo temor que con mensajes y burlas de enamorados no acaezca lo que Dios no quiera, pues sabes que la estopa no está segura en burlas con los tizones. Que te guardes y santigués con la mano derecha quiero dezir, y si hasta aquí le has dado alguna lisonja

de favor con la izquierda, que no puede ser menos en tales burlas, que no lo sepa la tu derecha, pues sabes que la honrra de las mugeres no está en más de la común opinión. Esto es lo que te quiero dezir, de lo que te quiero avisar y lo que te quiero aconsejar; y la merced que quiero desto recibir es que recibas en servicio mis palabras.

POLANDRIA.- Por cierto, madre, yo te agradezco lo dicho mucho, y conozco el cargo en que te soy, puesto caso que yo estoy bien salteada de las liviandades de aquel loco; y pues todo lo sabes, no es razón de encobrirte cosa, que, a la verdad, no ha dexado de hazer algunas muestras de sus liviandades, y aun una carta pienso que suya halló una moça de aquí de casa, que por tu vida, que no la viera si no fuera por importunidad de aquella donzella, para passar tiempo con sus importunidades.

CELESTINA.- Pues más que eso sé yo, mas no te lo quiero dezir, pues te hazes tan santa.

POLANDRIA.- Di, por tu vida, madre.

CELESTINA.- ¿Dasme licencia?

POLANDRIA.- Sí, pardiós.

CELESTINA.- Ora, que no te lo quiero dezir, que te enojarás.

POLANDRIA.- Pardiós, que no enojaré.

CELESTINA.- Pues si acertare no me has de encobrir la verdad.

POLANDRIA.- Pardiós, sí diré.

CELESTINA.- Pues, en mi alma, que yo sé que no lo quieres mal; y no me maravillo, porque un hombre que en dispusición no tiene par, y en gracia no es nacido otro, después desso un Alexandre en franqueza y un Héctor en fortaleza ¡mi padre, si se querrá mal, que no es possible! Mas aquí se gana, hija, la honrra, queriéndole bien y queriéndote a ti mal, contradiziendo tu voluntad para estar más en tu honrra, quiero dezir, que queriéndole mal, ni grado ni gracias. ¿He acertado, por mi vida? ¿Rýeste, señora? Di la verdad, no hayas vergüença.

POLANDRIA.- Pardiós, madre, no le quiero mal, ¿para qué es sino dezir la verdad? Mas assí lo quiero bien con que no me quiera mal.

CELESTINA.- Tal sea mi vida y tal sea mi vejez y tal sea mi alma, como esso me contentado ha. Pues otra cosa, señora, se me olvidava, de que debes tener aviso mucho.

POLANDRIA.- ¿Qué, madre?

CELESTINA.- Que te guardes del diablo, señora, y por los ojos que en la cara tienes, que no le oyas tañer ni cantar, que, en mi alma, una gracia tiene en hazello, que pienso que no hay piedra ymán que a ssí trayga el azero como con su boz los coraçones de las mugeres llama; y con este aviso nos vamos, que es ya hora, señora, que comas.

POLANDRIA.- Tía, assí es bien; mas, por mi vida, ¿havíate dicho algo en esto aquel cavallero?

CELESTINA.- No me parece mala señal ésta, pues no quiere dexar la plática.

POLANDRIA.- ¿Qué dizes, madre?

CELESTINA.- Jesús, señora, ¿y si me lo dixera, havíatelo yo de dezir? No, en mal hora, sino que yo lo sé y como tu servidora te aviso: y vámonos, y esto baste.

POLANDRIA.- Tía, vamos; mas mira, por tu fe, que no digas nada a aquel cavallero desto que ha passado.

CELESTINA.- ¡Ay, señora, y cuán mal me tienes conocida! ¿No sabes que quando tú nasciste tenía yo mudados los dientes y aun caídas las muelas? ¿Por qué me avisas? Llama a tu donzella, que estará la señora Paltrana sola.

POLANDRIA.- Poncia, ven acá, que nos queremos ya yr.

PONCIA.- Buen dissimular es ésse, señora.

CELESTINA.- Calla, hija, que a ti te verná tu Sant Martín otro día, y andacá. Señora Paltrana, Dios te agradezca la merced que hoy me has hecho en la compañía que me

diste, con el deleytoso lugar donde hemos estado. Dios quede contigo y con la señora tu hija, y si fuere menester para tu dolor, yo bolveré.

PALTRANA.- Madre, yo te lo agradezco, y aunque no sea menester no nos olvides.

CELESTINA.- Eso yo lo llevo a cargo, que no he rescebido mercedes para olvidar esta casa. Señora mía, Polandria, mira que te digo dos palabras.

POLANDRIA.- ¿Qué, madre?

CELESTINA.- Que después acá he pensado en lo que te dixes y llevo un scrúpulo, y por descargo de mi conciencia, por no ser en cargo de su muerte, ni que lo seas desesperándolo del todo, que no será malo mostralle algún favor quando passare por la calle y le vieres; porque, hija, bienaventurados son los misericordiosos, por quanto ellos alcançarán misericordia, la qual no lo sería si de todo punto lo desfavoreciésemos, si a nuestra causa enloqueciesse o muriesse, bien me tienes entendida.

POLANDRIA.- Muy bien.

CELESTINA.- Pues con esto me voy, y Dios quede contigo.

POLANDRIA.- Y contigo vaya, madre.

Argumento de la XXI Cena

CELESTINA va a Sant Martín y dize a FELIDES que tiene ganado de POLANDRIA que le muestre favores de aquí adelante, y él le da treinta ducados y se va; y él queda con PANDULPHO y con SIGERIL, passando burlas y encubriéndose de su hecho. Y introdúzense:

CELESTINA, FELIDES, PANDULPHO, SIGERIL.

CELESTINA.- ¡O, hermosa astucia!, ¡o, linda cautela!, ¡o, maravillosa burla! ¿Quién como yo supiera rodear tan bien y tan sin sospecha este negocio? ¡Y cómo le hize entender lo que me complía, vendiéndogelo por su provecho, siendo en su daño y mi provecho! Yo me quiero yr por casa de Felides, y por ventura veré alguno de sus criados, para que le diga que me conviene hablalle; bien se me ordenará. Yrme he a Sant Martín para le hablar.

FELIDES.- Válame Dios, aquélla me parece a Celestina; sí, ¿es ella?, ella es, por Nuestro Señor. ¿Qué diablos la truxo por acá con tanta priessa? De ojo me haze, algo de bueno deve haver; en Sant Martín se mete, yr quiero allá. Moços, tenedme guisado de comer, en quanto llevo aquí a Sant Martín a rezar ciertas devociones. ¡O, madre y todo mi bien!, ¿qué buena venida es ésta?, que, por Dios, quando vi asomar tan reverenda persona por la calle, sin conocerte, un sobresalto me dio el corazón, y no deve de ser sin causa, que mi alma y tu gesto conforman con mi sospecha.

CELESTINA.- Por cierto, señor Felides, con toda tu hazienda no me pagasses, si con la obligación del amor no supliesse la paga, no lo que por ti he hecho, mas la cautela y arte que tuve para lo hazer.

FELIDES.- Dime, señora y madre mía, lo que es, que no quiero yo que el amor escuse la paga de tu trabajo; porque, assí como tú lo debes al amor que me tienes lo que hazes, devo yo la paga a la obligación de quien soy.

CELESTINA.- Hijo señor, tú dizes como quien eres, que las mercedes más acatamiento han de tener a quien las haze que a quien las recibe, como pues lo sintió aquel rey Alexandre, exemplo de liberales, quando pidiéndole un pobre miserable limosna le dio una ciudad. Assí que, hijo, peréceme que ya yo puedo aprender de tu

saber, por cierto, según sabes todos los términos de fortaleza, que pienso que sabes de coro todas las obras de Aristóteles, y en más tengo sabellas exercitar que hazer porque, hijo, no es sabio el que mucho sabe, mas el que obra como sabio; assí que, de hoy más, yo quiero dexar para ti el obrar y para mí el hazer, pues todos de ti podemos aprender. Y a Dios, pardiós, dalle he gracias porque tal saber y juyzio te dio en tan poca edad, donde pocas vezes sin esperiencia y madura edad se halla dezir y hazer, pues, como dize el proverbio, que es para buenos, y assí me lo parece, por cierto, a mí, pues en ti se conoce la esperiencia; y pues tan bien tienes sabidos los términos de la liberalidad, yo me puse a dezir lo que no sabes de lo que yo sé que traygo hecho en tu servicio.

FELIDES.- Di, madre, que con desseo de oírte no te tengo entendidas tus razones.

CELESTINA.- Buen dissimular es ésse; aun pesaría al diablo si huviessse sido vana mi retórica.

FELIDES.- ¿Qué dizes, señora?

CELESTINA.- Hijo, que alabando tu liberalidad y saber hazella conforme a quien la haze y no a quien se haze dixiste, he estado encareciendo y autorizando lo que se deve loar, pues yo, mal pecado, no tengo fuerça para más; y como estás trasportado en tus pensamientos, y con razón, en verdad, no me has entendido, y si servido eres, yo te tornaré a referir mi oración.

FELIDES.- Madre, yo te tengo entendida, que burlando te lo dixiste para que me dixesses con brevedad lo que deseo, que como tus palabras no sean locas, cree que no serán mis orejas sordas.

CELESTINA.- Assí lo creo yo, señor, que como en todo eres fuerte que sojuzgarás tu voluntad y te vencerás, pues ésta es la mayor fortaleza de todas, como tú mejor sabes; y dexando esto por concluydo, yo fuy en casa de su madre de Polandria.

FELIDES.- ¿Que fuyste, madre?

CELESTINA.- A la fe, que fui yo y no otra.

FELIDES.- Ven acá, que te quiero abraçar mil vezes, que con tal entrada no pueda haver mala salida.

CELESTINA.- Señor, pues no me abrases tanto ni me beses los carrillos, que, mal pecado, ya sabes quán peligroso es el pajar viejo quando se enciende, especial si el fuego es grande como el de tu hermosura.

FELIDES.- Madre, por me reprehender que no te beso las manos por tan gran merced creo dizes esso, y tienes razón, y dámelas acá y besártelas he.

CELESTINA.- Essas aguardo yo para besártelas a ti por las mercedes que espero; y no me atajes hasta el cabo, que has de saber que hallé a su madre, Paltrana, mala en la cama, y como dize el proverbio, con lo que Sancho adolece, Domingo y Martín sanan, que quiero dezir que con su mal alcançamos tú y yo el principio de la salud; porque has de saber que me fize física y me aproveché de mi saber, porque como sabes, quando fueres en Roma bive como romano, y atentéle los pechos y la barriga, y allá le hize entender que los tenía mejores que su hija, que no lo puedo más encarecer, teniéndolos más floxos que dos madexas sin cuenda, y la barriga como un reclamo; mas desnudéme de verdad por vestirla de lisonja, para ganalle la boca y ponelle freno con que le hize hazer corvetas. Y sobr'esto fue la segunda parte de mi sermón, toda de santa dotrina, pregonando vino y vendiendo vinagre, de suerte que, por gracia privada suya, mandó a su hija y a su donzella que me llevasen al jardín a recrear y comer fruta, y sobre tan buena comida ya tú puedes saber si sería sabrosa la fruta.

FELIDES.- ¡O, singular muger! ¡O, astuta y sabia cautela! No me digas más, que perderé el seso con oírte.

CELESTINA.- Bien librada estava yo si tú no lo tuviesses ya perdido.

FELIDES.- ¿Qué dizes, madre? No hables passos que con trompetas querría que se

apregonassen tan gloriosas nuevas.

CELESTINA.- No digo, señor, sino que no fue mi tiempo perdido, que supe assí rodear mis lisonjas con la donzella suya, que, a la verdad, es graciosa y hermosa, que la hize passear y quedéme con Polandria sola.

FELIDES.- ¿Qué me dizes? ¿Que sola la tuviste? ¿Es possible?

CELESTINA.- Alaçé, sola; y díxele tales razones con que, por evitar prolexidad, queda de suerte que temo fará de hoy más otro rostro y favor que hasta aquí. Mira si es harto para la primera vez.

FELIDES.- ¿Qué paga? Ya no tengo con qué te pagar tan gran bien. Y por tu vida, madre, que no me hables en prolexidad en cosa de mi señora, sino que me lo cuentes todo por estenso lo que con ella passaste.

CELESTINA.- El harto, del ayuno no tiene cuydado ninguno; caro me costaría a mí tanta prolexidad.

FELIDES.- ¿Qué dizes, señora?

CELESTINA.- Señor, que no quieras por agora saber más, porque hasta llegar a este fin todo fue rigor para contigo; bástete saber que el fin fue bueno, que es hora de tornar a mi casa, que tengo, como te dixé, ganado nuevo y malo de guardar, que yo tornaré allá muchas vezes como está acordado, y otras vezes nos veremos, y no lo quieras todo junto. Y a la verdad es ora de comer, y, mal pecado, quando fuere a casa, si viene a mano, no habrá qué comer ni cuydado de se haver traído.

FELIDES.- ¿Qué, hate de faltar de comer agora ni en toda tu vida? Pues para esse sobresalto embía por ración cada día a mi casa.

CELESTINA.- Señor, bésote las manos por la merced, y mejor será, secretamente, que me la hagas en dineros, porque no burrunten en casa de Polandria, ni tus criados menos; no hayamos de reñir sobre partir la ganancia, como con los moços de Calisto dizen que me acaeció, quando me costó no menos que la vida.

FELIDES.- Muy bien dizes, madre, y assí se hará; y quiero ver si tengo aquí algo, en esta bolsa que para jugar traygo. Ello es poco, mas como por señal lleva essas treynta doblas; y el casamiento de tu criada, no se dexé de buscar marido y tenlo por cierto.

CELESTINA.- Señor, por señal y por paga la recibo yo esta merced, y bien me parece que oýste el exemplo de Alexandre.

FELIDES.- Madre, no hables en esso, que me corro, que tú verás lo que yo hago adelante, y acaba tu razón.

CELESTINA.- Señor, por mi vida, que hasta traerte mejores nuevas se quede, y bástete, que por las obras quiero que me conozcas, que yo soy muy enemiga de palabras, y ellas sean testigos de mis servicios y tus mercedes. Y no gastemos tanto tiempo juntos que despertemos al que duerme, pues que sabes que quien no asegura no prende. Déxame tú errar o acertar esta tela que tengo tramada y engañaite por mí, que a osadas, que no te engañes.

FELIDES.- Madre, hágase como tú mandas y abráçame; y Dios vaya contigo, que no te quiero ser más enojoso.

CELESTINA.- Y quede contigo. Y pássame por la puerta esta tarde muy gentil hombre, qual yo te pinté y tú lo eres, que no puse nada de mi casa.

FELIDES.- Déxame el cargo, y yo me voy. ¡O, bienaventurado Felides! ¡O, excelente muger Celestina! ¡O, gozo tan grande, que temo con él no perder el seso y olvidar, con perderlo, lo que gané en havello perdido! ¡Moços! ¡Moços!

SIGERIL.- Señor.

FELIDES.- ¿Comeremos ya?

SIGERIL.- A buena ora, pardiós, señor. Por Nuestro Señor, que están tan secos los capones, y que pienso que no están para comer, según ha tardado.

FELIDES.- ¿Qué ora es?

SIGERIL.- Señor, la una es dada.

FELIDES.- ¡Válame Dios!, no sé cómo me he descuydado. Ora pues, sus, comamos, que el mejor comer y la mejor ora es quando hombre lo ha gana.

SIGERIL.- Y quando los otros la tienen perdida.

FELIDES.- ¡Qué necedad! ¿Tengo yo de comer por tu voluntad, o por la mía? Llámame acá a Pandulpho.

PANDULPHO.- Señor, ¿y no me vees?

FELIDES.- Por Nuestro Señor, no te vía. ¿Pues tenemos más de lo passado?

PANDULPHO.- Con los nuevos terceros los viejos se te han olvidado; pues voto a tal, que yo aún parte tengo en el concierto.

FELIDES.- ¿Cómo que te olvidaré? Por cierto, Pandulpho, tal no haré yo, ni aun tengo olvidadas las razones que me avisaste para escribir.

PANDULPHO.- Pues búrlate tú, señor, que yo te prometo que no yerres si tomaras mi consejo.

FELIDES.- Yo te prometo que si otra carta escribo que yo te la encomiende a ti; y para en señal de lo que te tengo de dar toma essa pechuga de capón, y dale tú, Sigeril, una vez de vino por mi copa y de mi vino.

PANDULPHO.- ¿Quieres dezir, señor, que sobre el buen comer, el ajo? Pues déxame el cargo, que por tu vida, que yo te haga que mientes, y aun me ayunes la bíspera, mejor que la de Santa Celestina, libera nos domine, y que tú me digas alguna vez: te rogamos, audi nos.

FELIDES.- ¿Passas por la santidad de aquella buena muger?

PANDULPHO.- Buen dissimular es ésse.

FELIDES.- ¿Qué dizes?

PANDULPHO.- Digo, señor, que a otro perro con esse hueso.

FELIDES.- ¡Cómo eres malicioso!

PANDULPHO.- Lo que con los ojos veo, con los dedos lo adivino. ¿Para qué es esso, señor? A perro viejo nunca le digas cuz cuz.

FELIDES.- ¿Por qué dizes esso? Mira no digan por ti y mí que escudero pobre, rapaz adevino.

PANDULPHO.- Yo, señor, me lo querría ser, mas, mal pecado, ya tengo edad para saber yo cuántas son cinco. Mas paréceme que no sin causa fui contigo cedaçuelo nuevo, tres días en estaca, ya me traes sin tocinos y sin estacas, que no te acuerdas si soy nascido, y teniéndome delante preguntas por mí. Y assí la raleza de las cosas es madre de admiración, salvo si te quieres tornar beato con las predicaciones de Celestina y si te ha tomado por testigo de abono para canonizalla por santa. Y a buen entendedor, pocas palabras; y no me tengas, señor, por bovo, que yo te entiendo y tú me entiendes, mas ya sabes que no hay peor sordo quel que no quiere oír; mas refrán viejo es que de fuera venga quien de casa nos eche.

FELIDES.- Desso estarás tú seguro, que a buen sueño suelto puedes dormir, y yo, con descuidarme con el cuydado que del mío has tomado. Y con esto alça esta mesa, que yo me voy a reposar, y para después a la tarde aderéçame el cavallo bovero con un jaez blanco; y tú, Sigeril, aparéjame el vestido frisado acuchillado sobre tela de oro, que quiero dar una buelta.

PANDULPHO.- Alguna buena nueva hay.

FELIDES.- ¿Qué dizes, Pandulpho?

PANDULPHO.- Digo, señor, que no hay buelta sin rebuelta; que la rebuelta que contigo traes te haze dar estas bueltas, y tantas daremos a la noria, que salgan llenos los arcaduces.

FELIDES.- Assí plega a Dios; y quédate con Él, que me voy a reposar. Y dame aquella vihuela y diré un villancio que hize esta noche.

SIGERIL.- Señor, hela aquí.

FELIDES.-

Pues oye:

(Villancico.)

Lloraréis mis ojos tristes

vuestro mal, no por cruel,

mas por la tardança dél.

SIGERIL.- Singular es, pardiós, señor.

FELIDES.-

Pues oye las coplas:

Llorad el mal que perdistes

y no se puede cobrar,

el tiempo que sin penar

por amores estuvistes;

y veréys, si no lo vistes,

que en mi mal no hay mal por él

si no es la tardança dél.

SIGERIL.- ¡O, qué a propósito del villancico es la copla!
FELIDES.-

Oye:

El tiempo que no gastastes

en servir a quien servistes,

todo aquel tiempo perdistes

quanto en servilla ganastes;

tiempo sin tiempo passastes

pues que perdistes aquél

que no penastes en él.

SIGERIL.- Más perdido es, señor, el que dexas de trobar, pues tan bien lo sabes hazer.
FELIDES.-

Ora, oye y calla.

No hallo tiempo ganado

si no es el tiempo servido,

que lo más todo ha pasado

sin passar, pues es perdido;

sin vivir havéys bivido

todo el tiempo que con él

vivistes sin pena en él.

Y toma allá esta vihuela, que me entristeze la música más de lo que yo estoy, y vete.

SIGERIL.- Pardiós, señor, de aquí a mañana me estuviera oyéndote. Mas bien es que descanses; y yo me voy.

Argumento de la XXII Cena

CELESTINA va a su casa y muessa a ELICIA las doblas, y en esto PALANA llama a la puerta, y sobre celos de PANDULPHO deshóranse todas tres; y danle de chapinazos y de palos con una rueca, y los vezinos las desparten; y ellas se van a un monesterio. Y introdúzense:

CELESTINA, ELICIA, PALANA, VEZINAS.

CELESTINA.- Ta ta.

ELICIA.- ¿Quién está ay?

CELESTINA.- Abre, hija Elicia, que yo soy.

ELICIA.- Pardiós, madre, a buena ora vienes, mas nunca devieres, pardiós, venir acá, que, en mi alma, transida de hambre estoy.

CELESTINA.- Ay, hija, poco cuydado tienes de lo que yo, yva para quien le cumple. ¿Parécete, hija, que es cara tardança la que nos ha dado treynta piezas de oro, después que de aquí salí? Tú no miras a mañana; sabe, hija, que no he andado holgando, ni eres más de hueso y carne que yo lo soy.

ELICIA.- ¡Ay, tía señora!; ¿y dónde huviste tanto bien?

CELESTINA.- A la fe, hija, de mi oficio; y no aprendas y ándate ay con tu Crito a cuestras, que al cabo de diez años te da dos doblas.

ELICIA.- Ora tía, comamos y déxate deso, que ya sabes que nunca fui aficionada a esse oficio, sino a ganar dos doblas y comellas con uno o con dos amigos a mi contentamiento.

CELESTINA.- Ora hija, pasarse ha la mocedad, y quando viniere el tiempo que des los cañibetes, estonces tú te acordarás de mí; mas dexemos esto y comamos, que transida vengo de sed.

ELICIA.- Madre, como dizen, beve a cortesía, que no has comido bocado y has bevido tres vezes.

CELESTINA.- Hija, por tu vida, que no me estés contando las vezes, pues yo no te arriendo los escamochos, que pocas vezes me verás, hija, rifar sobre el pesebre, que por mi vida, que no te sabe a ti peor que a mí.

ELICIA.- Madre, no te enojas, que no lo digo por tanto, que, en fin, bien sabré beber agua si fuere menester.

CELESTINA.- Ya lo digo, que por mi vida, que no lo bevo yo todo; y callémonos, no nos oyan reñir sobre el beber. ¿Oyes que a la puerta llaman? Mira quién es.

ELICIA.- ¿Quién llama ay?

PALANA.- Yo soy, que quiero dos palabras a la señora Celestina.

ELICIA.- Tía, en mi ánima, Palana está allí, que te quiere hablar.

CELESTINA.- ¿Quién es Palana?

ELICIA.- ¡O, Jesús madre, qué mala memoria tienes! ¿Tú no oýste el otro día hablar de una ramera que está por Pandulpho, el moço despuelas de Felides?

CELESTINA.- Pues ¿qué quiere ella en mi casa?

ELICIA.- Por Dios, no sé más, en mi alma, que aunque passa ya de sus treynta y cinco años, unas colores trae, que de dos dedos en alto trae los carrillos almagrados, y otro tanto en alvalalde.

CELESTINA.- Por Dios, que estamos buenos; dile, hija, que se vaya con Dios, que no son tales mugeres para entrar en mi casa. ¡Dios, que esso es lo que ando yo a buscar para aprobar mi persona!

ELICIA.- Señora Palana, que está mi tía ocupada, que no puedes al presente estar con ella.

PALANA.- Buen dissimular es ésse, hermana; a quien cueze y amasa nunca le hurtes hogaça, que viejo es Pedro para cabrero, por mi vida.

ELICIA.- ¡Válala Dios!, ¿y ella qué ha? Hermana, vete con Dios, que no te entiendo essa algaravía.

PALANA.- Tú me entiendes, y aun el que tienes allá yo le tengo bien entendido.

ELICIA.- ¿Hay tal cosa en el mundo? Andad, andad hermana con Dios, que no son para mí esas roncerías, que ni te entiendo ni sé qué dizes.

PALANA.- Gentil cortesía de señora, después que ha hecho sus mangas, presume agora de muy dueña.

CELESTINA.- Hija, dexa essa borracha, y déxate destar con ella acullá fue mas acullá vino desde la ventana, que no es tu honrra ni mía.

PALANA.- Mujer honrrada, no llaméys a ninguna borracha, que aquí no hay borracha ninguna, y dexaos desso y echad acá ese galán que tenéys allá encerrado.

ELICIA.- ¡Al diablo la deslabada, y mirá qué dichos! Por mi vida, doña puerca suzia, que si de ay nos ys, que yos haga castigar como vos merecéys. ¿Y qué gentil hombre havés visto acá? Mirad, por vuestra vida, quien tal oye a la bagasa y creello ha.

PALANA.- Vos soys la bagasa y la puerca, que yo soy muger tan honrrada que no me merecés vos descalçar. ¿Y quién me havía a mí de castigar? ¿vuestro rufián, Crito?, ¿o Pandulpho, el que agora tienes allá metido? Pues yos prometo que tan en ora mala allá lo tenés.

CELESTINA.- ¡Jesú, Jesú! ¿Tú no has entendido esta trama que trae esta buena muger?, que piensa que le tienes acá su rufián, porque le deven de haber dicho que ha venido aquí dos o tres vezes. ¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, con tal testimonio! ¡Jesús, Jesús, líbreme Dios del diablo y de tal testimonio! ¿Habéys oýdo qué maldad? Andad, andad muger de bien, que en mi casa no se acostumbran essas rufianerías; que muger soy que del rey abaxo pueden entrar en mi casa sin sospecha desso vellacarías, que ni conocemos aquí a Crito ni a Crita, ni a Pandulpho, más de por criado de Felides, que es un honrrado cavallero. ¿Havés ora mirado con qué se viene allegar gente la deslavada, suzia, desvergonçada, y qué osadía y qué atrevimiento?

PALANA.- ¡Ay Celestina, y quién la oye!, ¡como si no conociésemos su labia y sus palabras!

ELICIA.- Borracha, vellaca, establera ¿con mi tía os havés vos de ygualar? Landre mala me mate si nos hago cortar las narizes, doña puerca, bagassa.

PALANA.- Mirad, qué condessa Celestina para no se ygualar con ella. Vos soys la puerca y la bagassa, y callad y meted la lengua donde sabés, que vuestra cabeça guardará la mía. Verés vos la duquesa, que amenaza con sus cavalleros que cortará narizes.

CELESTINA.- Miráme acá, dueña; para ésta y por los huesos de mi padre, que vos me lo paguéys y que yos haga cruzar los hocicos, porque pongáys vos lengua en tal muger como yo.

PALANA.- Mirad, por mi fe, que no la havía conocido; en mi alma, que es la señora

Celestina, la de la cuchillada, la que dize que me la hará dar. Señora, perdóneme vuestra merced, que no la havía conosciado.

ELICIA.- Do al diablo la establera; mala muerte muera si cabello en la cabeça le dexo y los cascós a chapinazos no le quiebro.

CELESTINA.- Torna acá, Elicia, no te yguales con essa borracha.

PALANA.- Celestina, con lo que vos bevés me emborracho yo.

ELICIA.- Aguardá, doña bagassa.

VEZINAS.- ¿Y esso, señora Elicia, y tu seso? ¿Y con éssa te havías tú de ygualar?

ELICIA.- Dexadme, dexadme castigar essa vellaca, ramera, suzia, establera. ¿Y con mi tía se ha ella de ygualar?

PALANA.- Vos soys la ramera y la establera, que yo limpiamente y público bivo de mi oficio, y no ganando dineros secretos como vos. Yo soy tan buena como vos y mejor.

CELESTINA.- Déxala, hija, que dize la verdad, que Séneca dize que estonces es la muger buena, quando claramente es mala.

PALANA.- ¡Callá vos, puta vieja!, que estáis predicando de la ventana al cabo de ochenta años de alcahueta.

ELICIA.- ¡O, la vellaca! ¡Dexáme, dexáme señoras!

PALANA.- Seme testigos que me arrojó el chapín y me ha descalabrado con él.

VEZINAS.- Anda, en mal punto, ¿y con Celestina, vieja honrrada, te has de tomar?

PALANA.- ¡Como si no supiésemos aquí quién es Celestina, a cabo de ser coronada tres vezes por alcahueta!

CELESTINA.- ¡O, mala muger averiguada!

VEZINAS.- ¿Y esso, madre, tu seso dónde está?

CELESTINA.- ¡Dexámela, dexámela; que por el siglo de mi padre de hazelle pedaços esta rueca en la cabeça!

ELICIA.- El diablo me lleve, doña puta, si pelo os dexo en la cabeça.

PALANA.- ¡Justicia, justicia!; ¡que me matan y me han descalabrado!

VEZINAS.- Ora no más; y métete tú, madre, en tu casa, y tú, Elicia.

PALANA.- Señores, sedme testigos cómo me han mesado y quebrado las rucas en la cabeça.

VEZINAS.- Ora anda, amiga, con Dios, y toma tus lados, que en mi alma, que pensé que eran tus cavellos hasta verte la motila de fuera.

PALANA.- A aquella justicia me yré, bramando como una leona, porque sobre cuernos, penitencia.

CELESTINA.- Andad, andad doña borracha, que no os havés vos de ygualar con tal muger como yo; que no es esso nada, que por los huesos de mi padre, que yos haga hazer un castigo que sea sonado, y para otras borrachas escarmiento.

VEZINAS.- ¡Jesús!, ¿y qué ha sido, comadre, esto?

CELESTINA.- Mi desdicha, que en este mundo ni en el otro no me dexa. ¡Desventurada de mí, qué negro día fue el que yo nascí!

VEZINAS.- ¿Y esso, comadre? ¡Por Dios, no te abofetees ni messes!, mira la autoridad de tus canas.

CELESTINA.- ¿No tengo de sentir que una vellaca me levante que tengo rufianes en mi casa, biviendo como Santa Catalina, y lazerando, y pasando hambre y sed para sostener mi honrra, y que hoy venida y cras garrida? Plega a ti, Señor, que estás en los cielos, que en poder de justicia vea yo aquella vellaca que tal me ha levantado.

¡Hombres diz que tenemos encerrados! ¡Vezinos honrrados, entrad en mi casa y buscaldo para que se sepa si tengo hombres escondidos; que, por el siglo de mi padre, mi honrra ponga en la vida de aquella borracha deslenguada!

ELICIA.- Calla, tía señora, que, en fin, yo te prometo que si Marina bayló, que tome lo que halló; que cosa no le dexaste en la cabeça sana, ni le dexé, con los chapines y la rueca; y enoramala, porque no tenía cabellos, que como me dexó las guedejitas que trahía la borracha, a cabo de su vejez, en las manos, me dexara los cabellos si los tuviera.

VEZINAS.- En ora negra, que una oreja medio la dexaste arrancada.

ELICIA.- Más quisiera podella arrancar ambas, y aun las narizes.

VEZINAS.- Ora, tía señora, tócate, y tú, Elicia, métela en casa; y bien será yros a alguna casa o monesterio hasta que se asiente esto, que aquella muger de bien no va en son de parar hasta dar quexa.

CELESTINA.- No soy muger que tengo de salir de mi casa por tan poca cosa.

VEZINAS.- Sí, mas todavía es bien, porque la justicia, en fin, no mira tan por al cabo las cosas.

ELICIA.- Bien dizen las vezinas, madre; por tu vida, que nos vamos a Santa Clara, que es monasterio de dueñas, y allí estaremos más a nuestra honrra.

CELESTINA.- Pues te parece, hija, toma tu manto, y cierra essa puerta y vamos. Y señoras, pidos por merced que miréys por mi casa, que poco durará esta ausencia.

VEZINAS.- Pierde cuydado, tía; Dios vaya contigo.

Argumento de la XXIII Cena

ELICIA dize a CELESTINA cómo viene AREÚSA a vellas, y tras ella viene PANDULPHO, y luego FELIDES, y PANDULPHO y SIGERIL burlando dél, de que había en seso con el senado de CELESTINA, y toma a cargo de delibrarlas con la justicia; y házelo assí, embiando la respuesta con CANARÍN, su pajezico. Y entrodúzense:

ELICIA, CELESTINA, AREÚSA, CENTURIO, FELIDES, PANDULPHO, SIGERIL, CANARÍN.

ELICIA.- Madre, bien dizen échate a enfermar, y sabrás quién te quiere bien y quién te quiere mal. Que he aquí donde viene Areúsa, y quán desahilada viene.

AREÚSA.- ¿Qué es esto, madre? Que toda vengo sin huelgo, quando me dixeron que te havían visto venir depriessa, tú y mi prima, y que quedávades en Santa Clara.

CELESTINA.- A la fe, hija, los malhechores no es cosa nueva andar por yglesias. ¿Parécete que estoy bien librada, al cabo de mi vejez andar en tales passos?

AREÚSA.- ¡Ay, madre!, ¿qué ha sido esto?; que desde la calle del Arcediano vengo los chapines en las manos por venir más apriessa.

ELICIA.- ¿Y cómo, prima, y tú no lo sabes?

AREÚSA.- No sé más de cómo os vieron venir, como quien viene a ganar beneficio.

ELICIA.- ¡Ay, prima!, si tú huvieras visto en la escarapela que nos hemos visto, más con razón dixeras lo que dizes.

AREÚSA.- ¿Y qué escarapela?

CELESTINA.- ¡Qué dimonios de escarapela! Que no fue nada, hija, sino que una borracha vino a mi casa y no sé qué desonestidades me dixo, y quebréle una rueca en los cascos, y dixéronnos que dava quexa; y yo havía de venir aquí a rezar ciertas devociones y traxe conmigo a tu prima; que ni hay por qué estar aquí, y todo no fue nada.

ELICIA.- ¡A osadas, madre, que no fue nada! Por tu vida, prima, que sobre echalle los

todos en el suelo con la cavellera, los chapines le deshize chapinazos y las orejas le desé medio arrancadas; y dize mi tía que no fue nada.

CELESTINA.- Alaçé, hija, no fue nada, pues no dexó allí las narizes, y aun la vida, según lo que merescía.

AREÚSA.- ¿Y quién era la señora?

ELICIA.- Por cierto, vergüença es de dezillo por no ensusiar mi boca en nombralla, como ensuzié mis chapines en castigalla. Hi, hi, hi.

AREÚSA.- ¿Y de qué te rýes?

ELICIA.- De que no puedo dexar de reýrme, de ver la borracha cómo venía, con sus guedejitas a los lados y sus dos dedos de color mal puesta en las mexillas, que no parecía sino unas santas viejas mal envernizadas, y quando no me cato vila con su motila defuera y los cavellos rubios, sin tocas, por esse suelo, pisados de quantos allí andavan.

AREÚSA.- ¿Y quién era ella?

ELICIA.- ¿Quién diablos podía ser, sino aquella rameruela borracha de Palana?

CELESTINA.- ¡A osadas, no, enoramaças, rameruela! ¡Llámola yo rameraza, y más que rameraza!

AREÚSA.- ¿Quién, Palana, la cantonera de quatro maravedís, que bive a la cal nueva?

ELICIA.- Essa misma y no otra. Y aquí viene Centurio que la conocerá mejor.

AREÚSA.- ¡En el nombre del Padre y del Hijo y Espíritu Sancto! ¿Y dónde estava vuestro seso quando en tal puerca ensuziávades las manos? A tal borracha mandalla matar a palos a dos azemileros.

ELICIA.- ¡Ay, prima!; ¿y cómo dizes esso? Y aun, por Dios, paciencia nos puso ella para aguardar esso.

CENTURIO.- ¡O, despecho de la condición!, ¿y qué ha sido lo que ha passado? Que reniego de la leche que mamé, si no preciara más llegar a tiempo que quanto tengo, para cortar el gesto a aquella borracha vellaca de Palana.

ELICIA.- Y tú, señor, ¿has sabido lo que fue?

CENTURIO.- ¿Qué fue? Fue, que juro a la santa letanía, que no he dexado botica en todo el burdel que no he buscado aquella vellaca; y aun boto al santo martilajo, que este guante de malla me calcé para dalle dos pares de bofetones, por no ensuziar las manos en aquella puerca, que las tales no se han de castigar sino de pomo de espada o tanto del bofetón de guante, hasta hazella escopir la malla a bueltas de las muelas y dientes.

ELICIA.- ¿Dónde lo supiste, señor?

CENTURIO.- ¡Déxame, pesar de los moros, que estoy para me ahorcar! ¿Y tú, madre, havías de poner manos en tal borracha?

CELESTINA.- Hijo, por tu vida, que me hizo salir de seso; que bien veo que fue desatino, una muger como yo ponerme a castigar tal puerca.

CENTURIO.- ¿Burlando dizes desvarío? Ora sus, sus, no se hable más en esto, que ello se hará lo que se ha de hazer, para castigo de una y escarmiento de muchas tales vellacas, borrachas, puercas, suzias, estableras, como aquéllas y otras tales.

ELICIA.- Yo te certifico, señor, que ella queda bien castigada de mis manos.

CENTURIO.- Ora, que ello se hará lo que se ha de hazer; no se hable más en ello, que he aquí donde viene el señor Felides; acá deve de venir.

CELESTINA.- Deve de haver sabido lo que passa y, mal pecado, como yo fui muy querida de la señora Sevilla, viéneme a visitar y ver lo que he menester, que para esto son los buenos en el lugar. Mi señor Felides, bien dize el proverbio, échate a enfermar, y sabrás quién te quiere bien o quién te quiere mal; bien empleado es el servicio en tales personas donde las mercedes no tienen descuydo en todo tiempo.

FELIDES.- ¿Qué ha sido esto, madre?; que en saliendo de mi casa me dixerón no se

qué, y derecho he venido a ver lo que mandas.

CELESTINA.- Señor, no fue nada, ¿qué había de ser, sino cosas de mugeres? Mas, a osadas, hijo Pandulpho, que nos ha costado caro dos veces que en mi casa has entrado, que la fama que hemos sacado, en el dedo la ataremos.

PANDULPHO.- Señora, dissimularas tú con aquella puerca y dixérasmelo, que yo la castigara como ella merecía.

CELESTINA.- A osadas, mi amor, ¿cómo dizes tú, dissimularas?; y aun esse lugar nos dio ella para dissimular.

FELIDES.- Madre, no se hable, por Dios, más en esto; que, por Dios, parece poquedad muger tan honrrada como tú, que se diga que tiene diferencias con tal como Palana.

CELESTINA.- ¿Diferencias, señor? Bien librada estava yo, por tu vida, más olvidada la tengo ya que la primera camisa que vestí; yo la perdono, señor, por que ya sabes que nuestro Redentor nos manda que si nos dieren una bofetada que paremos el otro carrillo.

FELIDES.- Pues si sabías eso, madre, ¿por qué no tuviste paciencia, y no ponerte a aventurar tu honrra adonde ninguna se puede ganar con las tales?

CENTURIO.- Porque no tuvo sofrimiento; porque cree, señor, que no hay muger que tenga seso.

CELESTINA.- Ándate ay a dezir donaires, amigo; ¿no sabes tú que tras aquella hoja hay otra, donde dize el mismo Señor: dad y daros han?

CENTURIO.- Según yo he sabido no aguardaste tú a esso, porque primero diste y nunca recibiste.

CELESTINA.- Ay, hijo, entiende bien que dize pedid y datos han, y las palabras de aquella suzia pidieron para dalle lo que le dieron, y mucho más fuera su merecido.

FELIDES.- Ora basta, que ello está bien, bien dicho y mal entendido; que, a la verdad, tú, madre, toviste poca paciencia.

CELESTINA.- ¡O, señor, cómo hablas de talanquera! Querría yo que los que dizen esto que les tocassen en la honrra para ver el sofrimiento que tendrían; bien con razón dize Catón que defuera todos sabemos y a otros damos consejo, y para nosotros mismos no lo tenemos. Cree, señor, que del dito al fato, que hay gran rato, no hay ninguno que no dé consejo, y pocos veo recibillo en sus cosas propias; ¿no has tú oído que del loco al ayrao no hay diferencia?

FELIDES.- Y aun por esso dize David, madre, ayraos y no queráys pecar, porque los primeros movimientos de la yra no son en manos de los hombres mas la razón ha luego de señorear la inclinación natural de la vengança.

PANDULPHO.- ¡O, pese a la vida con tu seso y tu presunción, pues había de parar para predicar a Celestina y a Elicia y en la santidad de Centurio!

SIGERIL.- ¿Y el autoridad de la tela de oro en tal senado?. Maldito sea hombre que assí se quiere deshonnar a ssí y a los que venimos con él.

FELIDES.- Y la fortaleza en esso consiste, y por esto habían los hombres de procurar abituarse a refrenar sus inclinaciones, porque de la costumbre házese hábito y viene a convertirse en natural el tal hábito, pues quiere el philósopho que la costumbre sea otra naturaleza.

PANDULPHO.- Por cierto, esse ábito a lo menos que tú traes no te ha hecho con toda tu riqueza la naturaleza de tu desautoridad, y mejor se podrá por ti dezir que el hábito no haze al monje. Mira con quién habla en el philósopho; si alegaran algún dicho de Mollejón, el padre de las señoras del burdel, yo te certifico, hermano, que le entendieran mejor. ¡Hideputa, qué doctor, Centurio, para esas autoridades!

SIGERIL.- ¿Tú no vees que la señora Celestina sabe mucho de los efetos de natura? No tienes razón.

PANDULPHO.- Mejor dixeras de los defetos; mas también me parece que quiere aquí philosophar, como en la carta del otro día. Pues por Nuestra Dueña del Lantigua, que hoy a la fuente di a la moça otra carta mía en su nombre para Polandria, para ver si aprovechara más mi germanía que su philosophía.

SIGERIL.- Cata, ¿y estás burlando?

PANDULPHO.- ¿Que burlo? Voto a tal y por vida de Quincia que no burlo, sino que es assí.

SIGERIL.- Pues no digas nada a Felides, que se enojará, hasta ver cómo sale tu ardid.

PANDULPHO.- Assí se hará; yo te prometo que se saque otra fruta de mis razones que de sus philosophías.

CELESTINA.- Señor, yo te beso las manos por lo dicho. Y pues lo passado no tiene remedio, suplícode que pongas remedio en lo presente y en lo por venir, pues somos tuyas; y de camino no dexes de hablar al corrificador, ya me entiendes.

FELIDES.- Muy bien; y quede Dios contigo, que yo me voy a la justicia y te embiaré luego aviso de lo que passa; y si no se delibrare tan presto, lo qual yo no pienso sino que se hará, sabido el corregidor la verdad, no es razón que estés aquí, que yo buscaré casa honrrada donde podáis estar más a vuestra honrrada. Y quedad a Dios; y andad acá, moços.

CELESTINA.- Señor, Dios te guíe.

ELICIA.- Bendígalo Dios, que no parece sino un pino de oro.

AREÚSA.- ¿Burlando lo dizes, hermana? Por cierto, no pienso, que hay tan gentil hombre como él en el mundo. ¡Y qué crespas tiene! Por cierto, dél a Sant Miguel ángel no hay diferencia, sino que es frío. En mi alma, perlas parecían quantas palabras echava por aquella boca. ¡Maldita sea la muger que niega lo que le pide tal hombre! ¡Sino que el vestido es mocoso y poco galán!

CENTURIO.- Ta, ta, ta, señora, que tengo celos desto, ¿y cómo, yo no te parezco mejor?

CELESTINA.- Hijo, otras cosas tienen los hombres más que hermosura de que se contentan las mugeres, que de otra suerte, bueno sería si todas anduviessen tras los más hermosos.

AREÚSA.- Mi madre te ha respondido quanto hay en esto; quanto más que bien sabes tú, que quien feo ama, hermoso le parece.

CENTURIO.- ¡O, despecho de la condición!, ¿que yo feo soy?

ELICIA.- Anda señor Centurio, que, en fin, virtudes son las que vencen.

CENTURIO.- ¿Y por esso fundas tú que me quiere a mí tu prima?

AREÚSA.- Alaçé, más que no por tu hermosura, que, en fin, aunque te quiero mucho, no dexo de conoser que es más hermoso Felides que no tú; mas assí te quiero yo como a mi vida.

CENTURIO.- Tienes razón, que assí habrá diferencia de lo que yo haré por tu servicio a lo que hará Felides; si no, a las obras cree, la noche que me mandaste aquello, ya me tienes entendido.

AREÚSA.- ¡Ay, por Dios, no me digas tantas vezes esso!, pues que sabes que don çaherido que no es agradecido; no digan por ti que una vez que fuiste al baño, tienes que contar todo el año.

CENTURIO.- ¿No sabes tú, señora, que dezir y hazer que es para bueno? Pues si tú me tienes por tal, déxame dezir lo que quiero, porque no hay ninguno que sus hazañas las quiera meter debaxo de tierra, sino que sean públicas, con gloria suya y exemplo para los otros.

AREÚSA.- Sí, mas dexa tú a otras loar tus cosas, y no les quites tú con el loor de ti mismo la gloria que de otra boca dicha recibirán. Porque bien sabes que ninguno en sus

cosas propias es creydo, y pues con las palabras de tu alabança pones defeto en las obras que te pueden alabar, házlas tú y díganlas otros.

CENTURIO.- Señora, no da ya la envidia de los hombres esse lugar, para que yo dexe ya de dezir lo que otros sé que han de callar y adelgazar.

CELESTINA.- Hijo, bien te dize; que, en fin, la verdad quieren los sabios que sea hija del tiempo, y assí con él se sabe lo bueno y aun lo malo, y pues todos conocen tu valor, no hay para qué querello autorizar con palabras. Y callemos, que aquí viene un paje de Felides.

CANARÍN.- Señora, Felides, mi señor, dize que él ha estado con el corregidor, y que ello está como deve, y que tú te puedes yr y Elicia a tu casa sin ningún temor, y que huelgues y tomes plazer.

CELESTINA.- Hijo, mi amor, dezid a su merced que le besamos las manos, y que plega a Dios que nos biva él mil años, que no se espera menos de tal persona; y andad, mi amor, con Dios, que nosotras nos vamos luego.

CENTURIO.- Ora, yos vosotras, que yo quiero yr a ver si podré topar aquella borracha, para le arrancar las narizes en pago de la lengua, si no se la pudiere de presto cortar.

CELESTINA.- No, por mi vida, hijo; baste lo passado.

CENTURIO.- Déxame, madre; que aún lo que me deve a mí no está pagado.

CELESTINA.- Ora, sus, dile, por Dios, que no cure de tal cosa, no se borre lo bien hecho.

AREÚSA.- ¡A, Centurio!

CENTURIO.- ¿Qué mandas?

AREÚSA.- No hagas nada desso, que no quiere mi tía.

CENTURIO.- Mas mejor será sufrir que nos meen en los ojos.

CELESTINA.- Por mi vida, hijo, que no hables más en esto.

CENTURIO.- Ora, madre, pues assí quieres, ve con Dios, y si te quebraren otro día la cabeça échate a ti la culpa.

CELESTINA.- Assí lo quiero yo, y Dios vaya contigo.

CENTURIO.- ¡Bien tenían pensado las borrachas que había yo de hazer algo! ¡Mejor sueño les dé Dios que yo por ellas le perdiera esta noche, no me faltavan otros duelos! Mas ellas creydo lo llevan, qual sea su salud, assí yo lo hiziera. Yo querría, pardiós, antes topar a Pandulpho para reyr de la brega de su puta, y yrnos mano mano a un bodegón, donde beviésemos el alboroque y hablássemos algaravía, como aquel que bien la sabe, germanía, digo. Mas no puedo yr con él, yo quiero yr solo a gozar de haverme librado desta trama tan a mi honrra; y sobre mi alegría doblarse ha la parada, pues dizen que el vino alegra el corazón del hombre, para no haver envidida a Celestina, que bien creo yo que, esta noche, la vengança que no quiso que tomasse de Palana, que ella la tome del jarro, pues no le faltará gana.

Argumento de la XXIV Cena

PONCIA dize a POLANDRIA que venga a ver passar a FELIDES y a sus criados, y passando sobre ello donayres, QUINCIA dize que tiene la carta de PANDULPHO en nombre de FELIDES, y léenla y búrlanse de sus necedades; y POLANDRIA deshonrra a QUINCIA por traer la carta. Y entrodúzense:

PONCIA, POLANDRIA, FELIDES, SIGERIL, QUINCIA.

PONCIA.- Señora, señora, corre, corre presto, presto, mira cuán galán viene el señor de mi requebrado; ¡pardíós, bien vestido viene y como galán!

SIGERIL.- Señor, señor, mira, mira, ¿no vees?

FELIDES.- Y con lo mucho que vía, no vi cómo me perdía.

POLANDRIA.- No ha dicho mal, Poncia, ¿Oýste lo que dixo aquel galán?

PONCIA.- Señora, oýlo yo y sentístelo tú.

POLANDRIA.- ¡Toma, en mal punto, porque digas malicias! Por mi vida, que me pareció tan bien que no pude dexar de reýrme, y creo, noramala para ti, que pensó que me reýa con él.

PONCIA.- Sea para él, señora, y para mi enamorado, que pienso, pardíós, que de mí no la puede llevar buena. Mas mira qué hablar tienen, y, pardíós, que tornan.

FELIDES.- Tú, Sigeril, ¿no viste cómo se me reyó mi señora?

SIGERIL.- Pardíós, señor, pues la mía no la fue en çaga.

PONCIA.- Dentro vienen, por mi vida, ¿no vees, señora, qué reýr se traen? ¡Ay, mis almas! quanto que desta hecha todo queda por vosotros. Mira, señora Polandria, qué rya trae Quincia.

QUINCIA.- Pardíós, no me reyo yo desso.

PONCIA.- ¿Pues de qué te rýes?

QUINCIA.- Pardíós, rýome que de la misma manera del otro día me arrojó otra carta, y porque venía mucha gente la tomé.

POLANDRIA.- ¡Al diablo esta vellaca! Por mi vida, no estoy sino por te quebrar esos ojos, y vos los quebraré si más con cartas me venýs, burlando ni de veras.

QUINCIA.- ¿Pues querías tú, señora, que la dexasse allí, para que la leyessen todos?

POLANDRIA.- Sí, y no la tomárades vos. ¿Y qué es della?, dalla acá luego.

QUINCIA.- Hela aquí.

PONCIA.- Por cierto, heziste muy bien; y como no parezca que las tomas, muchas déssas nos vengán, que quanto más moros, más ganancia para reýr.

POLANDRIA.- Dala acá y rasgalla he.

PONCIA.- Pardíós, no rasgarás hasta que la veas.

POLANDRIA.- Déxame, Poncia.

PONCIA.- Pardíós, no te dexaré si no me prometes de no la rasgar hasta la leer.

POLANDRIA.- Ora, que sí prometo; y oye, que dize assí: «Señora de mis entrañas y amores de mi alma».

PONCIA.- ¡Oxte mi asno!

POLANDRIA.- Ora, yo me maravillo de tan gran necesidad, oye: «Aý te embío mi corazón pintado en essa carta, atravessado, como la verás, con essas saetas, que tal me tienes tú a mí el mío, mi alma».

POLANDRIA.- Quincia, ¿esto bien lo entiendes tú?

QUINCIA.- Por Dios, señora, y aun me parecen otras razones que las retólicas del otro día.

POLANDRIA.-

Ora, pues, óyelas, que para ti son: «Y señora mía, tú eres la que mis entrañas puedes sanallas, y pues tu beldad me hirió, sáneme tu piedad. ¡Ay, corazón, que me muero!, ¡ay, entrañas, que me fino!, ¡ay, mi alma, que me matas!, como lo dize essa copla:

Eres tan hecha de flores

y de perlas y açuceñas,

que me ponen mil dolores,

que me ponen más temores

que me han de matar tus penas.

Linda dama en perfección,

sabida entre las discretas,

ves ay mi corazón

como está tan sin razón,

passado con tres saetas.»

Mal año para ti, doña puerca, que esta carta sea para mí, que sus razones dan la razón de las razones que tú entiendes en la lengua de Pandulpho, o de otros tales moços despuelas como él. Que la razón de mis pensamientos bastava a ponella en la lengua,

aunque faltara en el saber.

PONCIA.- Quieres dezir, señora, que tal para tal y Pedro para Juan.

POLANDRIA.- Mira que haré, Felides loco es y majadero en tener tales pensamientos, si los tiene, digo, mas si él la escribió, ni escribiera tales necedades, que me maten, porque el instinto de su linage y casta supliera lo que la razón para escribir faltara; sino que aquel Pandulpho, o otro tal, dio a esta vellaca esta carta, y para tener forma de la ver dixo que era del otro cuytado. ¡Y aun cierto, las razones de la del otro día y las desta todas se quieren parecer!

PONCIA.- Señora, según esso no te parecieron mal.

POLANDRIA.- ¿Por qué me havían de parecer mal si ellas eran buenas? Parésceme mal la locura de su dueño, mas las razones no dexan de ser buenas, quanto éstas son nescias. Y tómalas allá y rásgala, que aun essa honrra no quiero yo que reciban de mis manos tales necedades. Y anda, súbete allá y no me vengas más con essas embaxadas, y cierra essa puerta y vete. Ora ¿passas, Poncia, por tales badajadas? Cree, como crees en Dios, que aquella carta es para aquella rapaza, y ella tuvo buena manera para vella.

PONCIA.- Sin duda no es otra cosa.

POLANDRIA.- ¿Quiéreslo ver? Pues si miras en esto, no tenía más que ver la letra desta con la del otro día que yo con el rey.

PONCIA.- Pardiós señora, que es verdad, que esta parecía de rapaz aprendiz, y la otra de galán y muy sueltamente escrita; mas es el mayor donayre del mundo.

POLANDRIA.- ¿Ora, has visto cómo quiso sacar las castañas del fuego con la mano del gato la señora Quinçuela? ¿Si hallava otro sacristán o monazillo para leella más a mano que a mí? ¿Passas por tal cosa?

PONCIA.- Passo porque no se te passa cosa por alto.

POLANDRIA.- A lo menos las razones desta carta no pasaran por alto.

PONCIA.- Pardiós, señora, que traen escripto en la frente el moço despuelas. ¡Mas qué plazer sería para Felides si supiesse que tales razones te havían dado en su nombre!

POLANDRIA.- Antes era mejor para él, para darme a entender que a mi causa havía perdido todo el saber y seso, según que con tal testimonio se probava, haviéndola él escrito. Mas dexemos las burlas y tomemos las veras, y debaxo de todo secreto, y en confission, tomarás la que te dixere.

PANDULPHO.- Señora, con tal confiança puedes darme tu corazón, y yo recebbillo con la condición con que lo das, puesto que los sabios niegan esto del secreto, porque dizen que cómo piensa ninguno que otro le guarde el secreto que él a sí mismo no pudo guardar.

POLANDRIA.- Yo estoy en esso al contrario, porque nunca fió ninguno de otro gran secreto sino de una de dos maneras, o debaxo de ley de amistad, o compassión, la qual no le da sufrimiento a podella encobrir. Si por la primera manera el amigo, como tal, descubre su secreto al amigo, créeme que no menos está obligada la verdadera amistad a no encobrir secreto al que toma por amigo con verdadera amistad, que a encubrirlo el que lo recibe con tal ley de amigo; porque no es justo que el amigo encubra cosa a su amigo, ni por la misma razón descubra el amigo lo que se le dixo, no como a persona apartada, mas como a uno, como han de ser los verdaderos amigos una cosa. Pues lo que se descubre con passión, como dixe, la misma razón la da para guardar el secreto; porque el que lo rescibe, la passión que tuvo el que se la dixo para descubrirle su secreto se buelve al que lo rescibe en razón para no lo descubrir. Assí que no tuvieron razón, a mi ver, los que dixeron que cómo quiere ninguno que otro le guarde el secreto

que él a ssí no supo guardar secreto, por las razones dichas; como yo por ambas, assí de la amistad que me tienes y te tengo, como de la passión que para descubrírtelo me fuerça a te dezir lo que agora sabrás; y es que de la gloria que se gana en forçar con la razón lo que quiere el natural desseo, no quiero que falte testigo de mi vitoria, para con acrescentarse con saberlo tú, se esfuerçe más la razón de resistir al desseo. Porque créeme, Poncia, que pocos habría que con esfuerço aventurassen las vidas, si pensassen que solos ellos havían de ser testigos de la gloria de sus hazañas; mas por la estimación que acerca de la gloria de osar ganan acerca de los otros, o de la mala estimación de no servir con la vida a la fortaleza de osar, por razón de temer, se disponen al sacrificio de las vidas por las honrras. Porque yo te certifico que si esto assí no fuesse, que no aguardara Lucrecia a sellar su castidad con el cuchillo delante los deudos, pudiendo sacrificarse tanto antes, después de la fuerça del Superbo Tarquino, y por esto quiso lo mortal posponer a lo immortal, assí acerca de los hombres en la fama, como acerca de Dios para gozar de su gloria. Y porque yo no la pierda en ambas partes, ya que con Dios tengo cumplido, como quien sabe y conosce los coraçones, quiero cumplir con los hombres diziéndote a ti lo que siento, para que mi muerte quede en testimonio de mi limpieza, y tú publiques este secreto para testimonio de mi fama. Y para esto, sabrás que ni la hermosura y gracias de Felides tienen perdida su fuerça natural en mí, ni mi conocimiento ni la obligación de mi limpieza tiene perdidas las fuerças de su obligación, para resistirme a mí de mí. Créeme, Poncia, que ni el fuego de la sinrazón de amor dexa de abrasar mis entrañas, ni el mayor de sacrificarme a la honrra de encender en el alma con mayores llamas mi coraçón. Mira con cuánta fuerça se haze aquélla con que mi limpieza resiste al deseo de podella ofender; llora mi pena y gózate con mi gloria; espántete mi dolor, admírete el resistillo; maravílete cómo amo a Felides y más cómo me desamo por resistir el amor; mira cómo el cuerpo sacrifico al desseo, mas el alma a la fama de mi honestidad y limpieza. Mi mal has oýdo, tu consejo espero, no en lisonjas, pues ni de tu parte se me deven ni de la mía se sufren; dime tu parecer en lo que devo, no conforme al mío en lo que dessea, mas en lo que aborrezco a mí por desseallo, para menos lo hazer.

PONCIA.- Señora, yo te beso las manos por la confiança que de mí hazes, y pésame de lo que dizes, no tanto por lo que siento por la razón de lo que devo sentir, lo que tú tanto dizes que sientes tu dolor, como por la licencia que para dezillo has tomado. Porque cree, señora, que más quisiera que la vergüença de dezir tu mal te hiziera a ti sola testigo de la gloria de resistillo, que no que para estender tu fama tomaras licencia de me lo dezir, porque alargando la licencia de descubrirlo se va encogendo la vergüença de resistillo; porque no hay cosa que más conserve la vergüença de las mugeres que el hábito de no descubrir sus flaquezas, para que con él se haga otra naturaleza en la honestidad, porque con descubrirse muchas vezes las inclinaciones naturales no pierdan el velo de la vergüença, que es el principal muro en las mugeres para resistir la furiosa artillería de los fuegos y secretos del amor. Y por tanto, mi consejo es que, con autos virtuosos exercitando el tiempo, hagas al tiempo que olvide lo que sin tiempo desseó. Este es mi consejo; y mi consuelo es que, junto con el trabajo de resistir tu voluntad, no pierdas de la memoria la gloria que sale de resistilla, y para mejor resistir el amor toma otro amor.

POLANDRIA.- ¿Y qué amor?

PONCIA.- El amor de Dios y de tu honrra, y podrás meter honrra y provecho en un saco.

POLANDRIA.- Yo te agradezco, Poncia, tu buen consejo. Y bien parece que la natural virtud te mostró por instinto lo que la edad por razón te niega; y bien parece, a osadas, que lo que la naturaleza da ninguno lo puede negar, pues tu virtud natural te

haze dezir lo que nunca oýste ni aprendiste en los estudios de Atenas.

PONCIA.- Señora, no hay mejor estudio, si los hombres fuessen o quisiessen ser sabios, que lo que la razón a cada uno dize para guardar su virtud, porque créeme, señora, que como la ley natural te amuessa naturalmente que es mal hazer con los otros lo que no queremos que ellos hiziessen con nosotros, la misma razón, si queremos mirar, nos dize que no hagamos ni consintamos en nosotros lo que a otros reprendemos por vicio o falta de virtud. Créeme, señora, que de todo nos puso Dios dechado en todo lo que vemos fuera de nosotros mismos, porque de allí sacásemos las labores de virtud que en nosotros mismos encubre el amor propio y falta de conoscimiento con nuestra pasión propia, que nos ciega para ver en nosotros mismos lo que no dexamos de ver en los otros. ¿Quieres ver la razón desto que nos niega vernos? Pues la espiriencia nos lo muestra por espiriencia, como si pones una cosa junta a la vista, no la verás como algo apartada, y la razón es porque hay necesidad de medio para verse, y como éste le falta, pierde la vista el principio para ver el fin, porque le falta la proporción del medio. ¿Pues qué cosa más cerca de nosotros que nosotros mismos? Y como falta el medio que nos ha de proporcionar la vista para vernos, que es claridad sin pasión, con su contrario la ceguedad de amor propio y pasión de nuestras cosas, nos falta perfición del fin que para nos ver es menester. Assí que, señora, mira tú lo que te parece mal en otras tales como tú, sin el medio de la poca pasión que en las cosas ajenas tienes para ver sus defetos y conocer sus virtudes, que aquello temo que será lo que testorva que no puedes ver en ti misma, y saca de tales dechados las labores para no errar el punto real de tu vertud y limpieza.

POLANDRIA.- Tú me has dicho tanto que no pensé que tu edad pudiera hallar tanta labor de lo que dizes. Y pues te he començado a dezir este hecho, quiero que sepas un misterio, y es que aquella buena muger, Celestina, me dixo el otro día todo mi coraçón y el secreto del de Felides.

PONCIA.- ¡O, mala muger averiguada, reclamo de codorniz, añagaza aforrada de corcho! No de balde sospechava yo de sus secretos sin mí.

POLANDRIA.- No juzgues mal hasta oýr, que por esso dizen que es mal juzgar sin oýr las partes, que antes me dio consejo que me guardasse dél.

PONCIA.- ¡O, mala muger! Con esse oro te quiso confitar el azíbar de las pildoras que te dava, con esse açúcar encobrir el rejalgar, y tras essas matas verdes encobrir la celada. Bien con razón dize David que nos guarde Dios de los labios ynicos y de la lengua engañosa; créeme, señora, que no de balde dize Séneca que estonces es la muger buena, quando claramente es mala, pues con saber su maldad no puede empeçer lo que aquesta buena muger de Celestina pue dañar con su yproquesía. Bien con razón dize de los ypócritas nuestro Redentor que con oraciones deshazen las casas de las viudas, como aquella vieja con sus palabras quería deshonnar la casa de mi señora. Suplícote, señora, que en tales mares nunca navegues sin la sonda en la mano, sin calar las palabras y la hondura dellas, digo; que no hay piélagos más hondo que el coraçón del hombre, ni máscara más desfraçada que la lengua del lisonjero o del que quiere engañar, porque los tales con la lombriz encubren el ançuelo, engañando el gusto hasta que tiran por el sedal y sacan la presa. ¡O, quán bueno ha sido, señora, darme parte desto!, porque tu sabiduría, con la bondad, pierde la sospecha que en los tales tiempos se deve tener. Guárdate de su lengua; que yo le conocí, que mal año para los oradores romanos, que más fuerça tengan en orar que esta vieja tiene.

POLANDRIA.- ¿Y qué puede ella dezir, estando yo avisada, para que me mueva?

PONCIA.- ¿Qué, señora? Lo que pudo la lengua de Tulio para deshazer la sentencia pronunciada por César y todo el Senado contra el rey de Egito, quando se le embió a encomendar. Que no hay piedra imán, señora, que más trayga assí el azero que la lengua

dulce al corazón que tiene ya blando, por eso no te engañes.

POLANDRIA.- Pues si supieses lo que me dixo quando me tornó a hablar delante de mi señora, más razón tendrías.

PONCIA.- ¿Y qué te dixo?

POLANDRIA.- Que tenía escrúpulo de consciencia por lo que me havía dicho, no fuesse causa de su muerte de Felides, y por tanto que le diesse algún favor porque no muriesse o enloqueciesse, pues que bienaventurados son los misericordiosos.

PONCIA.- ¡O, mala hembra, y con el gusano Christo y sus palabras te encubría el anzuelo! ¿Y qué más claramente quieres tú, señora, ver lo que te digo? Por cierto, el homicidio ella lo hazía, pues quería matarte con matar tu honrra. Aquí, señora, no haya más, sino que te guardes della como del diablo, y a lo menos, cosa no te diga que no me la digas, para ser como dizen, a un traydor, dos alevosos.

POLANDRIA.- Ora yo estoy espantada de tu saber, que nunca tal pensé, y déxame el cargo de aquí adelante. Y con esto nos vamos para mi señora, que ha mucho que estamos acá.

Argumento de la XXV Cena

CELESTINA se va de casa y dize a ELICIA que vaya a ver a su prima AREÚSA, y ella va, y después que han hablado conciertan de saber si es verdad que CENTURIO mató a Calisto, para dexalle por el despensero GRAJALES; y vienen SOSIA y TRISTÁN, criados de Calisto; y sabido el caso, con cautela los despiden. Y introdúzense:

CELESTINA, ELICIA, AREÚSA, SOSIA, TRISTÁN.

CELESTINA.- Hija Elicia, yo voy entender en cierto negocio, tú te cubre tu manto y ve a visitar a tu prima Areúsa, que es razón.

ELICIA.- Por vida mía, tía señora, que de la boca me lo quitaste; y yo voy, y queda con Dios, y dexa la llave a las vezinas porque si por ventura viniere yo primero que tú. Ta ta ta.

AREÚSA.- ¿Quién está ay?

ELICIA.- Abre prima, que yo soy.

AREÚSA.- Y los buenos años vengan contigo, que de cosa más no pudiere holgar. ¡Ay, prima mía, abraçarte quiero; bendígate Dios, qué frezca y qué hermosa vienes!

ELICIA.- ¡A la nora negra!, ¿estás burlando? ¡Si no estuvieses tú más hermosa!, que, en mi alma, no es sino locura mirar tu gesto según la frescura tienes en él.

AREÚSA.- ¡Ay prima, y que gorgera, y cómo te está a los pechos! ¡Rabia, y qué manto tan bien guarnecido traes! Toda vienes a punto. ¿Hate dado Crito esse manto?

ELICIA.- ¿Está acá alguien?

AREÚSA.- No, por tu vida, que aun agora se fue de aquí el despensero del arcediano que te dixe este otro día, que lo que me da no lo puedes creer.

ELICIA.- ¿Y Centurio siente algo?

AREÚSA.- ¡Ay, prima, no!; que, por tu vida, tamañita he estado con miedo que no viniesse y no lo hallasse acá; ya teníamos acordado, si veniesse, de dezir que para que hiziesse ciertas camisas a su amo havía venido aquí. Mas tornando a nuestra razón, ¿dónde hoviste el manto?

ELICIA.- Pardiós, prima, a mi tía lo dio aquel cavallero que llaman Felides.

AREÚSA.- ¿Tenemos ya otro Calisto?

ELICIA.- Y aun, según entra bravo, pienso que no sacaré mi tía desta cura menos provecho, y a menos costa, porque lleva ya otro camino y aviso de no meter criados en el trato, para no lo perder junto con el caudal, como nos acaeció en los negros amores de Calisto y Melibea, que bien negros fueron ellos para mí; que así yo goze, que la amistad que tomé con aquel malogrado de Sempronio no lo puedes creer, que no tengo vez conversación con hombre que no me caya una tristeza en acordarme de aquel malogrado, que no parece sino que el alma de las carnes se me quiere arrancar.

AREÚSA.- ¡Ay, prima, no llores! Que así goze yo, que así me acaece a mí con Pármeno, que era el malogrado para conmigo como un ángel. Que entrase él en esta casa, y si por ventura otro hallase conmigo, todo lo que le decía así lo crehía como evangelio; que, por Dios, delante los ojos que le hiziera mil mañas y embustes, y le hiziera entender del cielo cebolla. En Dios y en mi ánima, prima, que por olvidalle tomo pependencias nuevas, por ver si podré hallar alguno que me quite su desseo; y por Dios, harto hombre de bien es este despensero del arcediano, que maldita sea yo de Dios si cosa le pido que no me lo da.

ELICIA.- ¡Ay, prima, depárame otro tal!, que aquel desaventurado de Crito ni de provecho ni de passatiempo, no me entra de la boca adentro; que así goze yo, que a cabo de un mes que me vee no ha entrado quando es salido, y a medio rostro me habla. Mas mal año para él que yo tal sufra.

AREÚSA.- Toma tú, prima, otro, con que pierdas essas ansias.

ELICIA.- Por Dios, prima, de puro consejo, para contigo, he tomado pendencia con un paje del Infante, que no es sino como un serafín y, en verdad, harto contentamiento tengo yo dél; mas, mi fe, no alcança moneda, que aunque dé tres saltos no se le caerá una blanca.

AREÚSA.- Ay, prima, ¿y quién es esse paje?, ¿y más si es Albacín, un mancebo rubio y alto, desbarbado?

ELICIA.- Por tu vida, no es otro.

AREÚSA.- ¡Rabia, prima, y qué mochacho gozas!, envidia te tengo.

ELICIA.- Sí, prima, mas él tiene poco y yo menos, y no nos podremos mucho tiempo sostener.

AREÚSA.- Pela tú a Crito para tender penca con essotro.

ELICIA.- ¡Pelaré al diablo! por Dios, más es sacalle un maravedí, que si saliesse por alquitara, tan coadolado.

AREÚSA.- Ay, prima, dexando una razón por otra, por mi vida, que me parece que tienes esos pechos algo hinchados, y aun la barriga no está muy floxa; y mal pecado, mas ¿si estás preñada desse mancebo?

ELICIA.- En ora negra, prima, dizes esso, que, en mi ánima, no me ha faltado vez la camisa, mira cómo puede ser. Mas, por mi vida, que me lo pareces tú a mí más.

AREÚSA.- Pues, por tu vida, dexando las burlas, que pienso que dizes verdad, porque así goze yo, que ocho días ha que no se me detiene cosa en el estómago, y más ha de cinco que me falta.

ELICIA.- No sea, mal pecado, con los nuevos amores del despensero del arcediano. Mas el bien es que cae en buen lugar para criar el hijo y regalar la madre; ¿y también puede ser que tenga, mal pecado, Centurio parte en el hijo?

AREÚSA.- En mi ánima, que mal puedo yo saber de cuál dellos sea.

ELICIA.- Quando tú no lo sabes, menos lo podrían ellos averiguar; mas, en fin, del más rico ha de ser el nombre, y el hecho averígüelo Dios.

AREÚSA.- Yo, prima, más creo que se del despensero que del otro desuellacaras, gesto del diablo, que sólo por lo que hizo por mí lo sufro, que ya lo habría dado al diablo.

ELICIA.- Pues si algo hizo, bien lo sabe çaherir.

AREÚSA.- Ora, ¿viste qué de vezes lo trae a la memoria? Y mala muerte me tome si pienso que hizo nada, sino que Calisto cayó, que éste es un panfarrón. Y en mi ánima, si puedo ver aquí al babusán de rascamules de Sosia, que cada día passa por aquí echando el ojo al tocino, que le tengo de traer la mano sobre el cerro como la otra vez, para hazelle dezir lo suyo y lo ageno, para que no bivamos engañadas con este panfarrón baledrón de Centurio.

ELICIA.- Y más ¿si es aquél que viene por allí?

AREÚSA.- No es otro, por mi vida; y el quel viene con él, veamos, ¿conóscelo tú?

ELICIA.- Sí conozco, que con el malogrado de Sempronio venía muchas vezes; un paje es de Calisto que llaman Tristán, bien avisado para tan niño.

AREÚSA.- Pues yo lo llamaré, y tú tenme en palabras al paje en quanto lo confieso.

SOSIA.- ¡O, señora!, bésote las manos.

AREÚSA.- ¡O, mi Sosia, sube acá!, que ya con estos lutos nos tienes, mal pecado, olvidadas.

SOSIA.- Primero me olvidará a mí el mundo que yo, señora, te olvide. Tristán, hermano, ¿quieres que subamos un poco, para ver qué mandan estas señoras?

TRISTÁN.- Subamos si tú quieres.

SOSIA.- ¿Parécete, hermano, si es señal ésta de lo que yo te dezía la noche que murió nuestro amo, que haya gloria? Tú desembúelvete con la otra, su prima, y no digan por ti que el moço vergonçoso que el diablo le traxo a palacio; ¿ya me tienes entendido?

TRISTÁN.- No sé qué pueda entender, entendiendo en lo poco que éstas pueden contigo y conmigo medrar, lo qual no pienso que dexan ellas mejor de entender, para no querer entender en lo que tú entiendes.

SOSIA.- Guárdete Dios, hermano, de querer bien una muger, que no hay interés a que mire.

TRISTÁN.- Eso por tu gentileza debes de sacallo, que como eres un Narciso no me maravillo. Ora sus, subamos, que no es tiempo de tanta tardança, que éstas son matreras y sospecharán alguna ruindad.

AREÚSA.- ¿No subes, amor?

SOSIA.- Señora, ya subimos.

AREÚSA.- ¿Quién es este gentil hombre que viene contigo? De una casa devés de ser, que la conformidad del vestido y vuestra tristeza lo dize.

SOSIA.- Señora, assí es como dizes, que criado de Calisto, mi señor que haya gloria, es.

AREÚSA.- Sí havrá, que tal fama dexó él de su virtud en esta vida. ¿Y cómo es su gracia?

TRISTÁN.- Señora, Tristán, a tu servicio.

AREÚSA.- Ay, señor Tristán, cuánto huelgo de conocerte, por las nuevas que de ti tengo, de lo que aquel malogrado de Pármemo me dezía de tu virtud y el amistad que con él tenías; que, por cierto, assí todos los de aquella casa tengo yo puestos en las entrañas, y a ti más, porque quien quiere bien a Beltrán, ya me entiendes. Y viéndote, y acordándome de la amistad que con aquel malogrado tuviste, no puedo dexar de llorar, y más acordándome de un ángel morir muerte tan desastrada, que aun el desventurado no tuvo lugar de se confessar; plega a Dios de haver piedad de su alma, que en harto tiempo de peligro, según se edad, fue el desdichado.

TRISTÁN.- Señora, no llores lo que no se puede cobrar, que todos perdimos harto, mal pecado, y quedamos huérfanos de señor y de padre, que no menos perdimos en Calisto.

AREÚSA.- ¿Y a dónde quedastes?

TRISTÁN.- Señora, hasta agora ayé hemos estado, de aquí adelante buscaremos dónde servir de nuevo.

AREÚSA.- Plega a Dios, señor Tristán, de te lo deparar como tú lo mereces, y si en tanto de esta casa te cumple algo, por cierto, que no menos que el malogrado de Pármemo lo hallarás.

ELICIA.- Prima, déxame gozar de Tristán, que aun yo no le devo menos por el desdichado de Sempronio; y señor Tristán, suplicote que te vengas para mí, que te quiero conocer y hablar.

TRISTÁN.- Señora Areúsa, yo te tengo en merced tu ofrescimiento, y quedo obligado a lo servir; y quiero ver qué me quiere esta señora.

AREÚSA.- Llégate acá, amigo Sosia, a esta ventana, que también yo tengo que hablar contigo.

SOSIA.- ¿Qué es lo que me mandas, señora?

AREÚSA.- Sosia, amigo, ¿cómo te has tanto olvidado de me visitar? Pues, por cierto, que aunque lexos de mí, que no lo has estado del corazón.

SOSIA.- Señora, no estás engañada.

AREÚSA.- No sé si lo estoy, mas mucho te has olvidado. ¿Qué ha sido la causa?

SOSIA.- Señora, con la muerte de Calisto, y procurando sacar mi soldada no me he vagado a rascar los oídos; que Dios sabe que después que te vi no te has apartado de mi memoria.

AREÚSA.- Harto, por cierto, es suficiente la excusa. Mas en verdad, que yo he sentido tu pena y la muerte de aquel cavallero en el ánima. Mas di, mi amor, Sosia, ¿hallásete tú con él al tiempo de su muerte?

SOSIA.- Señora, halléme, que pluguiera a Dios que no me tuviera hallado, según la lástima que de tan gran desastre nos vino.

AREÚSA.- ¿Cómo, mi amor?

SOSIA.- ¿Qué quieres tú más, señora, sino que con estas manos pecadoras alcó Sosia los sesos del malogrado de Calisto de entre unos cantos?

AREÚSA.- Ora, por tu vida, que me cuentes cómo passó, que nunca me lo han sabido dezir, y no hay cosa que más dessee que saber la verdad de cómo passó.

SOSIA.- Señora, para el mundo que nos sostiene y le sostiene, que yo te diga la verdad.

AREÚSA.- Dentro lo tenga ya.

SOSIA.- ¿Qué dizes, señora?

AREÚSA.- Que ya que estás dentro en mi casa, que pardiós, que de aquí no saldrás hasta que me lo cuentes.

SOSIA.- Señora mía, el caso es que Tristán, que presente está, y yo, con nuestras armas fuimos con Calisto, y estando con Melibea dentro de su huerta, que ya bien se puede dezir, que más público es que me llaman a mi Sosia, ciertos rufianes diéronnos un ropiquete de broquel a Tristán y a mí y huyéronnos; y oyendo el ruydo nuestro amo, como era un Hétor, por salir apriessa, pensando que teníamos peligro, cayó el desventurado de cabeça y no dixo más aquí estoy.

AREÚSA.- Ora, mira cómo se levantan ellas, que nos havían dicho que lo havían muerto ciertos hombres que os acometieron.

SOSIA.- ¿Que nos acometieron y lo mataron?

AREÚSA.- Sí, por tu vida.

SOSIA.- ¡O, Santo Dios, qué mentirosos! Ora cree que no hay verdad en el mundo. Por tu vida, señora, que es la cosa que más quiero, no llegó más hombre a Calisto, ni a mí y a Tristán, que tú llegas ahora. Mira, señora, ¿tú llegas a Calisto agora?

AREÚSA.- No, por cierto.

SOSIA.- Pues assí llegaron a Calisto y a nosotros. Y aun, por tu vida, que conosci mejor que a mí los que dieron el repiquete del broquel, aunque hasta agora a mí nunca por la boca me ha salido ni me saldrá, porque no se gana nada en ello y podríanles demandar la muerte de Calisto.

AREÚSA.- ¿Que los conociste, por mi vida?

SOSIA.- Y aun por la mía, como conosco agora a Areúsa.

AREÚSA.- Pues tú no me conoces bien.

SOSIA.- ¿Que dizes, señora, que no los conocí?

AREÚSA.- Digo que fue maravilla conocellos.

SOSIA.- Según ellos tomavan las viñas, dizes verdad.

AREÚSA.- ¿Que huyeron, dizes?

SOSIA.- ¿Cómo si huyeron?, como que los vi yo huyr.

AREÚSA.- Por mi vida, mi amor, que para ver si es verdad que eran los que a mí me dixieron, que me digas quién eran. Y haze cuenta que lo echas en un pozo, que no me saldrá por la boca.

SOSIA.- Di tú, señora, quién te dixieron que eran y yo te lo diré a ti, y no para que otro lo sepa, si es verdad o no.

AREÚSA.- Pues mira que te lo digo en secreto, porque, noramaças, mira el peligro que en ello puede haber.

SOSIA.- Di, señora, que al cabo estó.

AREÚSA.- Pues ¿tú conoces a Centurio?

SOSIA.- ¿Qué Centurio?, ¿el rufianazo de los dos reverses por las quixadas?

AREÚSA.- Esse mismo.

SOSIA.- ¿Pues qué?, ¿dixéronte que se halló en ello?

AREÚSA.- Pues no lo ha de saber nadie.

SOSIA.- ¡O, señora!, ¿ya no te dixes que perdiesses cuydado?

AREÚSA.- Pues, por tu vida, que me dixieron que él había muerto a Calisto.

SOSIA.- ¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Spíritu Santo, con tal mentira! Yo te juro al cuerpo sancho de Sant Vicente de Ávila no se halló más allí Centurio que tú te hallaste. ¡Y aun persona era Calisto para morir a manos de Centurio!

AREÚSA.- ¿Qué no se halló allí?

SOSIA.- Como que no se halló. Tú, señora, ¿quieres saber la verdad?

AREÚSA.- No querría otra cosa, para desmentir a quien me lo dixo.

SOSIA.- Pues, por vida tuya, señora, para que veas la mentira, que eran los del repiquete Traso el Coxo y Tripa en Braço y Montón de Oro, y que los conosci todos tres como te conozco a ti.

AREÚSA.- ¿Que no eran más dessos tres?

SOSIA.- Tres eran y no más, para las tres oras de Dios. ¿Santiguaste, señora?, pues yo te digo la verdad, y no se hallará otra cosa; ¿quiéreslo ver más claro?, pues oye; señor Tristán, por vida de tu padre, y assí Dios te dé lo que tú deseas, aquí entre nosotros, ¿quiénes eran los del repiquete, quando Calisto cayó por decendir?

TRISTÁN.- ¿Para qué es agora esse cuento, Sosia?

SOSIA.- Por mi vida y dessa señora que está contigo, que lo digas.

TRISTÁN.- Jura es éssa que no quebraré yo. Por Dios, señoras, Traso el Coxo, y Montón de Oro y Tripa en Braço, y yo he rogado a Sosia que dixesse que no los havíamos conocido, porque ellos no pensaron que hazían lo que sucedió, y pudieran peligrar.

SOSIA.- Mira, por tu vida, ¡diz que Centurio había muerto a Calisto! Yo, señora, te digo la verdad, y no hallarás otra cosa de aquí a mil años.

AREÚSA.- Ora, yo te lo agradezco, mi amor; y otro día que vengas solo ven acá, que

quiero hablar contigo; ¿ya me entiendes?

SOSIA.- Señora, bésote las manos, que sí entiendo.

AREÚSA.- Y desvíate allá y siéntate, porque si alguien viniere no tome sospecha, no avisemos a quien duerme, en quanto mi prima acaba de hablar con Tristán.

SOSIA.- Assí lo haré, y en todo me paresces sabia.

TRISTÁN.- Señora Elicia, ya que tengo conocida tu persona, suplicote que te sirvas de mí, que por cierto, que no voy con tanta libertad quanta truxe quando aquí vine; y pues me heziste el bien de te conocer, no me hagas el mal de no conoscer el desseo que de servirte tengo, que de mí y de quanto tengo puedes disponer a tu voluntad.

ELICIA.- Señor Tristán, yo soy la que he ganado en conocerte, y allá en mi casa te quiero responder a esso, y tenme por tu servidora. Y pues mi prima ha ya acabado, quédese lo demás de nuestras hablas para quando digo.

TRISTÁN.- Señora, sea assí, que yo no me olvidaré de recibir essa merced. Sosia, hermano, hora es de nos yr.

SOSIA.- Quando, Tristán, mandares.

TRISTÁN.- Aquí no hay más, sino que yo, señoras, quedo con la obligación que el conocimiento que tuve con Sempronio y Pármeno me obliga, y como a uno dellos me pueden mandar.

AREÚSA.- Assí, señor Tristán, puedes tú disponer desta casa; y Dios vaya contigo.

TRISTÁN.- Y con vosotras, señoras, quede.

AREÚSA.- Hermana, por tu vida, que precio más haver cogido hoy acá aquel pelón que a una saya de grana, para salir de aquel rufianazo, vellaco, panfarrón, que tan gran mentira nos dixo, y cada día nos çahería la muerte de Calisto. ¡Vaya para vellaco, que no me entrará más de los dientes adentro en su casa!

ELICIA.- ¡O, prima, cuán avisado mochacho es aquel Tristán! Y burla burlando, por mi vida, que me requirió de amores, y aunque yo le vi tan desembuelto, que si solos estuviéramos, que pienso que pudieran dezir por él que dezir y hazer es para buenos.

AREÚSA.- Y, pues, ¿en qué paró la plática?, que poca carne y mucha pluma me parece que puedes allí hallar, poco dinero y buena parola, digo.

ELICIA.- Ya te tengo entendida, y dessa parte no lo tengo en lo que huello con mi chapín; y antes disimulé con él, echándole todos sus ofrecimientos a la amistad de Sempronio.

AREÚSA.- Pues este otro jesto de cucharón, rascamulas, bien dentro en la gorroneira queda, para que viniese acá estando sola, para dalle con la puerta en los ojos. Y con esto, pues es tarde, vete, y passaremos hasta otro día tan bueno como éste.

ELICIA.- Assí plega a Dios, y Él quede contigo.

AREÚSA.- Y contigo, prima, vaya.

Argumento de la XXVI Cena

POLANDRIA dize a PONCIA que se vayan al jardín, y PONCIA allále aconseja sobre su honestidad lo que deve de hazer, y cómo se deve mostrar çahareña si CELESTINA viniere y procurar casarse con FELIDES; y en esto llega QUINCIA a dezir que viene CELESTINA, y, entrada, después de algunas burlas habla a POLANDRIA, y ella la deshonrra; y llega PONCIA y ataja la renzilla, y después de atajada conciertan que trate de casamiento, y vase. Y introdúzense:

POLANDRIA, PONCIA, QUINCIA, CELESTINA.

POLANDRIA.- Poncia, en tanto que mi señora está en missa, acá, vamos al jardín., Y mira tú, Quincia, si alguna persona viniere vénoslo a dezir.

PONCIA.- Señora, después que me descubriste tu corazón he mucho pensado en tu remedio, y como ya he oído muchas vezes que este mal no sufre consejo, temo tu enfermedad, y no querría que la pena de aquel cavallero junto con el amor que le tienes diessen lugar, con el tiempo, a publicar alguna cosa con que tu fama y honrra padeciesse sin culpa, por donde la gloria de tu fortaleza en lo secreto no sirviesse más de para contigo. Y para esto he pensado que sería bien, si alguna cosa de su parte te dixessen, pedille que se case contigo secretamente, porque público pienso que tu madre no querrá, porque aunque él es tan rico y de muy buen linaje, ya sabes que tu mayorazgo que no puedes heredarlo casándote fuera de tu linaje. Mas yo por mejor tendría la pérdida de la hazienda que la de la honrra, tanto quanto va de lo que se cobra en casarte con él, pues su riqueza suplirá la falta de la tuya, a lo que se pierde sin se poder jamás cobrar, que es tu fama, por sólo las aparencias públicas condenando la virtud secreta; pues sabes que la yglesia no juzga de lo secreto, y en todo tiempo se deve temer que lo perdido, en ningún tiempo se puede cobrar.

POLANDRIA.- Poncia, amiga fiel, tú me aconsejas como sabia, quanto más que no puedo yo aventurar ningún estado que no se compre en él barato el contentamiento que de la persona de Felides tengo; pues sabes que más vale un poco de pan con gozo que la casa llena de riquezas con descontentamiento. Créeme que no hay estado mayor que el del contentamiento, pues todos le buscaron para este fin, y si yo con otro me casasse, todos los días de mi vida me faltaría. Yo estoy en lo que dizes, y así lo entiendo hazer y con todo secreto, porque si mis parientes lo supiesen ponerme han donde no pudiesse tener libertad.

QUINCIA.- Señora, allí está la madre Celestina, que quiere hablarte y verte.

POLANDRIA.- Dile que suba. Mucho huelgo, Poncia, de la venida desta vieja, para lo que me tienes dicho.

PONCIA.- Pues, señora, ten con ella primero toda dissimulación en tu bondad, y háblale como muger salteada della, para que te tengan en más, pues sabes que ninguna virtud se conoce sino experimentada con su contrario.

POLANDRIA.- Bien dizes; y callemos, que ya viene.

CELESTINA.- Nunca Dios hizo a ninguno excellente en ninguna cosa, que no le diesse fortuna en lo necessario para ponelle en la cumbre de la gracia que le quiso dar, como agora me apareja a mí este tiempo de no hallar la madre desta donzella en casa.

POLANDRIA.- Madre, ¿qué vienes contigo hablando?

CELESTINA.- Dios, señora, te guarde, y a la señora Poncia, que por tu vida, que venía tan embevida en acabar ciertas devociones que no os había visto; y huelgo, hija, de te hallar en tal lugar, por tomar parte de tu passatiempo.

POLANDRIA.- Madre, Dios te dé lo que desseas. ¿A qué ha sido tu venida tan de mañana?

CELESTINA.- Hija señora, yo venía a ver cómo se había hallado la señora Paltrana con mi experiencia, para si no había aprovechado hazerle otra cosa; mas, Dios loado, mejor es assí, que me dizen que no está acá, que es yda a missa. Y parecióme que hallándome acá era descortesía irme sin te hablar, y dixé a la donzella que te lo dixesse.

PONCIA.- Assí bivas tú, vieja malvada, si no te truxera más acá otro mal que el de mi señora.

CELESTINA.- ¿Qué dize la donzella graciosa?, que en mi alma, que no es sino gloria oírte quanto dizes por essa boca hecha de perlas.

PONCIA.- Ya me quiere enlabiar. Digo, madre, que luego se le quitó el mal a mi

señora.

CELESTINA.- ¡Ay, traydora, ojos de arrebatacoración!, no dezías tú esso, en mi alma.

PONCIA.- Madre, no de balde dizen que quien ha las hechas, ha las sospechas.

CELESTINA.- Mi hija, por tu boca te condenas, que de havellas murmuravas de lo que dezía.

PONCIA.- Madre, mi edad salva esso, que es tan poca que no he tenido tiempo para tener hechas ni sospechas.

CELESTINA.- Hija, para las hechas no hay mejor edad que la tuya, ni para las sospechas que la mía, porque, mal pecado, ya aunque yo las quisiese tener, las hechas, no hay quien las tenga conmigo. Aunque por cierto, hijas, que otros duelos me ponen más cuidado, que con la vejez todo carga y todo, como casa vieja, se sostiene con riostras, con trabajos quiero dezir, que con la mocedad todo se passa. Assí que, hija, dexando una razón y tomando otra, todo esto he dixo por atravessar burlas contigo, por te ver dezir gracias, que, en mi alma, todas quantas palabras dizes lo son.

PONCIA.- Alaçé, madre, no me vistas de lisonjas, que si gracia tuviesse alcançalla hía con alguno, que maldito aquél que me dize «qué tienes ay».

CELESTINA.- ¡Ay, traydora! porque no los tendrás tú en lo que huellas con el chapín, que por mi santiguada, que sé yo alguno que está muerto por tus amores.

PONCIA.- ¡Ay, madre, dime quién, por tu vida!, para que si es muerto, pues no puedo remedialle el cuerpo, procure salvalle el alma.

CELESTINA.- ¿Burlas? Pues por vida desa cara de oro que no burlo yo, sino que es verdad que está uno muerto por tus amores.

PONCIA.- ¡Ay, madre, dímelo ya, por tu vida, que me toman ansias por lo saber!

CELESTINA.- ¿Quieres que te lo diga?

PONCIA.- ¡Ay, Dios, que no quiero otra cosa!

CELESTINA.- ¿Dasme licencia?

PONCIA.- ¡Di ya, ahora, madre, que me congoxo!

CELESTINA.- Hija, pues el enamorado questá muerto por ti, sabe que es Jesuchristo, que de amores de redimirte murió por ti. ¡Mira si tienes razón de morir de amores de tal enamorado!

PONCIA.- Toma, toma, ¿y ésse es el enamorado? Pensé, en buena fe, que era otro.

CELESTINA.- ¿Y quién havía de ser, bova, diziéndotelo yo?

PONCIA.- Hi, hi, hi; por mi vida, que pensé que dezías por Sigeril, paje de Felides.

CELESTINA.- He, he, he; por tu vida, hija, que no lo conozco.

PONCIA.- Sea por la tuya, madre, que perderás menos, como quien ha ya bebido lo más.

CELESTINA.- ¡Ay hija, ay hija! ¿Qué seguro tienes tomado de Dios para bivar más que yo?

PONCIA.- ¿Y tú, madre, de la razón de tu edad, para no morir más presto? No me metas palabras en medio, que por tu vida, que te paraste colorada quando te lo nombré.

CELESTINA.- Hija, será de celos, que es mi enamorado. Mejor me ayude Dios, señora Polandria, que yo sé por quién lo dize. Ora, hija Poncia, dexemos las burlas, que yo te conozco que no tienes otro enamorado más del que yo te dixere; y tomando las veras, señora Polandria, ciertas cosas se me han rebelado, más de las que este otro día te dixere, que cumple mucho sabellas.

PONCIA.- Según esso, yo me quiero apartar.

CELESTINA.- No te vayas, hija, que no es cosa que no puedes oír.

PONCIA.- Déxame, madre, que como sean cosas de veras no me sufre el coraçón a tanto sosiego, que con estas higueras quiero passar un poco tiempo requebrándome con los higos; que, en fin, si no bevo en la taberna, huélgome en ella, quiero dezir que

porque tienen el nombre de hombres me parecen mejor, y me huelgo más de conversar con ellos que con las granadas.

CELESTINA.- He, he, he; en forma estoy enamorada desta perla de donzella. Y señora, tornando a nuestra plática, yo sé que aquel cavallero anda tan perdido por ti, que tengo temor y estoy tan atónita que se ha de descubrir a alguna persona, y como la fama de las mugeres, hija, mal pecado, más en el dicho que en el hecho consista, no querría que sin culpa tu fama padeciese.

POLANDRIA.- ¿Pues a qué propósito es esso que me dizes?

CELESTINA.- ¿A qué propósito, mi amor, dizes? A propósito que no sería malo avisalle dello y hablalle.

POLANDRIA.- Ya, Celestina, no me digas más, ya se te ha gastado el cevo, que descubres el sedal con el anzuelo.

CELESTINA.- Hija señora, mejor viva yo que entiendo lo que dizes.

POLANDRIA.- Pues yo bien entendida te tengo a ti, que quien malas mañas ha, tarde o nunca las perderá. Allá, allá a otras baxas donzellas de linaje y de saber, buena muger, ve tú con esas palabras disfraçadas en lisonjas y yproquesía, que no a mí; que te las entiendo.

CELESTINA.- Malo va esto como el diablo.

POLANDRIA.- ¿Qué dizes entre dientes?

CELESTINA.- Señora, ¿qué tengo de dezir, viéndote tan sospechosa de mi inocencia y diciendo que entiendes mis palabras, siendo tan sencillas que maldito el entendimiento que tienen, fuera de lo que suenan?

POLANDRIA.- Assí me parecen a mí y assí las entiendo, y enténdolas tan bien que, si no fuesse por publicar tu osadía y el atrevimiento del que te embía, yo te haría que cessasses ya de ofender a Dios.

CELESTINA.- Señora, no me deshonorres mis canas y dañes mi crédito, que a mí no me embía nadie a dezir lo que digo, sino mi conciencia y el desseo de tu servicio; otro pago y honrra pensava yo, cierto, sacar de tus manos. Mas andar, que nunca vi menos de gran servicio sino pagarse con desagradecimiento grande; a Dios gracias que tengo compañeros, a Régulo muerto en Cartago, y a Cipión en Lucerna, a Demóstenes en Manesia, por desagradecimientos de sus servicios. Y por cierto, señora, tú me pagas bien con deshonrra lo que yo por tu honrra trabajo.

POLANDRIA.- A otro perro con esse hueso, Celestina.

CELESTINA.- ¿Qué hueso, señora? Suplícote me digas qué huesos, que yo no lo entiendo, por tu vida y mía.

POLANDRIA.- ¿Tú piensas que no te tengo entendida, que por ver si estava hondo el vado has entrado tentando con el bordón?

CELESTINA.- Declárate, señora, que me suspendes con tus sospechas.

POLANDRIA.- Tú lo entiendes mejor que yo lo sé dezir, y digo que ya tienes quitada la paja y se ha descubierto la red. No me vengas más con estos consejos, que no los he menester, si no, a mi señora haré testigo de tus romerías; ¿parécete buenas estaciones éstas en que andas?

CELESTINA.- ¿Que lo dirás a mi señora? Desso huelgo yo. Anda acá, señora, que a osadas, que ella que es vieja y sabia, que mire mis razones de otra manera. Anda acá, andacá, señora, delante de su merced, pues me atajas antes de tiempo. ¡O, y cómo huelgo de haver entendido tu sospecha!

POLANDRIA.- ¿Qué te tengo de oír hasta el cabo?, pues por el hilo se saca el ovillo de lo que quieres tramar.

CELESTINA.- No creas tú, señora, antes de tiempo, que mi urdidura no tiene malos liñuelos; suplícote que me oyas hasta el cabo.

POLANDRIA.- ¿Qué te tengo de oír, pues tú me dizes al principio que será bien de mi parte avisar aquel loco que te embía con tales mensajes?

CELESTINA.- No digas, señora, que me embía, que si otra mi ygal fuera ya lo huviera respondido. No me deshonrras, si no, daré bozes como una loca y a todo el mundo haré testigo de mi inocencia; y para los Santos de Dios, que mis canas eche defuera pidiendo a Dios vengança de tus palabras, rasgando con mis uñas mi rostro. Señora Polandria, no soy muger de nada dessas tramas, limpiamente bivo, honestamente trato, de castidad me precio, no me embiaron del otro mundo a tales liviandades. ¿Qué cosa es dezir que vengo de parte de ninguno? No me hagas perder el seso, no me enloquezcas, señora, que daré bozes como una loca, ¿qué cosa es dezirme a mí que vengo de parte de nadie, viniendo por solo servicio de Dios y tuyo?

POLANDRIA.- Passo, passo, Celestina, no hagas essas algaradas.

CELESTINA.- ¿Qué passo, passo?, que no quiero sino que lo oya Dios y todo el mundo, y sepa mi limpieza y el galardón que saco de tu servicio.

PONCIA.- ¿Qué es esto, madre?, ¿qué alteración es ésta?

CELESTINA.- Déxame, hija. ¡Desventurada yo!, que estoy para perder el seso, que me ha deshonrrado la señora Polandria sin oírme, por sólo sospechas; que así parezca yo ante Dios como con la limpieza y inocencia que yo le hablava.

PONCIA.- Limpia tus lágrimas y habla passo, no des cuenta a todo el mundo de lo que no hay para qué la dar.

CELESTINA.- Ora, hija, a ti te quiero hazer juez, para que veas si tengo razón. Yo, mi amor, avisé este otro día a la señora Polandria de cómo hallava, por mis artes, ciertas liviandades de mancebos de un cavallero que llaman Felides, y que le suplicava que se guardasse dél como del diablo. ¿Passa así, señora?

POLANDRIA.- Assí passa, ve adelante.

CELESTINA.- Assí que hoy tornéle a dezir que hallava que le crecía tanto la pena que temía que se descubriese a alguien y fuesse causa de su disfamia, pues la fama de las mugeres más en la estimación de ser buenas que en el hecho consistía. ¿Es así?

POLANDRIA.- Passa adelante.

CELESTINA.- Y que por tanto, que me parecía que era bien hablalle; y aquí atajóme, deziéndome mil denuestos, los quales, por esta alma pecadora, nunca nadie, sino ella, me dixo.

POLANDRIA.- ¿Parécete si tuve razón, Poncia?

CELESTINA.- Sí tuviste, si yo no te dixera que me oyeras hasta el cabo, lo qual tú no quisiste hazer.

PONCIA.- En esso no tuviste, señora, razón, porque las palabras muchas vezes se comiençan con varios propósitos de los que quieren concluyr, y para culpa tuya y justificación de la madre es bien que la oyamos hasta el cabo.

POLANDRIA.- Ora diga, y yo le pido perdón si me enojé antes de tiempo.

CELESTINA.- Señora, el alcón quando sube a la garça remontada no va derecho a ella hasta que la tiene señoreada dando bueltas; así que yo aún no havía llegado a la garça, y para que veas que la querría matar en el cielo, la buena razón, digo y torno a dezir que es bien que sepa aquel cavallero, que si él se ha de casar contigo, que hable en ello conmigo o con otra persona, y que de otra suerte que no ande haziendo liviandades. Si mal dicho es esto, Poncia, en tu ánima, di la verdad.

PONCIA.- Por cierto, no, sino muy bien.

POLANDRIA.- ¿Pues por qué no lo dezías como lo dixiste agora?

CELESTINA.- Porque no me diste tú lugar, ni me quesiste oír. Cata, señora, que no seas tan súpita, dexa a la razón sojuzgar los primeros movimientos, porque no son en manos de los hombres; no seas don Pero Gil que dava arremetidas contra los suyos, no

seas como dicen del mal balletero, que a los suyos tira. Ando yo buscando tu provecho, y tras buen servicio mal galardón.

POLANDRIA.- Madre, perdóname, por Dios, que no fue más en mi mano, que yo conozco mi yerro.

CELESTINA.- Señora, en buena parte caye, que no se me han pasado los días en balde, que bien sé que de los señores todo se ha de sufrir; y créeme que si no por el desseo que de servirte tengo por aquella puerta me fuera, y ojos que me vieran entrar, nunca me vieran tornar.

PONCIA.- Madre, para esso es el seso, que bien sabes que quando uno no quiere, dos no barajan. Por tanto, pues Dios tanto seso te dio, ordenemos aquí lo más sano, que en mi alma, que me ha parecido de perlas tu consejo, y que quería a mi señora Polandria más vella casada con este cavallero que con el emperador.

CELESTINA.- ¡Y cómo, hija, tienes razón!

PONCIA.- ¿Pues quién se lo dirá sin que persona lo entienda? Tú, madre, lo harías bien.

CELESTINA.- Yo diré mi parecer; mas no tengo dicha, quiero callar.

POLANDRIA.- Di, tía, que ya estoy segura de tu inocencia. Todo puedes dezir lo que quisieres, que sobre tal cimientto no se asentará ninguna piedra mala.

CELESTINA.- Pues, señora, lo que a mí me parece para que no haya tantas ydas y venidas y esto se concluya es que, pues ambos soys para en uno, le hables por una destas dos rejas deste jardín esta noche, y dile abiertamente tu voluntad, y si lo quisiere hazer, bien, onde no, dile el sueño y la soltura, que yo fiadora que no se desconcierte; y en pago del buen serbicio y mal galardón de hoy, yo lo concertaré con él con el secreto que para ello se requiere.

POLANDRIA.- Ay, tía, por tu vida, que no tornes a echarme culpa, pues ya me tienes perdonada. Y esso que dizes no me lo mandes, que me moriré de vergüença dél, que en mi vida le hablé.

CELESTINA.- ¡Ándate ay con tus vergüenças! Hija, mi amor, dexar de hazer los hombres lo que les cumple por vergüença no es vergüença, sino necesidad; quanto más que yo te diré...

POLANDRIA.- ¿Qué, madre?

CELESTINA.- Que venga él; y si mucha vergüença huvieres, háblele Poncia, y en dos palabras dígale el sueño y la soltura; y, pardiós, o dentro o defuera.

POLANDRIA.- Si Poncia quiere hazello, yo lo haré.

PONCIA.- Señora, esso es lo de menos que yo por tu servicio haré, mas no quería que me dixesse de no, y me perdiesse la vergüença, por todo el mundo.

CELESTINA.- Señora, ¿tú quieres y has gana casarte con este cavallero?

POLANDRIA.- Sí, por cierto, siendo en mi honrra.

CELESTINA.- ¡Ándate ay a dezir donayres! Más pensé, a buena fe, que te havíamos de aconsejar que fuese con tu deshonrra.

POLANDRIA.- Pues dessa manera, no querría cosa más.

CELESTINA.- Pues si lo quieres da al diablo essas vergüenças, que barba a barba, vergüença se acata. ¿Estoy en mi seso, Poncia? ¿Hete dado en el alma? ¿Hete muerto una agría? ¡Ándate ay con tus donayres, que piensas que todo lo sabes! Y tú, señora, haziendo de la muy salteada de la honrra, que aún no sabes dónde te roe el çapato. ¡Guayas de Celestina, que pienses tú de entender mis razones a cabo de mis ochenta años a cuestras, teniendo aún el cascarón en la cola y la leche en los bessos! ¡Guayas de mí, si a cabo de mi vejez había yo, hijas, de venir a deprender cómo se han de tratar y servir las tales como tú, mi señora Polandria! Ora, sus, esto queda muy bien acordado, y no se hable más en ello; y yo me quiero yr.

POLANDRIA.- Madre, mira que le tomes muchos juramentos, y que mire de quién se fía, porque si mi señora algo barrunta todo yrá borrado.

CELESTINA.- ¡Ay, hija, angelito, angelito! En Dios y en mi ánima que no te queda más en el estómago. ¿Y a Celestina avisas tú de secreto? ¡Dolor de mí!, que éste es el primer secreto que en este mundo yo he sabido encobrir. Calla, señora, que eres bova, noramaça, que assí te lo quiero dezir, y perdóname. Por cierto, por mayor afrenta tenga dezirme esto que quantas hoy me has dicho; bien parece que con la niñes que no sabes cuántas son cinco.

POLANDRIA.- Paréceme, madre, que te has querido vengar; no sé si tomas este afrenta de lo que dixes.

CELESTINA.- ¿Por qué, señora?, ¿porque te llamé bova? Alacé, pues sabe que eres bova, y aun bovita, que aún agora naciste; que, mal pecado, no debes de saber cómo tras los días viene el seso, que no te espantaras de llamarte bovita. Mírala, Poncia, cuál está boquiabierta el angelito, que, en mi alma, no parece sino paxarito nuevo que toma el cevo a la madre; pues sabe que madre soy que lo sé traer. ¿Qué me estás mirando?; que mejor sabré hazer que lo digo.

POLANDRIA.- Ora, madre, vete y déxate de razones, que vendrá mi señora.

CELESTINA.- ¡Ay, perla preciosa!, ¡ay, serafín!, ¡ay, ángel de cielo! ¡Ya no se te cueze el pan! Pues asegúrate, asegura, que en manos está el pandero que lo sabrá bien tañer.

POLANDRIA.- ¡Ay, Dios, madre, cómo eres maliciosa!, siquiera nunca te vayas.

CELESTINA.- ¿Crees tú, hija Poncia, que dize aquello con la boca grande o con la boca chequita?

PONCIA.- Con la chequita.

CELESTINA.- En mi alma, que estás en lo cierto. Y con esto yo me voy, y si no tornare, el concierto está seguro; y quedad con Dios.

POLANDRIA.- Y con Él vayas, madre. ¿Paréscete, Poncia, que lo supe bien hazer?

PONCIA.- Ello, señora, está mejor que se puede pedir. Esta noche tendremos fiesta, y más si viene con Felides el mi mal pesar; tendremos en qué entender y de qué burlar y reír mañana. Y con esto nos vamos antes que venga mi señora.

POLANDRIA.- Vamos, que es razón de yr a labrar y de hazer algo. Y cierra tras ti essa puerta del jardín.

Argumento de la XXVII Cena

PANDULPHO va a la fuente a saber de QUINCIA lo que passó sobre su carta, y sobre quedar muy corrido, conierta de hablalle el domingo en la noche. Y introdúzense:

PANDULPHO, QUINCIA.

PANDULPHO.- Mucho huelgo que a Quincia veo para hazer con ella algún concierto y saber cómo le fue con mi carta. Hermana mía, no puedes pensar el desseo que de verte tenía, para dar alguna manera que nos hablemos, y para saber cómo nos fue con la carta de mi amo.

QUINCIA.- Ay, señor, por tu vida, que no me mandes más llevar estas cartas, que ver la burla que de la carta han hecho no lo puedes creer.

PANDULPHO.- ¿Cómo es esso?

QUINCIA.- Y te diré cómo, que me dixo Polandria que Pandulpho, o otro tal que

moço despuelas, havía escrito aquella carta, que para mí o para otra tal puerca como yo devía de ser, según las badajadas que traía.

PANDULPHO.- ¡Cuerpo, ora, de tal, con la loca! Pues voto a la casa sancha que mi agüelo Mollejas que no devía nada a don Brasco, su agüelo, sino por la renta, que aunque era hortolano él era muy buen hidalgo. ¡Badajadas la parecían! ¡Pese a tal con ella, la sabia! ¿Pues qué quería ella, filosofía?, que no las sienten más que la mula de mi amo, sino por hazerse muy dueña y muy sabia. Yos seguro que si Poncia la vio que la entendiese de otra manera.

QUINCIA.- ¡Ay, ay, esso es lo mejor del mundo! ¡Otra que tal bayla! Por mi vida, que en començando a leer la carta dixo: «oxte mi asno».

PANDULPHO.- ¡O, cuerpo, ora, de tal, con la duquesa! ¿Quiere también filosofías como su señora, la dama?

QUINCIA.- Ay, pues si supieses quán mofadora es, espantarte hías.

PANDULPHO.- Escarnidora parece; mas, por mi vida, hermana, que no falte quien también mofe della; y dereniego del puto de su linaje, ¿y qué hallava ella para hazer escarnio? ¿Querría que le hablassen en el mar y en las arenas? ¡Al diablo las locas! Ora, por tu vida y mía, que pienso que éstas y estos cavallerotes que tienen otra lengua sobre sí, que no deven entender la nuestra, pues que mofan della.

QUINCIA.- ¡Ay, y cómo mofan! Pues en cargo de mi conciencia, que yo vi la carta del otro día y la de ayer, que no era sino gloria oír la postrera quanto enhado la primera.

PANDULPHO.- No, que estás engañada, que mejor es dezir que el sol es passado por vidriera, y el fenis que se quema; que essotras no son razones para sus altezas de la señora Polandria y Poncia.

QUINCIA.- Hi, hi, hi. Ay, pardiós, que desso es toda la carta de Felides, la primera. ¿Y qué diablos quieren dezir essas retólicas que agora dixiste?

PANDULPHO.- ¿Qué han de querer dezir? La señora Poncia te lo dirá, pregúntaselo.

QUINCIA.- ¡Ay, y cómo lo dirá para escarnir!; que ayer en todo el día nunca otra cosa hizo, tanto, que mil vezes le preguntaron Claudia y Galarza, dueñas de mi señora, que de qué se reya ya tanto, y decía: «mi señora Polandria lo sabe».

PANDULPHO.- Pues voto a la casa sancha, que no entiende ella más que yo esas elegancias; y que si yo me viesse con ella solos, que nos entendiésemos a coplas.

QUINCIA.- Bueno es esso, señor, ¿querías una en papo y otra en saco?

PANDULPHO.- No lo digo, hermana, sino porque entendiera mi lengua, que, en lo demás, más quiero a tu çapato que a ella y a todo su linaje.

QUINCIA.- Dalas ya a Dios y no hablemos más en ellas; y dexémoslas con Celestina allá, en el jardín de casa.

PANDULPHO.- ¿Qué dizes?, ¿allá queda Celestina con ellas?

QUINCIA.- Sí, por cierto, y aun dos vezes ha ydo esta semana allá; y aun que no huelgan ellas poco con ella.

PANDULPHO.- Su, su, su.

QUINCIA.- ¿De qué silbas, señor?

PANDULPHO.- Silbo de, que por tu vida, que en una escuela aprendimos Celestina y yo la lengua, no sé cómo la entienden mejor que a mí; y no me digas más, que por Nuestra Dueña, que es descubierta la celada, y no bivo yo engañado.

QUINCIA.- ¿Por qué dizes esso, señor?

PANDULPHO.- Dios y yo nos entendemos. Pues ¿ha predicado su reverencia a estas tan sabidas donzellas?

QUINCIA.- ¡Ay, y cómo ha predicado!, y qué de cosas de Dios les dize a ellas y a mí, que las tiene, assí goze yo, desbavadas oyéndola.

PANDULPHO.- Esso querría yo que entendiese la señora Polandria, que voto a

Santa Cathalina, que lo entiendo yo mejor que ellas las cartas.

QUINCIA.- ¿Qué entiendes, por tu vida, señor?

PANDULPHO.- Entiendo en lo que entiende Celestina.

QUINCIA.- ¡Ay, señor, no digas eso, que es una santa!

PANDULPHO.- Pues si es santa díles que le ayunen la víspera, que el tiempo dirá lo que sacarán en tenella por abogada. Y dexemos esto, y veamos cuándo me podrás hablar.

QUINCIA.- Por Dios, señor, de aquí a tres o cuatro días no es possible, que no estoy para ello.

PANDULPHO.- Ora, pues, quédese para el domingo; y quédate con Dios, y yo me voy.

QUINCIA.- Contigo, señor, vaya.

Argumento de la XXVIII Cena

CELESTINA va a FELIDES diziéndole del concierto para esa noche, y dale de albricias cien ducados, y vasse: y él queda con sus criados y passa donayres con ellos. Y introdúzense:

CELESTINA, FELIDES, PANDULPHO, SIGERIL.

CELESTINA.- ¡O, válame Dios!, y en quán poco estuvo de perderse oy mi caudal junto con el autoridad que con mi nueva venida he cobrado, si con la razón no previniera a la necesidad del tiempo; y puesto que perdí grandes intereses desta cura, que por alargarse pudiera ganar, harto fue rodeallo, para que estando ya oleado el enfermo le tornasse la vida. Y para suplir lo que con dilatarse pudiera ganar yo le venderé al enfermo por concierto el desta noche, y antes que se den ellos las manos, si yo puedo, sacaré las mías llenas con las albricias del buen concierto. Y quiero yr a Sant Martín, y como allí viere alguno de sus criados él lo hará saber a su amo, para que no parezca que yo lo busco. Bien se me haze, que Pandulpho está oyendo missa y ya se acaba, y hele donde va a dar la nueva. Yo lo tengo bien amasado; quiero dar gracias a la Magdalena de haverme sacado hoy de tan gran peligro, que, aunque en hartos me he visto, nunca tal como el de hoy, porque llovía ya sobre mojado. Y házeseme agora bien, que ya no hay missa que dezir y queda el campo solo, y en tres palabras entiendo despachar este galán; helo aquí do viene, y plazeme que los criados dexa fuera.

FELIDES.- ¡O, madre y señora mía, cómo me da el alma en tu gesto que traes a la mía algún consuelo!

CELESTINA.- ¡O, mi ángel y mi serafín de oro, cómo es llegada la hora que tus mercedes darán testimonio de mis servicios! Agora quiero yo ver en el precio que tienes a Polandria, con las albricias que me das.

FELIDES.- Señora, desso huelga mi alma. Y sepamos tan gran bien, y toma todo lo que, con quedar con mi señora sola, te puedo dar.

CELESTINA.- Hijo, no pido yo tanto, porque ya sabes que las donaciones no valen nada quando no passan del diezmo de la hazienda del que las haze, y con el quinto me contentaré yo.

FELIDES.- Ora, madre, di, que yo me ofrezco a contentarte a tu voluntad.

CELESTINA.- ¿Cuándo?

FELIDES.- Luego, si tal fuere la nueva.

CELESTINA.- Pues la nueva es tal qual la vieja te la dirá; y porque para dezir las afrentas y el hilado que se ha gastado en desembolver la tela no bastaría todo el día, ello queda concertado que tú la hables esta noche por una de las rejas de su jardín, después de todos sossegados.

FELIDES.- Calla, madre, ¿quiéresme provar?, ¿estás burlando?, ¿es possible esso? Mira, no se te antoje, o no lo hayas soñado, que esso más parece sueño que verdad, y no sea la soltura que soñé yo con tu sueño, que me espulgava el gato.

CELESTINA.- Señor, en la sobra del desseo te falta la razón de tal tercera como yo. Yo te digo la verdad, y tú lo verás esta noche si burlo o digo la verdad.

FELIDES.- ¡O, mi madre! ¡O, mi señora! ¡O, mi vieja honrrada! ¿Con qué te puedo alabar?, ¿con qué te puedo encarecer? ¿Con qué te podrá pagar Felides, pues no menos de a Felides muerto me das vida?

CELESTINA.- No me quiebres las costillas y no me mates con tanto abraço. Creo que por no me pagar quieres me matar, sabiendo que no tengo heredero.

FELIDES.- ¡O, madre, dame essas manos que tal hazaña han hecho! ¡Dame esos pies!, besártelos he, porque anduvieron tan gloriosos passos; y si no quieres, dame essa boca que ordenó tan gran bien, que la mía no sabe encarecello.

CELESTINA.- Señor, tu estado y mi baxeza niegan las manos; tu edad y mi vejez niegan la boca, que mejor será emplealla en aquellos labios de rosicler y en aquellos dientes hechos de açúcar, donde pienso que emplearás tú esta noche la tuya; que tal piedra preciosa como tu boca no es razón de engastalla en tan mal engaste y tan viejo como mi boca. Sino que dexando estas palabras y refiriéndonos a las obras, en las de mi parte sea que tú vayas esta noche allá a la una, y por un escala puedes entrar a la parte que la mar bate en el jardín, y él está tan apartado que, sin que se pueda oír, puedes cabe las rejas de dentro hazer las señas tañendo y cantando, para hazer parar las aguas y venir las piedras con las aves, junto con el corazón de Polandria a te oír. Y con esto yo he hecho mi officio, tú haz agora el tuyo; y yo me voy, pues quedo satisfecha que no dirás que tengo buena parola y mal fato.

FELIDES.- Madre, tú te puedes yr, y haré yo que no puedas tampoco dezir por mí essas palabras, que yo te doy mi fe que antes que goze de la merced que me has hecho sea en tu casa el galardón.

CELESTINA.- Señor, yo te beso las manos; y a éssos que ovieres de llevar contigo, con gran secreto, diles que a concierto vas de casamiento, porque de otra suerte no podiste acabar conmigo que entendiesse en esto negocio. Y bésote las manos, que por esta puerta me quiero yr.

FELIDES.- Madre, Dios vaya contigo como queda conmigo, y pierde cuidado. Andad acá, moços, vamos a comer.

PANDULPHO.- Dentro está el pelón; por Nuestro Señor, que devemos de tener alguna buena nueva, o buena mentira en su lugar.

SIGERIL.- Calla, que él lo dirá, que no tendrá sufrimiento para callar. Mas dychas sabido más de la carta que me dixiste?

PANDULPHO.- Sé que tan poco la entendieron como la otra.

SIGERIL.- ¿Cómo? ¿Pusístete tú a hazer philosophías?, ¿o cómo no la entendieron?

PANDULPHO.- Voto a tal, más clara yva que ell agua.

SIGERIL.- Paréceme que podemos dezir aquí que ni oxte tan corto como las razones de Felides, ni harre tan luengo como las tuyas; y con esto calleemos, que nos mira.

FELIDES.- Hijos, adereçáme las armas para esta noche, que me cumple yr algún cabo donde podría ser que fuesse menester.

PANDULPHO.- Esso es, por Dios, pues, lo que he menester.

FELIDES.- ¿Qué dizes, Pandulpho? Bien sé que éstas son tus missas.

PANDULPHO.- Señor, esso dezía, que esso es lo que yo he menester para que me conoscas.

FELIDES.- Días ha que te tengo conoscido. Y vámonos a comer, que después sabrás lo demás, quando fuéremos.

PANDULPHO.- Señor, sube a comer, que aparejado está.

FELIDES.- Subamos.

Argumento de la XXIX Cena

CELESTINA va a su casa muy alegre y allá halla a AREÚSA y a GRAJALES que la están aguardando a comer; y en la comida cuenta CELESTINA un cuento que le acaesció con un ministro echacuervo de la Trinidad, y una moça, y un rufián llamado Fragoso. Y introdúzense:

CELESTINA, ELICIA, AREÚSA, GRAJALES, SIGERIL.

CELESTINA.- Ta ta ta.

ELICIA.- ¿Quién está ay?

CELESTINA.- Abre, hija, que yo soy. ¡O, hija Areúsa!, ¿acá estás?

ELICIA.- Por Dios, una hora ha questá aquí aguardándote, que truxo dos pares de perdizes para que comiésemos juntas.

AREÚSA.- Por Dios, madre, no puedo comer cosa buena sin ti, y embióme estas perdizes el despensero del Arcediano, y véngolas comer contigo.

CELESTINA.- ¿Quién, hija?

AREÚSA.- El despensero del Arcediano.

CELESTINA.- ¿Quién es el despensero del Arcediano?

ELICIA.- ¡Ay, Jesús, madre, qué desmemoriada eres! ¿No te acuerdas del gentil hombre que te dixé que tenía mi prima, que le da quanto ha menester?

CELESTINA.- Ya, ya, hija, al cabo estoy; mas mala landre nunca me tome si me acordava.

ELICIA.- Pues habla passo, que está arriba, y viene por conocerte y a comer con nosotras.

CELESTINA.- Él y los buenos años, que, por cierto, huelgo mucho dello. Y, hija Areúsa, ¿parécete si estuvieras con el capitán, aguardándole hasta agora, y no tomaras mi consejo, que estuvieras bien librada guardando mucha lealtad a esse otro panfarrón, gesto del diablo de Centurio? Mi fe, hija, uno en papo y otro en saco, uno al fuego y otro tras la cama, uno sospirando por la calle y otro en los braços, porque seas nueva; que ya sabes, hija, que mudando muchos y no dexándolos embejecer, que contino serás cedaçuelo nuevo puesto en estaca. Que assí como te enhada a ti una saya vestida de tres veces arriba, enhadarás tú al hombre como te hable tres veces, que, como te dixé la noche de Pármeno, mientras más moros, más ganancia.

AREÚSA.- Habla, madre, passo, en mal punto; no te oya Grajales.

CELESTINA.- ¿Cómo es su gracia?

AREÚSA.- Grajales.

CELESTINA.- ¿Grajales, hija? ¡O, cómo me huelgo que tomasses amistad con tal persona, por las nuevas que dél he oído!; que tú mejor estavas, mal pecado, sin ninguno, como hasta aquí has bivido, mas ya que la necesidad te forçó a tomar quien te la remediase no podiste tomar mejor persona, que me dizen que es muy liberal y

franco.

AREÚSA.- Eso que hablas agora rezio me contenta.

CELESTINA.- Calla, bova, que yo sé lo que ha de ser público en la missa, y lo que ha de ser que no lo oyan más del que la dize. Mal pecado, hija, affición demasiada que tendrías a esse hombre honrrado te haría mudar la casta intención que hasta aquí has tenido.

AREÚSA.- Pardiós, madre, no otra cosa, sino demasiado amor; que harto tenía yo, mal pecado, quitado del corazón de offender a Dios con él ni con otro.

CELESTINA.- Assí es, hija; mas consuélate, que los yertos por amores dignos son de perdonar. Y llámale, que lo quiero conocer, y comamos.

AREÚSA.- ¡A, señor, baxa acá!, que es ya venida mi tía.

GRAJALES.- Señora, buenos días hayas.

CELESTINA.- Hijo Grajales, tú seas bienvenido y conocido por hijo, que por buena fe, que con las entrañas que siempre tuve a Elicia y a su prima Areúsa te recibiré yo y recibo en mi casa. Y a la verdad, hijo, hablando contigo como con tal persona, yo más quisiera que mi sobrina, aunque, mal pecado, sufría harta lazería y necesidad, que por su castidad se estuviera sola con su rueca y su huso; por esta negra honrra, hijo, como sabes, que, mal pecado, carga es que sin trabajo no se lleva, contradiziendo siempre la voluntad del que la quiere tener, porque no en el honrrado está, como mejor sabes, sino en los que nos han de honrrar. Y como esta negra fama sea tan delicada, como digo, quisiera a mi sobrina sola; mas ya que había de hazer algo para suplir sus necesidades, yo huelgo mucho que sea antes contigo que con otro, porque sé que eres persona honrrada y tendrás secreto y suplirás sus necesidades, porque éstas hazen hazer a las mugeres, mal pecado, hijo, muchas vezes, lo que no querrían, como agora mi sobrina haze. Mas ya sabes, que es proverbio antiguo, que con mal está el huso quando la barba no anda de suso; y por esto me plaze que haya tomado, ya que lo había de tomar como dixe, hombre de barba, que tal me parece tú a mí, en verdad.

GRAJALES.- Señora, yo te tengo en merced lo dicho, y cree que ella tendrá en mí un buen amigo, y tú un hijo y servidor.

CELESTINA.- Assí lo creo yo, hijo, y pues para entre nosotros no hay necesidad de ofrecimientos, vámonos a comer, que es ora. Y sus, sentaos hijas, y tú, señor Grajales, entre mí y Areúsa; y dame acá Elicia la taça y el jarro, tendrélo cabe mí para que no tengáys necesidad de os levantar. Y, hijo Grajales, ya sabes que es el officio de los viejos servir de pajes de copa, y aunque os haga la salva, pues sirvo la copa, nos maravillaré.

GRAJALES.- Madre, sea de suerte la salva que se salve el vino, para que quede para los que sirves la copa.

CELESTINA.- Hijo, no bevo tanto como me motejas, que por tu vida, que como el jarro es grande, que está el vino muy hondo, y por no lo ver bevía despacio y con tiento, que, assí goze, a los labios no me ha llegado.

GRAJALES.- Si a los labios no te ha llegado, madre, si te llegara a la boca, pienso que no llegara a los nuestros.

CELESTINA.- ¡Ay, putillo, y gracioso y dezidor eres! ¡Contigo me entierren!, porque créeme, hijas, que quando moça, que agora no hay, mal pecado, para qué, que si me huviera de enamorar, que más aýna tomara un hombre con razonable gesto, gracioso, y dezidor y desembuelto, como Grajales, que no otro tan lindo como Felides, si fuera frío.

AREÚSA.- ¿Burlando lo dizes, madre? No hay cosa que más enamore, en mi ánima, que la gracia de los hombres y de las mugeres.

GRAJALES.- Señora, comamos y bevamos, que no sabe hombre quién le quiere bien o quién le quiere mal, porque ya sabes que oveja que mucho bala, poco mama; y pues

ya tienes hecha la salva, dame acá esse jarro, que quiero yo beverte los escamochos.

AREÚSA.- No te los arrendaría yo.

CELESTINA.- ¿Y también vos dezís donayres? Bien parece que no con quien naces, sino con quien paces, que la conversación de Grajales te haze dezir ya gracias.

GRAJALES.- Tía señora, por buen estilo me has querido llamar bestia.

CELESTINA.- No sé, hijo, si paces para ser bestia, mas sé que no tienes mal abrevadero, según sabes empinar el esquilón; que por mi vida, hijo, que pienso que no ganara contigo la dehesa Sancha la Vermeja, a beber, digo, que no a pacer, porque no digas que te motejo.

ELICIA.- Madre, muy regozijada te veo hoy y donosa, no sé qué es esto.

CELESTINA.- ¡Ay, bova! ¿Y quién tiene combidados que no los regozija?

GRAJALES.- A buena fe, señora tía, que la señora Elicia que no perdiera nada en el abrevadero de la dehesa.

ELICIA.- ¿Cómo?

GRAJALES.- Porque me parece que ha sacado mi madre muy buena discípula en escanciar.

CELESTINA.- Por tu vida, hijo mío, que se lo era ella, y aun maestra, antes que a mi poder se viniесе.

AREÚSA.- ¡Ay, Jesús, madre, hablemos en otra cosa! ¿Todo ha de ser hablar en el vino y en beber?

ELICIA.- Por Dios, bien será. Y, madre, por tu vida, que sobremesa, ya que hemos comido, cuentes al señor Grajales y a mi prima el cuento de lo que te acaeció que me dezías la otra noche, que es la mayor gracia que nunca vi.

CELESTINA.- ¿Qué cuento, hija?

ELICIA.- El cuento del ministro.

CELESTINA.- ¿Qué ministro, mi amor?

ELICIA.- ¡O, Jesús! ¿No se te acuerda del ministro echacuervo de las bulas, de la tinaja?

CELESTINA.- Ya, ya; mirá, por vuestra vida, ¿cómo se me había de acordar diziendo del ministro? Por tu vida, hijo, más cuentos de ministros he visto que canas tengo, mas aquél es muy donoso.

GRAJALES.- Dínoslo aora, madre, en quanto se assan las castañas para beber.

CELESTINA.- Havéys de saber, hijo, que Dios enorabuena, que tuve yo aquí una moça muy fresca y graciosa que se llamava Texeyra, y era portuguesa y muy donosa, y tenía que le dava quanto había menester en mi casa un valentísimo hombre y muy marcado rufianazo, que se llamava Fragoso. Y vino aquí a predicar estonces bulas un echacuervo, ministro de la orden de la Trinidad y, mal pecado, enamoróse de la negra Texeyra; y tanto le dio y tanto le prometió, que concertó de venir a mi casa, estando el Fragoso fuera de aquí, a comer una solemne comida, ¡y de vinos era mocosa; quales los tuviéramos agora!, y que después de comer se habían de celebrar las bodas. Mi fe, hijos míos, adereçamos la Texeyra y yo nuestra comida, pusimos nuestros manteles muy lavados en la mesa, hezimosle un brasero muy hermoso, que hazía frío, y, todo aparejado, heos aquí donde entra el negro frayle, o blanco tan gordo, tan ancho y tan reverendo, como el que estava, a osadas, bien cebado.

GRAJALES.- No estaría a pan y agua, ni sardinas trechadas.

CELESTINA.- No, por cierto, sino a buenos capones y perdizes, quales los teníamos en la mesa aparejados. Y como él entró, yo tenía avisada a la moça que le traxesse la mano por el cerro, para pelalle mejor que havíamos pelado sus capones, y no lo dixе a sorda; y viérades la moça tan diligente diziéndole: «¡O miña vida, miña alma, miño coraceu!, sentaybos quí, mas sentayvos cá», y viérades el bueno de vuestro frayle

sentado cabe su moça a comer, y yo de la otra parte, el más regozijado que os queríades, pensando gozar la dama, alçados los manteles, y muy cerrada la puerta del escalera porque no subiessen perros donde estava la cama hecha, que no deviera, como diré. Y a la media comida, al mayor regozijo, heos aquí donde llama a la puerta el negro Fragoso, que como diximos «¿quién está ay?» y dixo que Fragoso, viérades vuestro frayle más blanco que su hábito, porque el diablo del Fragoso tenía celos dél y tenía amenazado que le havia de matar; y si turbado estava el frayle, más lo estava la Texeyra, torciendo las manos, diciendo: «¡Ay desventurada, o mezquiña, que no es más miña vida de en quanto entre Fragoso!». Yo, que con menos turbación estava, quise abrir la puerta de la escalera para esconder el negro frayle, y aun empecinado, que tal lo fue él aquel día; ni sé si con la turbación o con qué diablos, turbóse la cerradura, que no podimos jamás abrir la puerta, y en toda la casa no havia, faltando lo de arriba, sino la cámara donde estábamos; y el Fragoso, como era diablo y sospechoso, viendo nuestra tardanza, dava bozes como un perdido, que abriésemos, si no, que quebraría las puertas. Mi fe, no sabiendo qué nos hazer ni dónde asconder a nuestro frayle, estava una gran tinaja de agua a una esquina del palacio, y la buena de la Texeyra dixo al frayle: «¡Ay, señor, por la paxeón de Deus, vose paternidá se chante en aquella tinaja, que me matará aquel homen si no le desfechol axina a aquella porta!», y el diablo del ministro con la turbación, y nosotras también, no fuymos para vazialla; y con todo el frío que hazía, lánçase vuestro frayle en la tinaja, y como él entró vazíanse dos o tres cántaros de agua por el palacio, y pónese el bueno del frayle en la tinaja, rebosado el agua, puesta la cabeça de manera que solas las narizes y la boca, por no se ahogar, tenía defuera.

GRAJALES.- De suerte que perdería bien el riso su reberencia.

CELESTINA.- Yo te lo prometo, ¡y cómo la perdió!

ELICIA.- Escucha, que es la mejor cosa que nunca viste.

CELESTINA.- Assí que, hijos míos, aún el frayle no estava bien metido dentro en la tinaja, quando la buena de la Texeyra quita el aldava y entra el diablo del Fragoso haziendo mil fieros, que pesase a tal y a qual con la puta, que qué tardança havia sido aquélla, si tenía allá algún gayón ascondido; y viérades hazer mil juramentos más espesos que piedras atablando a vuestra Texeyra; y yo, aunque hablava, no me oya. Y con todo esto, echa mano al espada y dale de espaldarazos, y como él desenvaynó, con el agua y el fuego, el bueno del ministro començó a tronar en la nube o tinaja, que en mi ánima, que con toda el afrenta que teníamos, fue nuestra risa tal que salvó toda la sospecha, preguntando el bueno del Fragoso de qué nos reíamos, y diximos que de que havia pensado que havia alguno dentro, y que no havia sido sino por miedo que viesse que comíamos también estando él fuera. Y con esto asossegóse, y dixo que antes holgava él dello, y sentóse a la mesa y dixo que comiésemos; y sentámonos y comimos de buen reposo la comida del desventurado del frayle, el qual sola su nariz tenía con medio rostro de fuera, que no parecía sino raposa que quiere quitar las pulgas en el ryo, que tiene sólo el oçico defuera. Y estando ya muy sossegados comiendo, vínonos otro sobresalto, que fue que el diablo de Fragoso vio la nariz del bueno del frayle estar sobre el agua de la tinaja, y dixo: «¿Qué diablo es aquello que asoma por allí?»; y aquí pienso que no nos quedó gota de sangre en el cuerpo, ni pienso que al bueno del frayle de lo que havia comido.

GRAJALES.- Haría el milagro de architeclino, según lo que havia bebido.

CELESTINA.- Más tornó el agua en la yra de Dios que según hedía pienso que no pudo ser menos, sino con el miedo y el frío que le tomaron cámaras.

GRAJALES.- Pues veamos, quando el rufián preguntó qué era aquello, ¿en qué paró?

CELESTINA.- Pues calla, que lo mejor está por venir. Yo le respondí, que la Texeyra ni oya ni entendía, que me havían dado un galápago y que lo havia puesto en aquella

tinaja, y a él tomóle gran rysa y dixo: «Dole al diablo, ¿y la cabeça tiene defuera?» Y aquí pensó el frayle que por la suya dezía, y çúmese todo y torna luego, por no se ahogar, a sacar su nariz; y el bueno del Fragoso muerto de rysa del galápago de que sacava la cabeça, que pensava que era la nariz del negro ministro, arrojóle un majadero y dio un golpe en la tinaja que pensamos que la quebrara; y aquí fue otra afrenta, que lo quería tirar otra vez con el mortero que había quedado, sino que yo se lo quité de las manos diziendo: «Anda, amigo, que no te costó dineros como a mí, no quiebres mi tinaja». Y en esto, plugo a Dios que entraron las vezinas y asosegóse el alteración, yo tuve manera de echar de casa al diablo del rufianazo, que no había diablos que le hiziessen salir de casa; y ya que le tuve echado, que quería despedir las vezinas, el diablo del frayle, no sé cómo fue, si desperecido de frío, o por rebolberse, da consigo una flayrada y con la tinaja, y queda vuestro frayle en mitad de la sala, que parecía que había salido por algún albañar, y como se vertió el agua no olía la casa a menjuý. Fue tanta la rysa de ver caer la tinaja y quebrarse, y quedar el diablo del frayle hecho un palomino, esperecido de frío en el suelo, que ni él se podía levantar, ni, de risa, ninguna le podía ayudar; y ya que hartas de reýr, callentámoslo lo mejor que podimos y, con juramentar las vezinas, echárnoslo con todos los diablos. Y éste fue frayle o fue diablo, que nunca más pareció.

GRAJALES.- De suerte que él no fue novio.

CELESTINA.- Sería novio el diablo. Y aun tal yva él, que pienso que no podía tornar en sí en esos ocho días.

GRAJALES.- Por Nuestro Señor, el mejor cuento es que oý.

CELESTINA.- Pues oye, que con el desatino dexóme una bolsa con media dozena de ducados para la vista del proçesso.

CELESTINA.- Assí que, tía, de la burla tú llevaste lo mejor.

CELESTINA.- ¿Y cómo lo mejor? Mas yo te certifico que de aquí a un mes no acabase cuentos graciosos que por mí han passado. Mas paréceme que a la puerta llaman, cessen los cuentos, y sabe, hija, quién es.

ELICIA.- Tía, Sigeril, paje del señor Felides, está allí.

CELESTINA.- Subíos vosotros arriba, y ábrele, hija.

SIGERIL.- Tía señora, Dios te salve.

CELESTINA.- Hijo, y tú vengas con su gracia.

SIGERIL.- Señora, dos palabras te quiero dezir sola.

CELESTINA.- Pues, hija Elicia, súbete arriba. ¿Qué es lo que mandas, hijo?

SIGERIL.- Señora, Felides, mi señor te embía estos cien ducados por el corretaje del casamiento, y que el de tu sobrina quede aparte, para quando tú huvieres buscado el que se ha de casar con ella, y que le perdones si es poco.

CELESTINA.- Hijo, mi amor, que le beso las manos, que no se espera menos de tal persona, y que es tanto que no merezco a Dios tan gran merced. Y toma tú, hijo, un par de pieças para calças.

SIGERIL.- Madre, no es menester, y queda con Dios.

CELESTINA.- Por mi vida, sí tomarás.

SIGERIL.- Ora, madre, yo te lo tengo en merced, y queda con Dios.

CELESTINA.- Hijo, y Él vaya contigo; y ruégote que te aproveches desta casa como de la de tu amo.

SIGERIL.- Señora, téngotelo en merced.

CELESTINA.- Ora yo quiero dormir, pues tengo ya cobrada buena fama, que aquellos mancebos no se apartarán tan presto, y esconder este dinero porque no me lo hurte Elicia, como me querría cantusar la cadena y las cient monedas.

Argumento de la XXX Cena

PANDULPHO dize a SIGERIL que a qué fue a casa de CELESTINA, y él te dize que a dalle cient doblas, y sobre esto passan grandes cosas; y después, PANDULPHO se quiere escusar por santo de no offender a Dios, por temor de yr esta noche con su amo al concierto, y passa con SIGERIL muchas cosas sobre ello. Y introdúzense:

PANDULPHO, SIGERIL.

PANDULPHO.- Hermano Sigeril, ¿a qué fuiste oy a casa de Celestina?

SIGERIL.- No digas nada.

PANDULPHO.- A mí no hay necesidad dessos avisos.

SIGERIL.- Pues sabe que le llevé cient doblas que le embió nuestro amo.

PANDULPHO.- Aý passó la liberalidad del pie a la mano.

SIGERIL.- Assí me parece a mí, porque tan mal parece dar mucho donde no se deve, como dexar los servicios sin galardón. Que es liberalidad la que pierde el nombre con la falta de la razón para dar, y cobra nombre de prodigalidad.

PANDULPHO.- Por cierto, que te quiero dezir que es tan mala la escasseza, que tengo yo por mejor tocar en pródigos los hombres que no en avaros.

SIGERIL.- Todos los extremos son viciosos, y en el medio hallaron los sabios que consistía la virtud; y la mayor virtud es rehusar las riquezas, como se tuvo en Atenas por mayor liberalidad rehusar fación los dozientos talentos que el rey Alexandre le dava, que la liberalidad que el rey hazía en dar tan gran dádiva.

PANDULPHO.- Sería essa merced con mayor razón de dar por la virtud del servicio que la de Celestina, y para ganar Alexandre mayor fama de tal liberalidad que Felides con dar lo suyo a alcahuetas, para ganar fama inmortal de vicios. Mas, pues no quiere tomar nuestro consejo, déxale, pélelo, que el loco por la pena es cuerdo.

SIGERIL.- ¿Y la obligación que como criados tenemos de dezille la verdad, cómo se pagará?

PANDULPHO.- ¿Ya no se lo tenemos dicho? Y pues él aborrece la verdad, vistámoslo de lisonjas, y si Celestina robare, robemos, que a rýo buelto, ya me tienes entendido.

SIGERIL.- Pandulpho, sí entiendo, mas también entiendo que el mayor galardón que de servir se saca es que quedamos más pagados de nuestra obligación y virtud, que sin ella ricos de dinero y pobres de la deuda que nos devemos a dezir verdad a nuestro amo, y más por lo que le devemos. Porque me parece que la mayor paga que podemos sacar de nuestro servicio es de haver servido bien, y pues el que bien sirve, no medra; el que mal sirve, ¿qué espera? Y por esto no pienso jamás, porque se enoje Felides, dexar de dezille verdad, que más quiero que me desame por se la dezir, que no que me ame por dezille la falta della; más quiero quedar aborrecido por bueno, que loado por no tal, y en fin, quiero que quando me falte el gualardón de servir, que me sobre, a lo menos, el que puedo sacar de haver servido bien.

PANDULPHO.- ¿Que tú no sabes, que con esso que dizes, que de necios leales se hinchen los infiernos? Y por tanto yo quiero bivar conforme al tiempo, y usar lisonjas como se usan, pues sabes que lo que se usa que no se escusa.

SIGERIL.- Pues yo me quiero escusar de uso que ni en los otros ni en mí me puede parecer bien escusarme dél.

PANDULPHO.- Más querría que buscasses manera para escusar de yr con nuestro amo esta noche, como hoy viste que nos dixo.

SIGERIL.- Hermano Pandulpho, nunca pienso en escusarme donde no me escusa y

me tiene obligado lo que devo a mi amo, y por devérselo, a mí me deve a pagallo.

PANDULPHO.- Muy filósofo estás agora.

SIGERIL.- Y tú muy temeroso. ¿Tú no dezías que no naciste sino para cosa de afrentas?; ¿pues cómo agora te querrías escusar dellas?

PANDULPHO.- Porque tan feo me parece tomallas sin causa, como dexallas con causa y razón de tomallas.

SIGERIL.- Bien dizes, si el tomallas y dexallas fuesse en nuestra mano, o para dexallas por injustas, o tomallas por lo contrario; mas la razón que para tomar peligro en tales liviandades a nuestro amo falta, nos sabrá de la razón a nosotros por mandárnoslo él.

PANDULPHO.- Sí, mas yo he oýdo a teólogos que lo que es contra ley de Dios que no es obligado el hombre a hazello, aunque lo mande su señor; que por esta causa me quería yo apartar deste peligro, donde no temiéndolo en el cuerpo lo devo temer en el alma. Y quanto va de la excellencia del alma a la del cuerpo, se deve más estimar lo que toca al alma que lo que toca al cuerpo, pues la una es inmortal y el otro ha de acavar tan presto.

SIGERIL.- Amigo Pandulpho, muy moços somos para tanta conciencia. Basta para mi edad escrúpulos de honrra, pues sabes que honrra y provecho no caben en un saco, provecho del ánima y honrra corporal del mundo, digo. Mas no sé dónde te vienen estas santidades, que tan cathólico y tan temeroso del ánimo te veo.

PANDULPHO.- Sigeril hermano, hago bien, que sabe que por esso me desposé, por apartarme de offender a Dios con Palana, y por tanto no lo quiero offender por Polandria. Que, en fin, de los hombres es pecar, mas diabólico el perseverar, que en todo tiempo es de evitar lo que priva la vida por todo tiempo, por el morir mal en tiempo, digo, para bivar muriendo para siempre.

SIGERIL.- Ora, pues tan santo te hazes, yo te aconsejo que no vayas allá, y lo consejo a mi amo que no te lleve y que mande llamar a sus escuderos, Silestres y Fornaces, que yo te prometo, que aunque son viejos, que no se escusen por conciencia.

PANDULPHO.- Hermano, ya sabes que primero hemos de buscar el reyno de Dios y su justicia, y si desta manera mi amo se quiere servir de mí, yo pondré por él la vida, mas el alma no la quiero aventurar. Si quiere ser homicida de sí a manos de los criados de Paltrana, no lo quiero yo ser, porque estoy determinado de por ninguna cosa offender a Dios; porque Él dize: «¿qué le aprovecha al hombre ganar a todo el mundo si su alma rescibe detrimento?» y que tememos no a los que sólo nos pueden matar los cuerpos, mas el que no sólo puede matar el cuerpo, mas poner el alma en los fuegos eternos. Y si dixeres que lo dexo de temor, como digo, más quiero vergüença en cara que manzilla en corazón.

SIGERIL.- No es menester más, tú te puedes quedar; y por esto veo que son grandes los juyzios de Dios y no sabidos sus caminos.

PANDULPHO.- ¿Por qué dizes esso?

SIGERIL.- Porque de prescito en el burdel, tan presto te veo predestinado; y por una parte quieres ser lisonjero para, no diziendo verdad, perder el alma por ganar el cuerpo, y por otra, apartarte de peligros por ganar el alma y salvar el cuerpo.

PANDULPHO.- ¿Y qué, dezir lisonjas es pecado?

SIGERIL.- Y como lo es querer ganar con fraude de no dezir verdad; y pues Dios es verdad y lo que no es por Él contra Él es, como Él dize, mira si con lisonjas sirves a Dios.

PANDULPHO.- Pues déxame el cargo, que ni en esso ni en essotro le entiendo deservir.

SIGERIL.- En esso de las lisonjas no le desirvas, que en essotro yo te aseguro el

servicio.

PANDULPHO.- Di lo que quisieres, que yo tengo tan provada mi persona que no hay quien pueda juzgar a temeridad lo que hago.

SIGERIL.- Hi, hi, hi.

PANDULPHO.- ¿De qué te ríes?

SIGERIL.- De que te salvas desso por términos de fortaleza, que de la temeridad yo te aseguro la reprehensión, porque, en mi ánima, jamás la conocí en ti.

PANDULPHO.- Pues desso me contento yo y quedo abonado, pues no me tuviste por temeroso, o por temerario, por mejor dezir.

SIGERIL.- No, por cierto. Y con esto nos vamos, que se haze hora del concierto; y yo diré a Felides tu buena conciencia y llevará otro en tu lugar, y quedarte has tú orando, pues tan santo eres, porque nos guíe Dios.

PANDULPHO.- Di lo que quisieres, pues todo te lo tengo de sufrir, pues sé que bienaventurados son los pacíficos, pues hijos de Dios serán llamados.

SIGERIL.- Ora vete acostar, que yo voy a entender en mis armas.

PANDULPHO.- ¡O, qué cosa es un hombre sabio como yo! ¡Cómo he sabido rodear mi provecho para guardarme del daño que esta noche se apareja! Y aunque lo dixo a otro fin Sigeril, bien puedo yo dezir que he metido honrra y provecho en un saco, pues con honrra de servicio de Dios encobrí la falta della en mi temor, y saqué el peligro de la vida, para metella, con el provecho de savella guardar, en el saco de la honrra que dixe. Bien librado estuviera yo, haviéndome apartado de tantos peligros hasta aquí, yr agora por su liviandad de mi amo a buscar la muerte, que tal pienso que se le apareja esta noche a él y a los que con él quisieren yr. Y para más seguridad, yo me quiero yr a dormir a los tajones de la carnicería, no se le antoje a Felides de me sacar de la cama; y diré mañana que todo lo que dixe a Sigeril fue por no mentir a Quincia, que tenía hecho concierto para esta noche con ella. ¡O, cuerpo de tal!, que no es esto bueno, porque más noches habrá que longanizas para yr; mejor es, voto a la casa sancha, lo que tengo dicho; y de mañana en adelante compraré unos agallones y haré mucho del hermitaño con mis cuentas para dissimular, en quanto tura este cebo de buytrera destos negros amores, que tales pienso yo que han de ser. Y quiérome yr, y diré que a salvo está el que repica, quando ayudare al doblar por los que van.

Argumento de la XXXI Cena

FELIDES dize a SIGERIL si es hora de yr al concierto, y le dize que sí y cómo PANDULPHO no quiso yr allá, y en su lugar va CORNIEL; y llevan la vihuela, y entran en el jardín, y cantan y tañe FELIDES, y óyenlo POLANDRIA y PONCIA. Y después sale PONCIA y concierta el camino con FELIDES y, desposados, déxalos a la reja, y apártase con SIGERIL y desengañaile que si no se casa con ella que es escusado; y con esto tornan a sus señores y despídense, porque era ya mucho tarde. Y entrodúzense:

FELIDES, SIGERIL, CORNIEL, POLANDRIA, PONCIA.

FELIDES.- Sigeril, ¿es hora ya que vamos?

SIGERIL.- Señor, hora es. Mas mira quién ha de yr contigo, que Pandulpho está tan santo que no quiere offender a Dios.

FELIDES.- ¿Cómo es esso, me di?

SIGERIL.- Señor, es que del dicho al fato hay gran rato y, en fin, que él no yrá, según dize, donde se ofenda a Dios.

FELIDES.- ¡Pues vaya para vellaco, cobarde!; y si no fuera porque no me descubriera no lo tuviera más un día. Di a Corniel que se adereçe, y él y tú yrés conmigo.

SIGERIL.- Señor, ¿no sería bueno llamar a tus criados de tierra?

FELIDES.- Que no es menester, sino, sus, toma una escala y vamos; y llama a Corniel.

SIGERIL.- He aquí a Corniel.

FELIDES.- Pues, hijo Corniel, tomarás esa escala debaxo tu capa, y tú, Sigeril, lleva mi vihuela.

SIGERIL.- Señor, todo está aparejado.

FELIDES.- Ora pues, vamos; por aquí vamos mejor, que haze luna. Ora, sus, y callando; llega, Corniel, y pon aquí el escala cabe la mar y, como huviéremos entrado, ponte apartado, y mira no duermas para quando yo salga; y tú Sigeril, entra conmigo.

CORNIEL.- Señor, la escala está como ha destar, ora sube.

FELIDES.- Sube, Sigeril, que ya estoy acá; dame acá la vihuela en quanto subes.

SIGERIL.- ¡O, cuerpo de mi vida!, qué malo es subir por estas cuerdas.

FELIDES.- Dacá la mano, ayudarte he.

SIGERIL.- Señor, no es menester.

FELIDES.- Dacá la mano, bovo, que nunca subirás. ¡O, válame Dios, y qué suelto quieres!; Corniel, ora apártate. Anda acá, Sigeril, aquí estamos bien cabe esta rexa; por cierto, que me es gloria andar en este jardín, que con saber que mi señora se pasea por él de noche y de día tendría yo por gloria estar aquí. Y dame acá esa vihuela en tanto que viene aquel ángel a visitarme.

SIGERIL.- Mira, señor, no te oyan.

FELIDES.- No puede ser, que el jardín está apartado donde no nos puedan oír, que ya yo lo tengo sabido; y oye.

SIGERIL.- ¡O, señor, cómo está buena essa vihuela!, ¡y qué mano traes! Ora, nunca tan excellente cosa oí, paréceme que jamás assí te oý tañer.

FELIDES.- Calla y escucha, que assí es menester.

PONCIA.- Señora Polandria, llégate, que está aquí aquel cavallero, y oyremos un rato. ¡O, válame Dios, y qué maravillas haze en aquella vihuela!

POLANDRIA.- Todo se parece a la guytarra de Pandulpho; llama acá a la señora Quincia para que lo entienda.

PONCIA.- Más para que lo parle.

POLANDRIA.- Ora oyamos, que comiença ya a cantar Felides:

FELIDES

La luna resplandecía,

el cielo estava estrellado,

los árboles se bullían

con el ayre delicado,

con golpes de las riberas

del sordo mar concertado.

POLANDRIA.- ¡O, válame Dios, qué suavidad de boz y qué garganta! Y con el son del ruydo de las ondas del mar y el reguzijo delicado de los ayres en los cipreses, como él dize, no parece sino cosa divina, con aquel traer el ayre a ondas la boz haziendo cerca y lexos della, como en pintura de gran artífice.

PONCIA.- Señora, y aquellos sospiros con que despide la boz de rato a rato, ¿qué te parecen?

POLANDRIA.- Paréceme que son para despedir las almas de las que lo oyan; y callemos, no perdamos de oír tan excelente cosa, que trae, por cierto, devoción y consideración de la gloria celestial.

FELIDES

Los clines de los cometas

corren con fuego inflamado,

las aves, los animales,

el descanso havían tomado,

salvo las aves noturnas

que a cantar han comenzado

con gritos tan dolorosos

como contino han cantado,

quando el triste corazón

con Felides ha quedado,

con vida apartada el alma

por havella allí embiado

donde por más la tener

es della el cuerpo apartado,

como lo muestra a Polandria

que a sus males ha llamado,

que por sí la llama a ella

como en ella transformado,

para pedir piedad,

no del mal questá llagado,

mas del mal que le haría

en acabar tal cuydado,

por perder más bien con él

que en la vida que ha dexado.

POLANDRIA.- Por cierto, no pensé que en mi vida viera cosa tal.

PONCIA.- Señora, paréceme que no hay cosa que dexé de venir a tal reclamo; y pues que dize que te llama, razón es de venir a ver lo que quiere, para ver si se concierta con lo que queremos.

POLANDRIA.- Ora, oyamos que habla, y veamos qué dize.

FELIDES.- ¡Ay, Sigeril!

PONCIA.- Señora, por Dios, que no tenemos mala noche, que allí tenemos mi requebrado.

POLANDRIA.- Ora escucha.

FELIDES.- Por cierto, la consideración de mis palabras, y aquellos cometas que con más resplandescientes llamas corren por mi corazón en la espera del alma donde se encienden, con lo que más se desespera del bien de mi señora, así tiene hecha ceniza mi esperanza que, si su favor con su vista presto no me socorre para sacarme de mi ceniza como a fenis, yo pienso que con el favor primero de mandarme venir aquí acabara la vida, dexando en testimonio el cuerpo, para mostrar a dónde pudo aposentar el alma.

POLANDRIA.- Por cierto, estas razones y las de la carta del otro día todas son unas.

PONCIA.- Calla, señora, veamos qué responde el otro mal pesar de mi amigo.

SIGERIL.- Señor, por cierto, con el son de tus palabras y la memoria de lo que tengo en la fantasía, tan transportado estava, que la gloria de mi contemplación quasi sin vida y sin pena me tenía suspendido.

PONCIA.- ¡Ay, mi dolor, y también haze comparaciones! Señora, paréceme que el mancebo que no quiere dever nada a su amo.

POLANDRIA.- Por mi vida, que se le han apegado, de la conversación, las buenas razones. Y oyámoslos un rato, que es gran gloria.

FELIDES.- Sigeril, de la razón de mi pena participa ya la tuya las razones que has dicho. Bien parece que es grande mi fuego, pues estando tú tan lexos te puedes a él calentar; bienaventurado yo, que aun el mal de mi mal pueda dar gloria, aun al que sólo del bien de se callentar al fuego que dél se enciende gozar puede.

SIGERIL.- Señor, no te lo quiero consentir, que no pienso yo que el fuego de mi señora Poncia tiene menos virtud en quemar, que el tuyo me puede con su calor poner.

PONCIA.- Oxe mi necio, pues aguarda a quemarte en esse fuego, que bien te podrás antes secar a él.

POLANDRIA.- Calla, por tu vida, y oye qué responde Felides.

FELIDES.- Dexa ya, Sigeril, la vanidad de dioses vanos, y adora aquel solo que yo por Dios adoro y conozco.

SIGERIL.- Bien parece, señor, la virtud de mi señora, pues sin eregía no te consentió responder.

PONCIA.- Por mi vida, señora, que el paje que no es nada necio.

POLANDRIA.- Ora, oye la respuesta.

FELIDES.-

Bien parece que se pierde de tu razón en mi fe, pues por faltarte a ti tal lumbre juzgas tan mal; y quiero echar el bastón, con la deshecha del romance, y sello a tu razón, con la razón que para dezilla tengo, y oye:

El que no siente mi mal

no puede sentir de vos

cómo os adoro por Dios.

PONCIA.- ¡Por mi vida, qué de improviso lo ha hecho, y dado son al villancico!

POLANDRIA.- ¿Ora, viste tal cosa, y tan a propósito?

PONCIA.- Al diablo doy tal gracia de hombre; y oyamos la buelta, que ya la comienza.

FELIDES

No puede sentir que siento

los milagros que hazéys,

cómo quitáys y ponéys

vida y muerte en un momento;

y así sin tal pensamiento,

no puede sentir de vos

cómo os adoro por Dios.

SIGERIL.- Pardiós, señor, que si la señora Polandria, como oye esse villancico, hubiera oído la carta que en tu nombre le escribió el elegante Pandulpho, que pienso que tu pena fuera ya acabada.

FELIDES.- Dime eso otra vez, ¿y eso es posible?

SIGERIL.- Es tan posible quanto se salvó en su crédito, para condenarte a te en el que tenía de tus razones.

FELIDES.- ¿Quieres dezir que porque mi señora no entendía mis filosofías quiso él emendallas con sus necesidades?

SIGERIL.- Eso digo.

FELIDES.- Por cierto, yo quedara tan mal librado, si en mi nombre se hubiera leído tal carta, quanto tú lo has querido encarecer.

SIGERIL.- Pues sabes quán bien librado quedaste, que en leyendo la carta conoció tu señora las razones della con su razón.

FELIDES.- Razón has dicho con que por éssa sola merece ser servida y adorada, y aunque otra merced no me hiziera jamás, con éssa sola quedo no sólo pagado, mas adeudado para toda mi vida. ¿Passas por tal necesidad y atrevimiento de majadero? Bien librado quedara yo, si en la sabiduría de mi señora no se salvara mi inocencia en sus necesidades del asno.

SIGERIL.- Señor, perdónale, que no pensó él que errava.

FELIDES.- Mejor fuera que pensara que no podía acertar. No de balde se celebró con letras de oro aquel notable dicho de Chillón Lacedemono que dize: «conóscete a ti mismo»; porque desta inorancia que los hombres naturalmente tienen de sí, se venden por ignorantes ante los otros, y este mal que todos tenemos es bastante para que yo le perdone esse hierro, pues la intención que a él le salvó me condenó a mí con su inocencia.

POLANDRIA.- ¿Tú, Poncia, has entendido aquello que ha pasado? ¿y cómo la traydora de Quincia trahía tales tramas, industriada por aquel majadero, cuya era la carta? ¡Mas cómo la conocí luego!

PONCIA.- Y aun, pardiós, mala estava ella de conocer. Y cree, señora, que estas rapazas hazen padecer la honrra de las mugeres sin causa, yendo y viniendo cargadas de mentiras. Mas ¡cómo nos hazía entender que le arrojaba Felides la carta, dándosela el otro hurgonero de horno, gesto de cucharón!

POLANDRIA.- Ora dexemos esto, que se haze tarde, y llégate y habla a Felides, y sepamos qué tenemos.

PONCIA.- ¿Todavía quieres, señora, que te quite la vergüença?

POLANDRIA.- Sí, por tu vida.

PONCIA.- Ponte tú, señora, detrás de mí, que, en el nombre de Dios, yo llevo.

FELIDES.- ¿Es algún mensajero del cielo el que abre la ventana, o el mismo Dios que

torna a la tierra a redimir a Felides de tanta pena?

PONCIA.- Mensajero es, y del suelo; y por tanto yo vengo a dezirte, señor, de parte de mi señora, lo que sabido será en tu mano venir ella aquí, o no venir agora ni jamás.

FELIDES.- ¡O, ángel, que yo no puedo desconocer por parte de dónde veniste! ¿Cómo dizes tú que está en mis manos lo que está en aquéllas en quien están las mías, con toda mi libertad? El mandamiento de mi Dios y mi señora me notifica, que el cumplimento de mi parte obedecerá lo que, como vasallo, devo al tributo de su valor y hermosura.

PONCIA.- Señor Felides, no pensé yo que tan fuera de sí estuviera un hombre tan sabio y tan gentil hombre como tú, que viendo una muger moça y no de mal parecer como yo, y sola, dexaras de dezirme la pena que pienso yo que ninguno queda libre de mi vista, debaxo de buen conocimiento. Y hasta ver si me satisfazes a esto no diré el mensaje que traygo, donde no poco saber es menester para responder a él.

FELIDES.- Mi señora Poncia, dexada la gracia con que dizes lo dicho aparte, y el donayre que con ella has dicho, junto con la razón que en lo dicho tienes por ser assí como lo dizes, digo que la mayor razón para pensar que no me faltara para responder es no la guardar yo, como dixiste, acerca de la ley de tu hermosura, y mi saber con poca edad, pues que faltándome en tal tiempo para gozar de tal libertad, bien parece que mi señora Polandria me dexó sin ninguna para que yo della gozasse. Mira si teniendo la libertad prendada en tal lugar, si hay razón para demandalla fuera de donde la perdí.

PONCIA.- Assí que, señor, que según esso quieres ser como dize el proverbio, que donde perdiste la capa, ay la cata.

FELIDES.- Esso quiero dezir.

PONCIA.- Pues señor, lo que tu señora dize es que ella no te hablará palabra, hasta que con la primera puedas asegurar el comedimiento que a su honrra se deve; y esto respondido y satisfecho estará en tu mano hablalla, o jamás la hablar.

FELIDES.- Señora, esso yo lo asseguro y prometo.

PONCIA.- Pues cumple que des la mano para ello, para la seguridad que es menester y yo quiero poner sobre ti.

FELIDES.- Señora mía, hela aquí, que por esso no quedará.

PONCIA.- ¿Pues otorgas todo lo que yo dixere?

FELIDES.- Sí, por cierto.

PONCIA.- Pues sabe que otorgas de ser esposo y marido de Polandria, que presente está. Y sale tú, señora, que sin ti no se puede hazer la boda.

FELIDES.- Déxame, señora, adorar a mi Dios antes que lo reciba, y por una parte le adoro y alabo por tan gran bien, y por otra, si soy digno, otorgo lo que has dicho.

PONCIA.- Y tú, señora, ¿otórgaste por muger y por esposa de Felides?

POLANDRIA.- Sí, otorgo.

PONCIA.- Pues los que Dios y yo hemos ayuntado no los apartará Sigeril, que conmigo será testigo. Y agora que, señor, has dicho la palabra de seguridad que te demandé, di la segunda désta y primera de desposado.

FELIDES.- Digo que la primera ha sido tal, que sería lo mejor responder con enmudecer, pues falta segunda que pueda, tras la primera de mi señora, ser primera ni segunda.

POLANDRIA.- Señor Felides, ya que tengo seguridad del precio principal de mi bondad, por el qual podiste tú merecer el del valor de tus pensamientos, quedando ellos con el valor que tenían, que no quedaran si yo de otra suerte con darte favor los abaxara, quanto por la razón de mi estimación los havías ensalçado, yo te confieso que como por lo que digo pusiste en su estado la estimación en que me tenías, he puesto yo en libertad aquella fuerça de mi limpieza, que por la fuerça de tu valor, gracias, con

hermosura, he sido hasta aquí combatida, para con mayor gloria ganar la vittoria de mi honestidad en la cruel guerra de la sinrazón de amor, resistida con la defensa de la mayor razón del amor de mi virtud, con aquella vergüença que más a mí que a los estraños devía; porque dellos puedo huyr o esconderme, lo que de mí no puedo, pues contino donde fuera fuera conmigo la vergüença de haver faltado a mí, a la obligación de aquella honrra y fama que mis passados con tantos trabajos me dexaron, con el autoridad de su linaje sostenida en los trabajos, premios de la honrra, que con descanso a ninguno es otorgada. Assí que debaxo de tal seguro, tú tienes razón para dezir ya lo que querrás, y yo para responder; y no tratándome como a Dios, pues más estimo yo, como tu esposa, ser tratada como compañera, haviendo defendido mi limpieza, que por la vía de señora ser adorada como a Dios, pues ni a Dios se le ha de hazer tal injuria, ni a mí se devía con nombre de señora tal sujeción.

FELIDES.- Mi señora Polandria, bienaventurado soy yo, pues con perder contino la esperiença, con el comedimiento que a mis pensamientos devía, puede merecer cobralla con gloria tuya y mía, que es la tuya. Créeme, señora mía, que nunca contra tu valor pecó mi voluntad, y por tanto, como esposo, aceto las mercedes que como compañera me puedes participar para mi remedio y tu limpieza, y en todo lo demás no quiero quitarte el señorío que para te servir contino reconocí, para gloria tuya y de mis pensamientos; pues el matrimonio entre tales personas como tú y yo no sufre la sujeción que los baxos casados de sus mugeres quieren, donde faltando en ellos la razón de la honrra que a las mugeres como a sí mismos deven, pues por razón del sacramento son ya uno y no dos, quedan con el instinto para rifar con ellas como animales sobre el pesebre, que es el servicio de su casa, tratándolas como a siervas; y créeme que, los tales, el mayor testimonio que pueda haver para saber que Dios no los ayuntó es podellos apartar el diablo, que no podría si ellos en Dios fuessen ayuntados. Assí que los tales ofenden a Dios y a su honrra; a Dios en no ser uno en una carne, haziéndolas cada día carne, assí ofenden, que con trattallas mal se tratan peor a sí mismos, haziendo esclavas a ellas y a sí baxos y de poco valor y menos virtud. Assí que, mi señora, fuera de lo que como compañero puedo gozar del remedio de mis dolores, en lo demás contino quiero conocer tu señorío, para no caer en la servidumbre de la poquedad que, como dixes, los bajos y de poco valor caen. Y para ponerme en ambas possessiones dame esas hermosas manos, y con besallas gozaré de la gloria de mis pensamientos en compañía desposa, y tú da la gloria que por tu valor todos, y yo, por señora, te deven.

PONCIA.- No sea todo hablar en seso, que yo también quiero ver hablar a Sigeril.

SIGERIL.- Señora, y yo callar, havendo recebido tan gran merced como éssa, pues no bastan ningunas obras ni servicios a lo poder pagar; pues, quanto menos, las palabras suplirán lo que devo a tus favores en acatamiento de mi señor Felides, adonde como criado le devo el silencio en su presencia.

POLANDRIA.- Paréceme, Poncia, que con responderte Sigeril, encareciendo la merced que le heziste, te reprehende la obligación que no me pagas, como él publica devella y querer pagalla a Felides, como a señor.

PONCIA.- Pues señora, si yo tengo de callar en tu presencia, dame licencia para yrme a la otra rexa, pues que ya no hay necesidad de testigos.

POLANDRIA.- Y te la doy y tú la tienes.

SIGERIL.- Y yo la pido, para desde abaxo tenerte compañía.

PONCIA.- Yo te la doy, para que pienses que no te la doy en la parte que tú la pides, y allá me voy.

FELIDES.- ¡O, mi señora Polandria!, suplicote que, con la discreción y saber que tienes, juzgues por tu valor y hermosura en tu conoscimiento, que en esto no puede faltar, la razón de mis dolores y el amor que contino de tu parte abrasa mis entrañas,

porque yo no osaré ponerme a dezir cosa tan alta con tan baxas palabras, como en comparación de lo que yo siento es todo lo que se puede dezir.

POLANDRIA.- Señor, no hay necesidad de dezir lo que yo contino con ygual sentimiento te tengo pagado, sino que te tengo una ventaja, que es la falta de la libertad que tenía para descubrir mi dolor con mi limpieza; que a ti, con gloria de publicallo para buscar el remedio, disminuía la pena.

FELIDES.- ¡O, mi señora, bésote las manos por tal merced!, pues disminuyendo mi dolor en padecer, en valor lo has acrecentado con acrecentar el que tú por encobrirlo publicas, y de disminuillo me ha puesto tanto para merecer gloria, que con el atrevimiento de tanta grandeza te suplico de tu hermosa boca, como a esposo, por esta rexa me hagas merced; pues como cosa fresca y corriendo sangre, que es la color de sus labios, tras la red desta rexa o, por mejor dezir, de mis prisiones, la tengo ya comprada con el precio que con tu pena pusiste a mi dolor.

POLANDRIA.- Señor, ni mi honestidad lo sufre, ni tu autoridad lo deve pedir. Súfrete por esta noche y no quieras ser el moço del gallego, que, andando todo el año descalço, en una hora matava al çapatero por el calçado; que mañana en la noche yo buscaré manera para me salir para ti a esse jardín, y entonces, si con forçar mi honestidad quisieres gozar dessa merced, no será en mi mano resistir, pues la fuerça de tus manos, con la mayor de ser tu esposa, pidirán la possessión en lo que agora me pides, que la propiedad de mi honestidad y tu autoridad en tal parte te niegan; pues más justo es que reciba yo fuerça de tus manos, para recibilla yo en darte este favor, que no que la haga yo a mí por mí para hazer lo que mandas y la rexa al presente nos estorva de tu voluntad, en lo que con ella la mía defiende con mi honestidad.

FELIDES.- Señora, yo te beso las manos por la merced que mañana me quieres hazer, y quiero sufrir mi deseo en la paciencia de tu honestidad; y al presente, en estas manos que en las mías tengo quiero ocupar mi boca, y si gozándolas causaren mi muerte, con el agua de mis lágrimas quedarán labadas, como las de Pilatos, para tu ynocencia en la muerte del justo Felides.

SIGERIL.- Señora mía, pues me heziste merced de me querer oír, suplicote que con tu licencia tenga libertad, con la poca que a tu causa tengo, para te dezir mi pena.

PONCIA.- Paréceme, amigo, que antes que recibas la licencia la has tomado.

SIGERIL.- Señora, no lo creas que lo diré yo, sino mi mal, que es tanto que quanto más se quiere encobrir más se descubre; pues sabes que amores y diablos y dineros no se pueden encobrir.

PONCIA.- Pues, según esso, no te quiero dar licencia para que gozes de mí en tu pensamiento, porque querría yo que el que fuesse mi namorado fuesse muy secreto.

SIGERIL.- Assí lo seré yo.

PONCIA.- ¿Cómo es posible? ¿Tú no dizes que amores y diablos y dineros, que no se pueden encobrir?

SIGERIL.- Sí digo.

PONCIA.- Pues mira cómo te has condenado.

SIGERIL.- ¿Cómo?

PONCIA.- Porque teniendo en mí el pensamiento, asegúrame tú los dineros, que los diablos y los amores yo te los aseguro.

SIGERIL.- ¿Cómo es esso, señora?

PONCIA.- ¿Y cómo, tú no vees que soy el diablo?

SIGERIL.- Hi, hi, hi; tal diablo, señora, querría yo que me llevasse, como dixo el hijo del rey.

PONCIA.- Cuéntame, ora, esso.

SIGERIL.- ¿Y cómo tú, señora, si eres el diablo no lo sabes?, que el diablo todo lo

passado sabe.

PONCIA.- Ora, cuéntamelo, por tu fe, que yo te responderé después a esso.

SIGERIL.- Pues has de saber que un rey mandó a un sabio que enseñasse a un hijo suyo dende que nació, adonde no viesse más que el sabio; y después que ya hombre llevólo adonde pasavan muchas cosas, y pasando unos y otros, y el hijo del rey preguntando cada cosa qué era y el sabio diziéndoselo, passaron unas mugeres muy hermosas, y preguntó el hijo del rey qué cosa era aquello, y el sabio dixo que diablos, pues tales hazían a los hombres, y respondió el hijo del rey: «Si éstos son diablos, yo quiero que me lleven a mí». Y assí, señora, me lleva tú a mí si eres diablo, que yo por ángel te tengo.

PONCIA.- Pues yo te certifico que en las obras me conozcas si soy ángel o si soy diablo. Mas ¿para qué quieres que te lleve?; porque aunque tengas amores y diablos, si no tienes dineros, maldita la necesidad que de ti tengo.

SIGERIL.- ¿Y qué sabes tú, señora, si los tengo?

PONCIA.- ¿Tú no dizes que no se pueden encobrir? Pues yo te prometo, que si los tienes, que el proverbio mienta, porque, los tienes tan secreto, que podemos dezir por ti que aun el mismo moro no lo sabe. Y pues tú me dizes cuentos, yo te quiero responder otro cuento, y es que echas mano a la bolsa y te dexes de zurru zurru.

SIGERIL.- Ora, dime esse cuento.

PONCIA.- El cuento es que andava uno muy namorado de una muger moça y muy gentil, y no dormía cada noche dándole música y tañéndole a su puerta con una vihuela y cantando, y una noche paróse ella a la ventana y díxole: «Mira amigo, si tú algo quieres de mí, echa mano a la bolsa y déxate zurru zurru.»

SIGERIL.- Señora mía, no penso yo que en precio pusieras lo que yo juzgava sin ninguno.

PONCIA.- Pues agora sabes tú que sin él no se han las mugeres. Pues sabe, si no lo sabes, que con limpieza y dineros me has de alcançar, que no por diablos y amores.

SIGERIL.- ¿Pues cómo se ha de alcançar con dineros lo que se ha de conservar con limpieza?

PONCIA.- ¿Y tú no me has entendido? Pues entiende que con tener dineros para te poder casar conmigo quedaré con mi limpieza y tú con tu remedio, que de otra suerte no podrás.

SIGERIL.- Y veamos, señora, ¿mi persona y amor, con virtudes, no suplirán la falta de los dineros?

PONCIA.- ¿Tú no sabes que lo que se usa no se escusa? Pues si no lo sabes, sabe que ya no vale casamiento de linaje, ni de valor, si falta de dinero, y si sobra de dinero, sesenta tachas de persona se suplen con él y se encubren, como encubre la blancura. Que ya no se buscan hombres sin dineros, sino dineros sin hombres, y por esto los menos que se casan son bien casados, y la razón es que como falta el interesse porque se vendió el amistad del casamiento, luego falta el amistad; quiero dezir que faltando el dinero porque se casan, luego falta el amor que se deven como casados, lo que no faltara si por virtudes se juntaran, porque no faltando el interesse que se estima de la virtud, no podían faltar de ser bien casados por virtud.

SIGERIL.- Señora, pues hagamos yo y tú lo que apruevas para ser bien casados, y pues nos falta el dinero, suplamos con la virtud la falta del dinero.

PONCIA.- ¿Y desso comeremos? Mira, no quiero yo dezir que sin tener nada, que con sola virtud, se casen los hombres, para pedillo por Dios lo que han de comer; mas quiero dezir que no fuesse el fin a solo dinero, sino a dinero con virtud, y que lo más del dinero sin virtud no corrompiesse la mayor virtud por el vestido y por el comer. ¿Hasme entendido? Y si no me has entendido, entiéndeme, que ni tú ni yo, no teniendo nada, no

hay para qué nos casar, mas los que se han de casar quiero dezir que han de tener consideración a más que solo dinero, puesto que sin él no se han de necessitar a casarse, que sería necedad; que mejor es servir a Dios con virginidad, que no casarse para ponerse en necesidad, más de la que con guardar virginidad tuvieron, que es mejor estado, a mi ver; y por esso, para necesidad en este estado y en el del matrimonio, mejor es estar en el primero, y quando se huvieren de casar, que no sea todo por suplir la falta del dinero, si no viene acompañado de virtudes de la suerte que tengo dicho.

SIGERIL.- Señora, si pensara que para predicar me llamavas no viniera a tu sermón, porque eres muy niña para tanta doctrina.

PONCIA.- Pues sabe, amigo, que no hay arte que mejor enseñe que la intención de hazer los hombres lo que deven, y la falta de mi edad suple el desseo de mi limpieza; y por esto te he querido predicar, para reprenderte tu liviandad y notificarte mi limpieza, para que no gastes tiempo para alcançar con él lo que yo, en todo tiempo, tengo de conservar, que es mi virtud, para con ella hazer en la vida, que ha de acabar con tiempo, y mortal fama en todo tiempo. Y para pagarte el amor que me tienes, te pago amostrándote el amor que me debes tener, y no el que ni me debes ni te debes, y por él te devo menos, quanto te devría más con amarme de limpio y verdadero amor virtuoso, y no para conformidad de vicios. Y no llares ni pongas nombre de amor al amor que con tanto desamor procura deshazer lo que más se precia y poner desprecio en lo que ama, que es la castidad y limpieza de las mugeres. Y no te espantes que, siendo niña y no haviendo estudiado, te sepa dezir lo que con ley natural se alcança y se sabe en todo hombre; porque fue tan sabio el artífice de naturaleza, que en las cosas sin sentido y en las que por instinto se gobiernan, como son los animales, aves y peces, les puso tal natural que ninguna hierra de lo necessario para conservar el fin de su naturaleza, por donde se saca que menos dexó de tal virtud desamparada la razón del hombre, pues lo principal que haze al hombre ser hombre es bivar con razón de hombre, y esta razón con su naturaleza la recibió. Y por esto, no te maravilles tú que yo haga mi officio de razón, usando della para la necesidad de conservar mi natural limpieza, pues para conservar el ser de tal virtud las cosas todas no faltan. Y con esto te ve con Dios, que quiero yr a recordar a mi señora del sueño de la conversación de los que mucho se aman, que es más pesado que el natural. Y conténtate de me amar con limpio amor como te amo, y dexa el amor que buscas para menor contentamiento, quanto para mayor lo desseas, y desengañete desse engaño el desengaño que en todas las cosas desta vida hay, y más en aquéllas que con vicio prometen el contentamiento, como son los amores, que alcançando el fin dexan el desengaño por castigo del tiempo passado y malgastado, y el pesar del engaño con el desengaño presente de su poco contentamiento; y no hagas jamás cosa que sepas que, forçado, en algún tiempo te ha de pesar de havella hecho, y procura siempre hazer aquello que, de hazello, en todo tiempo pone gloria de contentamiento. Y con esto, te queda a Dios, con quien quedarás haziendo lo que digo, teniéndome y teniéndote los verdaderos amores que tengo dichos.

SIGERIL.- Señora, espantado me dexas; y bien dizía yo que en nombre del diablo me llevara a Dios, según tus razones; y con Él vayas.

PONCIA.- Señora, ora es de te retraer, y quédese esto para otra noche.

POLANDRIA.- Señor, hagamos lo que dize Poncia, pues los que miran batalla más veen que los que están en ella, y no perdamos por tan poco lo que nos assegura gozar tan presto de más tiempo.

FELIDES.- Señora, yo no puedo más que obedecer en todo a Poncia, pues tuve señorío para ponerme en el mayor del mundo; y con esto, tornando a besar tus manos, me voy.

POLANDRIA.- Yo te prometo, señor, que me las dexas bien lavadas esta noche, que

aunque tuvieran mudas las huvieras bien mudado para las poder besar sin asco.

FELIDES.- ¿Mudas?; ¡y qué mudas tienen y han tenido!, pues me mudaron de cautivo a libre, de pena a gloria, de esclavo a señor, de infierno a paraíso, de no ser a ser, y de muerte a tener vida, y vida segura de toda muerte.

PONCIA.- Ora dexa, señor, de tanto filosofar, y dexa a las aves el hablar, que ya con la mañana así lo comiençan a hazer.

FELIDES.- Señora, hombres de armas no pensava yo que desta gloria me pudieran apartar, quanto más los páxaros; y pues donde fuerça hay, derecho se pierde, señora mía, Dios quede contigo, y tú vayas conmigo hasta mañana, y contigo, señora Poncia.

POLANDRIA.- Señor mío, y contigo vaya, que conmigo quedas.

PONCIA.- Señora, dacá la mano, no tropieces, y acuéstate y durmamos, que bien lo hemos menester.

POLANDRIA.- ¡O, Poncia! ¿con qué te pagaré yo lo que por mí has hecho?

PONCIA.- Señora, con dexarme yr a dormir, que lo he menester.

POLANDRIA.- Ora, pues, Dios vaya contigo.

Argumento de la XXXII Cena

FELIDES llama a SIGERIL, y él se queixa del poco cuydado que con su gloria ha tenido en su pena, y FELIDES le promete de dar casamiento y casallo con PONCIA; y mándale llamar a PANDULPHO, y burlan con él sobre su santidad; y van después por la puerta de POLANDRIA, y POLANDRIA y PONCIA los veen. Y introdúzense:

FELIDES, SIGERIL, PANDULPHO, CORNIEL, PONCIA, POLANDRIA, QUINCIA.

FELIDES.- Bien parece que la falta del cuydado con el no pensado remedio ha dado lugar al sueño, que tarde es. Quiero llamar a Sigeril, y ponerme muy galán hoy, pues tengo razón para ello. ¡Sigeril!; ¡a, Sigeril!

SIGERIL.- Señor, ¿qué mandas?

FELIDES.- ¿Qué ora es?

SIGERIL.- Señor, las diez son dadas.

FELIDES.- Ora es de levantar. Dame hoy de vestir de brocado forrado en ermiños.

SIGERIL.- Bien parece, señor, que tienes más gloria que yo.

FELIDES.- ¿Pues cómo te fue con Poncia?; que con mi gloria no me he acordado de tu pena.

SIGERIL.- No te has querido parecer a Julio César en la vitoria contra Pompeyo, ni al rey Agesilao en la vitoria contra los tebanos y argivos, que la clemencia de los muertos y vencidos les templava la gloria del vencimiento; y por una parte, con las mercedes mostravan la gloria de su vitoria pagando los servicios, y con las lágrimas la clemencia de los vencidos y muertos de los suyos y de los agenos.

FELIDES.- Por cierto, cosa digna de notables príncipes has dicho, y deuda principal de verdaderos hombres, que es que en ningún tiempo el interesse propio niegue el de la obligación de la virtud que los hombres más a cumplir con otros que consigo tienen. Mas la vitoria de mi gloria (pensando que la tuya se havía reportado), pareciéndome que mi ventura sobraría donde por razón faltasse en mis criados, me hizo descuydar; mas sepamos, ¿cómo te fue?

SIGERIL.- Fueme, que por Nuestra Dueña, que mal año para quantos predicadores hay en el mundo que tal sermón me hizieran, como aquella donzella anoche me hizo

para apartarme de mis pensamientos, fuera de casarme con ella; y con esto puso más estorvo por parte de faltar dinero en entrambas partes.

FELIDES.- Pues bien está, que en esso quiero yo que veas tú que en mi vitoria no olvido las mercedes de los grandes servicios; que yo quiero esta noche ser tu casamentero, y suplir con mis sobras vuestras faltas.

SIGERIL.- Bésote las manos, señor, porque las mercedes sobran a todo mi merecer, y llegan a todo lo que tú debes al tuyo, no tanto por suplir con el dinero la falta dél, como con la persona de Poncia la falta del contentamiento que sin ella toda mi vida tuviera. Que bien parece que quieres pagar lo que te debes más que no lo que me debes, pues conforme a la deuda de tu obligación me has querido pagar, y no a la poca que a mis servicios tienes.

FELIDES.- Tú dizes lo que debes y yo no pago lo que devo, porque créeme Sigeril, que en esto de las mercedes, que han de obrar tanto por razón del que da, que los príncipes, sabidos, realmente sabidos los servicios, no havían de tomar parecer para las mercedes de hombre que menos que príncipe fuese. ¿Sabes por qué?, porque el que con obligación de rey nació no nasce, ni ha de nacer, menos que con coraçón y ánimo de rey para pagar los servicios; y los que no son reyes contino aconsejan a la medida de sus ánimos, y como quedan tan baxos del ánimo que el rey deve tener, por mucho que se alarguen queden cortos, y assí salen escassas las mercedes de los príncipes, porque no se hizieron con ánimo y coraçón de reyes, sino por coraçón y ánimo de súditos. ¿Sabes el porqué?, porque ninguno da más de lo que tiene, y adonde piensa el súdito que se alargó queda corto el príncipe. Y dexando esto, dame de vestir, y passaremos tiempo un poco con Pandulpho sobre su santidad.

SIGERIL.- Pues si lo vieses, señor, cuál anda con unos agollones, que no parece sino hermitaño, rezando toda esta mañana.

FELIDES.- ¡Válalo el diablo, el rufianazo, covardazo! ¿Y qué le ha tomado agora de ser tan santo?

SIGERIL.- Maldita otra cosa, sino de miedo de yr contigo anoche.

FELIDES.- Ora dame acá de vestir, y ponme bien essa ropa; y tú Canarín, di que me ensillen una mula con una guarnición de brocado, y, adereçada, llámame; y di a Pandulpho que venga acá. Sigeril, dame acá la gorra de la medalla del fenis que se quema, pues pude sacar de mi ceniza otro yo, honrémosla hoy.

PANDULPHO.- Señor, ¿qué es lo que demandas?

FELIDES.- ¿Qué santidad es ésta, tan súpita, Pandulpho?

PANDULPHO.- Señor, el espíritu donde quiere espira. Quien convirtió a Sant Pablo y a Sant Agustín y a María Magdalena, ¿es mucho que dé gracia a un hombre pecador como yo he sido?

FELIDES.- Por cierto, que la gracia no sé si te la dio, mas es grande la que veo en verte con essas cuentas.

PANDULPHO.- Señor, las cuentas, como a solo Dios se han de dar, no me pena que te parezcan gracia, porque a solo Dios se ha de satisfacer, que los hombres de nada se satisfazen. Y ándeme yo caliente en su servicio, y rýasse la gente quanto quisiere, pues sabes que «bienaventurados seréis quando los hombres dixeren mal de vosotros mintiendo por Mí».

FELIDES.- Por cierto, que estás tan reformado que será bien que pedriques de aquí adelante.

PANDULPHO.- Señor, la verdadera predicación es con el buen exemplo en las obras, porque mal se recibe la reprehensión de las palabras del que no la tiene en las obras.

FELIDES.- En fin, ¿que ya no son tus missas cosas de armas ni de affrentas, como hasta quí?

PANDULPHO.- Señor, no soy tan necio que no entiendo algaravía, como aquél que bien la sabe. Mas sabe que en cosas justas que ninguno me echará el pie adelante, ni en las cosas injustas quedará más atrás que yo.

FELIDES.- ¡Bendito sea Dios, que tan presto te mudó! Mas, ¿qué llamas cosas justas, para que sepamos lo que te hemos de encomendar?

PANDULPHO.- Guerra contra infieles, tomar armas en defensa de tu persona.

FELIDES.- ¿Pues cómo anoche no las quisiste tomar para yr en defensa de mi persona?

PANDULPHO.- Porque yvas en offensa de tu persona y ánima, y no tenemos los servidores de Dios tanta licencia; que si a ti te viniessen a matar, estonces yo tomaría las armas.

FELIDES.- Mas estonces no las llevarías, para estar más suelto, que el peso de las armas empide mucho.

PANDULPHO.- Yo, señor, entiendo bien esso, mas ya te dixé que «bienaventurado serés quando los hombres dixeren mal de vos mintiendo por Mí».

FELIDES.- ¿Luego yo miento? ¿Pues no está más liviano un hombre desarmado que armado? Yo te hago a ti juez.

SIGERIL.- Esso, señor, será para huir.

FELIDES.- Pues para algo es ello.

PANDULPHO.- ¡O, Santo Dios, qué valiente hombre hemos topado, Sigeril! Pues no pienso que me has echado tú el pie delante en lo que nos havemos hallado.

SIGERIL.- No, por cierto, que no pienso yo que ninguno en cosa de afrenta te lo eche delante; y que me puedes tú a mí dezir, con más razón, lo que el hombre anciano dixo al rey Alexandre, tratándolo mal.

PANDULPHO.- ¿Y qué le dixo?

SIGERIL.- Díxole: «No sé yo, ¡o Alexandre!, por qué me tratas mal, pues sabes cuántas vezes con mis pechos defendí yo tus espaldas»; como tú lo heziste la noche de la música, que con los pechos fuiste a defender mis espaldas porque pensaste que nos tomavan la calle.

PANDULPHO.- No estoy ya en tiempo de responderte, que bien entiendo essas malicias; perdónete Dios, que más passó Él por mí.

FELIDES.- Ora déxale, que la mayor prueba de fortaleza es yr por el camino estrecho de la salvación, donde los fuertes solos son los que la ganan, y fuerça padece; y déxale, que es un santo; y dame acá la mula. Y tú, Sigeril, toma un vestido de terciopelo de los míos por pago del trabajo de anoche, porque assí se han de galardonar los que osan, como reprehender los que temen, como por esperiencia desto he loado a Pandulpho y galardonádote a ti.

PANDULPHO.- Ya tengo respondido; y no de balde dizen, a palabras locas, orejas sordas.

FELIDES.- Assí lo hazía yo quando tú reprehendías mis filosofías; y cállate y callemos, que cada sendas nos tenemos. Y vamos por casa de Paltrana.

CORNIEL.- Pardiós, señor, que vas de perlas y para parecer dondequiera.

PONCIA.- Señora Polandria, corre, corre.

POLANDRIA.- ¿Qué es?

PONCIA.- Es tu esposo, que en mi ánima, dél a un serafín no hay diferencia; bendiga dios tan lindo hombre. Ponte los cavellos tras las orejas, señora, que assí destocada estás tú para ver.

POLANDRIA.- ¡Ay, cuytada, y creo que me vio!; mas no se me da nada, que ya lo tengo engañado.

PONCIA.- Maldito el engaño que de ninguna parte veo, que tú para muger y él para

hombre no hay más que pedir. Mas ¿no viste qué mustio yva el cuydado de mi requebrado?

POLANDRIA.- Por cierto, harta lástima huve yo dél.

PONCIA.- Y no me quiso myrar, el dolor, haziendo del enojado.

POLANDRIA.- Pardiós, que es muy bonito mancebo, y que tengo de trabajar con Felides que os casemos, y os demos con que honrradamente podáys passar.

PONCIA.- Bésote las manos, señora, que con esso, por cierto, a él le sobra para casarnos lo que sólo sin esso nos falta, que yo estoy bien contenta de su persona, casta y disposición.

QUINCIA.- ¿No sabes cómo, señora, el pastor Filínides es venido al jardín, a acabar sus cucharos?

POLANDRIA.- ¡O Cómo huelgo! Vamos un rato, Poncia, a holgar con él.

PONCIA.- Pardiós, vamos señora, y tendremos buen día, como la tendremos buena la noche.

POLANDRIA.- Vamos, que cree que no hay cosa que más huelgue que de oyrle hablar en amores, puesto que le tengo gran lástima. Y tú, Quincia, si llamare mi señora, llámanos.

Argumento de la XXXIII Cena

POLANDRIA habla al pastor FILÍNIDES en el jardín, y él huelga con ellas y canta sus versos, y después de havelles contado todo lo que passó con la pastora Acays vanse para PALTRANA. Y introdúzense:

POLANDRIA, FILÍNIDES, PONCIA.

POLANDRIA.- ¡O amigo Filínides, tú seas bienvenido!

FILÍNIDES.- Mi señora, no puedo yo ser bienvenido a pobrado dejando por el desierto aquella Acays, que me tiene a mí desierto de todo prazer. Mas el consuelo que en su soledad me trae es para verte a ti, que con verte y otearte se regozija mi coraçón como si viesse a la mi Acays.

POLANDRIA.- Ay, Filínides, mucho me huelgo yo que con mi vista recibes algún consuelo a tu mal; y ruégote que me digas cómo te ha ydo después que de acá fuiste.

FILÍNIDES.- Mi señora, yo huelgo dezirte lo que ha passado, porque de contallo recibo prazer, junto con el que me dizes que de contallo sientes, para que en la soledad donde apartado de la mi Acays me hallo, con las hayas y mis ovejas hablo, para que diziendo mi mal tome algún descanso; que si no lo dixesse, con mis congoxas se aprieta tanto mi pecho que todos los campos halla estrechos, según se siente apretado. Y el mayor consuelo que tengo es visitar los prados y fuentes, donde alguna vez veo la mi Acays. Hablando con sus flores, diziendo que dónde dexaron yr aquella fror de mayor hermosura, y viéndolas pacer a mi ganado, assí como él está rumiando las frores, rumio yo en la fror de más hermosura y frescura de la mi Acays.

POLANDRIA.- Y veamos, ¿haste hallado alguna vez con ella solo?

FILÍNIDES.- Sí hallé, mas tan solo la vi que aun comigo no me hallé, viéndome solo con ella.

PONCIA.- Dinos ora esso, Filínides.

FILÍNIDES.- Havés de saber, mi señora, que andando yo con mi ganado al prado de las fuentes de las hayas, que es una fresca pradera, ya que el sol quería ponerse,

teniendo el cielo todo lleno de manera de ovejas de gran hermosura, gozando yo de lo ver junto con el son que la caída de una hermosa fuente hacía sobre unas piçarras, mezclada la melodía del son del agua de los cantares de los grillos, que ya barruntaban la noche con la caída del sol y frescor de cierto ayre, que el olor de los poleos juntamente con él corría; estando pues, yo, a tal tiempo, labrando una cuchara con mi cañivete, provando en el cabo della a contrahazer a la mi Acays de la suerte que la tenía en la memoria, diciendo que quién la tuviera allí para podelle dezir toda mi grima y cordojos, héteosla aquí donde asoma para beber del agua de la fuente, con un capillejo en su cabeça con mil crespinas, y dos çarcillos colgados de sus orejas con dos gruesas cuentas de plata, saliendo por como sus cernajas rubias como unas candelas, vestida una saya bermeja con su cinta de tachones de prata, que no era sino gloria vella. Pues otear sus ojos monteros, tamaños como de una bezerra, no eran sino dos saetas con la gracia y fuerça con que oteava; por cierto, que el ganado, desbabado por otealla, dexalla el pasto. Y assí agostó con su hermosa vista la hermosura de los campos, como los lirios y rosas agostan con hermosura las magarzas; y junto venía cantando, que mal año para quantas calandrias ni ruyseñores hay en el mundo que assí retumbasen sus cantilenas; pues el gritillo de la boz, ni grillos ni chicharras que assí lo empinen. Y como yo la oteé, y con aquella boca que no parecía sino que se deshazía sal de la brancura de sus dientes, manando por la bermejura de sus labios, y que me habró, diciendo: «¿Qué hazes ay, Filínides?», yo assí asmé en oýlla y otealla tan cerca, que no parecía sino bordón de gayta quando al mejor cherriar le dan puñada que le hazen estancar, que quedé que por gran priessa a un cacho de hora no pude hablar. Mas ella llega y bebe en la fuente al chorro que sobre las lanchas cahya, que con el esperriadero del agua, quando se alçó de beber, unos goterones trahía por las mexillas que, con la color y brancura de su rostro, no semejava sino que vía las frores de mayo por las mañanas, cargadas del relumbrante y craro rucío. ¡O, válasme Dios, y qué cosa era ver su gestadura! «¡Y habrá agora este canto!», assí habrava yo. Y díxome: «Si pensara, Filínides, que con otearme havías de passar tal grima, no te viniera a ver para con vesitarte pagarte el amorío que me tienes, que fuera de habrarte y otearte no te puedo pagar». Ya yo, entonces, más recobrado sobre mí, haziendo manar más agua de mis ojos que las fuentes de sí davan, le respondí: «¡Ay, la mi Acays!, ¿cómo quiere que habre quien tú has quitado todos los memoriales? Que ya tan de esmarrido estoy, que el bien que para mi remedio pensava que era otearte, aquél me ha más empecido; yo cierto te digo que pisé cogido el día que te vi, quando cobré tal roña que la miera que yo pensava que podía sanarme, que es tu vista, acrecienta más mi roña. ¡O, mi Acays!, yo te juro que no hay carnero en todas las majadas tan modorro como yo, tanto, que mi ganado tiene la color demudada de ver la mía tan desmarrida. No sé ya qué te diga, pues no sé lo que habro; no sé qué te pida, pues me daña lo que pienso que me aprovecha; no sé qué te otee, pues con otearte me muero y con otearme me matas; no sé dónde baya, pues los campos hallo estrechos; no sé dónde me abrigue, pues las maiadas no me amparan; no sé dónde me escalesca pues al sol y en la siesta he frío. Ni las hayas me hazen sombra, ni el sol me quita el frío, ni el agua me quita la sed, y el comer me pone hambre y todo me haze hastío. Sólo querría lo que no quieres, que es que pues has agostado mi experiencia, que la acabes con acabar la vida, abrasándola, pues está ya seca en el agosto de mi remedio para que pueda producirse della mi esperança, donde se apacente mi desseo, secando la hierba de tal esperança para morir con la lluvia de mis lágrimas». Y, mía fe, como esto dixé, trasportéme fuera de mis memoriales, y quando en mí torné hallé mi rostro mojado, y sus mexillas con el manantial de sus lágrimas. Y con esta piedad en su crueldad se fue, sin hablarme ni hablar más con ella; y después de yda gozé más de la gloria de haverla oteado, que quando presente mis ojos la oteaban. Y quedé donde al propósito hize

ciertos versos.

POLANDRIA.- ¡Ay, por tu vida, amigo, que los digas! que he tanto gozo en oírte, que no lo puedes pensar ni saber.

FILÍNIDES.-

Ora, pues, oye:

Acays de gran beldad,

aquella agua sin amor,

con ojos de piedad

de tu propia crueldad,

que vertiste en mi dolor,

me acrecentaron el mal,

y puedeslo ver así,

que de verme tan mortal,

la lástima en verme tal

te la hizo haver de ti.

Tu crueldad, que lloraste

más cierto que mi fatiga,

en ella claro mostraste

quán gran mal en mí dexaste,

pues lo siente su enemiga.

¡O, grave dolor sin cuento,

caso de gran maravilla!

que la causa del tormento,

de sentir lo que en él siento,

queriéndolo, haya manzilla.

Si Filínides es mudo,

Acays es causa dello,

dando a su garganta nudo,

muy más que hablando pudo

sentillo Acays, con vello.

Yo sentí lo que sentía

en mí, por sentillo ella,

más que por lo que devía

en mi mal, que en mí no vía

hasta que lo vi por ella.

Las aves, los animales,

mares, peces, a desora,

con alaridos mortales

vengan a sentir mis males,

lloren, pues Acays llora.

Los vientos, quebrando ramas,

muestren tan gran sentimiento

que espanten ciervos y gamas,

y en fuerza de bivas llamas

todos sientan lo que siento.

POLANDRIA.- Por cierto, amigo, tú das tan bien a sentir tu mal que de tu sentimiento lo has puesto a los que te oímos; y estoy muy espantada que una pastora tenga razón para sufrir en su bondad la fuerza de la piedad de tu dolor, sabiendo ser a su causa.

PONCIA.- Mi señora, por ay verás tú lo que yo digo, que la mejor ciencia para bien vivir es la ley natural que Dios puso en todas las cosas, pues una pastora sabe tan bien resistir su voluntad para satisfacer su honrra.

FILÍNIDES.- Mi señora, y aun en la paciencia de su bondad sufro yo mi fatiga. Mas gozaos, que ya algunos buenos hombres del lugar andan entendiendo en casarnos, y está ya concertado; y a esto vine, a hazéroslo saber, y para las bodas serés mis combidadas, porque os gozéis con mi gozo.

POLANDRIA.- Eso haré yo de muy buena voluntad, si mi señora me diere licencia.

FILÍNIDES.- Sí dará, que yo se lo tengo de rogar. Y yo te prometo, mi señora, de la primera vez que acá venga, de traerte una dozana de cucharas, y en la una dellas la figura de Acays y en otra la mía, para que te acuerdes de mí. Porque, por cierto, allá en como las hayas no me olvido yo de vosotras en todos mis trabajos, por el gozo que en hablar con vosotras en mis amores rescibo, porque por allá, mal pecado, nunca me depara Dios sino unos zagales que burlan de mi mal y se me ponen a dar consejo, que no es para mí sino a par de muerte; porque la vida sola con acabar tiene poder de acabar en mí el mal y amor que a la mi Acays tengo. Y aun pienso que no ha de acabar la vida, porque este mal más lo siento yo en el alma que en el cuerpo, y pues ella no es de acabar, no pienso que acabará lo que está contino en ella. Porque a mí ni me duele pie ni cabeça, braço ni piernas, sino sólo siento el dolor en el alma, donde contino tengo a la mi Acays. Y no temería la muerte por temor de yr a los fuegos del infierno, porque menos pena que passo en ellos pasaría, si no fuese por quitar a la mi Acays dellos, que no quitaría si mi alma allá fuese.

POLANDRIA.- Por cierto, el amor te haze dezir lo que tu estado niega; y con esto te queda a Dios, y visítanos muchas veces.

FILÍNIDES.- Señora, y Dios vaya contigo, que sí haré.

POLANDRIA.- Tú, Poncia, ¿no te maravillas de lo que hemos oído a este rústico? Agora no me maravillo de los dichos de Felides.

PONCIA.- Señora, no te maravilles, que como espíritu habla en él el amor, que él es el que dize las sentencias, y la lengua pronuncia, conforme a su natural, las palabras grosseramente. Y con esto, tomemos nuestras labores y vamos, hasta que sea hora de la venida de tu esposo.

POLANDRIA.- Ora vamos, que razón es se haga assí.

Argumento de la XXXIV Cena

En que AREÚSA llama a la puerta de CELESTINA y ábrela ELICIA, y dize que viene a comer con ella a costa de GRAJALES y BARRADA, despensero del maestrescuela, el qual trae para ELICIA. Y entra BUZARCO, moço de GRAJALES, con las aves y con el vino, y después viene GRAJALES y BARRADA. Y introdúzense:

AREÚSA, CELESTINA, ELICIA, BUZARCO, GRAJALES, BARRADA.

AREÚSA.- Ta ta ta.

CELESTINA.- Mira, hija, quién llama allí.

ELICIA.- ¡Ay, prima mía y mis entrañas, que bienvenida seas! Aguarda, yrte abrir. Tía señora, mi prima Areúsa es.

CELESTINA.- Ella y los buenos años vengan.

AREÚSA.- Tía señora, Dios te salve, que acá me vengo a comer contigo y con mi prima.

CELESTINA.- Ello sea enhorabuena, hija; y a osadas, que algo de bueno debes tú de traer, que nunca tú vienes las manos vazías.

AREÚSA.- Pardiós, madre, Grajales me rogó que viniésemos acá a comer, y que él embiaría su ración.

CELESTINA.- A osadas, hija, que no sea mala, que yo lo tengo por tan complido y por tan hombre de bien que no consentirá él escote de nuestra parte.

AREÚSA.- Assí lo cree tú, madre. Y venimos a gozar de la despedida de Centurio, que ya ayer le embié a dezir que se fuesse a la malaventura, y también, a la verdad, a honrrar las bodas de mi prima, que le tengo concertado un amigo de Grajales, que a osadas, madre, que no le vaya en çaga en henchile las manos.

CELESTINA.- ¿Y cómo es su gracia?

AREÚSA.- Madre, Barrada, y muy valiente hombre y un Alexandre; y él y Grajales vendrán juntos a comer.

CELESTINA.- Aguarda hija, por cierto, que pienso que conozco yo esse hombre de bien, veamos ¿él no es criado del maestrescuela?

AREÚSA.- Sí, madre, y despensero suyo, y que manda toda su casa.

CELESTINA.- Aguárdate, hija, que en el pico de la lengua tengo a su madre; ¡válame Dios, y cómo tengo caduca la memoria!, aguarda, aguarda, ¿cómo se llamava, Celestina? Por tu vida, que es hijo de Garapía, la hija de la Carbena, su padre no me acuerdo el nombre, pienso que tenía officio de sacamuelas, y singular official. Por cierto, hija, que huelgo dello como de la vida, por dar a tu prima tal amigo y sacalla del poder del desventurado de Crito y del baral del paje roxo, que no hay diablos que le echen desta casa, como si hubiésemos de comer de cabellos rubios y nos lo diesse él, assí le pesa si vee entrar alguno en esta casa al pelado.

AREÚSA.- Vaya, prima, a la maldición, que no eres tú para romper sin alçar.

ELICIA.- ¡Ay, prima! no quisiera yo que viniera acá esse hombre de bien hasta que yo despidera al paje del infante.

CELESTINA.- ¿Qué despedir y qué nada? Si él fuesse hombre de bien, él se ternía por despedido. ¿Por cuál carga de agua, hija, le has tú de dar essa obediencia?, ¿por el comer o el vestir que te ha dado? Quando estés en tu casa, mi amor, usa tú esos cumplimientos, que en la mía déxamelos tú para mí, hija; que yo que rogué a tu prima que buscasse tal persona como Barrada, te sacasse, hija, de vergüença con darte hombre de barba, y no pelado, como esotro hurgonero de Albacín, o servidor; que a osadas, tan pelado de las barbas como de la moneda, que en mi ánima y por el siglo de mi padre, un gesto más deslavado tiene y sin vergüença que en mi vida vi. Y pues no tiene barva, ya sabes, hija, que con mal está el huso quando la barva no anda desuso; engáñate por mí y busca agora que eres moça quien te dé y no quien te huelle y envegezca, que no han de ser todos los amores flores y gentileza, sino de lo uno con lo otro.

AREÚSA.- Prima, mi tía dize quanto hay en ello.

CELESTINA.- Pregunta, hija, a tu prima Areúsa, cómo le fue y le ha ydo con el consejo que le di la noche que la hallé con el dolor de la madre, guardando mucho lealdad al otro negro capitán, como si le huviera hecho pleyto o omenaje de guardalle la fortaleza; assí aguardava la bova a dexarse tomar por hambre, y hasta agora se estuviera, si no tomara mi consejo, a diente, como haca gallega. Sabe, sabe hija, como tu prima, salir de uno y entrar en otro, y nunca, mi amor, dexes envejeçer la bestia en tu poder, pues sabes que desque ha cerrado no podrás salir della; sino que como tu prima, si fuere menester, del capitán a Pármeno, y de Pármeno a Centurio, y de Centurio a Grajales, con otros que bien me sé, yendo de bien en mejor, como dizen: de aguja a dedal, de dedal a gallo, de gallo a cavallo. Que todos los cantares y refranes, hija, tienen sentencias para condenar por necios a los que, oyéndolos, no se avisan, como tengo yo a tu prima por tan avisada, que yo te certifico, que si fuere menester, que tan sin pena dexes a Grajales como salió del otro gesto del diablo de Centurio.

ELICIA.- ¡Diferencia hay, por cierto, del gesto de Albacín y su gracia y disposición a la de Centurio, para hazer comparación!

AREÚSA.- ¡Ay, prima!, ¿y el capitán qué devía a Albacín? Por cierto, que nunca le viste caer la bava, ni pienso que le limpiaste los mocos; que por Dios, dél a un serafín no havía diferencia, y no fue más menester que mandarme mi tía que lo dexase para hazello; quanto más que si tuerto y coxo me lo dicesse, por de dos ojos lo tomaría, y por sano de los pies.

CELESTINA.- Assí lo es, hija, el que lo fuere de la bolsa; que no haya, mi amor, gentilezas sin dineros. Y mira, mira qué lágrimas le corren a tu prima por dexar al negro paje, ¡como si Barrada se mamasse los dedos!

ELICIA.- ¿Pues no tengo de recibir pena de dexar un ángel que me adora y me dexa de querer?

CELESTINA.- ¿En qué se te parece, hija, el adoración? ¿En los sacrificios que te ha hecho de aves y cabritos, con el humo del encencio de la pringue quando se assavan?, ¿o con las ofrendas de pan y vino que te ha dado, según la orden de Melchisedex?

ELICIA.- Más quiero contentamiento que quanto me pueden dar, porque todas las riquezas se buscan para este fin.

CELESTINA.- Ora sus, sus, dexemos de lagrimitas, y quando estés en tu casa harás tu voluntad, que en la mía, la mía se ha de hazer.

AREÚSA.- ¿Para qué es esso, madre?, que no hay necesidad, que mi prima hará todo lo que tú quisieres; porque en fin, noramaças, dévele de querer bien, y él a ella.

CELESTINA.- Obras son amores, hija, que no buenas razones; harto tendríamos aquí que hazer en entender de servir al paje roxo.

ELICIA.- ¡Jesús, madre!, ¿quántos servicios le has tú hecho, o quántas malas noches has passado por él? Y aun, por mi vida, que quando reñimos con Palana, que si yo quisiera, que le cruzara él la cara, que no le soy en tan poco cargo.

CELESTINA.- Desso comeremos, hija, como de los fieros y mentiras de Centurio. Aprende, aprende hija, que poco sabes, mal pecado, del mundo; nunca te ceves, mi amor, de fieros de rufianes, que si lo huviessen de hazer, cree, hija, que no lo dirían, quanto más que no haze al caso buena parola y mal fato. Baste, que mi voluntad es, y ya lo has oýdo, que no me entre aquel paje, y la misma es que tomes a Barrada, que yo que te le doy por tu provecho, no te lo dexaré envejecer si fuere para tu daño.

ELICIA.- Hi, hi, hi; bueno es esso, madre.

CELESTINA.- ¿Ríeste, bova, de que te dixes que no te lo dexara envejecer? ¿Pues qué pensavas, que te quería casar con él para siempre? Mejor salud nos dé Dios que yo te lo dexes más de quanto viéremos que no cría polilla en sus troxes, ni haze tesoro donde lo come el orín y lo hurtan los ladrones, como dize el evangelio; que aquí más lo queremos

por su bolsa que por su disposición, aunque, a la verdad, no la tiene mala; y que la tuviera no hazía a nuestro caso, mas bueno es lo uno y lo otro junto, pues es meter honrra y provecho en un saco, que pocas vezes se haze. Assí que, hija, quien te da éste y te quita esotro jesto de palmatoria, te sabrá quitar éste y dar otro, y otros, si con más provecho se ofrecieren, porque derreniega, hija, de tratos sin ganancia.

ELICIA.- Ora, madre, no se gasten más palabras, que yo no tengo de salir, en fin, de tu voluntad y consejo, pues sé que éssa es mi honrra, y que con quanto más fuerça de la voluntad se gana es de mayor loor.

CELESTINA.- ¡Ánda a dezir donayres!, más pensé que te havía yo, hija, de aconsejar cosa que no fuesse tu honrra; cree, hija, que ya sé cuántas son cinco, y en qué está la honrra y la deshonrra, la fortaleza y la temeridad, la liberalidad y la prodigalidad, y si no lo sabes, sabe no salir de mi consejo.

ELICIA.- Assí lo haré, madre.

AREÚSA.- Assí lo haz, prima, que a osadas, que no yerres, sobre mi corona. Y limpia esos ojos, porque si vienen Grajales y Barrada no conoscan en ti descontentamiento, que esto está bien acordado; y parésceme que a la puerta llaman.

CELESTINA.- Mira, Elicia, quién es.

ELICIA.- Madre, un moço en piernas es, que viene cobijado con una capa y trae gran bulto, que, en mi ánima, parece que viene preñado.

CELESTINA.- Ábrele, hija, y alúmbrelo Dios con bien si viene preñado, y sepamos presto si tenemos hijo o hija.

AREÚSA.- Abre, abre prima, que moço es de Grajales, llamado Buzarco.

BUZARCO.- Señoras, Grajales, mi señor, y el señor Barrada embían estos capones y estas perdizes con este cangilón de vino de Monviedro, y que estando guisado son luego acá.

CELESTINA.- Hijo, mi amor, dezid que ellos vengan mucho enorabuena, que luego se pondrá a assar; y andad con Dios, mi hijo.

BUZARCO.- Con Dios quedéys, señoras.

AREÚSA.- Buzarco, mis ojos, di a tu señor que mire cómo viene, porque he sido avisada que Centurio y Traso el Coxo me han rondado esta noche toda la puerta, y que se vengan presto.

BUZARCO.- Señora, déxame el cargo.

CELESTINA.- ¿Parécete, hija Elicia, que tendremos hoy mejor de comer que de la parola del paje y de los cuentos viejos de Crito? Sus, sus, assad essas aves, y déxate de bozes; y muestra, provaré esse vino, ¡por Dios, singular es! ¡Ay, bovas, bovas!, ¿y qué queréys vosotros más que las despensas del Arcediano y maestrescuela?

ELICIA.- Ay, por Dios, tía, no se hable más en esso, pues se haze todo como tú lo quieres.

CELESTINA.- Pues mira, que no te conosca descontento Barrada; y quando viniere súbete tú allá, que lo quiero hablar en tu ausencia.

ELICIA.- Assí lo haré tía, como acabe de assar estas aves. Y tú, prima, lava essas copas, no estés mano sobre mano.

AREÚSA.- Ora, que sí haré; aunque yo jubilada havía de ser, mas porque has de ser tú hoy la novia lo quiero hazer.

ELICIA.- Calla ya, enoranegra, prima, no digas essas malicias, que ya viejo es Pedro para cabrero. Aunque por mi vida, que agora me quiere dar casamiento el señor Felides, y seré novia de verdad, con hazer entender al novio del cielo çebolla.

AREÚSA.- Ay está mi tía, con quien podrás pasar esse puerto como açor con gavilián, sin que se pague el portazgo.

CELESTINA.- Por mi vida, hija, que si ella quiere y quisiesse, que también puede

passar consigo como conmigo, que también sabe acuñar la moneda como yo para que corra por buena, sino que de muy dueña quiere despreciarse del officio. Pues, para mi santiguada, que tiempo venga que tú te arrepientas, que moça eres y vieja serás, y lo que en la mocedad, hija, no se aprende, mal se sabe en la vejez; mas andar, que el tiempo te doy por testigo, que con él la necesidad te hará saber lo que la falta de discreción agora te encubre. No sé qué diablos es la presunción de las moças deste tiempo, que por el siglo de mi padre, moça fuy, y no más fea que otra, y nunca me desprecié de saber y aprender y trabajar como una perra, porque, en fin, hijas, la honrra no viene, ni el provecho, dormiendo y holgando.

ELICIA.- ¿Qué negros trabajos para ganar honrra dirá agora mi tía?

CELESTINA.- ¿Qué negros, hija? Perdónela Dios a mi comadre, su madre de Pármeno, aunque él supo mal conocer el amistad que con ella tuvo, que ella te dixera los trabajos; que para el siglo que la tiene y nos espera, que tan moça como tú y con tanta presunción de hermosa, más noches oscuras que boca de cuervo fuemos a la horca del Teso, más vezes que canas tengo en la cabeça. Pues conjuros de encruzijadas, ¡pocos me hallé a su lado! Que en mi ánima, quien la viera llena de candelillas sacudirle y menear las quexadas, aunque fuera Héctor, le temblara la contera y se respeluzara el copete, y estava yo con ella que ella se maravillava. Mas bien se me ha parecido, a osadas hija, que por Dios, que pienso que no hay maestra de mi officio, ni aun sacamuelas en el suyo, que assí sepa sacar los dientes a un ahorcado, ni cabestrero que tan bien sepa cuántos hilos desparto tiene una soga, tantas vezes las he quitado y deshecho; pues conjuros con que hazía temblar a todos los espíritus, ¡pocos he hecho! Por cierto, más, hija Areúsa, que tengo años. ¡Pues es verdad que tengo con los días caduca la memoria! Por cierto, no hay çumo de yerba, ni virtud de piedra para mi officio que se me haya olvidado; ni cómo se han de hazer los vasos de la yedra y cogerse en ellos el agua de mayo, ni las agujas ponerse en la cera para traspasar los coraçones, ni hilo de arambre, ni telas de los potros rezién nacidos, con otras mil tarabusterías que de aquí a mañana no acabara de dezir. Mas quédese esto, que a la puerta llaman; mira tú, hija Areúsa, quién es.

AREÚSA.- Sus, sus, señora, Grajales y Barrada; quiérolos yr a abrir.

CELESTINA.- Mas toma tú allí y súbbase Elicia arriba, que yo les abriré, porque quiero dar una lición a Barrada, como la di a Grajales.

ELICIA.- Pues toma, prima, que en mi ánima, que me muero de vergüença de Barrada, que me parece ya hombre mayor, y pone mucho empacho y igualdad de conversación a donde más edad para consejo se havía de tomar que retoços de mancebos; porque tal para tal y Pedro para Juan, que en mi alma, esto me hazía querer al paje del infante.

AREÚSA.- Dacá en mal punto, y súbete arriba, que más moço es un viejo, si se aliviana, que quantos mancebos hay en el mundo.

ELICIA.- Ezzo es en el seso, mas no será en el peso.

AREÚSA.- Ahora déxate desso; y anda, que tú te podrás aprovechar de ambos, y pelar del uno para emplumar la cabeça al otro, y hazerle guirnalda de penachos en pago de la que a estotro dexares de cuernos, sobre siete soldos que le harás pagar.

CELESTINA.- Bien venga el señor Grajales y la compañía.

GRAJALES.- Y tú estés en ella, madre; y conosce al señor Barrada por hijo y por servidor, como a mí me tienes.

CELESTINA.- Por cierto, presencia tiene él para que yo gane en tal conosciendo. Y subid, hijos, que acá te quiero hablar, señor Barrada.

BARRADA.- Dondequiera, señora, soy yo tuyo, y como a hijo y criado desta casa me puedes mandar.

GRAJALES.- ¡Por los misterios de la missa, que me sueño gran señor, pues tal cozinero tengo!

AREÚSA.- ¿Mas tú bien pensavas comer de lo que yo asso?

GRAJALES.- Y aun por fruta de sobremesa gozar de la cozinera.

AREÚSA.- Agora para padrino eres llamado, que no para novio.

GRAJALES.- Ora, que todo es bueno, y pan para casa; que mi madre dispensará también con los padrinos como con los ahijados. Mas dexando una razón por otra, ¿dónde está la señora Elicia?

CELESTINA.- Hijo, haciendo está una cama arriba.

GRAJALES.- Quien la haze la deshaze; y mira, madre, quán colorado se ha parado Barrada con lo que dixe.

CELESTINA.- Haze bien, que no es desvergonçado como tú, que estás diziendo malicias.

GRAJALES.- Madre, el moço vergonçoso, el diablo le traxo a palacio.

CELESTINA.- Tú lo desembolverás presto, a osadas, hijo.

GRAJALES.- Déxate aora de burlas, madre, y entendamos en las veras, para que, como dicen, pueda ser después de la comida, sobre el buen comer, el ajo.

CELESTINA.- ¡Ay, putillo, deslavadillo!, parésceme que más querrías estar ya al sabor que al olor, de la fruta de sobre mesa, digo.

GRAJALES.- A buen entendedor, madre, pocas palabras; que, por Dios, ya no me tomaría la fruta en ayunas, que, para Nuestra Dueña, dos pares de San Martín tengo ya en el buche.

CELESTINA.- ¡Ay putillo, y quién te tomasse el buche como a garça! Mas déxate ora desso, que con el señor Barrada, que no es loco como tú, lo quiero haver y hablar con él en seso. Y hijo Barrada, mi sobrina Areúsa me ha dado nuevas de tus condiciones, porque en lo demás de tu casta días ha que la conosci como a mí a tu madre Garapía, y aun alcancé algún conocimiento con Carbena, tu agüela; assí que, hijo, yo te digo que no hay obligación para menos que para tenerte por tal. He sabido que tienes afición a tener amistad con Elicia, y por cierta, lo que dixe a su prima sobre Grajales lo tengo dicho a ella, y lo digo agora a ti; que yo más quisiera que se passara, hijo, con su necesidad, para suplir la de la honrra, y trabajara, mas es tanto, hijo, nuestra necesidad, que donde fuerça hay, drecho se pierde; y ya que se ha de hazer, huelgo que sea, por cierto, más contigo que con el rey, porque me paresces cuerdo y persona de secreto, que éste, hijo, es el que haze a las mugeres querer por él más a unos hombres que a otros; porque, hijo mío, ninguna sería mala si no fuesse publicada, que el hecho, pues ninguno lo vee, del dicho nos guarde Dios. Assí que aquí todo cabe bien, pues se encierran en ti ambos mandamientos en que consiste la ley y los prophetas, el primero amor, de suplir la necesidad, digo, que esto es sobre todas las cosas lo que se ha de amar, y al próximo (que eres tú), el segundo, amalle como a sí misma, por hombres de secreto, como persona con quien se mete honrra y provecho en un saco. Verdad es, hijo, que yo no te lo quisiera dezir, mas ya que he començado, como a mi alma y como a mi vida y como a mis entrañas, todavía, hijo, te lo habré de dezir. Y es que Elicia está muy escandalizada de que el otro día le dixo aquí una señora, amiga suya, que por promesas le había burlado un señor, y la había dexado sin nada, y ella juró que ya que se determinasse de hazer por alguno de no lo hazer sin ver primero por qué; y porque ella está desnuda, mal pecado, que a la verdad, hijos, para con vosotros, ésta es la negra cama que está haciendo, vergüença, digo, de parescer assí, y como es tan niña, querría, pues se determina de conoscer otro que no sea su esposo, pues ya él es muerto, que pudiesse suplir lo que la falta para osar parescer.

GRAJALES.- Ya le quiere untar la cabeça, después de havelle quebrado el casco.

CELESTINA.- ¿Qué dices tú, hijo Grajales?

GRAJALES.- Digo, madre, que para con mi hermano no hay necesidad de nada desso, que yo salgo por fiador.

CELESTINA.- ¡Ándate ay a dezir donayres, hijo! ¡Como si no fuesse el señor Barrada persona para fiar dél también como de ti! Eso y más que esso se fiara dél; mas ¿tú no entiendes, enorramaças, que no es sino por el juramento que hizo Elicia?

GRAJALES.- A, por el juramento no mirava.

CELESTINA.- ¿Pues qué pensavas, bovo? Por lo demás, ¿qué necesidad había de fianças donde está Barrada? Mas el ánima, hijo, es sobre todo, y esto haze que por un ladrón pierden los otros el mesón, como por aquél que hizo lo que no debía pierda Barrada lo que se fiara dél si no se huviera jurado.

BARRADA.- Señora, que assí está bien, que al buen pagador no le duelen prendas; ves aquí quatro ducados para una saya, para pago y señal.

GRAJALES.- Al diablo el asno, ya lo tiene dentro en la gorreонера.

CELESTINA.- Hijo, por mi vida, que no los tomara sino por lo que tengo dicho, que harta vergüença se me haze; mas para señal los tomo, y por esto verás que por no quebrar el juramento lo hago, más que por no fiar de tal persona como tú; que tan poca cosa, si no por señal, no se había de tomar, mas yo fío lo más y rescibo en señal lo menos que puedo recibir.

GRAJALES.- Ya fia la puta vieja sobre buena prenda; y cuál está el bovazo, que piensa que hurta bolsas.

CELESTINA.- ¿Qué dices el dezidor? Alguna gracia, a osadas, estás tú agora comiendo.

GRAJALES.- No digo, madre, sino que mandes abaxar a Elicia, y abraçarse han, y beberemos el alboroque.

CELESTINA.- ¿No lo digo yo que algo es ello? No te mates, que hazerse ha la saya, que más días hay que longanizas, que no es razón que la vea Barrada desnuda la primera vez.

GRAJALES.- Señora, mejor es assí; que la polla pelada se ha de comer, y tendrá menos mi hermano que desplumar, pues él está desplumado.

CELESTINA.- ¿Qué es esso que a la postre digeste entre dientes? ¿No sabes que no para mí, que te las entiendo?

GRAJALES.- Déxate deso, señora, y venga la señora Elicia.

CELESTINA.- Que no está por salir.

AREÚSA.- Madre, venga; que gesto tiene mi prima que no le han de mirar a la lista; y pues gesto pone mesa, venga a comer, que del braço y de la pierna yo fiadora que no se desagrade Barrada.

BARRADA.- Sí, señora, suplícotelo que venga.

CELESTINA.- Ora, por Barrada quiero hazer lo que no tenía determinado. ¡Baxa acá, Elicia!

ELICIA.- ¡Ay, Jesús! madre, no me lo mandes, por Dios; que estoy desnuda, que me muero de vergüença desse señor.

CELESTINA.- Baxa acá, hija, que assí te quiere él.

ELICIA.- Por Dios, madre, que no me lo mandes.

GRAJALES.- Anda tú, hermano, y sube por ella.

BARRADA.- Por Dios, que yo lo quiero hazer y subo.

CELESTINA.- ¿Para qué le hazes subir? ¿Ya le quieres hazer como tú, desvergonçado?

GRAJALES.- En mi vida vi bestia tan empachada.

AREÚSA.- Haze bien, ¿para qué han de ser los hombres deslabados, como tú? Acaba

ya, ha vergüença de las canas que le están mirando; déxate de retoçar, que tiempo havrá, y oye lo que passan mi prima y Barrada, y azechemos.

CELESTINA.- Mirá nos vean.

BARRADA.- Dios te salve, señora hermosa.

ELICIA.- Assí haga a ti, gentil hombre.

BARRADA.- Señora, ¿por qué no abaxas?

ELICIA.- ¡Ay, Jesús!

BARRADA.- Señora mía, ¿qué es lo que dizes?

ELICIA.- Digo, señor, que te abaxes, que yo yré luego.

BARRADA.- Pues hasme de dar la fe de abaxar; y dame acá la mano.

ELICIA.- Desvíate allá, señor, que no soy de las que piensas.

BARRADA.- Pues abráçame y yo me abaxaré.

GRAJALES.- ¡O, hideputa, y qué gran bestia!

AREÚSA.- Mira, mira mi prima, quán becicompuesta está, como novia de aldea.

GRAJALES.- No veo yo en son el asno para sello de aquí a mañana, mas bien es que tenemos ya quatro ducados y la comida de hoy para la vista del processo.

AREÚSA.- Mirad, y qué mucho; ora oye.

BARRADA.- Señora, ¿no me has de querer hablar?

ELICIA.- Ora bájate, señor, que sí hablaré.

BARRADA.- Ora pues, abráçame y yo me abaxo.

ELICIA.- Ay, gentil hombre, desbíate, por Dios, allá, y abájate, que yo me yré luego.

BARRADA.- Pues señora, bésote las manos, y yo quiero hazer lo que me mandas.

ELICIA.- Dios vaya contigo. ¡Ay, Jesús, qué hombre tan desgraciado! Por Dios, buena cosa, pues, me ha traýdo mi prima; y ya que le falta gracia, es bien desembuelto el asno.

AREÚSA.- Anda acá, vámonos, que ya venen.

GRAJALES.- ¿Pues cómo no la traes, hermano?

BARRADA.- Está muy çahareña.

CELESTINA.- Ella, hijo, se amansará y se hará de tu mano, que como no se ha visto en otra tal ha vergüença; mas yo la quiero llamar.

BARRADA.- Sí, madre, por tu vida.

CELESTINA.- Ora, sus, ¡Elicia! ora baxa acá; pues lo has de hazer, déxate de vergüenças.

ELICIA.- Ay, Jesús, madre ¿para qué me mandas abaxar desnuda?

CELESTINA.- Ora, sus, abraça al señor Barrada, que nunca Dios te depare peor marido.

BARRADA.- Heme aquí, señora, ¿quiéresme abraçar?

GRAJALES.- He, he, he.

AREÚSA.- Calla, en mal ora, tú; no te rýas, no se corra Barrada.

GRAJALES.- Ay, hermano, por los misterios de la missa, que pareces açor çahareño que se espanta de la polla y no osa entrar en ella.

BARRADA.- No te hagas ora tú, pues, tan gracioso, que si fuere menester yo me sabré tan bien como tú atraynar.

AREÚSA.- Anda, enoranegra, que está el triste afrontado.

CELESTINA.- Quita pues, tú, Elicia, la manga de la boca, que no te huele el huelgo; y abraça esse ángel, que tal me parece él en su condición.

ELICIA.- Ora, sus, ¿ves?, aquí te abraço.

BARRADA.- A, pese a tal, señora, ¿buélveme la cabeça? Muy desenamorada eres.

AREÚSA.- Hi, hi, hi; boçal es el galán, por mi vida, aunque no en el boço de las barvas.

GRAJALES.- Estáste tú ryendo y después dizes a mí.

CELESTINA.- Ea, sus, asentar, sus, asentar y comamos; siéntate tú, señor Barrada, aquí cabe mí, y Elicia se sentará cabe ti; y essotros, ellos se sabrán asentar si quisieren.

GRAJALES.- ¿Assí, madre? Çelos he yo de esso. ¿Assí que de fuera vendrá quien de casa nos eche?, ¿hoy venido y eras garrido?

CELESTINA.- Hago bien; sábeta que lo quiero más que a ti, que es mi hijo. Y tú, Grajales, sirve de trinchante, que ya sabes que mi officio es servir de copa.

AREÚSA.- Hi, hi, hi.

CELESTINA.- ¿De qué te rýes tú, loca?

AREÚSA.- Pardiós, rýome que parescen desposados de aldea el señor Barrada y mi prima, según están mesurados.

CELESTINA.- Tal sea mi vida, y tal sea mi alma, y tal sea mi vejez como aquello me parece; quanto más que gato maullador, nunca buen murador, que yo te certifico que aunque Barrada calla, que piedras apaña, que bien sabéys, fijos, que hasta que hay tinieblas no se tañen los maçuelos; quanto más que yo le miro con ojos, que alçados los manteles y acabados los officios y muertas las candelas, que la falta de la desemboltura de Elicia, por tan nueva en el officio, que a osadas, para mi santiguada, que él lo supla. Y reýos vosotros quanto quisiéredes.

ELICIA.- ¡Ay, por Dios, tía, no digas tales desonestidades! Por cierto, y aun esse pensamiento tengo yo agora. Ay, prima, ¿y para qué te rýs? Come, por tu vida, y déxate dessos escarnios.

AREÚSA.- ¿Y cómo, prima, no quieres que me rýa? Pardiós, bueno sería si me huviesses de atapar la boca.

CELESTINA.- Ora, pues, porque no me la atapéys vosotras, yo echaré el bastón con este cangilón, y haré de un tiro dos cuchilladas, que serán a tapar la boca, pues tanto daña el hablar; y daros he enxemplo para que hagáys como yo hago.

BARRADA.- Pues, madre, ¿por qué no beves por la copa?

CELESTINA.- ¡Ay, putillo, y ya vos os desembolvéys! Por mi vida, que pienso que presto tengamos más necessidad de ponerte freno que espuelas; mas, hijo, pues preguntas, razón es de responder. Bevo por aquí, mi amor, porque mudar, hijo, costumbre es a par de muerte; y como yo, mi amor, pocas vezes tengo copa, sino un jarrillo viejo y mal empegado, ya, con la costumbre, no me hallo a beber por otra parte, como quieren los sabios que la costumbre sea otra naturaleza, y porque, a la verdad, bévese menos beviendo por jarro. Pero dexando una razón por otra, por cierto, el vino es singular y, aunque ha días que no lo beví, yo juraré que es de Monviedro.

GRAJALES.- ¿Que no lo sabías, madre?

CELESTINA.- Por tu vida, hijo, no, sino que en beviendo qualquier vino luego diré dónde es.

GRAJALES.- Para podenca de muestra, madre, fueras buena, pues tan bien rastras.

CELESTINA.- Hijo, por tu vida, que no dieras tú peor del viento que yo, ni cayeras con la perdiz menos bien en la herida.

GRAJALES.- Mas, por mi vida, ¿sabíaslo?

CELESTINA.- No, por tu vida, hijo; antes, aquel tu moço, Buzarco, dixo que era de Luque, pero a mí no me echará nadie dado falso.

ELICIA.- Por cierto, madre, no dixo sino de Monviedro.

CELESTINA.- Por tu vida, hija, tal no oý mas no me dexarás tú a mí mentir.

BARRADA.- Señora, di a la señora Elicia que coma, que me parece que no quiere comer.

CELESTINA.- Para esso, hija, tienes tú mucha vergüença, mas no para sacar la mía a la plaça desmentiéndome; pues yo te prometo que estás en manos de quien te la hará

presto dexar, que yo miro con ojos al señor Barrada que sabrá bien romper el potro y hazerte que no seas espantadiza.

GRAJALES.- Y aun, a osadas, que no digo lo que dize el proverbio.

CELESTINA.- ¿Qué dize?

GRAJALES.- Que el potro, primero de otro.

CELESTINA.- No, a osadas, hijo, que bien se le parece a la mochacha, que tan boçal está, que despantadiza amuesa las orejas.

BARRADA.- Dalle he de las espuelas, madre, y hazelle passar claro.

CELESTINA.- He, he, he. Ay, putillo, ¿y esso me tenías guardado?, ¿tan buen ginete eres?

ELICIA.- Habló el buey, y dixo mu. ¡Qué graciezitas éstas para mí!

CELESTINA.- Atiéntale el freno, hijo, pues le haze abrir la boca.

BARRADA.- Más quiero tentalle el diente.

ELICIA.- Sí, que no soy bestia, que me has de mirar el diente.

GRAJALES.- He, he, he; bien puedes pensar que no ha cerrado, pues aún no está domada.

CELESTINA.- Por el siglo de mi madre, que lo puedes bien dezir; que tan niña la conosció su esposo, que en gloria sea, y como luego murió, que tan por domar quedó como antes.

GRAJALES.- De suerte que si le echan la talega de la arena, que dará pernadas.

BARRADA.- Aquí está quien le hará perder esos siniestros.

ELICIA.- ¡Ay, bendígamelo Dios, el gracioso, no me lo aojen!

CELESTINA.- Ora yo quiero ver, hijos, si tira pernadas este cangilón, para varealle y hazer que passe la carrera claro.

GRAJALES.- Hideputa el diablo, qué rostro y qué braço lleva mi madre en la carrera, y al parar, por Nuestra Dueña, que pone el colodrillo en el suelo.

BARRADA.- Pues no tiene, a mi parecer, muy buen freno.

CELESTINA.- ¿Y vos también motejáys?

GRAJALES.- Madre, no lo dize sino porque se te fue el cavallo un poco de boca, mas, a lo menos, no dirá que se torció, que assí goze yo, tan claro en mi vida vi a nadie passar la carrera.

CELESTINA.- ¿Y vos también tomáys ya de Barrada a dezir donayres? Ora, pues, yo quiero ver cómo corréys vosotros.

GRAJALES.- Madre, échame aquí en este esquilón, que yo officio de campanero aprendí, más que de ginete.

CELESTINA.- A osadas, hijo, que según sabes bien empinar, que se te parece bien que aprendiste el officio, que tan buen maestro has salido. Ora, tú, hijo Barrada, ayúdale con esotro esquilón a doblar por el jarro.

GRAJALES.- Madre, según lo dexaste muerto, bien pueden doblar por él.

CELESTINA.- Por mi vida, hijo, que quando yo cayó con él, que ya venía el señor turco herido de más de dos pares de lançadas.

GRAJALES.- Bien puede ser, más después que entró en tus manos bien podemos dezir perdónelo Dios, pues no le quedó sangre en el cuerpo.

CELESTINA.- Por mi vida, pues que no eres tú tan mal çurujano, que no llegaste tú por presto que yo le herí, y más presto, a tomar la sangre.

AREÚSA.- ¡Ay, Jesús! ¿todo el palacio ha de ser de vino?

GRAJALES.- Pues como la señora, mi madre, viene agora del otro mundo, es más devina que humana.

CELESTINA.- Por mi vida, hijo, que lo eres tú, aunque no has ydo allá ni has visto las rebelaciones de Sant Pablo.

BARRADA.- Ora, por mi vida, que hemos de ver la señora Elicia cómo passa la carrera.

GRAJALES.- En esso, pues, yo te prometo que no dé corcovos, porque ya tiene usada la carrera y no se espantará en ella.

ELICIA.- Dexástela tú tan llana y paseada que no hay para qué poder espantarse nadie en ella, y por no te hazer esse plazer no la passaré.

CELESTINA.- Hija, nunca por quebrar los ojos a otro te los quiebres a ti; beve y no cures de motes.

BARRADA.- Pardiós, de dalla una sofrenada en los dientes, pues no quiere entrar en la carrera.

ELICIA.- Desvíate allá, ten empacho.

AREÚSA.- Por mi vida, que te besó, burla burlando, prima.

ELICIA.- Pardiós, no besó sino en el carrillo, que mal año para él, que no lo diesse lugar.

CELESTINA.- Yo te prometo, hijo, que con tales sofrenadas, que nunca le quiebres los dientes.

GRAJALES.- Los dientes no, mas vendrále a sacar las muelas.

AREÚSA.- Ay, desvíate allá desgraciado, no digas esas desvergüenças.

GRAJALES.- ¡A, pese a tal, señora!, ¿y quién te amosó esse latín?

AREÚSA.- Háblaslo tú tan claro que no hay que haverlo aprendido para entenderte.

CELESTINA.- Ora, sus; de tornar havré a echar el bastón.

GRAJALES.- Madre, cata que el vino del cangilón que no tiene agua, no te haga mal.

CELESTINA.- Hijo, antes dizen los médicos que es dañoso el vino muy aguado.

GRAJALES.- Muy aguado sí, madre, mas no sin agua ninguna.

CELESTINA.- ¡Ay bovo, bovo!, ¿y no sabes tú que cada cosa llegada a su principio tiene más perfición? Y assí, hijo, el vino por sí se ha de beber, y el agua por sí.

¿Quiéreslo ver?; pues ves aquí Areúsa que no beve vino, pídotte por merced que le echés en el agua algún vino, y mira cómo lo bebería.

AREÚSA.- ¡Ay, guárdeme Dios de tan mala cosa!

CELESTINA.- Pues pídotte por merced, hijo, que me digas qué ventaja tiene el agua al vino para gozar del privilegio que el vino no goza; que assí como el agua no consiente mezcla de poco vino, menos consiente el vino mezcla de poca agua, que de mucha escusado es. Mi fe, hijo, cada cosa es para su officio, el agua para lavar y el vino para beber; y quanto más que yo desde que nascí lo bevo assí por cierta enfermedad, que me lo mandaron beber los físicos; ya sabes, hijo, que como dize el proverbio, que mudar costumbre es a par de muerte. Mezcla, por tu vida, una poca de hyl con mucha miel y verás quál se para; porque cada cosa, hijo, quiere guardar el privilegio de su natural, como el fuego no se sufre con el agua, y assí de los otros elementos, y por esta razón no se sufre el agua con el vino, pues sabes que el vino es caliente y el agua fría; conciertame essas medidas por me hazer merced. Tú, hijo, poco sabes de filosofía natural, quanto más que aunque en la teóryca no la sabes, en la práctica, por mi vida, que no la tienes olvidada; porque assí goze, que tan poca agua como yo te he visto echar en el vino.

GRAJALES.- Por cierto, madre, grandes autoridades has dicho para fundar tu intención.

CELESTINA.- Por tu vida, hijo, que es tuya también como mía.

AREÚSA.- Ora déxese ya, por Dios, este vino, y hablemos en otra cosa, pues hemos ya comido.

CELESTINA.- Pues assí queréys, hija Elicia, sube tú, mi amor, allí por unas pajas con que se limpien los dientes el señor Grajales y Barrada. Y tú, hijo Barrada, súbete allá

antes que abaxe Elicia, y a buen entendedor, pocas palabras, porque si lo siente no habrá diablo que allá la haga tornar; y el moço vergonçoso, el diablo le traxo a palacio, ya me tienes entendida.

BARRADA.- Déxame el cargo, madre, que yo voy.

CELESTINA.- Andad acá vosotros, hijos, yrnos hemos a reposar.

GRAJALES.- Mejor me ayude Dios que yo no vaya a açchar primero a mi compañero, para ver cómo se desembuelve.

AREÚSA.- Pues yo no quedaré, que te quiero tener compañía.

CELESTINA.- Pues mirad, mal ora, que no os sientan; que yo me voy a reposar, y vosotros quedáys a Dios.

Argumento de la XXXV Cena

En que ELICIA y BARRADA passan en el sobrado muchas razones, acechándolos GRAJALES y AREÚSA, y al ruydo acude CELESTINA; y estando con ellos, llegan CENTURIO y ALBACÍN y quieren entrar, y despídelos CELESTINA por buena maña. Y entrodúzense:

ELICIA, BARRADA, AREÚSA, GRAJALES, CELESTINA, CENTURIO, ALBACÍN.

ELICIA.- ¡Jesús, señor!, ¿para qué subías acá? En mi vida vi hombre tan emportuno; pensava yo que estava por ti el capón.

BARRADA.- Señora, suplícite que conozcas la voluntad que te tengo y el desseo de servirte, de lo qual ya tengo dado a la señora Celestina la señal.

ELICIA.- ¿Qué señal y qué nada?, ¿qué cuidado tengo yo desso? Desvíate allá, que no soy de las que piensas. Buena estava, por Dios, ¿pensavas ya, gentil hombre, que no havía más que llegar y pegar?

BARRADA.- Por Nuestra Dueña, que no sé por qué no has lástima de mí; que por vida tuya, señora, ques la cosa que más quiero, que te amo más que a mis entrañas.

ELICIA.- Por vida tuya, señor, que te abaxes; y déxame.

BARRADA.- ¿Por qué, señora, eres tan desamorada?

ELICIA.- Y aun, pardiós, razón harta hay para ser amorosa, con el mucho conoscimiento y los muchos servicios que me has hecho. Anda, báxate allá, señor, y desvíate allá, pardiós.

BARRADA.- Pues bésame, señora, primero.

ELICIA.- He, he, he; bueno sería, pardiós. ¡Dios, que esso estava agora yo pensando!

AREÚSA.- Ay, Grajales, ¿para qué trahýas acá este asno? En mi vida vi tan donoso hombre como éste; mejor hizieras en echalle un albarda y hazelle llevar harina al molino.

GRAJALES.- Mas ¿para qué es ora Elicia hazerse tan santa?

AREÚSA.- Más pensé, ora en buena fe, que le havía ella de rogar. Está tú quedo también; ¿quieres aora suplir las faltas de tu compañero? Harás mejor en llevalle de aquí, que, en mi ánima, no puedo sufrir hombre tan gran bestia. Ora, está quedo ya y escucha.

BARRADA.- Señora, si pensara que tan mal me havías de querer, por Nuestra Dueña, acá no subiera.

ELICIA.- Poco es el trabajo, gentil hombre, de te tornar a abaxar.

BARRADA.- Pues señora, ¿quándo me harás mercedes de quererme remediar?

ELICIA.- ¿Qué llamas remedio?

BARRADA.- Quitarme de tanta pasión como por ti contino passo.

ELICIA.- ¿Y con qué te la tengo de quitar?

BARRADA.- Señora, con remediarme. ¡O, señora, no te vayas, si no, por mi vida, de te tener!

ELICIA.- Déxame, señor, no seas malcriado, ¿para qué quieres de nadie cosa contra su voluntad?

BARRADA.- Señora, para esso ¿para qué me hazíades venir acá?

ELICIA.- ¿Y quién te hizo venir? Por cierto, bueno, pues, es esso.

BARRADA.- Por Nuestro Señor, de me yr a quejar a la señora Celestina.

ELICIA.- Ya fuesses ydo.

BARRADA.- ¿Qué dizes, señora, entre dientes?

ELICIA.- Digo, señor, que pardiós, que te abaxes allá y que me dexes.

BARRADA.- Ora yo me quiero abaxar, pues tan mal comigo lo hazes.

GRAJALES.- ¡O, maldito sea hombre tan asno! Por Nuestra Dueña, que no estoy sino por yr, y mosalle cómo se ha de desembolver.

AREÚSA.- ¡Ay, deslavado!, ¿una querías tener en papo y otro en saco? Por mi vida, que no mirasses tú mucho al deudo que yo y Elicia nos tenemos.

GRAJALES.- Señora, si no fuesse por enojarte, para todos esos casos tengo yo dispensación.

AREÚSA.- ¿Y qué dispensación tienes?

GRAJALES.- ¿Qué dispensación? Mejor desemboltura que mi compañero; que por tu vida, que si tal pensara acá no lo traiera, que me corro de venir con hombre tan bestial.

AREÚSA.- Pardiós, tal me parece él. Mas escucha, escucha, por mi vida, que mi prima le quiere desembolver.

ELICIA.- Ven acá, señor, antes que te baxes. Di, por tu vida, ¿quién te dixo a ti que te había yo mandado venir acá?

BARRADA.- ¡O, bendito sea Dios, señora!, que me dixiste que no me abaxasse.

ELICIA.- Bueno es esso; no lo digo sino para saber quién pudo levantarme tal testimonio; que en mi ánima, que juraré que nunca te ví si hoy no.

BARRADA.- Pues, por cierto, la señora Areúsa me hizo venir acá, diziendo que tú querías tener mi amistad y que me querías mucho.

ELICIA.- ¿Hay tal donayre en el mundo? Por cierto, nunca yo tal le dixeste. Quererte bien sí quiero, por cierto, mas de buena parte, como a señor y hermano.

BARRADA.- Pues, señora, yo como a enamorado quiero que me quieras.

ELICIA.- Ora, señor, que con el tiempo y los servicios que hizieres podrá ser que se haga lo que agora estorva el poco conoscimiento.

BARRADA.- Por mi vida, señora, que te tengo de besar.

ELICIA.- ¡Ay, Jesús, y qué hombre tan atrevido! ¿Paréscete bien? Por mi vida, si esto supiera que no te dixera que me dixeras lo que te pregunté; por cierto, buen atrevimiento ha sido ésse. Ora, sus, acaba ya y vete; y bástete, que, en mi ánima, no pensé en mi vida hazer otro tanto por ti; quítate allá.

BARRADA.- ¿Empúxasme, señora? No sé por qué me tratas tan mal y das esas voces.

CELESTINA.- Elicia, ¿qué voces son éssas? Pardiós, hija, que sería ora bien que juntases aquí toda la vezindad. ¡Por Dios, que me das la vida!

ELICIA.- Mas, pardiós, bueno sería, madre, que callase; dile que se abaxe de aquí, si no, en mi ánima, de juntar toda la vezindad; piensa que no hay más sino entrar en lo vedado.

CELESTINA.- Ce, llégate acá, señor Barrada.

BARRADA.- ¿Qué me quieres, madre?

CELESTINA.- No te maravilles, hijo, que como es mochacha y nunca se vio en otra tal, está çahareña y arisca, mas ella se amansará; que en un día no se ganó Troya. Elicia, por mi amor, que no me tornes a despertar y que te estés con esse señor, y déxate ora, hija, de bozes.

ELICIA.- Pues esté él quedo y hable de apartado, y callaré yo.

BARRADA.- Mejor será, señora, que me vaya, que yo veyo que es escusado.

AREÚSA.- ¿Para qué son, prima, esos misterios? Bien puedes, si quieres, no hazer por él sin dar bozes, como si nunca hoviesses visto hombre, que assí te espantas.

ELICIA.- Por tu vida, prima, que te bayas a dormir la siesta, y no des consejo a quien no te lo pide.

AREÚSA.- Por mi vida, pues, que no te haría a ti mal, prima, tomallo para no hazer essas algaradas.

CELESTINA.- Calla, enoranegra, que es niña y nunca se ha visto en otra tal. Y tú, señor, súfrete, súfrete, que más días hay que longanizas, que otro día amanecerá y hará buen tiempo; que yo salgo por fiadora que antes de ocho días ella te ruegue que no te vayas.

ELICIA.- Con essa esperança se puede bien echar a dormir, y soñará que le espulga el gato.

CELESTINA.- Ora, ora yo fiadora que tú te amances, aunque estás muy çahareña, y vengas a comer en la mano. Mas mira, que a la puerta llaman, sabe quién es; mas yo voy, y calla tú. ¿Quién está ay?

CENTURIO.- Señora, el señor Albacín y yo estamos aquí, que te queremos dezir dos palabras.

AREÚSA.- ¡Ay, desventurada de mí! Plega a Dios que no acontezca alguna cosa, que aquel rufianazo con algún fiero deve él de venir porque ayer le embié a despedir, y pues él trae consigo al otro, deve de haver sabido cómo estáys acá vosotros.

GRAJALES.- Si él viniere con essa demanda no le faltará la respuesta; y calla, veamos lo que quiere.

CELESTINA.- Hijo, mi amor, ¿qué es lo que mandas? Dilo desde ay, que estoy acá embaraçada en cierta hazienda, que, en mi ánima, no puedo abaxar, y Elicia no está en casa para que abra; que, mal pecado, si viene a mano, deve de estar con su prima Areúsa, y yo estoy la esperando para comer.

CENTURIO.- Señora, solásme tú abrir, no sé por qué agora no quieres, bien parece que el lobo y vulpeya ambos son de una conseja; pues voto a la reverborada, que no me mamo los dedos.

CELESTINA.- Hijo, ¿qué quieres dezir por esso?, que por el siglo de mi padre, que no te entiendo.

CENTURIO.- Pues yo sí a ti; y pues tienes allá a las señoras y los galanes no te hagas aora de nuevas y ábrenos, si no quieres que seamos malcriados.

GRAJALES.- Déxame, señora, salir allá a castigar aquel fanfarrón.

AREÚSA.- Bueno sería esso, pardiós; por mi vida, de aquí no saldrás.

BARRADA.- Déxanos, señora, que no son cosas para sufrir.

AREÚSA.- Prima, ten a Barrada ay, por amor de Dios, no se haga tal cosa, que es destruyrnos a nosotras, que mi madre lo remediará todo.

CELESTINA.- Hijo Centurio, algunos çelos debes tú de tener pues que esso dizes, y en mi ánima, que me parece como de perlas, que nunca hay celos sino donde hay amor. No tengas, no tengas essas sospechas, mi amor, que a osadas, assí nos quisiese Dios como Areúsa te quiere a ti.

CENTURIO.- Si esso fuera no me embiara a dezir que no entrase más en su casa.

Pues voto al martillo de pe a pa que el que entrare en ella, si no fuere yo, que ha de salir por las ventanas.

GRAJALES.- Déxame, señora, salir, que no son cosas para sufrir éstas.

AREÚSA.- Por mi vida, no saldrás; buena cosa, pardiós, para destruyrnos a nosotras. Sabe, noranegra, desimular, que por más está la prenda.

CELESTINA.- Bien digo yo, hijo Centurio, que algo es ello, que el lobo haze entre semana por donde no va el domingo a missa. Tú yrías algún cabo, por donde Areúsa te embiaría a dezir esso; mas a buen entendedor, pocas palabras, pues sabes, hijo, que la yra de los amadores es para más confirmación de amor. Tú puedes, mi amor, dormir a sueño suelto, que yo te quitaré dessa congoxa, que a la tarde yo yré a su casa y le reñiré esos çelitos y essas naditas. Y también, noranegra, quando entres en alguna casa, mira cómo entras, y no digan por ti el refrán que dize que el hombre ande con tiento, y que la muger no la toque el viento; no pidas, hijo, lo que negaste, ni niegues lo que pediste, como dize Séneca. Y yos con Dios, que quisiera yo estar en desposición de poderos abrir, mas la casa está tan rebuelta que, por el siglo de mi padre, yo he empacho de tales personas.

CENTURIO.- Señora, a quien cueze y amassa nunca le hurtas hogaça, que nosotros venimos desembaraçar la casa.

CELESTINA.- ¿Y qué embraço, hijo, podéys vosotros desembaraçar? Mal pecado, pienso, hijos, que nunca barristes ni fregastes para quitarme esos embaraços.

CENTURIO.- A lo menos, madre, yo te prometo que el cangilón que truxo Buzarco, que creo yo que no aguardastes los que allá estáys a que lo desembaraçássemos nosotros.

CELESTINA.- He, he, he; ándate ay, hijo, a dezir donayres. ¿Y qué cangilón, y qué Buzarco o Buzarca, hijo, tú viste entrar en esta casa? Mas mala landre me dexa, que no me acordava que esta mañana vino aquí, sobarcado con dos o tres pieças de lienço, a saber si le quería Elicia hazer ciertas camisas, y devríades vosotros, en mal punto, de comedir alguna malicia. No hijo, no, no; no se acostumbran en mi casa cosas de que se pueda tomar sospecha, limpiamente bivimos, no se tratan aquí, hijo, essas tramas.

CENTURIO.- Señora, mándanos abrir, que lo que con los ojos veo, con el dedo lo adevino.

CELESTINA.- Pues, por mi vida, que por dexarte con essa ansia, que no entres tú acá agora; y andad con Dios, hijos, que quiero reposar.

ALBACÍN.- Por vida del infante, que de aquí no hemos de yr sin entrar allá.

CELESTINA.- Hijo, por vida del rey, que es más que el infante, que acá no entréys. ¿Y por cuál carga de agua, mi amor, queréys vos tener essa jurisdicción en mi casa?, ¿por los tributos que nos havéys dado?

ALBACÍN.- Yo soy persona que por mi persona me han de honrrar adoquiera que fuere, y tener en lo que soy.

CELESTINA.- Déxate dessos donayres, hijo, que aquí no te conoscemos ni sabemos quién eres, más de para honrrarte por paje del señor infante; y por esta causa, por cierto, te digo, si mi casa estuviera buena para ello, yo holgara de rescebirte en ella como a mis entrañas. Mas yo me quiero, hijos, declarar con vosotros, que por vuestra vida, que estoy aguardando a mi primo Barbanteso, que ha de venir agora a hablar aquí comigo sobre cierto casamiento de Elicia; a la noche, hijos, os podéys venir, assí ambos como estáys, solitos, y yo os hablaré quanto mandades, y por mi amor, que os vays de ay, no venga Barbanteso y os halle, que es el más malicioso del mundo, y no sospeche alguna malicia; y perdonad, hijos, que no puedo más estar aquí.

CENTURIO.- ¿Qué haremos, Albacín?

ALBACÍN.- Que derroquemos las puertas.

CENTURIO.- No me parece buen consejo, porque ellos están dos dentro, y con poca afrenta suya la podríamos recibir. Mas vámonos al burdel a buscar a Traso el Coxo y Tripa en Braço y Montón Doro, y daremos aquí a la noche un rebate con que espantemos los garçones y los oxeamos, de suerte que nos dexen la possada; que más vale, voto al martilajo, hazer estas cosas con seso, que no ponellas a riesgo.

ALBACÍN.- Bien me parece. Vamos, que estos no saldrán de aquí hasta la noche.

CELESTINA.- Allá yréys, rufianazos. ¿No veys con qué se venían aora? ¡Guayas de mi viejez, si me havían ellos a mí de echar el dado falso! Y ándate tú ay, Grajales, haziendo del esforçado, que querías mucho salir. ¡Ay bovo, bovo!, ¿no sabes que a palabras, palabras? Ora, sus, hijos, esto está muy bien hecho; yos, no se le antoje a aquel rufianazo de tornar, y no se borre todo. Y tú, Barrada, huelga y descansa, que yo salgo por fiadora que quando tornes, que Elicia no esté tan brava.

BARRADA.- Assí te lo suplico yo, señora.

CELESTINA.- Tú puedes, hijo, dormir a sueño suelto.

ELICIA.- Con esse cuydado te puedes bien descuydar.

AREÚSA.- Ora, ya pues, tú, prima, no seas ya tú tampoco tan desabrida y abráçele ay, y váyase con Dios, y hayamos la fiesta en paz.

GRAJALES.- Por Nuestra Dueña, que si no fuera por hazeros plazer de aquí no saliera.

CELESTINA.- Ora, hijo, que conosciado está tu esfuerço; y nunca te pongas con los tales a aventurar la honrra; y andad con Dios hasta otro día.

GRAJALES.- Y con Dios quedés, señora y señoras.

Argumento de la XXXVI Cena

En que CENTURIO y ALBACÍN van hablando y topan a TRASO EL COXO y a TRIPA EN BRAÇO, y acuerdan de dar un repiquete de broquel en casa de CELESTINA; y van y sale CELESTINA para se quejar, y ellos se van; y queda ella y ELICIA hablando, y vienen BARRADA y GRAJALES. Y entrodúzense:

CENTURIO, GRAJALES, BARRADA, ALBACÍN, TRASO EL COXO, TRIPA EN BRAÇO, CELESTINA, ELICIA.

CENTURIO.- Por la santa letanía, que estoy para renegar la leche que mamé, de ver que me tenga en tan poco Grajales que me tome esta muger, y que ella me ose embiar a dezir que no entre en su casa. Yo renegaré déstas, si no hago un hecho que sea sonado y castigo para ellos.

ALBACÍN.- ¿Y yo no tengo razón, que me dexe a mí Elicia, siendo quien soy, por Barrada, despensero del maestrescuola? Pues voto a tal que no se me vaya alabando, que no me ha de quedar por corta, ni por mal echada, la satisfacción.

CENTURIO.- Tú, señor Albacín, no tienes tanta razón.

ALBACÍN.- ¡O, pese a la vida que bivo!, ¿y esso has de dezir? ¿Y por qué no tengo tanta razón, dexándome por un majadero una muger que la adoro y me dexa de querer?

CENTURIO.- Yo te lo diré; y la razón es porque tú a Elicia no le das nada, y no es camaleón que se ha de mantener del ayre, y basta que no te ha embiado a despedir como a mí la otra puerca de su prima, que voto al Santo Sepulchro de Sant Vicente de Ávila, que estoy para tomar el cielo con las manos.

ALBACÍN.- ¡O, pese ora a tal, con hombre que tal dize! ¿Y tú qué das a Areúsa, más

que yo a Elicia?

CENTURIO.- ¿Qué? Que voto a tal, no me pague el peligro que por ella me puse con todo quanto tiene Grajales, ni la puta vieja de su tía Celestina.

ALBACÍN.- ¿Dizes por lo que hiziste quando mataste a Calisto?

CENTURIO.- ¿Pues parécete que fue caso ésse para olvidar, adonde entonces aventuré la vida y cada día la traygo en aventura? Que, para la santa letanía, cada mañana, quando despierto, me atiento los gargueros, pensando que estoy en la horca o que tengo la sogá ya echada para ahorcarme.

ALBACÍN.- Pues veamos, porque tú pusiste la vida por ella, ¿es ella obligada a poner la suya, dexándose morir por ti de hambre, si tú no se lo das tampoco, como yo dizes que no lo doy a Elicia?

CENTURIO.- ¡O, pese al diablo con tal dicho! Eso es si le quitasse yo que no hiziesse lo que quisiesse; sí, que bien sé que no soy salido quando es entrado Grajales, y Vicente y otros veynte, que no sé tan poco del mundo, ni he aprendido tan poco en veinte y cinco años que sé qué es tener mugeres a ganar la vida, que no sepa que una muger que ha de tener un hombre por valiente hombre y por amor, y pelar de otros boçales para sostenerse a sí y a él. Desto no me quexo, que no sé tan poco de las tramas destas tales que no sepa enchilar las canillas, y aun tramar los liñuelos sin quebrar los hilos; y hazerme bovo, y passar en el alarde el gayón por primo, y haziendo que creo del cielo çebolla y que no hay otro sino yo. Que vejas son para mí todas roncerías, que bien sé aguardar los tiempos de la yça y cuáles son, como sé los de la quadra y del rodancho; que no me acodicio tanto a tirar el tajo mortal para que la puta me adore, que no me sepa reparar del revés peligroso que me puede matar de hambre, porque tanto la quiero por la mesa como para la cama; que bien se me entiende que la bondad que no guarda ni ha de guardar por su honrra, que no la defenderá por mi plazer, quanto más que no es otro el mío, sino que gane de otros para honrrarme a mí, conforme a las leyes de la Santa Gualtería, las quales se guardan en las disfraçadas ramerás como éstas, como en las públicas y luminarias de las boticas del burdel. Assí que, hermano Albacín, aún agora bisoño y boçal eres en este colegio, y poco experimentado en esta guerra, y pues no la sabes, aprende de tal doctor como yo los misterios de la santa germanía, y de tal capitán general cómo se han de hazer los ardides de la guerra, tirando tiros mortales sin sacar sangre ni vertella, blasonando bien, digo, del arnés, ya me tienes entendido; porque voto a la santa letanía, que por el camino que llevas una espada más larga es menester que de aquí a Roma, y una vida más luenga que Matusalén, con un seguro firmado de Dios, por vida de Mahoma, si has de defender la possessión de la señora Elicia, en quanto ella tuviere derecho a la propiedad que tiene y nunca perderá, si con la vida no la pierde; porque se pierden los dientes y no las mientes. Aprende, aprende hermano, si quieres salir buen hijo en este officio, y si quieres lealtad, vazía la bolsa, y quedarás pelado del dinero y vestido de cuernos disfraçados; que por vida tuya y mía, que porque mantengas la dama, que no ahorres los cuernos, y pues han de ser forçados, más vale desimulallos tú a costa suya, que no que a la tuya los disimule ella y los encubra de ti; que por las reliquias de Mahoma, que delante los ojos te hagan mil trampantojos, metiendo dado y sacando dado, metiendo, digo, como prima el primo y el pariente, y saliendo por gayón o marido, sin desaminar contigo la dispensación, si es buena o mala.

ALBACÍN.- Voto a tal, que no pensé que tanto sabías. Mas ves aquí a Traso el Coxo y a Tripa en Braço, que no los tengo yo por necios en este officio.

CENTURIO.- Nunca Dios me depare peores doctores ni compañeros para un repiquete de broquel y beber el alboroque después, sabiéndolo hazer a salvo, como el que repica se pone del ruydo; que esto es lo principal que el buen maestro de nuestro officio ha de

tener, que sea el ruydo más que las nuezes, buena parola y mal fato quiero dezir, y la espada no sacalla, porque con salir de la vayna no añuble y llueva sobre su dueño, como pudiera ser si quebráramos las puertas de Celestina, como tú querías; porque mejor es oxear a costa de su miedo que a la nuestra, con peligro de las vidas, y ponernos en hazañas donde se gana poco provecho y menos honrra, aventurando la vida por putas; porque si la vida se deve a la honrra, no es razón de pagar con ella en cosa que menos sea, como sería perdella por las tales; y pues se toman para plazer no se han de sostener para enojo, a lo menos que llegue a sangre, sino por camino de Santiago, donde anda tanto Traso el Coxo como el sano.

TRASO EL COXO.- ¿Qué dizes de Traso?

CENTURIO.- Digo yo, hermano, que camino de Santiago, que tanto andas tú como haze el señor Tripa en Braço.

TRASO EL COXO.- ¿Con la parola, escusado el fato, quieres dezir?

CENTURIO.- Eso digo yo, porque el señor Albacín y yo queríamos bien oxear un par de garçones de casa de Celestina, para que no me coman la fruta tan descubierto que no tengan en nada a los ortolanos.

TRASO EL COXO.- Al cabo estó; pues, sus, vamos en anochessiendo, y anden los pomos de las espadas en las copas de los rodanchos como quien repica a fuego, para no se quemar en él, a defuera, digo, porque no caya algún madero que nos descalabre.

CENTURIO.- Pues no, que dize el señor Albacín que mejor es derrocar la puerta y entrar a matar el fuego en casa de Celestina.

TRASO EL COXO.- No es éste fuego de alquitrán, que se ha de matar con vinagre y tan azedo, sino fuego de amores que se ha de matar con vino a defuera y beviendo el alboroque.

CENTURIO.- En mi corazón estás, en un libro havemos leýdo.

TRIPA EN BRAÇO.- ¿Pues qué diferencia hay en eso? Está essa lición tan sabida de coro que no se lee otra cosa en el arte del burdel.

CENTURIO.- Que no, que mejor es entrar por lana y venir tresquilados.

TRIPA EN BRAÇO.- Voto a la reborborada, que quando yo era boçal, que aquello era, con la mocedad, como el señor Albacín, lo que me parecía, hasta que la esperiencia de bien acochillado me hizo cirujano, para saber curar las llagas antes que se hagan.

TRASO EL COXO.- Con un tajo que me dieron en esta pierna me atajaron esos passos y me los acortaron, biendo las veneras que se suelen traer de tales romerías; porque éste es un potaje que se ha de traer a una mano y a defuera del fuego, porque no se corte como manjar blanco.

TRIPA EN BRAÇO.- Tal blanco es, voto a tal, quien lo quiere guisar de otra manera.

TRASO EL COXO.- Ora, que aquí no hay qué estudiar, sino que ya me parece que es ora, que noche es ya; y en llegando, desenvaynar, y vosotros hazed que queréys quebrar las puertas para oxear los garçones, y Tripa en Braço y yo que lo queremos estorvar. Y buen ojo, y buen broquel, y a defuera y cantos, no tiren de la ventana alguna lágrima de Moysén; y si salieren los garçones a nosotros, dezir que no pensávamos que eran ellos, sino otros.

ALBACÍN.- Pues esso pareceria cobardía, si saliendo no hiziésemos lo que somos obligados.

TRIPA EN BRAÇO.- ¿Ante qué escrivano está essa obligación? Por Dios, buena paga sería éssa; a lo menos no sin costas. Muy moço eres, hermano, no debes aún de saber a qué sabe la trementina; nunca busques cinco pies al carnero, pues está averiguado que no tiene más de quatro, y si no te quieres cortar, déxalo desollar a quien sabes que te sacará sano el pellejo, que en manos está el pandero de quien lo sabrá tañer; y en quanto

pudieras sacar las castañas del fuego con la mano del gato, no las saques con la tuya, si no te quieres quemar. Déxate de bozes y engañaite por nosotros, que sabemos ya dónde roe o pueda roer el çapato, y nunca las cosas de burlas las hagas veras pudiéndolas escusar. Y sus, vamos y dexémonos de bozes, que esto está mejor pensado que merecemos a Dios, que la çelada va también encubierta con rama que si no nos descubrimos nosotros nadie nos ha de sentir.

CENTURIO.- Ora, que no hay más que pedir, vamos; por aquí vamos mejor. Ya llegamos; ora, sus, desembayna tú, Albacín, y tú, Centurio.

TRASO EL COXO.- Ora, por amor de Dios, señores, no se haga tal cosa.

CENTURIO.- Déxanos, déxanos derrocar la puerta, y veamos qué garçones son éstos que están dentro.

TRIPA EN BRAÇO.- Que no, por amor de Dios, ora, teneos allá, no se haga tal desvarío.

ELICIA.- ¡Ay, desventuradas, tía!, que aquél es Albacín y Centurio, que dizen que quieren quebrar la puerta.

CELESTINA.- ¿Qué quebrar o qué nada? Sé, que rey tenemos, déxame parar a aquella ventana. ¿Qué cosas son éstas? Andad, andad con Dios, de mi puerta. ¿Qué deshonestidad es ésta?, ¿qué atrevimiento de hombres de bien?

ALBACÍN.- Boto a tal que hemos de saber quién está allá.

CELESTINA.- Voto yo a ésse que vos juráys que la justicia sepa lo que pasa. Oxe pues, cómo yo me pago yo de fieros de rufianes; sí, que Dios hay en el cielo y rey en la tierra.

CENTURIO.- Dexaos de palabras, muger honrrada, si no queréys que quebrems la puerta, y echad los garzones fuera.

CELESTINA.- ¿Qué garçones y qué nada, y qué fieros? Yo certifico que si bosotros pensárades que hay dentro hombres, que no hizierades lo que hazéys; para con las rucas tenéys manos. Andad, andad con Dios, hermanos, que en esta casa no se usan esas cosas ni essas deshonestidades, que honestamente bivimos, con nuestros husos y rucas nos sostenemos, y no de tales velaquerías.

ALBACÍN.- ¿Vos no queréys abrir?

CELESTINA.- ¿Qué abrir? Aguarda, que sí abriré. Elicia dame acá aquel manto, que, por vida del rey, a aquella justicia me vaya bramando como una leona; veamos dónde se sufren tales rufianerías como éstas.

ALBACÍN.- Dexaos ora, vieja honrrada, dessas pláticas, y echa fuera los galanes si no queréys que salgan por la ventana.

CELESTINA.- Dacá, dacá mi manto, veamos qué fieros y qué burlería es ésta desta noche.

ELICIA.- Madre, no vayas assí sola; aguarda, que yo yré contigo.

CELESTINA.- ¿Qué cosas son éstas? Seme testigos, y mira tú en essa casa, Elicia.

TRASO EL COXO.- Voto a la casa de Meca, que no deve de haver en casa nadie; tenla, tenla tú, Tripa en Braço, que yo no la puedo alcançar con esta mi pierna coxa.

TRIPA EN BRAÇO.- Torna, torna señora, no hayas enojo, que nosotros haremos que se vayan luego; no haya más, por Dios.

CELESTINA.- ¿Qué torna, torna?, que no quiero sino que se castigue tan gran afrenta, y que sepa Dios y todo el mundo mi limpieza y cómo bivimos.

ELICIA.- ¿Parécete buenos hechos éstos, señor Albacín?

ALBACÍN.- Mas ¿parécete bien a ti, señora Elicia?

ELICIA.- Déxate deso, señor, que ni a Dios ni al mundo parescen bien tales cosas.

TRASO EL COXO.- Señora, por amor de mí, que por esta noche no salgas de tu casa, que agora estás compassión.

CELESTINA.- ¿Y cómo compasión?, ¿no te parece que tengo razón?

TRIPA EN BRAÇO.- Sí, por cierto, y grande; mas por amor de mí, que a lo menos por esta noche, que tú te entres en tu casa y no haya más.

CELESTINA.- Por amor de ti, así lo haré, mas con condición que mañana no me lo estorbes y que entrés en mi casa, tú y el señor Traso, para ver qué galanes son éstos que tenemos dentro.

TRIPA EN BRAÇO.- Yo, señora, te lo tengo en merced, y no es menester, que así se cree de tal persona como tú.

CELESTINA.- ¡Dios, que a esso me embiaran acá del otro mundo!; ¿paréceos a vos? ¡Y qué dichos de señores!

CENTURIO.- Déxate, madre, dessas yproquesías, que no son para mí; no quieras por hazerte a ti sabia, hazerme a mí necio.

CELESTINA.- Más déxate tú dessas rufianerías, que te las entiendo yo a ti mejor.

TRASO EL COXO.- Éntrate en casa, señora, no estés aquí dando cuenta a los que pasan.

CELESTINA.- Desso huelgo yo, de dalla a Dios y a todo el mundo. ¿Qué es esto? Claramente, hijo Centurio, bivo, y limpia, que ni hay aquí yproquesías ni santidades fingidas, que sólo Dios es el santo, que yo por pecadora a Él me tengo, y a solo Dios tengo de dar essas cuentas, que no las has tú, hijo, de venir a pedir a mi casa. ¿Y por cuál carga de agua?, ¿por las muchas mercedes que de ti hemos recebido? Anda, anda, mi amor, con Dios, y no pidas cuenta donde no hay recibo, pues sabes que no puede haver alcançe.

CENTURIO.- Pues por el santo martilajo, que sin alcançe alcanço yo a entender cuántas son cinco.

CELESTINA.- Pues si lo sabes, sábe en tu casa, hijo, que en la mía yo sé lo que me cumple, pues ya sabes que más sabe el necio en su casa que el sabio en la ajena.

CENTURIO.- Señora, dexémonos de andar a motes, y pídotte por merced que me perdones, y si está acá Areúsa, que me la dexes dezir dos razones.

CELESTINA.- Después de me quebrar la cabeça, me unta el casco. Perdónete Dios, hijo, que más passó Él por mí; y Areúsa, mi amor, búscala en su casa, que no suele ella venir a la mía a tales oras.

CENTURIO.- ¿Pues cómo?, ¿haze ella cosa sin tu consejo?

CELESTINA.- Harto, hijo, tengo que entender en mis duelos, sin curar de los agenos, que a cada parte hay tres leguas de mal camino.

CENTURIO.- ¿Pues cómo?, ¿ella no estava casi noche acá, en tu casa?

CELESTINA.- Pues que estuviesse, ¿no puede ser yda? ¿Soy yo obligada a ser su fiadora y traella de traílla? Vete, hijo, con Dios, que no pensava yo rescebir tal pago de ti, de las buenas obras que en esta casa has recebido; mas bien dizen que maldito sea el hombre que confía en el hombre que a osadas, que un gran beneficio no se paga sino con gran desagradescimiento, como de ti lo tengo recebido.

CENTURIO.- Tú, madre, tienes la culpa.

CELESTINA.- Si tengo la culpa, hijo, ya tengo recibida la pena, que quien en ruin lugar haze leña, ya me tienes entendida.

CENTURIO.- Madre, sé bien criada, no me hagas ser descortés.

CELESTINA.- Ya no puedes, hijo, a lo menos, dexar de sello conmigo, como lo has sido. Hame deshonorado, y dize que sea bien criada. Sabe, hijo, que quales palabras me dizes, tal coraçón te tengo.

ELICIA.- Çe, señor Albacín, yos con Dios, que quando yo tenga lugar te diré maravillas.

CELESTINA.- Elicia, súbete arriba y déxate de secretos, hija.

ELICIA.- ¡Ay, tía!, ¿qué secretos me vees tú a mí hablar ni dezir?

CELESTINA.- Lo que con los ojos veo, ya, hija, creo que me entiendes. Lo que yo mando es que te subas arriba, que yo quiero cerrar mi puerta.

TRASO EL COXO.- Ora, que ello está bien; y perdónanos, señora, y queda a Dios.

CELESTINA.- A Dios vayas, hijo, y vosotros también.

CENTURIO.- Voto a tal, muy bien se ha hecho, que la cosa queda de manera que pienso que saltaran los garçones por los tejados de miedo.

TRASO EL COXO.- Ello está mejor que pensávamos; vamos a beber el alboroque.

CENTURIO.- Vamos, pues tan bueno nos ha salido el ardid.

CELESTINA.- Ora, ¿has mirado con qué se venían los rufianazos a dar repiquetes de broquel a mi puerta? ¡Guayas de mí!, ¡como si no conociesse yo rufianes! Y tú Elicia, póneste al oydito desotro majadero delante de mí; pues delante ni detrás, no lo vea yo en esta casa. Y quando Barrada viniere, no sea lo que hasta aquí.

ELICIA.- Ora ya, por cierto, tía, que eres muy sospechosa, que en mi ánima, no le dezía sino reñille su descortesía.

CELESTINA.- Por mi vida, hija, que a quien cueze y amassa, ya me entiendes, y creo que me tienes ya entendida; que este paje no quiero que me entre aquí, pues honrra ni otro provecho dél se saca, sino la afrenta de esta noche y otras tales.

ELICIA.- Por cierto, tía, pues no es poco provecho tener una persona de casta como Albacín para que defienda mi honrra; que unos se han de tener para honrrarse la persona dellos, y otros para provecho, que tal como Albacín es para cumplir la honrra, y como Barrada para la necesidad.

CELESTINA.- Más quiero, hija, asno que me lleve, que cavallo que me derrueque, quanto más, que Barrada yo lo miro con tales ojos que servirá de ambas sillas, assí de la honrra como de la del provecho.

ELICIA.- Y aun disposición tiene él para honrra.

CELESTINA.- Déxate, mi amor, de las disposiciones, que no hemos de comer dellas, que más has de tomar el hombre para provecho que para pasatiempo, más por interesse que por hermosura, más por su bolsa que por su disposición. Que, mal pecado, hija, pues por necesidad lo tomas, más has de servir de jornalera que no de dama; más del amor del interesse que de sólo passatiempo, las quales passatiempos muy mal, hija, se passan con hambre, pues no hay peor ahíto que della.

ELICIA.- ¿Pues no vale más, tía, tener mediadamente con honrra, que sin honrra gozar de mayor interesse?

CELESTINA.- ¿Qué quieres dezir por esso?

ELICIA.- Quiero dezir que mejor es tener al paje del infante para mi honrra, con el mediano interesse de Crito, que no todo el interesse de Barrada con la falta de su linaje.

CELESTINA.- ¡Qué negro linaje, y qué negra nada de honrra! Como si no supieses, hija, que todos somos hijos de Adán y de Eva. Y por aquí verás, mi amor, que sola la riqueza haze el linaje; porque créeme, hija, que como ya todo lo que se compra y se vende anda puesto a peso y medida, assí anda la honrra y el linaje a peso y medida, de ser más y valer más no el que más vale de persona, mas el que más vale su hazienda, no el que más tiene de virtud y linaje, mas el que más tiene de falta de todo esto con sobra de lo contrario para saber adquerir más dinero. Mira, mira hija, los estados cómo se estiman, y estimarás aquello porque se estima los estados, de donde nasce la honrra. ¿Por qué, si piensas, es más el rey que el duque, y el duque que el marqués, y el marqués que el cavallero, y el cavallero que el escudero, y el escudero que el official, y el official que el labrador? No por otra cosa, sino por el peso y medida del más o menos dinero. ¿Quiéroslo ver más claro? Pues mira quel ditado no da autoridad al dinero y estado, mas el dinero y estado al ditado; porque si assí no fuesse, siempre los ditados

mayores serían más tenidos y honrrados, con menos de dinero, que los menores con más de riqueza, lo qual es al contrario, porque a un conde se haze con más de hazienda la honrra, que a un duque no se haze con menos de tal interés; y si lo quieres ver más claro, mira la differencia de la honrra que se haze a un obispo de anillo, a la de otro obispo de mayor renta con yqual dinidad y ditado. Assí que, hija, mi fe, ya no se estima hombre sin dinero, sino dinero sin hombre; assí que, mi amor, no hay tacha quel dinero no encubra, ni virtud que supla la falta de dinero; ni veo que al pobre la falta de las lisonjas que oye le pongan estado, ni al rico la sobra de las lisonjas, con la falta de la verdad que le dizen, le quite el estado; ni veo que el simple, rico, dexede de ser oýdo, ni que al sabio y pobre alguno le quiera oýr; ni veo dexar de acompañar al rico y avaro, ni veo acompañado al pobre liberal y virtuoso. ¿Sabes por qué? Porque no miran a ninguno lo que da, sino lo que puede dar. Assí que el acatamiento al mayor interesse haze no tener acatamiento, ni respeto, al menor interesse con sobra de virtud; y de aquí vino a dezir más vale páxaro en mano que buytre volando. Assí que, hija, lo que se usa no se escusa; y concluyo con un cantar ytaliano que dize: «Compañó, mi compañó / volle que te dica / quien no tiene dinare / tene mala vita».

ELICIA.- Por cierto, tía, pues yo he oýdo dezir que dizen los sabios que más vale saber que haver, y virtud que riqueza.

CELESTINA.- Eссо, hija, sería en otro tiempo, mas no en éste, que ya sabes que dize el proverbio que cada cosa en su tiempo. ¿No has visto usar un vestido y de aquí a tres días otro, teniendo ya por grossero el primero? ¿Pues qué piensas que lo muda y lo haze? No otra cosa, sino el tiempo que muda todas las cosas; la mocedad en vejez, la hermosura en fealdad, la vida en muerte, y aun fasta las plantas y campos anda vestiéndolos de hermosura y libreas de colores de hojas y flores en el verano, y desnudándolas en invierno de tal hermosura. Todo, hija, lo haze y deshaze el tiempo, y por esto dixerón los sabios que era la verdad hija del tiempo; y pues la verdad es hija del tiempo, créeme, mi amor, que el padre no hay cosa que más quiera que a los hijos, y por aquí verás que el tiempo quiere lo que se usa en él, engendrado por él, ques el dinero. Y pues sabiduría es bivar conforme al tiempo, procura hazer, hija, lo que se usa hazer en él, pues lo que se usa no se escusa, como dixe, que es el dinero, que con éste te casarás mejor sin castidad que con más castidad que Lucrecia si eres pobre, que no hay, hija, cosa que más aborresca que la pobreza. Y con esto acabo, porque parece que llaman a la puerta; mira quién es.

ELICIA.- ¿Quién está aý?

GRAJALES.- Señora, di a la madre que el señor Barrada y yo estamos aquí.

ELICIA.- Tía, Grajales y Barrada son.

CELESTINA.- Espera, que de aquí los quiero hablar. Hijos míos, ¿qué mandáys?

GRAJALES.- ¿Qué ruydo ha sido el que acá dizen que ha acaescido? Que, por Nuestra Dueña, como supimos que era a tu puerta, por la posta hemos venido a ver si havías menester algo.

CELESTINA.- ¡Ay, hijos, yos de aý!, no tornen aquellos rufianazos, no sea peor la recaýda quel primer adollesc. Que aquí nos han querido, Centurio y el negro paje del infante, quebrar las puertas, porque ha mil años que anda perdido de amores por esta mochacha, y de que no le ha aprovechado, de zelos de vosotros, dezía que os hechássemos fuera, si no, que quebrarían las puertas, y assí lo hizieran si no por Traso el Coxo y Tripa en Braço que lo estorvavan.

GRAJALES.- Assí pues, anda acá, hermano, que esto no se puede ya sufrir, vamos allá y castigemos estos panfarrones.

BARRADA.- Vamos.

CELESTINA.- Hijos, por mi amor, tal cosa no se haga. ¡O, desventurada, que

corriendo van! Plega a Dios no acontezca algo, que éstos son dos valientísimos hombres.

ELICIA.- Allá se avengan si aconteciere algo. Dexemos, tía, los duelos agenos y entendamos en cenar.

CELESTINA.- Pues mira qué vino quedó en el cangilón, para que si no tenemos vino embiemos por ello, si halláremos algún rapaz que nos lo traya.

ELICIA.- ¡Ay, tía, por mi vida, que no hay mucho!, mas ven y siéntate.

CELESTINA.- De mala gana lo hago en saver que hay poco vino, mas por ti lo quiero hazer; porque, por cierto, hija, así se me ansía el corazón si no tengo vino, a lo menos a comer y a cenar, que no parece sino que me toma gota coral, y como yo soy algo vieja, con dos traguitos me parece que me torna el alma al cuerpo, y que me refresca y me calienta la sangre. Porque cree, hija, que no hay epítima que así esfuerce el corazón, ni caldo esforçado que así torne el alma al cuerpo como el vino, que así como es gloria beber el bueno, se me ansía el corazón con el malo; mas mal por mal, todavía es mejor que agua.

ELICIA.- ¡O, madre, y cómo huelgo desso! Porque así como te contenta a ti más un vino que otro, aunque es más a tu costa, así me huelgo yo más, aunque sea a la mía, con el paje que con Barrada.

CELESTINA.- Dígote que uno es el juego por hazer comparación, para poner un muchacho con buen vino anejo.

ELICIA.- Madre, en el vino es mejor el anejo, y en los amores el nuevo.

CELESTINA.- Déxate de bozes, y lo que yo dixere tenlo por fe, si no lo alcanças por razón; y cenemos, pues todos los duelos, ya me entiendes.

Argumento de la XXXVII Cena

En que CENTURIO y ALBACÍN y TRIPA EN BRAÇO, van a casa de MONTÓN DORO a beber y comer; y, estando hablando en lo que havían hecho, llega a la puerta GRAJALES y BARRADA, y quieren entrar y desquicialla. Y CENTURIO no halla por dónde huyr él y TRIPA EN BRAÇO, y tornan porque oyen quel PUEBLO pone pazes. Y introdúzense:

CENTURIO, TRASO EL COXO, TRIPA EN BRAÇO, ALBACÍN, MONTÓN DORO, GRAJALES, BARRADA, el PUEBLO.

CENTURIO.- Parésceme que será bien que nos vamos por las ermitas del burdel a dar las gracias de nuestra vitoria, pues también nos ha sucedido; y de camino, si topáremos con Montón Doro, llevalle hemos a su bodegón, y cenaremos y beberemos el alboroque.

TRASO EL COXO.- Mejor será del primer voleo yr al bodegón, porque ay pienso que hallaremos a Montón Doro; y después de cenar hará esotra romería el que más devoción le tuviere.

TRIPA EN BRAÇO.- A este boto me allego, por parte destar más cerca de la bota que a la debota gualtería o romería.

ALBACÍN.- Mejor dixeras ramería; y por tanto yo me junto al boto de los más, y vamos al bodegón, pues a ninguno le falta devoción.

CENTURIO.- Ora pues, vamos, que boto a mares, que la mesa está puesta; entremos. Buenos días compañero.

MONTÓN DORO.- Bien vengas, Centurio amigo, y vosotros bien vengáys.

TRASO EL COXO.- Pues, compañero, ¿tenemos bien qué moflir?

MONTÓN DORO.- Echa acá esos cinco.

TRASO EL COXO.- ¿Para?

MONTÓN DORO.- Pues para aquestos diez mandamientos, que hay qué roçar y que no falta vino con que canten los ángeles.

CENTURIO.- Échame aquí, que quiero echar una traviessa para tentar el pulso a este piezgo deste cuero, que me parece que tiene pujamiento de sangre. ¡Boto a la casa de Meca, singular es!

ALBACÍN.- Más me parece pular, pues todos te ternemos compañía.

TRASO EL COXO.- Ora, yo he oýdo que los heridos de yerva no hay tal cosa como chupalles la herida, y por tanto quiero chupar la llaga deste piezgo.

MONTÓN DORO.- Mejor salud me dé Dios que yo consienta tal experiencia, porque soy muy enemigo de sangría en mis amigos sin saber las onças que se sacan.

CENTURIO.- Ora pues, sácale quatro açumbres en esse cangilón, y sentémonos. Agora que estamos sentados bueno fuera tener aquí a Celestina para que nos benedixesse la mesa, que voto a la reborborada, que para aplacalle la saña desta noche, que no hallo yo mejor ofrenda que la deste vino.

MONTÓN DORO.- ¿Y qué saña ha tenido su reverencia?

CENTURIO.- ¿Qué saña? Pregúntalo al señor Traso.

TRASO EL COXO.- No fue nada, sino un repiquete de broquel a manera de levada, con que oxeamos ciertos garçones que venían a entrar a comer en la gorrionera; que por más de dos dozenas de goteras en los tejados de sus vezinos yo lo hago.

TRIPA EN BRAÇO.- Voto a tal, que yo oía el cruxir de las tejas que llevaban.

MONTÓN DORO.- ¿Y quién eran los garçones?

CENTURIO.- Los señores Grajales y Barrada.

MONTÓN DORO.- Y veamos, en esse vencimiento ¿no cogistes el despojo de las despensas de sus amos, que no faltaría?

CENTURIO.- ¡O, derreniego de los moros, si tuve memoria!, que tanta gana tenía de castigar y seguir el alcance de los enemigos, que se me olvidó del despojo del carruaje.

MONTÓN DORO.- Pues no te tengo yo a ti y a los señores Traso y Tripa en Braço por tan descuydados y boçales, que en el alcance no echárades antes mano del carruaje del bastimiento que del despojo de las damas que os dexarían, pues tan mal os defendieron la fortaleza.

CENTURIO.- Pues voto a tal, que pienso que en la defensa no faltó tyros de artillería, que aunque los enemigos desempararon la fortaleza, yo olí la pólvora al entrar de la muralla.

MONTÓN DORO.- Pues la señora Celestina, ¿cómo se dexó llegarse a combatir, que no usó primero de sus tratos, y por mejor dezir baratos?

CENTURIO.- No la dexamos entrar en juego; y ya sabes que quando el fato toma primero la mano, que se ataja la parola.

MONTÓN DORO.- Assí que en tal afrenta os havéys visto.

TRASO EL COXO.- ¿Sabes qué tal? Que la primera cosa que hizimos fue prometernos a este tu bodegón, para que Dios nos diesse vitoria a oxear los garçones y a beber los cangilones; que por vida de Celestina, que prometí de beber diez vezes descalço de agua en esta santa romería de tu casa. El señor Albacín no sé lo que prometió, porque estava tan embevido por querer matar que creo que no se le acordava el peligro que tenía de morir de sed; que yo voto a la gruta de Ércoles, que si salieran a mí, que estava determinado de dexalles las damas, como gato de algalia las bolsas, para salvar la vida, que pienso que no faltaría algalia en ellas, según estavan demudadas quando entramos.

ALBACÍN.- Pues yo no tenía ojo sino a las ventanas, no viniessse algún canto desmandado, que de su salida no holgara de cosa más.

MONTÓN DORO.- Mejor me parece el consejo de Traso que la determinación del señor Albacín, mas ello se hizo mejor.

CENTURIO.- Déxate de palabras; échame aquí en este esquilon una pasada, ofrecella he por el alma de Celestina.

MONTÓN DORO.- Mas, ¿los señores Barrada y Grajales, lindamente tomaron las viñas?

CENTURIO.- Por tu vida, que las tomaron, y de suerte que pienso quel año que viene ha de haver carestía de vino, según las dexaron vendimiadas de tomallas.

MONTÓN DORO.- ¿Y la señora Celestina ha caído en el daño? Porque éssa será más negra para ella que la afrenta desta noche que dizes. A la puerta llaman, ¿quién está ay?

GRAJALES.- Grajales y Barrada, para saber si son ellos los que tomaron las viñas que dizen esos panfarrones, o si se han de hazer los hechos beviendo las viñas, encerradas en las tavernas y bodegones.

ALBACÍN.- Aquí no es tiempo de más dessimulación. Abre, señor Montón Doro, y déxame salir.

MONTÓN DORO.- Buena cuenta daría yo de mí, si en mi casa dexasse hazerse tal escándalo.

CENTURIO.- Çe, señor Montón Doro.

MONTÓN DORO.- ¿Qué dizes?

CENTURIO.- ¿La puerta está a recaudo?

MONTÓN DORO.- Sí está, que con llave la dexé.

CENTURIO.- ¿De suerte que a salvo está el que repica?

MONTÓN DORO.- Desso a buen sueño suelto puedes dormir.

CENTURIO.- ¿Qué burlería y qué fieros son éstos? Abre, abre y veamos si dezir y hazer, si es para buenos. Quitá, quitá, señor Albacín, esse cerrojo, o déxame salir.

TRIPA EN BRAÇO.- Que no, por amor de Dios; tenle, tenle, Traso el Coxo.

ALBACÍN.- ¡A, pese a tal, que está cerrado con llave! Abre, abre, pesar de la vida, señor Montón Doro, no se vayan alabando estos panfarrones después de haver huydo quantos tejados hay en la cibdad.

GRAJALES.- ¡O, el vellaco, rapaz panfarrón! Salí, salí, y verés quién huyó; que, si allá estuviéramos, vos supierades cómo se espantan los hombres de bien con repiquetes de broquel de tales panfarrones y rufianes como vos y los que están con vos; y os prometo, que si no abrés, que la puerta echemos en el suelo.

ALBACÍN.- Abre, Montón Doro, si no, por vida del rey, de echarte esta espada por el cuerpo. ¿Qué es esto? Abre, abre essas puertas.

MONTÓN DORO.- Señor Albacín, no daría yo buena cuenta de mí y de mi casa si esso hiziesse.

GRAJALES.- ¡Buen dissimular de panfarrones es ésse!

ALBACÍN.- Calla vos, don jarro, que voto a tal, que yo y vos nos veamos mañana, pues no nos dexan esta noche.

CENTURIO.- Voto a la santa letanía, si salir me dexassen más espaldarazos os diesse, doños panfarrones, que pudiéssedes llevar a cuestas, por no apocar mi espada en sacar vino por sangre, que, pues vosotros os osáys ygualar conmigo, no puede ser sino que venís hechos dos cueros.

BARRADA.- Días ha que conoscimos, don rufianazo, vuestros fieros; salí acá y dexaos de parolas desde talanquera.

CENTURIO.- Abre ay, Montón Doro, déxamelos castigar, si no quieres que corte aquí cerrojos y cerraduras.

GRAJALES.- Barrada, toma de ay, desse palo que está aquí, y desquiciemos la puerta, no se vayan en humo los fieros destos panfarrones; alça, alça, que ya sale de quicio.

CENTURIO.- ¡A, pese a tal! Aguarda, que yo buscaré por dó salir. Çe, señor Tripa en Braço, vámonos y saldremos por el corral, que yo te prometo que abren las puertas; anda allá, anda, ora sus, sube. ¡O, pese a la vida en que bivo, que no me dexan subir las bardas!

TRIPA EN BRAÇO.- Aguarda, provaré yo, y darte he la mano de arriba; no lleva medio. ¡O, desventura grande!

CENTURIO.- Tornemos, y digamos que burlávamos con ellos. Oye, oye, que mejor me parece que se haze, que la calle parece que está llena de gente y que no los dexan llegar a efeto; tornemos allá y dissimulemos.

PUEBLO.- Ora, ya no haya más, que no se ha de consentir.

MONTÓN DORO.- Seme testigos, señores, que me han desquiciado las puertas, que voto a la vida que la justicia averigüe lo desta noche.

CENTURIO.- ¡O, pese a tal, que no hallé por dó salir!

ALBACÍN.- Más ¡o, pese a tal con quien viene con panfarrones cobardes a hazer sus cosas!, que no ganaran ellos conmigo la honrra que esta noche han ganado.

CENTURIO.- Señor Albacín, no llames a ninguno cobarde, que, voto a tal, si no fuera a ti, del rey abaxo no lo sufriera. ¡Dios, que esa fama tuvo Centurio mi agüelo, y Centurio mi padre, y Centurio su fijo que soy yo, y que por eso nos pusieran el nombre! Que si yo hallara por dó salir yo te quitara dese cuydado.

ALBACÍN.- Ora, que ello está bien, que yo te prometo que yo pierda el cuydado de venir contigo a cosa de afrenta, y llámate quanto quisiereres centurio.

CENTURIO.- Eres mi amigo y téngote de sufrir, por tanto di lo que quisieres, que yo tengo tan aprobada mi persona por quantos burdeles hay en el reyno que tengo poca necesidad de testigos de abono: que yo te certifico que es tanto el rastro de malla y aros y copas de broqueles, con braços y piernas, que he dexado por donde he andado, que por el hylo de mi espada pueden sacar bien el ovillo de quién es Centurio. Digos que esso es lo que rezan por mi alma las biudas y huérfanos que tengo hechos en este mundo. ¡Por Dios, que me tienes bien conocido!

ALBACÍN.- Ora, sus, que ello está bien.

CENTURIO.- No está sino muy mal, pues no pude salir a que te desengañasse mi espada.

ALBACÍN.- Yo te prometo, que me tienes bien desengañado.

GRAJALES.- Ora, que yo y vos nos veremos, dexaos de palabras.

ALBACÍN.- Más querría agora que después.

PUEBLO.- Ora tenemos allá, que nos hemos de dexar. ¡Huyd, huyd, que aquí do viene la justicia!

ALBACÍN.- Mirad qué correr llevan mis compañeros; yos prometo que los conosco yo mejor por este rastro que por el de las mallas y aros de broqueles, con piernas y braços, que Centurio ha dexado por los bordeles.

PUEBLO.- Vete, señor Albacín, antes que llegue la iusticia.

ALBACÍN.- Juro, por mi vida, más me voy porque no me hallen en tal compañía que por lo que me pueden achacar, que esto yo lo averiguaré por otro camino. Y quedad, señores, a Dios, pues no me dexastes hazer lo que quería.

PUEBLO.- Con Él vayas, señor, que mejor es assí. ¡Hideputa el rapaz!, aunque no tiene barba yo os prometo que es hombre de barba, y que no le tomen la capa. Y con esso, compadres, nos vamos a nuestras casas, pues todo queda en paz y sossegado.

Argumento de la XXXVIII Cena

En que BARBANTESO va a casa de CELESTINA a reñir, y passan grandes cosas. Y introdúzense:

ELICIA, CELESTINA, BARBANTESO.

ELICIA.- Mala landre me mate, tía, si tu primo Barbanteso no está aquí, a la puerta.

CELESTINA.- Aguarda, hija, aguarda. Ya, señor, ¿eres tú?

BARBANTESO.- Mándame abrir, señora prima, que quiero entrar allá.

CELESTINA.- Toma, Elicia, esse candil y alúmbrale, no caya el viejo pecador.

ELICIA.- Entra, señor, y dacá la mano, no cayas.

CELESTINA.- ¿Qué buena venida es ésta, señor, a tal ora?

BARBANTESO.- Las buenas andadas, o malas por dezir mejor, hazen las buenas venidas.

CELESTINA.- ¿Qué quieres dezir por esso? Y siéntate en este escaño.

BARBANTESO.- Quiero dezir que hoy venida y cras garrida; ayer viniste del otro mundo y hoy estás más verde en éste que quando, sobre ochenta años a cuestras, caminaste para el otro. Dizes que venías a hazer penitencia de lo passado, y parésceme que hazes nuevo libro de lo olvidado, para hazer ábito con lo presente en lo que está por venir; ni las canas en la vida te avisaron de la muerte, ni la vejez del cercano tiempo della para emendarte; ni en la mocedad dexaste las hechas, ni la mayor edad con la espiriencia te las quitó; ni la muerte te puso castigo, ni la resurrección escarmiento. Que si buenas mañas en la vida passada tuviste, ni con la muerte se acabaron, ni con el castigo las olvidaste, ni con la resurrección las tienes dexadas.

CELESTINA.- ¿Qué diablo, pues, ha agora el viejo clueco? Una vez en el año que viene a mi casa, y éssa con daño. Por Dios, que eres gracioso, ¿y qué has tú visto en mi casa para dezir tales dichos? Quando tú, con el deudo que conmigo tienes, dizes tales cosas, ¿qué harán los que mal me quieren? Señor Barbanteso, aquí limpiamente bivimos y de honestidad nos preciamos, con pobreza nos contentamos, más queremos el poco interés de nuestros husos y rucas con honrra, que la abundancia de la riqueza con lo contrario; entiende en tus duelos y en los de tus hijas y nietas, y dexa los de mi casa y no harás poco, si no quieres pagar los sueldos. Y si no lo sabes, sabe que en Roma está una higa para quien da consejo a quien no lo pide. Cada uno mire cómo bive en su casa y dexa las vidas ajenas, pues que sabe más el necio en su casa que el cuerdo en la agena. ¡Dios, que esso es lo que acá estamos rezando!, lazerando y sufriendo hambre y sed, cansancio y lazería, pobreza, malos días y peores noches, trabajando como perras y velando como grúas salteadas del sueño para sostener la honrra, y que tras buen servicio, mal galardón. ¡Por Dios, que me das la vida!

BARBANTESO.- Más me das tú a mí la muerte con tales cosas como las escarapelas desta noche, que toda la cibdad está dellas llena, y quieres ser tresquillada en concejo y que no lo sepan en tu casa. No para mí, prima, no, que ya no tengo edad para guardar cabras.

CELESTINA.- Ten cuydado de tus nietas, y pues no lo tienes no vengas a donde no hay necesidad para dar consejo, que acá no nos descuydamos en cuydado ageno. Bien libradas estaríamos, por Dios, si pudiésemos poner freno y quitar las espuelas a quantos vellacos y rufianes haya en la cibdad, para quitalles que hagan lo que tienen por officio. ¿Y qué culpa tenemos aquí nosotras de lo que a dos locos se les antoja hazer, que nos la vienes agora con mucha furia a poner, haziendo del muy honrrado? Mete, mete, primo, la mano en tu seno, y por mi vida, que no la saques sin lepra, y límpiате della y no harás poco, y dexa los duelos ajenos; limpia, limpia tu barba y dexa de mirar

si hay paja en las ajenas. Mira tus hijas las mangas que hizieron, y no vendrás a cercenar nuestras faldas, pues no hay qué cercenar; que por mi vida, que al passar del vado, que no he menester que nadie me venga a regacear, quel escarmiento me tiene bien avisada.

BARBANTESO.- Mis hijas y mis nietas han dado de sí, y dan, tal cuenta, que antes alcançan que son alcançadas; y mira la viga en tu ojo y no quitarás la mota del de mis hijas.

CELESTINA.- ¿Mota? Por mi vida, si bien miras, que no es mota, sino deshecha, para no deshazerse la hecha, y aun que la nube es tan grande que no sólo tiene cubierta la niña del ojo de Francilla, tu nieta, mas al tuyo alcança, pues no la vees; y tan cubierta la niña, que siendo niña no vio cómo de niña se hizo dueña, y aun no con el rey.

BARBANTESO.- Eso fue, y es, un gran testimonio y mentira.

CELESTINA.- Pues si fue testimonio también lo es el que tú nos levantas, porque quien tiene tetas en seno, ya me tienes entendida; y cállate y callemos, pues dondequiera que hay cevo no dexan de venir los buytres; y guarde cada uno su buytrera, que assí haré yo la mía.

BARBANTESO.- Por cierto, prima, tú me pagas bien el consejo.

CELESTINA.- Primo, yo te prometo que no eres muy primo en dallo a quien no te lo pide, que cada uno conoce de sí el consejo que ha menester, si lo quiere tomar. Mas ya, amigo, no vendas consejo que no se compra, sino lisonjas, pues tan barato se venden y se compran, y usa de lo que se usa, pues no se escusa.

BARBANTESO.- No estoy en tiempo que me parece buen consejo ésse. Lo que me parece es que sería bueno que huviesse más honestidad en tu casa, y que no se viniessen a registrar en ella las despensas de los clérigos y cavalleros, y que sobre ello huviesse ruydos, deshonorando tus deudos.

CELESTINA.- Las despensas mira tú si se registran en tu casa y en tus hijas, que en la mía no tenemos, ni se hallará, tal registro.

ELICIA.- Mirá vos qué dichos y qué lindezas aquéllas.

BARBANTESO.- Aunque tuviesses, para moça, más vergüença, no perderías nada.

ELICIA.- Yo tengo la vergüença que he menester, sin que la vaya a pedir prestada a Francilla, tu nieta, que no me han tomado a mí con ningún frayle echacuervo, ni menos con ningún sacristán.

BARBANTESO.- Mi nieta es tal que no la merecéys vos descalçar; y calla y mete la lengua donde sabes, si no, hazerte he yo que calles.

ELICIA.- Mal año para vos.

CELESTINA.- Calla tú, Elicia.

ELICIA.- ¿Y por qué tengo de callar?

CELESTINA.- Porque lo mando yo que calles. Y tú, primo, anda, anda con Dios a tu casa y dexa, por tu vida, de entender en vidas ajenas.

BARBANTESO.- Yo lo haré assí, pues harta señal de muerte es quando el enfermo aborrece la salud y no quiere obedecer al médico.

CELESTINA.- Ya te tengo dicho que cada uno se cure a sí y no hará poco.

BARBANTESO.- Ora basta, que yo de Foción ateniense aprendí a no ser juntamente amigo y lisonjero, pues no se sufre en verdadera amistad encobrir la verdad al amigo con lisonja; y pues tan poco aprovecha mi predicación, yo te prometo que ésta sea la primera y la postrera reprehensión.

CELESTINA.- Con el tiempo se muda el tiempo y todo lo que anda en él, y con él se han mudado las leyes de Atenas en otras leyes, y la sabiduría es bivar conforme al tiempo.

BARBANTESO.- La sabiduría es de todos aborrecida, pues los hombres no biven conforme a ser hombres, mas a dexar de ser hombres por contentar a los hombres. Y

con esto me voy; y la merced que me havéys de hazer es que no pongáys lengua en mi nieta, si queréys que hayamos la fiesta en buena concordia y paz.

ELICIA.- No la pongas tú en mí, y no la pondré yo en ella.

BARBANTESO.- Esto digo yo, y no es menester aquí más.

ELICIA.- Y esto respondo yo, y no será aquí menester menos.

CELESTINA.- Quien no quiere oír, primo, no diga, y si dixere, haga las orejas sordas a sus palabras locas; y todos bivamos bien, que, en fin, la verdad no puede durar mucho tiempo en opinión, y ella saca las cosas a luz de las tinieblas de las malas lenguas.

BARBANTESO.- Eso es lo que digo yo, que cada uno en su casa sea buen juez y castigue sus vicios, si no quiere que otros los castiguen por justicia o por infamia. Y con esto me voy, y quedad a Dios.

CELESTINA.- Y con Él vayas. ¿Vistes agora con qué se venía acá el viejo clueco? No es para castigar las tramas de sus hijas y sus nietas y viene acá a dar consejo a quien no se le pide. Y dexemos ora de cuentos viejos y dacá, vámonos a cenar, que en quanto biviéremos hemos de tomar el mundo con estas condiciones, y pues todos los duelos con pan son buenos, demos en los relieves del pan y vino que quedaron de las rastras del registro de las despensas que dezía el viejo bovo de mi primo. Y darte he una lición que te valga más, cierto, que la del viejo loco.

ELICIA.- Siéntate tía.

CELESTINA.- Pues el caso es que entre col y col, lechuga; quiero dezir que ni seas con Barrada tan brava, ni seas tan mansa que dañes la conversación y te tenga en poco, sino que entre dos duras, una madura; hasta que le hayas dado parte de ti entera no le des esperança del todo, para sostenelle y alargalle la esperança, para ponelle más deseo y acrescentalle más amor. Y el rato que estés con él mosalle tanto amor que piense que sólo es él en el mundo amado, y contino en sus offrecimientos traelle a la memoria que obras son amores, que no buenas razones. Y mira que no sienta que es fingido lo que le dizes, porque no sea contigo, como dizen, a un traydor, dos alevosos; mas que seamos yo y tigo con él al contrario, pues no me parece nada traydor, y pues no lo es, sábele traer la mano por el çerro, y echalle el albarda y cinchalle de manera que trayga a cargas el bastimento para el real; y no dexes de contino avisarme de los que passa, porque a nuevas necesidades, nuevos consejos; y bueno será que lo tomemos para nos yr a reposar, que es hora.

ELICIA.- Tía, déxame el cargo, que como tus palabras no son locas, no serán mis orejas sordas.

Argumento de la XXXIX Cena

PANDULPHO, corrido de las palabras de FELIDES, acuerda de se yr y pedir prestados diez ducados a CELESTINA; y ella, por buen estilo, le negó que había recebido los ducados y le hizo entender lo contrario. Y él ydo, dize a ELICIA que no le entre allá el paje del infante, pues dél no se puede sacar provecho; y vase de case, y ELICIA queda murmurando della. Y entrodúzense:

PANDULPHO, CELESTINA, ELICIA.

PANDULPHO.- ¡O, gran mal es el que no tiene remedio! Que yo por encobrir mi cobardía heme puesto en trabajo que no tengo de poder llevar adelante, pues para mí no son estas santidades; porque no hay peor mal de encobrir que el de la yproquesía,

porque no puede forçarse tanto el natural de ser malo, que más no procure descubrillo la verdadera naturaleza de ser tal. Assí que yo he condenado mi fama de valiente hombre, y si más aquí estoy condenaré la de buen christiano, por do me pensava salvar de mi cobardía, que ni basta ya reýr y burlar mi amo della, mas Sigeril tiene ya en tan poco mi persona que burla de mí. No sé por qué pueda tener tanta fuerça el temor de la muerte, que no devía antes ser forçado con la fuerça del temor de la honrra, pues si el temor primero amenaza con una muerte que forçado ha de pagarse en algún tiempo, el de la fama amenaza con cient mil muertes en la vida. Por cierto, grande es el trabajo que pide la honrra para sostenerse, mas muy mayor es el de bivar sin ella. ¡O, traydor de mí!, ¿no valiera más aventurar anoche la vida con ventura de salir con ella, aunque algo acaeciera, y ya que la perdiera pagara la deuda natural con gloria de fama inmortal, que quitándola de tal ventura ponerme a seguridad de infamia, para morir biviendo en la vida, y morir quando muriere muriendo en la fama? Y si pudiera yo ser tal qual es publicado, todo se remediava, porque el temor salvávase con que no devemos temer los que matan los cuerpos, mas al que condena las almas al fuego eterno; y tal fama es con que en la memoria eterna ha de ser la del justo, y no temerá oýr cosas malas, como yo, por no tener honrra ni justificación para con Dios, las temo oýr cada día; y agora veo que tiene razón el Evangelio de dezir que los fuertes ganan la vida eterna, pues por pura flaqueza no me esfuerço yo para poder servir a Dios. Assí que me conviene para no sufrir tanta vergüença, pues primero no miré que más es sufrir vergüença continua que temor de una hora, que me vaya de aquí, y para esto llevaré conmigo a mi esposa Quincia. Y quiérome yr primero por casa de Celestina, y pedille diez doblas prestadas en virtud del amistad que a mi madre tuvo, para ayuda al camino; esto me parece bien, quiérola poner por obra, que no estaré aquí más por todo el mundo, a passar tanta vergüença como hoy he passado. Allá me voy, que no puede ser mejor consejo. Ta ta ta.

CELESTINA.- ¿Quién está ay?

PANDULPHO.- Abre, madre, que yo soy.

CELESTINA.- Válate el diablo, ¿y qué querrá agora este rufianazo? Aun si por ventura quiere pedir parte de mi ganancia, como Sempronio, quiérole dezir que lo diga defuera, que estoy depriessa.

PANDULPHO.- Madre señora, ¿no me abres?

CELESTINA.- Hijo, mi amor, yo tengo cierta priessa; dy de ay lo que mandas, que desta ventana te oyré.

PANDULPHO.- Madre, ábreme, que en dos palabras despacharé.

CELESTINA.- Ora, sus, yo quiero abrille, y si algo fuere, yo preveniré al tiempo con la necesidad. Ora entra, hijo, y di qué es lo que mandas, que, en mi ánima, no te osava abrir, porque dos negras vezes que aquí entraste ya vees lo que sucedió. Di en dos palabras lo que quieres, no me torne a levantar aquella puerca otro testimonio con que nos veamos en otra peor.

PANDULPHO.- Madre, por cierto, a quien más dello pesó fuy yo. Mas, como dizen, la verdad es hija de Dios, y ella limpia estas cosas con el tiempo, que luego gasta lo que con verdad no se sostiene; y por tanto, dexando esto aparte, madre, ya sabes que el amistad no niega lo que por razón della está obligado, que es la vida a ponerse por los amigos, y tras la vida los bienes quedan por acessorios, porque en verdadera amistad los bienes han de ser comunes en las necesidades; y como yo tengo de mi presupuesto poner la vida por ti, y la hazienda si fuere menester, y porque dizen que no hay corazón engañado, como por el mío juzgo yo para conmigo el tuyo, vengo a socorrerme de ti en una gran necesidad que tengo.

CELESTINA.- Algo es lo que yo digo, mas bien es que no trae armas, y a palabras, palabras.

PANDULPHO.- ¿Qué dizes, madre?

CELESTINA.- Hijo, que acabes tu razón, que después yo te responderé; y por cierto, que todo lo que por ti pudiere hazer yo lo haré sin necesidad de nuevos proferimientos.

PANDULPHO.- Madre, téngotelo en merced, que esso me haze a mí atreverme a ti. Y para esto sabrás que anoche mi amo me mandó yr con mis armas a donde tú sabes.

CELESTINA.- ¿A dónde, hijo, sé yo?

PANDULPHO.- Para conmigo, madre, no hay para qué encobrirte, que todo se me entiende.

CELESTINA.- Por tu vida, hijo, pues que yo no te entiendo, ni sé por qué lo dizes.

PANDULPHO.- Ora, madre, que no haze esto mucho al caso, passemos adelante; assí que, señora, tomóme el diablo, que otro no fue a engañarme, y púseme antenoche a jugar, y ganáronme ocho baras de contray que para sayo y capa mi amo me havía dado, y el espada y el broquel y una jaca de malla, y con toda mi desventura fuy anoche, por complir con mi honrra, las tripas al ayre; y hemos de yr esta noche, y como anoche no acaeció nada, no quería que acaeciese ésta, y ya ves qué tal yría yo sin armas. Véngote a suplicar que me hagas merced de prestarme diez doblas solas que para rescatar mis armas son menester, que yo te prometo, como hidalgo, de te las pagar antes de tres días.

CELESTINA.- Hijo, por cierto, que a mí me pesa en el alma de tu desdicha; mas no es de maravillar, hijo, que anoche perdiste y otro día ganarás, que todo lo deste mundo carretillas son que corren; todo, hijo, es juego que no permanece en un estado. En lo demás quisiera yo, hijo, con la vida y con el alma tener, no para prestarte tan poca cosa, mas para darte, no diez, mas veynte doblas, como lo solía ya yo hazer, y lo hazía, con la malograda de tu madre; mas, mi fe, hijo, mal pecado, en mi casa no hay un maravedí, que por tu vida, que la priessa que te dixere, que no era sino para yr a buscar prestado para comer, y Elicia anda por otra parte; que, mal pecado, con mi ausencia hallé tal mi casa, que Dios sabe cuántas noches nos acostamos ayunas esta mochacha Elicia y yo, y no osamos sino chiz, porque no lo sepa la tierra, por esta honrra negra, hijo, porque más quiero que me tengan por rica y mezquina que por pobre y liberal; que ya, mi fe, mi amor, el mundo es tan malo, que no tienen ni estiman sino al que saben que tiene. Mas a ti, hijo, como a mis entrañas digo yo mis necessidades, porque sé que las mías son tuyas y las tuyas son mías. ¡Cómo quisiera, y sabe Dios cómo lo quisiera, tener con qué poder suplir essa falta!, que por cierto, que si tú la sientes en el cuerpo, que la siento yo en el alma; mas ya sabes que haze hombre lo que puede y no lo que quiere, assí que lo que puedo es pesarme de tu mal, y lo que quiero y no puedo es poder suplir tu necessidad.

PANDULPHO.- ¡O, mala vieja avarienta, y qué palabras tiene!

CELESTINA.- ¿Qué dizes, mi amor? ¿Pones duda en lo que digo? Pues como Dios es verdad y nacimos para morir que no lo puedes pensar, que es assí como lo digo. ¿Y quién ganara en esso, mi amor, más que yo? Que tiempos son éstos que quando tenía los andava a buscar, porque son tiempos donde, sin recibir afrenta, pueden los amigos tomar de sus amigos, lo que sin tales necessidades no se sufre, por la honrra, de tomar de sus yguales; ya me tienes entendida, que sabio y discreto eres y todo se te entiende, mal pecado.

PANDULPHO.- Madre, ¿y en qué gastaste tan presto las cient doblas que te traxo ayer Sigeril?

CELESTINA.- ¿Qué cient doblas, hijo?

PANDULPHO.- ¿Para qué te hazes agora de nuevas? ¿Sigeril no te traxo cient doblas que te dio Felides ayer?

CELESTINA.- Peor está que estava; aun esso sería el diablo, si es assí, que me las embiasse y no me las haver dado. Por cierto, no me has dexado gota de sangre en el cuerpo; y si viene a mano sería para el casamiento de mi sobrina Elicia, que me lo havía

mandado, y dar me ha la vida si fuese assí; y mal pecado, si viene a meno las ha jugado, como tú las armas y lo demás.

PANDULPHO.- Ya, madre, ¿no te dixes que para conmigo no son menester doblezes? Dame prestadas solas diez doblas, que, cierto, no es mucho que vendas tan barato el precio de tus ofrecimientos.

CELESTINA.- ¡Ay, cuytada, hijo!, que no sé responderte, que me tienes toda turbada, que nunca tales doblas me dio, y pienso, como Dios es verdad, que las embió tu amo. Aguarda, tomaré mi manto y vamos allá, y si dixere en mis barbas que me las dio, estonces tú tendrás razón.

PANDULPHO.- Madre, bueno es esso, para que dixesse Sigeril, o Felides, que ando en parlerías. No cures dessos complimientos para conmigo si lo quieres hazer, si no, di que no quieres.

CELESTINA.- ¡A osadas, y qué complimientos! Anda allá, hijo, que más me va que juramento. Déxame tomar mi manto, que, por los santos de Dios, a Felides me voy derecha, veamos qué trama es ésta y qué trampantojo; que, cierto, tú debes dezir verdad, y el paje se ha callado con los dineros o los ha jugado. Anda, anda allá, vamos a Felides.

PANDULPHO.- Por el cuerpo del mundo, que deve ser verdad lo que ésta dize, que llora muy de veras, y Sigeril devía de mentir o callarse con las doblas. Madre, no cures por agora, suplíctelo, de yr allá, no diga Felides que ando yo en estas cosas y sepa mi necesidad.

CELESTINA.- Antes es mejor, hijo, que él la remediará con sabella. ¡Desventurada de mí, y quando menos cient doblas! Andallá, andallá, que no es cosa de dissimular, ¡por Dios, que sería buen dissimular! Apártate, amor, y déxame cerrar mi puerta y yr a entender en tan gran burla.

PANDULPHO.- Ora, madre, sosiégate, que por burlar contigo lo dixes.

CELESTINA.- ¡Donosas burlas! Déxame, hijo, que no es tiempo de matar abades.

PANDULPHO.- Por el cuerpo de mi vida, que te digo de verdad que burlo, que por sosacar si mi amo te havía dado algo lo dixes, que ni tengo necesidad ni hay para qué pedir nada, que quise ver lo que tenía en ti.

CELESTINA.- Hijo, mi amor, nunca cures con tus amigos de tales espiriencias, nunca burlando pongas veras en amistad; porque ves aquí, si no fuera verdad lo que dixiste, todo el mundo no te hiziera creer lo que yo te dezía, que con el ánima que te dezía lo que te dixes, y con la que yo te tengo, tal la tenga Dios para conmigo. Ay traydor, loquillo, ¿déssos eres? A osadas, que de hoy más, que yo esté avisada para contigo; y aunque para conmigo no se entiende lo que te quiero dezir, nunca, hijo, por palabras de ofrecimientos como las que te dixes la primera vez que te vi, llegues al cabo el amistad, pues sabes que muchos son los llamados y pocos los escogidos, amigos, digo, y no tomes de cada uno más de lo que te da, ni le des más de lo que te ofrece; a palabras, palabras, digo, pues que sabes que palabras y plumas que las lleva el viento, y llevadas no hallarás limpia tal parba más de la paja que el viento lleva, porque quando, hijo, se ha de pedir, obras han de estar recibidas, y estonces no te podrán dezir: ni pidas lo que negaste ni niegues lo que pediste, como Séneca dize. Esto no lo digo por mí, mas para que con otros no juzgues toda la pieça del paño por la muestra, porque los coraçones están muy lexos, hijo, de las palabras, y quando sin mucha causa no se pide, házense dos afrontas, la una rescibe el que pide de lo que le niegan, y la otra al que piden de lo que no da, porque, sin buena seguridad, más quiere el tal vergüença en cara que manzilla en coraçón. Quanto más, hijo, que nunca vi buen enxemplo deste prestar sin buena prenda, porque quien presta no cobra, y si cobra, no tal, y si tal, enemigo mortal; assí que, por esto, puesto caso que yo tuviera qué te prestar, si no para dártelo como dixes, como lo hiziera, prestado, créeme, que sin buena prenda no te lo prestara. ¿Sabes

por qué? Porque más quiero de mi amigo enojalle que no perdelle, y la razón es que con prenda enójasse de pedilla, mas paga, y sin ella piérdese por no pagar muchas veces; y pues te tengo cobrado, no te tengo de perder. Dígolo para quando sepas que tenga qué prestar que no lo pidas sin buena prenda, que si te lo quisiere dar yo lo daré; y quando tomares prestado tórnalo presto, porque ya sabes que el buen pagador señor es de haver lo ageno. Y con esto, hijo, te ve, que yo quiero yr a buscar lo que te dixere, por no quedar hoy sin comer.

PANDULPHO.- Madre, yo te tengo en merced lo que has dicho y te beso las manos, y queda con Dios.

CELESTINA.- Y con Él vayas, hijo. ¡Allá yrás rufianazo! Buena manera trahía el pelón para pedir prestado sobre la fe de la hidalguía que su agüelo Mollejas ganó en el blasón de las armas de los terrones que quebró con grandísimas hazañas en la batalla campal, con el arado por lança y el açada por espada y la hachuela por puñal. ¡Cómo pensava el asno necio de meter pieça y sacar pieça! ¡Xo que te estrego, asna coxa!, más havías de haver madrugado, a nacer, digo. ¡Guayas de Celestina, si a cabo de su vejez la havía de engañar Pandulpho! Baxa acá, Elicia, y sabrás lo que no sabes.

ELICIA.- Tía, desde acá lo he oído.

CELESTINA.- Pues si lo oýste, no se diga a sordas. Pues que enxemplo te doy, que hagas como yo he hecho, pues que sabes que no es mayor el discípulo que el maestro. ¡Pensava que no havía más, sino llegar y pegar, con sus manos lavadas y cara sin vergüença! ¡Como si nos mamássemos acá el dedo! Ora, sus, yo me voy a missa; y mira que aquel paje del infante no me entre en casa, porque yo no como carne que no se pele, paral de la pluma funedar los cabezales, ya me tienes entendida. Que no hemos de comer de gentilezas, ni de cabellos peynados, ni de quien nos diga: llámate mío y busca quien te dé a comer.

ELICIA.- ¡Ay, Jesús, madre, acaba ya!, que ni quiero que entre, ni nunca Dios lo dexere entrar.

CELESTINA.- Enójate tú, hija, que si muy enojada estuvieres desnuda la saya y dale de coçes, que lo que yo mando hase de hazer en mi casa, que no he menester platos sin provecho. ¿Havemos de ser aquí el sastre de Piedras Albas, que tengo de poner el hilo y el aguja de mi casa? Y si no me has entendido, entiéndeme.

ELICIA.- Ay, tía, como si te encubriese yo cosa. Veamos, de las doblas que Crito me dio, ¿hete demandado blanca?

CELESTINA.- Mas pidiésssmela; pardiós, hija, que no eres camaleón para pedir lo que no das, que te sostienes de solo ayre, digo, como te conviene si has de gozar del paje roxo; y a cabo de mil años que te doy vestido, y calçado y de comer me çahieres dos negras doblas empezinadas. ¡Guayas de las doblas y de la nada!, que para vino son menester cada mes diez. Busca, busca hija, quien te dé ropa y quien te calçe, y déxate de gentilezas, que no hemos, en fin, de comer dellas. Y lo dicho, dicho, y queda a Dios, y cierra tu puerta.

ELICIA.- Al diablo la vieja, que no se contenta con quanto ha ganado conmigo, sino que si tengo amor a uno no le tengo de osar mirar. Toma, para tus ojos, que yo le hablaré aunque te pese, que no tengo yo de estar a diente, como haca gallega, con solo Barrada, que no es bueno según su edad sino para tomar consejo. Que pardiós, que aunque tú sepas más ruindad, que yo te haga mil trampantojos; y aunque viniessse agora Tristán no me pesasse, como quedó concertado el otro día, que de quanta ganancia yo te doy algún plazer tengo yo de haver. Al diablo la vieja clueca, que desde que han gozado el mundo estas abucastas quieren las moças muy castas, que todo su hecho ha de ser beber y comer. Pues allá yrás, y mándote yo, doña vieja, refonfonar, que con esta almoça te

tengo de almoçar.

Argumento de la XXXX Cena

POLANDRIA dize a PONCIA que es ora de yr al concierto, y van, y venido FELIDES, conciertase el casamiento de PONCIA con SIGERIL; y apartados, goza FELIDES de los amores de POLANDRIA, y PONCIA no consiente en los de SIGERIL hasta que se velen, y ellos idos, queda PONCIA reprehendiendo a POLANDRIA haver dado parte de sí a FELIDES hasta casarse. Y conclúyese la comedia. Y introdúzense:

POLANDRIA, PONCIA, FELIDES, SIGERIL.

POLANDRIA.- Poncia, ora es ya que vamos al jardín.

PONCIA.- Señora, vamos passo, que a buen sueño suelto duermen todos.

POLANDRIA.- Hermosa noche haze, y gloria es estar debaxo de las sombras destes cipreses, a los frezcos ayres que vienen regozijando las aguas marinas por encima de los poderosos mares.

PONCIA.- Señora, ¿quál te parece mejor, esta música que dizes destes ayrezicos en las hojas de los árboles, o la de la boz y cantar de Felides?

POLANDRIA.- Ay, Poncia, la de Felides, tanto quanto va, y no menos, de la mezcla de la razón que con las consonancias viene mezclada, al regozijo que estos ayres naturalmente hazen, sin ornamento de más razón de aquélla que ellos guardan en su naturaleza; porque esta música pone descanso al cuerpo y la otra al ánima, porque goza el entendimiento de lo que se entiende en las palabras que en los oídos suenan.

PONCIA.- Señora, dexando aparte esta música, ¿qué tacha tiene la de Celestina, mezcladas las palabras con diferentes entendimientos? ¿Hay instrumento en el mundo, ni manos de artifices puestas en él, que tal melodía y diferencias haga como la lengua de aquella vieja?

POLANDRIA.- Ora, ¿la passas por tan mala vieja? Por cierto, que pienso que no tuvo Orpheo otra harpa más que la lengua y saber desta vieja, y que por forma poética fingen los poetas harpa por la lengua, porque ¿qué fuerça para ablandar las piedras más duras, que son los coraçones, que la lengua?; que con palabras blandas tiene la fuerça, en un ora, que el agua blanda en mucho tiempo tiene para horadar las duras piedras. Pues las aves, que son los pensamientos puestos en el cielo, ésta los puede traer y abaxar a su son; pues abrir las puertas del infierno, de suyo está que mudando los buenos pensamientos, que las tienen cerradas, las abren dando lugar a vicios. ¡O, quién tomara aquella vieja sin bastimientos y reparos para defender la fortaleza de su bondad, que no la derrocara con el artillería de su lengua! ¡Qué celadas pone!; ¡de qué ardidés usa!; ¡qué reparos haze!; ¡de qué pertrechos trata!; ¡qué escuchas tiene!; ¡qué treguas pone!; ¡qué guerra haze!; ¡de qué ahumadas usa! Por cierto, el humo de mis narizes no había hecho la menor almenara, quando ya tenía el aviso para el socorro. ¡Cuytada de Melibea!, que agora no le pongo tanta culpa, pues tal guerra tuvo.

PONCIA.- Señora, tú dizes verdad, mas no de menos guerra fueron los mártires guerreados, y en los escudos de la fe sufrieron mayores golpes, por donde rescibieron la corona de mártires y las vírgines de continentes, como somos todas obligadas en la fe de nuestra limpieza a resistir, no sólo el artillería de la lengua de Celestina, mas martirio de la vida, para que el cuerpo pague con lo que deve, que es la muerte, lo que más deve a la fama y limpieza de la virtud del alma. Mas oye, señora, que ya deve de venir

Felides.

FELIDES.- Pon, Corniel, essa escala, y aguarda como la otra noche. Sigeril, ¿no sabes?

SIGERIL.- Señor, por Nuestra Dueña, que no sé de qué arte está essa escala, que no me dexa salir.

FELIDES.- Dacá la mano, que la escala no tiene culpa si tu ligereza no la tuviesse. Por cierto, más suelto que un sapo eres. ¡O, hideputa el diablo, y qué suelto que estás, si assí estás con Poncia!

SIGERIL.- Pardiós, señor, el espada me estorbava.

FELIDES.- Ora calla, que hablar oyo en el jardín, mi señora deve de ser.

PONCIA.- Señora, ¿tú no oyes qué armonía passa en subir mi requibrado?

POLANDRIA.- Ya lo oyo; y en todo hizo Dios acabado a Felides, que aun hasta con sus criados tiene gracia. Y callemos, que helo aquí donde llega.

FELIDES.- Mi señora Polandria, para tomar la possessión de mi remedio ¿dasme licencia, pues me niegas las manos como esposa, ya que como tal las diste, que engaste en estos braços esse reliquario precioso de tu hermoso cuerpo, donde está encerrado todo mi bien?

POLANDRIA.- Señor, yo recibo y quiero pagar la deuda del amor que te tengo, en la misma moneda que de ti la recibí.

FELIDES.- ¡O, mi señora!, con la gloria del bien que en los braços tengo, estoy tan enajenado, para más en ti estar convertido, que no me siento para sentir el bien que tengo, tanto, que milagrosamente tengo vida, teniendo más razón para tenella que hasta aquí por estar ya con mi alma, de quien contino he sido desamparado; y en la hermosura que agora veo, en ella conozco que estoy en gloria, si no me desengañasse deste engaño la falta que para gozar de entera gloria rescibo, con acordarme que tengo de estar tan presto apartado del alma, y en mi posada con sólo el cuerpo.

POLANDRIA.- Señor Felides, no sé qué te responder, porque me parece que estoy hecha Sosia, criado de Anfitrión, quando Mercurio le hizo entender que era otro él; assí, yo soy otro tú, y pues tú hablas como tal tú, yo no tengo qué responder.

FELIDES.- ¡O, mi señora, tus palabras atajan toda respuesta!

PONCIA.- Agora digo yo que pudiera dezir Quincia que no entendía essas retóricas.

FELIDES.- ¿Ora passas, señora, por el donayre de Pandulpho? Y más por el de agora, que de miedo se ha hecho santo, por no venir conmigo, y pienso que es ydo, que desde esta mañana no parece.

PONCIA.- Si esso es assí, que me maten si Quincia no es yda con él, que desde esta mañana no parece.

FELIDES.- Sin duda es assí, que él me dixo que se habían desposados; y porque no quede Sigeril quexoso, yo quiero, señora Poncia, ser vuestro casamentero, y suplir con mis bienes la falta de los suyos y la sobra de sus males.

PONCIA.- Buena Celestina, señor, te has tornado; bien dizen que quales romerías hazes, tales veneras traes.

FELIDES.- No digas mal, señora, de quien me pudo hazer tanto bien.

PONCIA.- No digo yo mal que no sea bien, según lo poco que en lo mucho que ella tiene puede dezir.

FELIDES.- Bien parece, señora, que hablas como libre de amor, que por su mal, si lo tuvieras, supieras el bien de Celestina. No de balde se dize que mal ageno de pelo cuelga; y pues assí tienes tú colgado el de Sigeril, por la lástima que de mí pude haver para procurar mi remedio, sacando lo que le devo, quiero, si mi señora Polandria es servida y contenta, que con suplir yo vuestra necesidad en lo que puedo le saques tú de la suya.

PONCIA.- Como yo no tenga sobre mí más señorío del que la servidumbre que devo a mi señora Polandria me deve poner, que es para gozar de la gloria de ser suya, y por tal razón develle mi voluntad para en todo hazer la suya, a ella doy la mano en todo.

POLANDRIA.- Pues tú me das la mano, yo la doy a Sigeril junto con la mía, para cumplir contigo la obligación que por tu amor y servicio te devo, para ayuda a lo que mi señor Felides haze con él.

FELIDES.- Señora mía, yo recibo la merced en nombre de Sigeril, y te beso por ella las manos, y a él entrego la de Poncia por esposa; y tú, ¿otórgaslo assí?

PONCIA.- Sí otorgo, por el poder de mi Señora recibido. Y en confirmación de las mercedes tuyas y tuyas recibidas, que tales personas no menos fuerça por palabra pueden tener que con la seguridad con las obras se recibe.

SIGERIL.- Pues yo, besando las manos de Felides, mi señor, y de Polandria, mi señora, recibo la tuya como de esposa, y como de esposo te doy la mía con la primera palabra, que es que más precio de haver recibido el precio de tu virtud para tu fama y mi gloria, que el precio que con el de tu beldad recibo para mi remedio y contentamiento.

FELIDES.- Ora, pues, para que yo goze del mío y tú del tuyo, tú te puedes yr donde de la possessión de esposa puedas gozar, con guardar la propiedad que a su virtud y tu comedimiento se deve.

PONCIA.- Señor, por mayor merced tengo la que con tu mandamiento en mi honestidad rescibo que la que para sostener la vida me quesiste hazer, porque de mayor grandeza es el manjar que sostiene lo immortal, pues es de tal condición, que lo que sostiene mortal con la misma condición, como lo primero sea la fama, que nunca acaba, y lo segundo la vida, que ha de acabar forçado; y con esto te dexo, con la libertad que me embías.

FELIDES.- ¡O, mi señora, cuánto bien es el que tengo entre mis braços, y cuánta gloria recibo de gozar desta boca!, que aun el pensamiento solía tener el comedimiento que se te devía y que de tu valor me hizo dino que gozasse.

POLANDRIA.- Señor Felides, suplicote yo que la licencia que el pensamiento te ha dado como a mi esposo en lo que antes, como dizes, no osavas gozar, no te ponga más licencia de la que has tomado; no reprehendas en ti y en mí con obras lo que con las palabras a nuestros criados encareciste por virtud.

FELIDES.- Mi señora, aquéllas son cosas para dezirse y no para hazerse, no pienses que está en mi mano dexar de poner mi desseo en la possessión de su gloria.

POLANDRIA.- ¡O, señor, por Dios, que estés quedo! Mira lo que hazes, no me pongas en vergüença.

FELIDES.- Señora mía, no hay nadie que nos vea.

POLANDRIA.- ¡Ay, Jesús, señor!, ¿y quién más que yo lo puede ver? ¿Y a quién deve nadie más vergüença que a sí mismo? Quanto más que lo vees tú.

FELIDES.- Señora, no hagas diferencia de mí a ti, pues somos una cosa.

POLANDRIA.- No pensé yo que quedando contigo tomaras tanta licencia y me hizieras tal afrenta; mas yo tengo la culpa, por do merezco la pena, pues que en ningún peligro se ha de poner ninguno en condición, pudiéndolo assegurar. Yo di lugar, con dar la ocasión, a tu atrevimiento, y pues tengo la culpa bien es que sea con la pena castigada.

FELIDES.- Señora mía, no te vea yo enojada, si no, con esta espada te daré la vengança de mí.

POLANDRIA.- Señor, la vengança de mí la tengo rescebida. Yo hize como loca donzella en ponerme en tal lugar contigo, confiándome de lo que no deviera, y tú has hecho lo que no devías a mi honestidad, aunque lo devieras a tu atrevimiento, para tan

presto tomar la possession de toda mi limpieza.

FELIDES.- ¡O, mi señora, suplicote que me perdone!

POLANDRIA.- Ora, señor, que no hay necesidad de pedir perdón en lo que con él no se puede remediar, y esto es causa bastante para lo alcançar.

SIGERIL.- Mi señora Poncia, bien parece que puso Dios razón en todas las cosas, pues no quiso dexar sin ella al amor que yo te tenía, para remediar la muerte que sin duda, de otra suerte, no se podía escusar a tu causa.

PONCIA.- Señor Sigeril, yo huelgo mucho de haver sido tan a honrra mía essa deuda que dizes haverte yo debido, y ruégote que te contentes con la licencia que tu amo nos dio, y no te pongas en esso, que yo te prometo que es por agora escusado; porque no sólo quiero la disculpa de ser tu esposa para darte tanto favor, mas lo que devo a mi honestidad, para con el tiempo y con el amor de larga conversacion poner alguna razón y disculpa a mi vergüença, lo que en tan poco tiempo, ni en razón de verdadero amor se sufre, ni en vergüença de honestidad se da licencia. No porfies, que no te ha de aprovechar sin mi voluntad querer satisfacer la tuya; déxame, por Dios, que me traes muerta, que maldita la cosa que te aprovecha, que yo te doy mi fe que hasta que conmigo te veles que es escusado.

SIGERIL.- Ora, señora, pues assí quieres, hágase tu voluntad, pues en todo ha de ser la mía la tuya.

PONCIA.- Esta es mi voluntad, y doyte mi fe, si no la guardares, que no me ponga más donde puedas offenderme hasta el tiempo que te tengo dicho. Por tanto, siéntate y está quedo.

FELIDES.- ¡O, mi señora, quán gran gloria de gozar de tanto bien rescibo! Sino que con semejante ventura, sin haver en el mundo su yqual, estoy con el sobresalto del rey Felipo, rey de Macedonia, quando en un día le traxeron juntos tres correos tres grandes y alegres nuevas: la una, que Olimpia, su muger, havia parido un hijo, el qual fue Alexandre; la segunda fue que Parmineón, su capitán general, havia vencido una insigne batalla; la tercera, que un hijo suyo havia llevado la gloria en las disputas en Rodas; que como tan grandes nuevas juntas oyesse, alçando las manos, dixo: «¡O, fortuna, suplicote que me pagues con pequeña adversidad», teniendo por cierto, según las naturales mudanças desta vida, la adversidad tras tan gran prosperidad. Lo qual las serenas no ynoran con el instinto, pues lloran con la calma y cantan con las grandes tormentas, con cada cosa conformándose con el tiempo, con la más cierta naturaleza de su mudança, que es de no permanecer cosa desta vida en un ser. Assí yo, gozando de la presente gloria, ruego a Dios que me pague con pequeña adversidad la cierta mudança de la prosperidad tan grande en que me veo; y pienso que como a los que notifican la gloria del pontificado, para templar la gloria de la nueva por el peligro que la vida recibe con la alteración, como por exemplo del pontífice tenemos que murió con la gloria de tal nueva, les queman las estopas delante diziéndoles que assí se passa la gloria deste mundo, que no se ensobervezcan, para morir con cosa que tan presto han de dexar, assí la tal memoria me quema las estopas de la brevedad de todo tiempo, por largo que sea, para gozar de tal gloria, para que la vida se sostenga y no acabe con el gozo demasiado a todo lo que con fuerças humanas se puede sentir.

POLANDRIA.- Señor Felides, bien es que para que yo templasse la gloria con el peligro de la vida, como dizes, se templasse con quemarme las estopas de haverme desposado sin licencia de mis parientes, y no haver tomado tú de mí la prenda que hasta ser velados no se permite en verdadera honestidad de donzella; porque bien fuera que ya que el amor desculpara el primer hierro, la honestidad quedara sin culpa, reservada del segundo, para que pareciera que la virtud del matrimonio por sólo nuestro contentamiento endereçado al servicio de Dios nos havia juntado, y no para sólo

conformidad de ningún vicio.

FELIDES.- Mi señora, no tienes en esso mejor disculpa para conmigo que la fuerza que yo conosco que de mí en essa parte has rescebido, pues sabes que donde fuerza hay, drecho se pierde; que para lo demás, el secreto quedará por disculpa, con no se saber.

POLANDRIA.- Señor, bien dizes, si essa fuerza no diera yo lugar a ella, por ponerme en lugar donde la pudiesse rescebir, porque no hay fuerza, en este caso que disculpe las mugeres, quando la ocasión de su parte da lugar a recibilla; porque si yo no diera ocasión a salir en tu poder, no recibiera ninguna fuerza de tus manos. Mas de lo malo, escoger lo mejor, y es que mañana embíes a pedirme a mi madre en casamiento; y hay un gran bien para ello, y es que yo supe hoy della que la manda que mi padre hizo, que casasse con hombre que fuesse de mi linaje, no pudo perjudicar mi mayorazgo, por quanto mis agüelos lo dexaron libre de la tal restitución, y mi padre no pudo grabarme en lo que no fue, ni podía ser, más parte que gozar del uso y fruto por su vida. Assí que salvo esto, como lo está tu persona y riqueza, demanda mi voluntad y la de mis parientes, y esto para que nuestro gozo sea cumplido y sin sobresalto que se puede saber.

FELIDES.- Mi señora, mucho he holgado con lo que dizes, para que se pueda hazer lo que mandas para tu contentamiento, pues en él consiste el mío, y con esta seguridad de gloria tendré más acrecentamiento en la que en el presente gozo.

POLANDRIA.- Ora, pues, señor, con este acuerdo, dexa ya reposar mi honestidad, y quédense las locuras y burlas para otro día, que hora es ya y tiempo que te vayas, que ya el sol comienza a dar, con el muy gran resplandor y claridad, testimonio de su cercana venida para nuestra yda. Y llama tu criado, y despartamos el juego, que la pena que yo en apartarme de ti siento me dize la que sentirás en apartarte de mí.

FELIDES.- Parésceme, señora, que Poncia nos ha quitado dessos cuytados, que hela aquí donde viene con muy gran priessa.

PONCIA.- Señor, hora es que te vayas.

FELIDES.- Señora Poncia, sepamos quién tiene la culpa deste mal que nos hazes a mi señora y a mí, ¿la mucha desemboltura tuya, o la falta de la de tu esposo?

PONCIA.- Mi honestidad a lo segundo pone la razón del cuytado en lo primero; y déxate de burlas, pues que en ellas, en essa parte, no te deve nada tu criado de lo que mi señora deve a su criada.

POLANDRIA.- En mal ora y en mal punto, Poncia, tú digas esso. ¿Y qué has tú visto en mí dessa deuda?

PONCIA.- El mal de hablar tanto al señor Felides, con el bien del callar de Sigeril. Porque agora veo que tuvo razón un filósofo que dixo que nunca de callar se había arrepentido, y del hablar sí, muchas vezes; como agora parece que el hablar de tu esposo ha puesto la sospecha que las obras han negado a la vista, y por esto dize bien el proverbio que al buen callar llaman Sancho.

POLANDRIA.- ¿Para qué, señor, dizes nada destes donayres?, que por te hazer a ti desembuelto, has querido hazer a mí deshonesto.

FELIDES.- Mi señora, yo estoy burlando por atravesar con la gracia de Poncia y por dar ocasión a dilatar una Ave María, como quien quiere quitarme las escaleras y dexarme ahorcado, pues no menos es apartarme de ti; y pues Poncia es el verdugo, razón es de pagalle sus drechos, que son los vestidos el muerto, que soy yo, por lo qual le mando seys pieças de seda de colores para el día que se desposare público, que si yo puedo será antes de ocho días; y la vieja Celestina quiero que concierte lo acordado de nuestro casamiento, para aprobación de su mala estimación.

PONCIA.- Señor, dessa manera, cada día entiendo de quitarte las escalas, pues tan buenos derechos tengo de tal officio.

FELIDES.- No, que ya muerto el hombre no puede tornar a morir.

PONCIA.- Pues Celestina, según esso, ¿no tornará a morir?

FELIDES.- Sea secreto, y dezíros he una cosa que es espanto de la oír.

POLANDRIA.- Di señor, que sí será.

FELIDES.- Pues sabé que una persona honrrada, y quien a Celestina es en gran cargo, la tuvo escondida todo el tiempo que se dixo que era muerta; y ella con sus echizos hizo parecer todo lo passado para se vengar de los criados de Calisto, porque le querían tomar lo que su amo le havía dado, y hizo con sus encantamientos parecer que era muerta, y agora fingió haver resucitado. Y ésta es la verdad, que lo de Júpiter y Venus todo es burla, como ellos son dioses de burlas. Y sea en gran secreto, porque el Arcediano viejo me lo dixo, que con esto le quiso pagar muchas deudas de quando era moço que desta buena muger havía rescebido, assí de su persona de quando era moça, que tuvo amores con él, como de tercera, y después que ya ella estava más para pagar los cañibetes que para los poder rescebir, si no es por corredera de lonja, como haya salido tan buena maestra; y sea muy secreto, porque correría gran peligro la buena dueña con la justicia si se supiese.

POLANDRIA.- ¡Jesús, Jesús! Agora me libre Dios del diablo de tal cosa y de tal ruindad de vieja. ¿Que es possible?

FELIDES.- Es assí, sin duda ninguna. Y lo dicho, en confisión.

POLANDRIA.- Pierde cuydado, señor.

PONCIA.- ¡Válala el diablo! Y aun con esso no quiere ella dezir nada del otro mundo ni de todo lo que vio en él.

POLANDRIA.- ¿Cómo diablos dirá lo que no vio? Ora cree que es el diablo, y no otro. Ay, por Dios, señor, no la metas en que sea nuestra casamentera, para que pues Dios nos ha ajuntado no nos pueda el diablo apartar.

FELIDES.- Señora, ¿y no sabes un proverbio que dize que lo que de Dios está, el diablo lo acarrea? Déxala, que, si de Dios está, ésta lo acarreará más ayña que otra persona del mundo.

PONCIA.- Ora, sus, señor, tú te ve y nosotras nos yremos, y acaba ya de tanto besar.

FELIDES.- Señora mía, Dios quede contigo; y contigo, Poncia.

POLANDRIA.- Y vaya contigo, señor. ¡Ay, Poncia!, ¿para qué me dexavas sola? Que por mi vida, que he salido por mis fuerças del peligro en que me dexaste.

PONCIA.- Buen dissimular es ésse, señora.

POLANDRIA.- ¿Qué, piensas que burlo? Por tu vida, que te digo verdad.

PONCIA.- Jura por la tuya, señora, que por la mía que no me tomes acá más hasta que se concierten los casamientos.

POLANDRIA.- ¿Cómo es esso?

PONCIA.- Cómo o cómo no, que no quiero ponerme yo a ser el ángel con Jacob toda la noche.

POLANDRIA.- ¿Quieres dezir que has luchado con tu esposo toda la noche?

PONCIA.- Esso digo, que no quiero ponerme en más afrentas.

POLANDRIA.- Veamos, ¿y él no es tu esposo?

PONCIA.- Esso me parece mal, señora, pues ya buscas excusas para desculpate. ¡Oy cómo me parece que quieres complir el proverbio que dize que mal de muchos, gozo es!

POLANDRIA.- A buena fe, que eres maliciosa.

PONCIA.- Lo que con los ojos veo, con el dedo lo adevino.

POLANDRIA.- Y di, ¿viste algo, por tu vida?

PONCIA.- Vi lo que no verás de mí tú, ni aun mi esposo, tan presto.

POLANDRIA.- ¡Ay desventurada, y qué vergüença he! ¡No tengo de osar en mi vida mirar a Sigeril! ¿Y tal cosa vio?

PONCIA.- En mal punto, señora, y qué mala eres para haver hecho alguna travessura, que tan presto confieffas. Pocos tormentos sufrirías de los que esta noche yo he sufrido, pues sin ellos dizes la verdad.

POLANDRIA.- Anda, en mal ora, que no viste nada.

PONCIA.- No, por tu vida, sino que adrede, por sosacarte, lo dixes.

POLANDRIA.- Nunca medres tú, que tal vergüença me hiziste passar con dezir que havías visto lo que hize.

PONCIA.- Y tú, señora, ¿para qué hazes cosa que no quieres que se sepa, pues sabes que no hay cosa encubierta que no se descubra? No fíes de tu vergüença lo que de otro no fiaras, porque desvergonçarse los hombres a sí mismos vienen a perder la vergüença con otros. Nunca hagas exercicio en cosa que no quieres hazer ábito, porque la costumbre haze hazer lo que, hecho con ella, no se puede deshazer. ¿De quién temes más la ofensa que de ti misma? Pues si tú te hazes offensa, con la misma razón te obligas a recebilla de otros. La honrra, señora, aunque quieren los sabios que esté en los que honrran, más que no en el honrrado, créeme que no la harían, si la causa de hazella no saliesse de los efetos de virtud que en el honrrado veen; los hombres siempre se traten a sí mismos como querrían que los tratassen, porque ¿quién más deve a sí, que el hombre se deve a sí mismo? Pues no es razón que espere yo de otros pagar de deuda que yo mismo, deviéndola, no la pago. Con la virtud se hazen los hombres sin deuda, y a todos hazen deudores de su virtud; con la virtud se hazen los hombres esentos de las leyes, y por falta de virtud se sujetan a las leyes y punición, por la fealdad del delito de trapassar la virtud; por la virtud está todo hombre obligado a sacrificar la vida para conservar la fama; pues si assí es, ¡quánto feo parecerá al vicio sacrificar la honestidad y virtud con la fama! Dígolo porque no hay ninguna excusa en lo que se deve excusar, que, aunque Felides es tu esposo, descusar se deviera la honestidad hasta el lugar que lo permiten Dios y los hombres; porque de hazello tú assí te estimarás a ti en más y tu esposo no te estimará en menos, y con estas dos estimas tú quedarás en la obligación de la estimación que te devías para que todos te la pagassen. El remedio desto principal es que Dios no se ofendió, y tu ofensa callaremos, y pues tiene diculpa la culpa se deminuye, aunque no sin culpa, pues recibe disculpa. Mas, con el gozo del desposorio que esperamos, y con la seguridad del que presente tenemos, y con el contentamiento de hallar maridos a nuestra voluntad, y con el gozo que de haver salido a nuestra honrra nos deve quedar, y con la gloria de también haver vencido al amor, y con la clemencia que guardando nuestra honrra hemos usado sobre el vencimiento, y con la gloria de haver conservado el privilegio de nuestra limpieza por la fama, y con las gracias a Dios que por todo le devemos y por lo que está por venir nos tiene obligadas, pues cosa sin Él que cosa sea no se haze, como sin Él nada podemos hazer, nos vamos acostar para dar reposo a la vida que assí nos ha sostenido en honrra, para por medio de su virtud conseguir el fin que esperamos, para salir de tal fin al principio de la vida que no lo tenemos.

FINIS

El libro presente, agradable a todas las estrañas naciones, fue en esta ínclita ciudad de Venecia reimpresso por maestro Estephano da Sabio, impressor de libros griegos, latinos y españoles, muy corregidos con otras diversas obras y libros. Lo acabó este año

del Señor del 1536, a días diez de junio, reindando el ínclito y serenísimo Príncipe miscer Andrea Griti, Duque claríssimo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

